

THEODORE
ROSZAK

SACRAMENTO PUBLIC LIBRARY



3 3029 05816 3569

A photograph of the Earth from space, showing the Western Hemisphere with North and South America in brown and green, and the surrounding oceans in blue. The image is set against a black background.

¡ALERTA, MUNDO!

El nuevo imperialismo
norteamericano

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Noam Chomsky

LA ARQUITECTURA DEL LENGUAJE

Noam Chomsky, uno de los pensadores más importantes de nuestro tiempo, reflexiona sobre la historia de la "gramática generativa" e integra cuestiones filosóficas y conceptuales con investigaciones empíricas. El estilo vivaz y seductor de Chomsky queda potenciado en un interesantísimo debate final con distinguidos profesores universitarios, que abarca la lingüística, la adquisición del lenguaje, la teoría del lenguaje y la mente.

R. Rorty, K.-O. Apel, H. Putnam, D.L. Hall, A.C. Graham, A. MacIntyre, L. Outlaw, B.K. Matilal, R.J. Bernstein y otros

CULTURA Y MODERNIDAD

Perspectivas filosóficas de Oriente y Occidente

Edición a cargo de Eliot Deutsch

Los ensayos reunidos en este libro constituyen un acontecimiento intercultural de primer orden. *Cultura y modernidad* establece un nuevo marco de referencia para la filosofía comparada, pero la amplitud de temas abordados y el renombre de sus colaboradores hacen que esta obra sea de enorme interés tanto para historiadores, antropólogos, pensadores políticos, historiadores de la religión, científicos, como para filósofos de todas las escuelas y tendencias.

André Glucksmann

LA TERCERA MUERTE DE DIOS

La primera vez Dios muere en la cruz. La segunda, en los libros, con Marx y Nietzsche. ¿Y la tercera? ¿Por qué se ha convertido Europa en el único continente de ateos del mundo? ¿Por qué en el resto del planeta se masaca tan alegremente en nombre del Ser supremo? ¿Por qué estas dos cuestiones no se resuelven en una? El eminente filósofo Glucksmann aporta las respuestas a estos interrogantes con una brillantez y una perspicacia poco habituales.

E. Laszlo, S. Grof y P. Russell

LA REVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

Prólogo de K. Wilber y Epílogo de Y. Menuhin

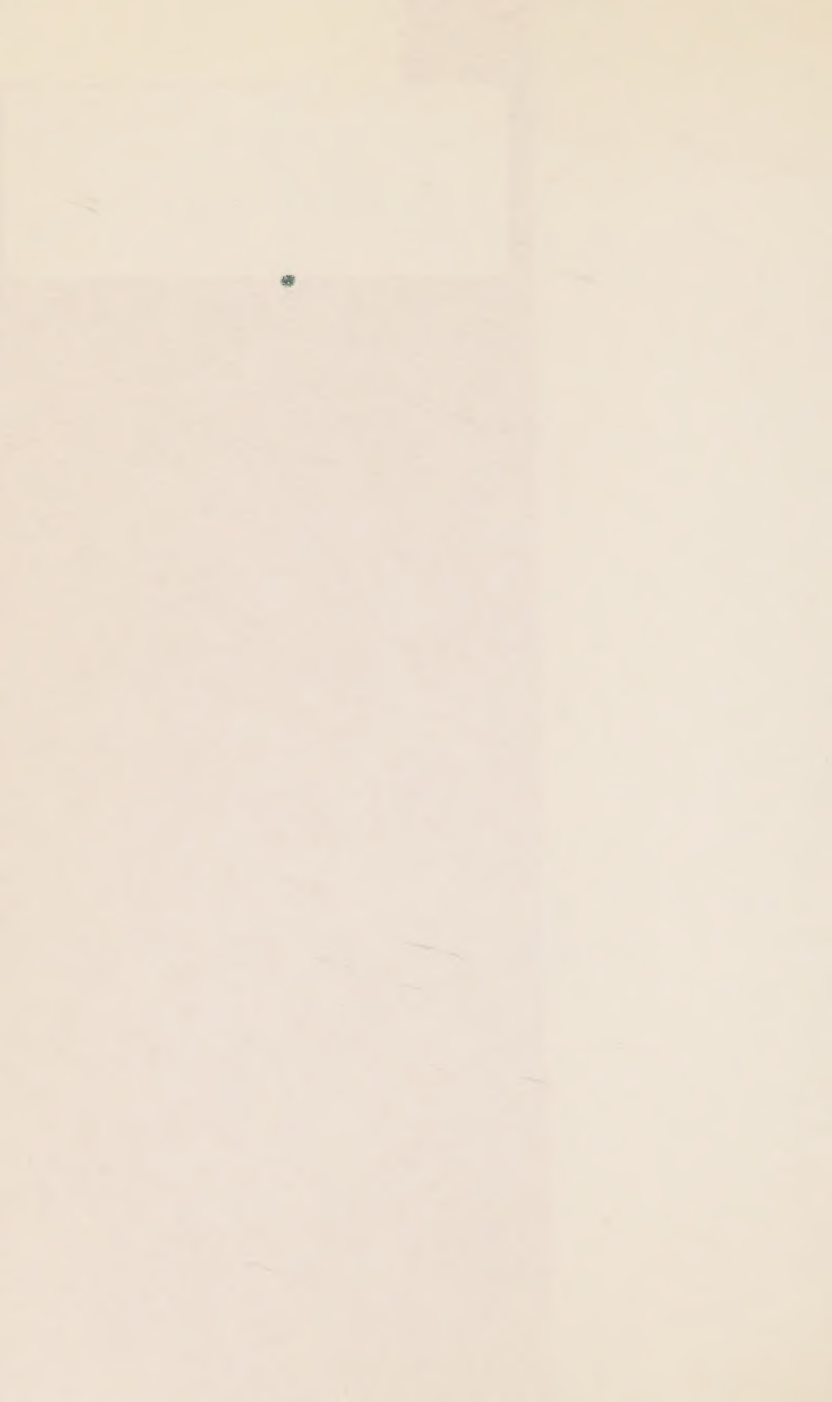
Un diálogo extraordinario entre tres de las mentes más aventajadas de nuestro tiempo acerca de cómo se está transformando la sociedad. Analizan tópicos como la ciencia, la educación, el arte, la religión, la ética y, por encima de todo, la consciencia. Los tres coinciden en que el estado de nuestra consciencia es la clave que subyace a todo lo demás. La idea es que el mapa que delineamos de realidad representa la mejor solución para adaptarse a los tiempos cambiantes que nos ha tocado vivir.



3 3029 05816 3569

SACRAMENTO PUBLIC LIBRARY
828 "I" STREET
SACRAMENTO, CA 95814

3/2008



Theodore Roszak

¡ALERTA, MUNDO!

El nuevo imperialismo
norteamericano

Traducción del inglés de Miguel Portillo

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

Título original: WORLD BEWARE!

American Triumphalism in an Age of Terror

© 2003 by Theodore Roszak

© de la edición en castellano:

2004 by Editorial Kairós, S.A.

Primera edición: Diciembre 2004

I.S.B.N.: 84-7245-584-X

Depósito legal: B-48.868/2004

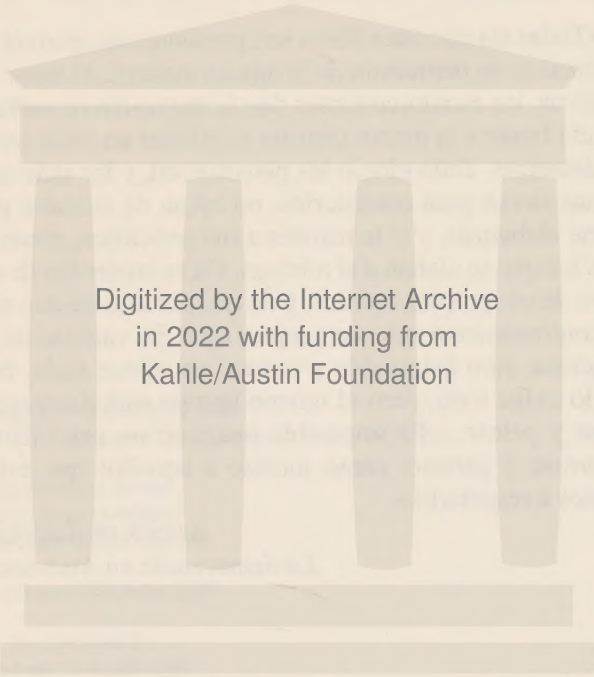
Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p. Córcega 267, 08008 Barcelona

Impresión y encuadernación: Índice. Fluvià, 81-87, 08019 Barcelona

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del *copyright*.

«Todas las naciones libres son presuntuosas, pero el orgullo nacional no se demuestra de la misma manera. Al tratar con extranjeros, los estadounidenses dan la impresión de sentir impaciencia frente a la menor censura y de tener un ansia insaciable de alabanzas. Todo elogio les parece poco, y los más sublimes apenas sirven para contenerlos; no cesan de acosarte para extraerte alabanzas, y si te resistes a sus peticiones, entonces son ellos los que se alaban a sí mismos. Da la impresión de que duden de sus propios méritos, y de que por ello deseen mostrarlos continuamente ante sus propios ojos. Su vanidad no sólo es codiciosa, sino inagotable y celosa; no ofrece nada, mientras que lo exige todo, pero al mismo tiempo está dispuesta a implorar y pelear... Es imposible imaginar un patriotismo más engorroso y gárrulo; cansa incluso a aquellos que están dispuestos a respetarlo.»

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,
La democracia en América, 1835.



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

SUMARIO

Introducción: el imperio inesperado	9
1. La matriz de ataque mundial estadounidense	23
Las guerras en mi vida	24
¡Vuelve, Shane!	28
Una hegemonía global benévola, nos guste o no	36
El dinero, el cerebro y la fuerza	40
2. Los corporados	42
Avaricia incorporada	43
Los superdirectores generales	51
Una oleada de delitos corporativos	59
Las María-Antonietas de la economía global	63
El regreso del darwinismo	67
La idolatría de los mercados	74
La segunda guerra del Golfo: cómo hacemos negocios en la actualidad	82
3. Los triunfalistas	92
El ascenso de los hiperconservadores	93
El complejo militar-industrial: segunda fase	97
Transformación: el mundo convertido en un videojuego	104
El Estado de Seguridad Nacional	106

Los guerreros corporativos: el regreso de los mercenarios	111
Aprendiendo de Europa	117
El conservadurismo y los intelectuales	124
La extrema derecha	132
Paranoia en abundancia	139
 4. Los fundamentalistas	144
El ascenso del <i>Sunbelt</i>	145
<i>Apocalypse Now!</i>	152
La guerra contra el pluralismo	162
 5. La falta de nervio de los liberales	167
¡Archie Bunkers del mundo, uníos!	168
El hombre blanco lo primero	173
La tercera fase del racismo	179
 6. La cesión de competencias por parte de la democracia estadounidense	184
Políticas fantasiosas	185
Una nación perdida en la zona ficticia	198
Que pase <i>Terminator</i>	203
Una comunidad colérica	210
 7. El electorado global de Estados Unidos	219
Triunfalismo ilimitado	220
Con algo de ayuda por parte de mis amigos	230
El poder corrompe	244

INTRODUCCIÓN

El imperio inesperado

«Consigues más con una palabra amable y un arma que sólo con una palabra amable.»

AL CAPONE,
famoso gángster americano, 1926.

«Consigues más con una palabra amable y un arma que sólo con una palabra amable.»

DONALD RUMSFELD,
secretario de Defensa de los EE.UU., 2003.

Me siento tentado de empezar este ensayo con la famosa frase: «Un fantasma recorre Europa», que fue la oscura profecía con la que Karl Marx empezó su *Manifiesto comunista* en 1848. Por aquel entonces, una Europa angustiada, todavía en el turbulento amanecer de la industrialización, parecía estar a punto de sufrir una revolución social. En la actualidad, con las revoluciones sociales colgadas en un limbo indefinido, el fantasma que parece amenazar a la humanidad es justamente de sentido contrario. Es la perspectiva de que esa Europa –y la mayoría del resto del mundo– no tarde en caer bajo el control

¡Alerta, mundo!

de una nación que se está volviendo cada vez más conservadora, no sólo en las cuestiones de política interna, sino también en la influencia que ejerce sobre la economía global.

Sí, *esa* nación. *Mi* nación, a la que no me alegra considerar responsable del daño moral, económico y físico que se está infligiendo a sí misma y a otros pueblos en el nombre de la defensa de elevados ideales. Mi tesis es simple: si la población del mundo requiere liderazgo, no debería provenir de una nación cuyo espectro político no va más allá de un liberalismo pusilánime que no parece estar seguro de si debe proporcionar a sus ciudadanos un sistema de asistencia sanitaria o un sistema de pensiones decente, una nación en la que el partido conservador que ha dominado la escena política durante veinte años se empeña en subastar las escuelas de la nación, los parques nacionales, el agua y la electricidad, e incluso sus fuerzas armadas, para que caigan en manos del mejor postor, una nación que ahora cuenta sus millonarios y multimillonarios por centenares, pero que también cuenta con un número elevadísimo de personas sin hogar que perecen en las calles de hambre y frío. En pocas palabras, una nación que está retrocediendo rápidamente, hacia las épocas más oscuras de la anarquía del mercado libre.

Los elementos de la derecha estadounidense se hacen más fuertes cada año que pasa, y más decididos a imponer al mundo su visión de una economía de mercado dominada por las grandes empresas. Para poder alcanzar ese objetivo, Estados Unidos, como única superpotencia mundial, podría utilizar su aplastante poder militar para impedir el advenimiento de ninguna otra superpotencia que pudiera desafiar su autoridad. No me sorprendería saber que ya existen planes preventivos para cerrarle el paso a China, la única nación industrializada que podría ser capaz de igualar la potencia económica y militar estadounidense, de alcanzar el estatus de superpotencia. ¿Cuánto duraría en ese caso la dominación de Estados Unidos? Presumiblemente varias generaciones. Podemos estar presenciando

el nacimiento de un nuevo orden imperial más extenso y duradero que cualquier otro imperio del pasado. Así están las cosas. El imperialismo, tan desacreditado después de la segunda guerra mundial, renace inesperadamente a causa de la política de un país que nunca ha dejado de proclamar que su papel histórico es conseguir un mundo más seguro para la implantación de la democracia.

Creo que este empuje hacia la hegemonía global no proviene del pueblo estadounidense. Los estadounidenses han librado guerras para resistir a los agresores imperiales. Al ser un niño que creció durante la segunda guerra mundial, aprendí que sólo los dictadores perversos intentan conquistar y dominar a otros pueblos. Por eso me quedé perplejo cuando el primer presidente Bush anunció a principios de la década de 1990 que el objetivo de Estados Unidos era la creación de un “nuevo orden mundial”. No sólo a causa de la frase, sino por el tono arrogante e implacable en el que se pronunció. ¿Es que justamente no habíamos peleado contra enemigos que creían tener el derecho de hacer precisamente eso, de hacer que la gente pensase, actuase y creyese lo mismo que ellos?

Pregúntele a cualquier ciudadano estadounidense si tiene algún interés en dictar a otros países lo que deben hacer, y lo más probable es que rechace la idea. Pero los ciudadanos estadounidenses normales cada vez son menos conscientes de lo que se hace en su nombre en lugares muy alejados, y cada vez tienen menos control sobre las grandes decisiones acerca de nuestros propósitos nacionales. Asumidos por el ritmo y la complejidad de la vida cotidiana, luchando por conservar sus empleos y para poder proporcionar el sustento a sus hijos, demasiados estadounidenses parecen haberse dormido frente a sus televisiones. Llenan la mansa desesperación de su vida cotidiana con trivialidades y distracciones. Les parece más interesante el último escándalo de los famosos que los importantísimos temas de la guerra y la paz. Mientras tanto, otros en nuestro Gobierno y en nuestra comunidad empresarial se ob-

sesionan más cada día que pasa con el destino imperial de Estados Unidos. Declaran abiertamente que Estados Unidos tiene el derecho de imponer su poder sobre todos aquellos que carecen de la voluntad, los recursos y el realismo para dar la talla como líderes mundiales.

En este ensayo, a quienes fomentan esos designios imperiales les llamo “los triunfalistas”. Aunque se consideran a sí mismos como archiconservadores, pudieran ser considerados como hiperradicales, en el sentido de que están ahí para fomentar más cambios y de manera más rápida que muchos revolucionarios. Son hombres osados, dinámicos y muy ambiciosos, llenos de celo por reconstruir el mundo. Se ven a sí mismos como los redentores de una humanidad confusa y sin fuerza de voluntad. Al igual que todos los fanáticos, cuentan con una visión cristalina y sólida de cuál es su objetivo final. Han llegado para crear una economía de mercado global dominada por un pequeño número de corporaciones multinacionales dominadas por Estados Unidos. Puede que no sean los primeros estrategas políticos que alberguen dichas ambiciones; en los supuestos en los que se basó la guerra fría ya había algo de eso. Pero es la primera vez en que cuentan con una supremacía militar incuestionable a su merced. Habría que retroceder hasta los días de los imperios de la antigüedad clásica para hallar ejemplos de pueblos que alcanzasen el dominio indiscutible del que ahora goza Estados Unidos en cuestión de riqueza y armamento.

Escribo todo esto como angustiado crítico social que teme por el alma de su país y todavía más por el destino de otras naciones. Se me hiela la sangre en las venas al escuchar al secretario de Defensa (Donald Rumsfeld) justificar la política estadounidense en Oriente Medio citando a Al Capone, el peor gángster de la historia de Norteamérica: «Consigues más con una palabra amable y un arma que sólo con una palabra amable». Esa manera de hablar tan dura es lo que ha requerido la urgencia moral que hallará en estas páginas. Creo que las bra-

vatas chauvinistas que hay que escuchar en la actualidad procedentes de los círculos de la derecha son algo más que bravatas; el lenguaje revela una voluntad descarada de utilizar la fuerza bruta a fin de salirse con la suya, tanto frente a los aliados como a los enemigos. Estoy convencido de que los triunfalistas se hallan más cerca de lograr lo que persiguen de lo que muchos analistas políticos creen. Por azar o por necesidad, la historia les ha brindado la oportunidad y han sido muy rápidos a la hora de sacarle partido a su ventaja.

Quiero dejar algo bien claro desde el principio. Están aquellos –y entre ellos incluyo a muchos de mis conciudadanos descontentos– cuyo principio político motor ha sido siempre el de echarle la culpa siempre a Estados Unidos de todo lo que fuese mal en el mundo, incluyendo los ataques del 11 de septiembre de 2001. Yo no me encuentro entre ellos. Echar la culpa a la víctima –aunque la víctima sea un país rico y poderoso– pone de manifiesto una moralidad retorcida, sobre todo cuando aquellos que sufren son civiles inocentes. Y eso es lo que ocurre casi siempre cuando el terrorismo anda de por medio. Los suicidas fanáticos que proclaman que su objetivo es «matar americanos», o «matar judíos», me dan escalofríos. Esas gentes a las que están tan dispuestos a matar podrían ser miembros de mi familia. Podría estar yo entre ellos. Sea cual sea su agravio, no les concedo ese derecho. No hay más justicia en la violencia que provocan que en las muertes de civiles ocasionadas por el bombardeo norteamericano de Bagdad. Considero que el terrorismo es el síntoma de una enfermedad fatal en el seno de la comunidad internacional, una enfermedad que puede aniquilar todas las normas civilizadas. Es cierto que debemos comprender las razones que subyacen a la cólera de los terroristas, pero eso no justifica de ninguna manera lo que hacen.

Dicho todo esto, permítanme ser todo lo rotundo posible al afirmar lo siguiente: rechazo totalmente el rumbo imperial en el que se ha embarcado Estados Unidos. Ésta no es una postu-

ra popular ni notable en mi país, ni siquiera entre los estadounidenses liberales que rechazan todo lo demás que representa la Administración Bush. Son muchos lo que votaron contra George W. Bush y que ahora apoyan el triunfalismo que éste introdujo en la Casa Blanca en 2001. Estados Unidos es una nación muy asustada. Aun en tiempos de recesión económica, está dispuesta a gastar miles de millones de dólares en la construcción de un “Estado de Seguridad Nacional” (como se denomina en Washington) a fin de defenderse del terrorismo, una amenaza que se nos ha dicho que nunca desaparecerá. Creo que ese rumbo ha sido trazado por intereses indignos y de cortas miras cuya visión de futuro resulta tan desolada como las anticipadas por la literatura antiutópica más pesimista.

Formo parte de esos estadounidenses que se han opuesto a las políticas expansionistas de mi país en Oriente Medio. Fuimos miles los que nos pronunciamos contra la invasión de Irak. Pero muchos millones más vitorearon a nuestras tropas al enviarlas a combatir. A pesar de mi oposición a la guerra, no puedo evitar sentirme consternado al ver a mi país convertido en un matón de la escena internacional, dedicado a imponer la voluntad de una pequeña minoría de codiciosos usureros empresariales y militaristas sobre el resto del mundo. Creo que su arrogancia y coacción continuará y aumentará con más ferocidad hasta que socave toda estructura internacional, toda responsabilidad compartida, toda forma de ley internacional y de cooperación económica. Llegados a ese punto, la historia será cautiva de los intereses de una nación, de los valores de un país o, más bien, de aquellos que decidieron dichos intereses y valores.

Mi propósito es ofrecer una perspectiva crítica desde el interior de Estados Unidos que pueda ayudar a otros a comprender la siniestra dirección que sigue la política estadounidense. Por encima de todo, quiero poner de manifiesto la íntima relación existente en mi país entre los asuntos nacionales y los ex-

teriores. El imperio americano es el resultado de una transformación ideológica que se ha adueñado de la cultura política de mi país. Esa cultura se aleja cada vez más de la corriente principal imperante en el mundo industrializado. Estados Unidos se está convirtiendo rápidamente en una aberración entre las naciones modernas. Hasta cierto punto es resultado puro y simplemente de la codicia por parte de nuestra comunidad empresarial. Pero va más allá. La avaricia de los ricos ha recibido un potente impulso ideológico, incluso podríamos decir que un ímpetu religioso, por parte de una nueva generación de intelectuales triunfalistas y de fundamentalistas fanáticos.

Los responsables de la política nacional estadounidense, cada vez más divergente, prosiguen su curso con una convicción imparable. Se deleitan viendo a Estados Unidos como un caso aparte. Ser un caso aparte, así lo creen, es privilegio de quienes son moralmente superiores. La historia de Estados Unidos está plagada de ese sentido de la excepcionalidad. Desde la época en que los primeros colonos blancos se asentaron en estas orillas escapando de la corrupción del “viejo mundo”, la grandiosa autoimagen americana ha sido alimentada por profundos manantiales religiosos.

En la década de 1980, Ronald Reagan se ganó los corazones de los estadounidenses jugando esa carta de manera experta, cómo sólo un actor sabría hacer. Una y otra vez, con una voz palpitante y una lágrima en los ojos, nuestro presidente-actor se refirió a Estados Unidos como a «una ciudad en una colina», como a la «última y mejor esperanza» del mundo. Los triunfalistas son los herederos ideológicos de la presidencia de Reagan. Creen a pies juntillas la retórica pomposa de Reagan y quieren convertirla en una política mundial. A lo largo de las dos últimas décadas, la política norteamericana ha pasado cada a depender vez más a manos de gente que considera a Estados Unidos como una nación providencial y que se consideran a sí mismos como una vanguardia mesiánica con la tarea de abrir la marcha hacia el futuro. Esa tarea puede no quedar-

se únicamente en la intervención militar y la explotación económica; también puede incluir formas de agresión cultural destinada a cristianizar a los pueblos “paganos” de Oriente Medio y otros lugares. Cuando George W. Bush declaró la guerra al terrorismo en 2001, anunció que se trataba de una “cruzada”. Por respeto a la opinión pública musulmana se retiró la palabra. Pero puede que, después de todo, no se tratase de un lapsus. Hay mucha gente en Estados Unidos que está dispuesta a que la guerra contra el terrorismo se convierta en una guerra por la cruz.

La política es el derecho a mandar. Pero los nuevos triunfalistas de Estados Unidos no sólo proclaman su derecho a mandar, sino el derecho a especificar un destino que es radicalmente distinto del que desde hace tiempo han buscado las naciones industrializadas. Ésa es la razón por la que nada de lo que Washington dice sobre su política exterior puede aceptarse tal cual. Hay que comprenderse la motivación ideológica que alimenta esa política. Como cualquier otro régimen imperial de la historia, los triunfalistas de Estados Unidos persiguen transformar el mundo a su imagen y semejanza. Desean purgar al mundo moderno de toda tendencia colectivista y de estado del bienestar, como si dichas tendencias fuesen obra del diablo. En realidad consideran una herejía cualquier forma de ordenación económica que se desvíe de la ortodoxia de mercado, y que debe ser arrancada de raíz. La suya es una cruzada contra todo aquello que la gente ha hecho en la era moderna para convertir al Gobierno en un instrumento de interés público. Según su concepción del mundo, eso es lo que la “libertad” requiere.

Si los triunfalistas se saliesen con la suya, los poderes del Gobierno deberían estar totalmente a disposición de quienes ocupan los altos sitiales de la economía corporativa. Consideran que los ricos son los únicos “creadores de riqueza” del mundo. Y por ello, todas las leyes, instituciones y políticas deben ajustarse a sus intereses. El destino del resto de la pobla-

ción es vivir sus vidas como obedientes empleados y sirvientes complacientes de unos pocos y poderosos individuos, sufriendo en silencio las fluctuaciones por las que pueda atravesar el mercado global, manteniendo o perdiendo sus empleos, sus hogares y su posición social, tal y como lo dicte la economía corporativa mundial.

Ideas así constituyen un giro radical con respecto a la historia moderna. Durante más de un siglo, las sociedades modernas han ido dando forma de manera intermitente a un contrato social cuyo propósito es compartir la riqueza de las naciones de manera equitativa entre todos los que han contribuido con su trabajo, su pericia, su capital y su servicio. Los objetivos de ese contrato han sido estabilizar las economías, proporcionar una red de seguridad para aquellos que atravesasen tiempos difíciles, ocuparse de la salud pública, proporcionar una educación decente para todos, proteger las bellezas y recursos naturales de nuestro planeta, y aumentar los servicios y comodidades cotidianas. Las antaño revolucionarias palabras que conforman la base de todos esos objetivos deberían ser tanpreciadas para conservadores como para liberales: “*Liberté, égalité, fraternité*”. «El derecho a la vida, a la libertad, y a la consecución de la felicidad». En lugar de ello, el nuevo liderazgo triunfalista de Estados Unidos ha llegado para reemplazar ese contrato social con una política que nos devolverá al darwinismo social del todos contra todos de la década de 1890. Ha desaparecido cualquier forma de igualitarismo, cualquier asomo de justicia compensatoria o de socialdemocracia. Los triunfalistas nos impondrán un nuevo tipo de feudalismo muy industrializado según el cual nosotros deberemos someternos a los intereses de vastas corporaciones baroniales.

Y con ese “nosotros” no me estoy refiriendo únicamente a Estados Unidos. El proyecto que han asumido los líderes triunfalistas de Estados Unidos se extiende más allá de las fronteras de ese país. Como servidores de las grandes corporaciones norteamericanas que han construido la economía

global, intentan eliminar todo ideal social que represente una competencia. Sustituir esas alternativas con la ortodoxia de mercado es, según su parecer, el orden natural de la cosas, un movimiento de la historia que trasciende los intereses de las naciones. El acceso de los Estados Unidos a los mercados globales significa la eliminación de toda institución, de toda restricción creada para defender los intereses públicos. Eso es lo que la victoria de los mercados significa para la comunidad empresarial estadounidense y sus servidores políticos de la derecha: la abolición de la legislación salarial y laboral (incluyendo las prohibiciones contra el trabajo infantil), la subversión de toda protección medioambiental, el final de la regulación de los beneficios, la expansión sin impedimentos del control monopolista en todas las áreas del comercio, las finanzas, las comunicaciones y la manufacturación. Eso significa la privatización y comercialización de todo, hasta que nos hallemos en un mundo en el que no existirá ningún poder que haga frente a los privilegios de la propiedad corporativa. Intoxicados de un fervor cuasi religioso, los triunfalistas de Estados Unidos han llegado para crear un orden mundial basado, no en la consulta y el diálogo, sino en la fuerza unilateral y la subyugación jerárquica.

Si, para alcanzar el imperio que buscan, Estados Unidos sólo contase con su poder económico, ya resultaría bastante preocupante. Pero con la segunda guerra del Golfo hemos traspasado un límite. Los triunfalistas están ahora preparados para hacer uso de la fuerza bruta militar al servicio de sus objetivos expansionistas. Su desdén sin ambages por los antiguos aliados de este país debería servir de aviso acerca de lo lejos que están dispuestos a llegar para presionar a su favor. Quienes creen que la potencia militar estadounidense está reservada para países tercermundistas como Irak o Corea del Norte, y que nunca se utilizará para intimidar a los europeos, los japoneses o a los chinos, están suponiendo que los triunfalistas demostrarán más moderación diplomática de la que son capaces.

Son hombres impetuosos impulsados por una furia ideológica, y decididos a aprovechar el momento y la oportunidad que la historia ha puesto en sus manos.

A falta de una contención inteligente por parte de otros países, Estados Unidos amenaza convertirse en una nación delincuente. Algunos dirán que ya lo es. Esta tendencia puede seguir vigente a pesar de los cambios de administración en Washington. A lo largo de la próxima década, el Partido Republicano —el principal centro de la influencia triunfalista— puede perder una o dos elecciones; puede que la velocidad del avance imperial estadounidense sufra algún retraso de vez en cuando. Los triunfalistas hallarán obstáculos en su camino, así como desvíos imprevistos. El dinero y el poder de los votos que tienen a su disposición no les abandonarán fácilmente. Esos factores seguirán presentes incluso si la Casa Blanca cambia de manos o si el Partido Demócrata obtiene la mayoría en el Congreso.

La presidencia de George W. Bush debe considerarse como una lejana señal de alarma acerca de las poderosas fuerzas que están fermentando en las profundidades de la comunidad empresarial estadounidense y entre los creadores de opinión estratégicamente situados, que dominan cada vez más los medios de información. En la segunda guerra del Golfo hemos vislumbrado un escenario aterrador. Como si fuesen nubes de tormenta concentrándose en el horizonte, presenciamos la amenazadora perspectiva de un poder norteamericano fuera de control. Puede que no pase mucho tiempo antes de que nos descubramos viviendo en un mundo en el que las decisiones se toman de manera unilateral en Washington, tras puertas cerradas, con el resultado de cambios de regímenes mediante guerras preventivas y prolongadas ocupaciones militares norteamericanas en todos los rincones del mundo. Y todo ello con un descarado estilo socarrón que se burla de la contención inteligente demostrada por otras naciones, tildándola de cobardía.

El cambio de régimen, cuando se aplica mediante la agre-

sión armada o mediante espionaje, nunca resulta fácil de justificar, aunque no representa una novedad en la política exterior norteamericana. Durante la guerra fría, Estados Unidos echó mano de las operaciones encubiertas para derrocar gobiernos no complacientes en muchos rincones del mundo. Resulta significativo, de cara a nuestro futuro en Oriente Medio, que en 1953 la CIA diseñó el golpe que derrocó un gobierno elegido democráticamente en Irán, plantando las semillas de las que surgiría un vengativo fundamentalismo islámico. En el pasado, algunos justificaron la brutalidad de esas políticas basándose en que el rival de la guerra fría era igual de sigiloso y brutal. Estados Unidos combatía el fuego con el fuego. Aunque uno apoyase esa opinión, la desaparición de la Unión Soviética restó toda la fuerza moral que pudieran contener los argumentos en favor de la subversión y las agresiones encubiertas. No obstante, mientras los líderes políticos predicán en Estados Unidos el evangelio de la libertad con fervor bíblico, las fuerzas de la derecha de la política norteamericana están optando por políticas que conllevan una amenaza a la libertad de otros pueblos. Estados Unidos se está convirtiendo rápidamente en su propio peor enemigo, en una nación que está destruyendo todas las reservas de confianza y admiración que pudiera conservar.

¿Hay algo que pueda interponerse a las pretensiones imperiales estadounidenses? Por razones de las que hablo más adelante, no puedo creer que el pueblo de Estados Unidos, y mucho menos sus desinflados líderes liberales, puedan hacer algo más que ofrecer una débil resistencia frente a los planes triunfalistas. En las fuerzas liberales de Estados Unidos y entre el público en general ha habido una falta de nervio, un fracaso intelectual. Para poder detener el avance triunfalista, los pueblos de otras tierras deberán ayudar con ideas, ejemplos, críticas, y tal vez con un desafío abierto en el campo diplomático, económico y cultural. Deben poder llegar a considerarse como el electorado global norteamericano, tan preocupado por las decisiones que se

toman en Washington como en sus propias capitales. Crear este amplio electorado redundará en su propio beneficio si quieren conservar su libertad y su dignidad nacional. Al igual que cualquier devastador desastre natural –inundaciones, hambrunas, terremotos–, el triunfalismo estadounidense debe ser enfrentado con una respuesta crítica internacional.

Necesitamos un diálogo sobre el futuro de la industrialización global que presente una alternativa humana a la idolatría de miras estrechas que la élite empresarial norteamericana demuestra por el libre mercado, y que alimenta su maquinaria triunfalista. Además, debemos hallar maneras consensuadas para controlar las decisiones acerca del uso de la fuerza, de modo que el enorme poder que ahora pertenece únicamente a Estados Unidos no caiga en manos de cualquier facción ideológica impredecible que acierte a hacerse con la Casa Blanca. Mi esperanza radica en que este ensayo proporcionará parte de la comprensión necesaria que necesitan los pueblos de otras tierras a fin de lanzar este diálogo.

1. LA MATRIZ DE ATAQUE MUNDIAL ESTADOUNIDENSE

«El derrocamiento de Saddam proporciona una nueva oportunidad para un Oriente Medio diferente. Pero si ese futuro diferente para Oriente Medio tiene alguna posibilidad de convertirse en realidad, nosotros y nuestros aliados debemos realizar un compromiso generacional para ayudar al pueblo de Oriente Medio a transformar su región. Ése es el desafío de seguridad –y la misión moral– de nuestro tiempo.»

CONDOLEEZZA RICE,
asesora de Seguridad Nacional de George W. Bush,
hablando en Houston, Texas, el 8 de agosto de 2003.

«Somos un imperio benévolo único. No se trata de una mera autoalabanza; es un hecho que se manifiesta en la manera en que los demás dan la bienvenida a nuestro poder.»

CHARLES KRAUTHAMMER,
periodista neoconservador, en *The Weekly Standard*,
el 4 de junio de 2001.

Las guerras en mi vida

Nací en 1933, el año en que tanto Franklin D. Roosevelt como Adolf Hitler llegaron al poder. En esa época, mi padre era uno de los “hombres olvidados” de Estados Unidos, uno de los millones de desempleados, empobrecidos y desesperados a causa de la Gran Depresión. Para mi familia, el *New Deal* de Roosevelt tuvo un significado claro y tonificante. Fue un atrevido programa demócrata que produciría las mayores reformas de la historia del país. Pero mientras la administración Roosevelt luchaba por superar el ahogo económico del país, en Europa se desencadenaba otra crisis que resultaría mucho más eficaz —a costa de mucha sangre y dinero— a la hora de acabar con la Gran Depresión. El nazismo se dirigía hacia una guerra que cambiaría más la faz de Estados Unidos que todas las reformas del *New Deal*.

Cuando alcancé una edad más que suficiente para poder reflexionar acerca de lo que sucedía a mi alrededor, la deriva hacia la guerra ya era imparable. Todo lo que aprendí en mi infancia acerca del mundo estuvo profundamente influido por la experiencia de la guerra, por la guerra inminente primero y luego la real. Como todos los niños, crecí siendo muy patriota, y por buenas razones. Durante la segunda guerra mundial llegué a ver a mi país como el defensor de la civilización. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, a finales de 1941, nuestros aliados habían sido derrotados o eran naciones ocupadas que debían ser rescatadas de agresores fascistas e imperialistas que representaban lo que todavía hoy en día sigo considerando como una maldad intolerable. Luego, durante la guerra fría que siguió, consideré todo el mundo como algo vulnerable e indefenso. Acepté las políticas de mi Gobierno sin asomo de duda, es decir, que la guerra fría era culpa únicamente de la Unión Soviética, que todas las naciones en todas partes necesitaban que Estados Unidos las defendiese de la subversión comunista y de la agresión soviética. El absolutismo moral hace

fácil presa en los jóvenes, y sobre todo cuando las condiciones objetivas dan la impresión de que la elección resulta clara. ¿Podía dudarse de que, si Estados Unidos no se hubiera convertido en el gendarme del mundo, muchos millones de personas habrían sido invadidos y sometidos, al igual que los de la Europa oriental?

A lo largo de toda mi juventud, sin darme cuenta, fui cargando con una actitud que pertenecía a una generación anterior de norteamericanos. Era la actitud que mi padres heredaron de la primera guerra mundial, cuando las naciones de Europa eran consideradas por Estados Unidos como sociedades moralmente decadentes, carentes de la voluntad, la fuerza y la virtud para solucionar sus propios problemas. Tal y como proclamaba una famosa canción de 1917: «Llegan los yanquis, llegan los yanquis, y no nos marcharemos hasta que allí se arregle todo». ¿Y cuándo se “arreglaría”? No hasta que los yanquis hubieran hecho el mundo lo suficientemente seguro para la democracia y puesto a Europa en el camino correcto. En ese momento los yanquis regresarían a casa lo más rápidamente posible.

No fui consciente de los temas subyacentes a la guerra fría hasta mis años en la universidad, sobre todo acerca de la carrera armamentística que amenazaba la supervivencia de la humanidad. Poco a poco me fui volviendo más escéptico y crítico. Y finalmente, la guerra de Vietnam me transformó en un crítico social dispuesto a poner en causa todo aquello que mi Gobierno me decía.

Todavía nos referimos a ese período como a “los sesenta”. A pesar de toda la alteración existente en Estados Unidos en aquella época, padeciendo una agitación generacional que destabilizó a otros países, en el ambiente se percibía un espíritu de cambio saludable. Cuando finalizó la larga agonía de Vietnam, muchos de nosotros miramos hacia delante, hacia un futuro mejor gobernado por un nuevo programa de valores postindustriales. Tuvimos la esperanza de ver unos Estados

Unidos librándose de la avaricia de las corporaciones y de la violencia de los señores de la guerra del Pentágono. Sólo hace falta mirar atrás y escuchar la música de aquel período para sentir las alegres esperanzas creativas de la juventud. A pesar de toda su ingenuidad, la rebelión contracultural de aquel período estuvo alimentada por un auténtico idealismo. Su objetivo era utilizar la abundancia y el poder tecnológico de una sociedad altamente industrializada para abolir la pobreza y liberar nuestras vidas de las compulsiones de la codicia empresarial y de las políticas de poder. Nunca hubiera predicho que, tras Vietnam, llegaría un tiempo en que volvería a surgir un militarismo ignorante para hacerse con el control del Gobierno de mi país como parte de otra causa obsesiva: la guerra contra el terrorismo.

¿Por qué ha sucedido así?

Ésa es la cuestión a la que este ensayo trata de responder. Digamos, por el momento, que las esperanzas vitales de los sesenta fueron frustradas por fuerzas cuya astucia y poder fueron muy subestimadas por el movimiento antibelicista. La utopía nunca estuvo tan cerca como tantos de nosotros creímos. Incluso antes de que desapareciese el humo de los campos de batalla de Vietnam, los elementos sociales que rechazaban por completo los valores contraculturales ya trabajaban para tratar de revitalizar el complejo militar-industrial de los días de la guerra fría. La comunidad empresarial, los señores de la guerra y una generación más joven de intelectuales de derechas habían empezado a sentar las bases para la reaparición de un conservadurismo que resultaría mucho más persuasivo y más bárbaro políticamente que cualquier cosa que los norteamericanos pudieran haber visto en el siglo xx.

La contracultura, que nunca pasó de ser más que una minoría creativa de su generación, cambió Estados Unidos de muchas maneras que han perdurado. Ayudó a transformar a Estados Unidos en una nación multicultural. Ayudó a crear la atmósfera en la que los derechos humanos podían convertirse

en una causa y no en una mera frase. Lanzó movimientos –de liberación femenina, de liberación homosexual, medioambientales– que permanecen activos en la actualidad. Pero en la década de 1980 los conservadores fueron ganándose la lealtad de cada vez más estadounidenses que habían perdido la fe en los valores sociales liberales. El Partido Republicano recogió los votos sobre todo de votantes blancos de mediana edad, de clase trabajadora, los “demócratas de Reagan”, como se les llamó. Los republicanos también atrajeron a un nuevo y preocupante tipo de electorado: al votante de tema único, gente que acude a las urnas para votar basándose en un tema único y dominante, sin importarle que haya otras cosas en juego. La oposición al aborto, al control de armas, a los derechos de los homosexuales, a los impuestos de cualquier tipo, a prohibir las oraciones en las escuelas, a enseñar la evolución darwinista... mientras que los liberales se quedaron pasmados ante el número de gente para quienes esos temas eran vitales. Los republicanos proporcionaron un hogar a esos votantes disgustados y de miras estrechas, aumentando su indignación y asumiendo sus valores como piadosos y patrióticos. Fue una estrategia para la cual los liberales todavía no han hallado un antídoto.

A lo largo del siglo XX, tres generaciones de estadounidenses, que han considerado la guerra como una maldición que han tenido que soportar a causa de otros países, llegaron a creer que sólo Estados Unidos contaba con la pureza el poder, y la autoridad moral para rescatar a la humanidad. La misión histórica de Estados Unidos era un empeño lleno de hidalguía, el fuerte acudiendo en ayuda del débil.

Recuerdo imágenes de la segunda guerra mundial que captaron este sentido de la luminosa bondad americana. Fotos de cansados soldados estadounidenses descansando entre las ruinas de la guerra, ofreciendo caramelos a chiquillos harapientos

¡Alerta, mundo!

u ofreciendo a una madre angustiada un casco para que pudiera bañar a su bebé. Los soldados, jóvenes y guapos, siempre parecían encarnar una especie de nobleza desmañada y humilde. Eran tipos normales y corrientes que podían haber sido el vecino de al lado, un campeón del equipo de la escuela, un mecánico de coches o un profesor. Eran ciudadanos soldados que habían arriesgado sus vidas en defensa de los indefensos. No había en ellos nada del soldado profesional, del conquistador, del constructor de imperios. No tenían más ambición que ocuparse de sus asuntos, crear una familia y experimentar los placeres simples de la vida. Al final de la guerra les vitoreamos al verles regresar a casa, héroes modestos que desembarcaban cansados de barcos de transporte para abrazar a sus esposas e hijos que les esperaban. Siempre que regresaban de –Europa, Corea, Vietnam– eran recibidos con el convencimiento de que *ésta* sería la última ocasión, de que *ésta* sería la guerra que acabaría con todas las guerras.

A los estadounidenses les gusta un toque humano en medio del horror. En el segundo plano de las fotos que mostraban a nuestros soldados entablando amistad con alguna población devastada por la guerra, podía observarse una ciudad que los aviones y tanques americanos habían convertido en cascotes. Tal vez habían muerto miles de civiles a causa de la violencia llovida desde los cielos. Pero eso no era culpa de Estados Unidos; lo hicimos para matar a los malos. A nadie se le habría ocurrido echar la culpa a Estados Unidos por tamaña destrucción. Y ahora que habíamos derrotado al agresor, recogeríamos nuestros bártulos, nos curaríamos las heridas y nos iríamos a casa.

¡Vuelve, Shane!

Los norteamericanos siempre van a la guerra para acabar rápido y regresar a casa. La película *Horizontes lejanos*, de

1952, encarna nuestro mito nacional clásico. Shane, el joven héroe rubicundo vestido de ante blanco, entra en el pueblo cabalgando, se pone al servicio de los granjeros amenazados y de sus familias, y acaba cargándose a todos los villanos en un tiroteo. A continuación, y aunque malherido, se dirige a caballo hacia las distantes montañas, sin ni siquiera esperar a que le den las gracias. El chiquillo que le ha convertido en su héroe le sigue a través de la llanura, que se va oscureciendo paulatinamente. «¡Vuelve, Shane, vuelve!». Pero Shane continúa cabalgando.

Ahora, en los albores del siglo XXI, los estadounidenses se solazan una vez más con esa sensación de poder y virtud. Observan un vasto y nuevo horizonte de conflicto que se abre ante ellos, en el que Estados Unidos debe desempeñar de nuevo el papel del pistolero justiciero. El conflicto se llama “la guerra contra el terrorismo”, y los malos son ahora peores que nunca. Mientras los ejércitos estadounidenses son enviados a liberar naciones oprimidas y a castigar a personajes canallescos, los ciudadanos patrióticos escuchan la misma llamada desamparada proveniente del pasado: «¡Vuelve, Shane!». Una vez más, importantes cuestiones políticas están siendo presentadas de manera simplista. El presidente (nuestro pistolero en jefe) nos emplaza a la guerra con un deje afectadamente tejanero. «¡Desenfunda!», le dice a Saddam Hussein desde una distancia prudencial y suficientemente alejada. A los malos se les considera poco más que maníacos homicidas cuya hostilidad no tiene fundamento y cuya violencia carece de sentido. Los terroristas barbudos y morenos se han convertido en los nuevos nazis, en los nuevos comunistas. Osama Bin Laden y Saddam Hussein ocupan un lugar junto al káiser alemán, Adolf Hitler y Stalin.

El estadounidense de la calle cree inocentemente que la tarea de eliminar al terrorista enemigo se llevará a cabo rápidamente. Los presidentes y generales estadounidenses siempre prometen guerras cortas. Incluso Vietnam se suponía una gue-

rra corta. Lo mismo prometieron con Irak. La lucha contra el terrorismo, nos han avisado, puede continuar de manera indefinida, pero cualquier acción armada —en Afganistán, Irak, Siria, Irán— finalizará en un periquete. A diferencia del caso de Vietnam, el presidente y sus asesores militares insistieron en que Estados Unidos contaba con la voluntad y las armas modernas suficientes como para ganar la guerra de manera rápida y eficaz. Cuando el 3º de Infantería partió hacia Irak en marzo de 2003, un cartel en la puerta principal de su base rezaba: «Dadles fuerte y volved en seguida a casa».

Así que las tropas se movilizan y reemplazan; los campamentos se trasladan; las armas se actualizan. Todo sucede como si fuesen sucesos normales que tienen lugar en sitios remotos. Llega un momento en que el público se olvida de que Estados Unidos tiene cientos de miles de soldados en servicio permanente en más de cien campamentos y bases alrededor del mundo. Hasta que el gobierno de Corea del Norte se mostró conflictivo, con sus ambiciones nucleares, pocos estadounidenses eran conscientes de que en Corea del Sur hay más de 30.000 soldados norteamericanos estacionados, donde han permanecido durante más de quince años (y todavía son menos conscientes de que los surcoreanos preferirían verlos de vuelta en su país). Sospecho que tampoco son muchos los que saben que todavía quedan 60.000 en Alemania, y 20.000 *marines* en Okinawa, Japón. El público parece tener una conciencia vaga y difusa acerca de que su nación se ha ido convirtiendo en la potencia militar más extendida por el globo desde la época del Imperio británico.

Tras la segunda guerra mundial, el ejército estadounidense ha sido el hecho más predominante en las relaciones internacionales. Ningún analista experto espera que eso vaya a cambiar en un futuro próximo. Pero el papel de ese ejército ya no es el que era, una fuerza que participaba en alianzas. Su utilización está siendo determinada de manera unilateral con respecto a la tecnología de armamentos y localizaciones estratégicas. El plan maestro de lo

que la CIA denomina “la matriz de ataque mundial” implica trasladar tropas desde los países europeos escasamente dispuestos a colaborar, y de los inestables estados del Oriente Medio, para llevarlas a “localizaciones operativas avanzadas” y “bases distribuidoras” donde se pueden comprar acuerdos a largo plazo con gobiernos pequeños y necesitados. Eso incluye estados de Oriente Medio como Qatar, Bahrain, Kuwait, Tayiquistán, y Kirgizistán. Las exrepúblicas soviéticas están demostrando ser lugares especialmente atractivos para la obtención de los derechos de instalación de bases. Los militares estadounidenses están ahora llevando operaciones de “entrenamiento y equipamiento” en la república de Georgia, donde esperan que los georgianos establezcan el Cáucaso. Países pequeños y pobres como Sierra Leona y Yibuti están en la lista de los que se espera que proporcionen “campos de maniobras” desde los que el Pentágono pueda “lanzar” tropas hacia lugares problemáticos. Filipinas y Australia también están siendo convertidas en bases. En algunos casos, los militares se conforman con instalaciones mínimas. Bastará con una mera pista de aterrizaje, desde donde catamaranes de alta velocidad podrán transportar a miles de soldados durante cientos de kilómetros por mar abierto en un solo día.

Aparte de eso, habrá tropas acantonadas en Bulgaria, Polonia, y Rumanía –la “nueva Europa”, como las denominó en una ocasión Rumsfeld, el secretario de Defensa–, países dispuestos a alquilar sus territorios y a no dar problemas. En muchos casos, estas bases se mantendrán con una fuerza mínima presente, pero estarán disponibles como zonas de almacenamiento y escala para equipo pesado. La intención declarada tras esa política de bases estadounidenses es la necesidad de una respuesta rápida frente a los impredecibles ataques terroristas. Pero el hecho es que una fuerza militar tan colosal va a desempeñar un papel todavía más importante en negociaciones internacionales de todo tipo. Estados Unidos está desarrollando “intereses” en los rincones más perdidos y remotos del mundo. A principios de 2004 aparecieron en la prensa informes

acerca del amplio programa de formación y de actividades antiterroristas que las fuerzas especiales estadounidenses están llevando a cabo en África del Norte: en Argelia, Malí, Chad, Níger, Mauritania, Marruecos y Túnez. Esta región, que consiste sobre todo en el desolado Sáhara y en el Sahel, ha sido identificada como un importante centro de reclutamiento de Al Qaeda. También en el continente africano, Yibuti, un país que la mayoría de estadounidenses no podría señalar en un mapa, alberga ahora un destacamento de 1.600 efectivos que controlan el Cuerno de África. Y además, todavía menos visible, está la prolongada “guerra contra las drogas” que Estados Unidos lleva desarrollando, sobre todo mediante fuerzas contratadas, en Colombia. Esta expansión global del poderío militar estadounidense —dentro del contexto de una estrategia de seguridad preventiva (“disparar primero y preguntar después”)— ha tenido lugar tan rápidamente que los analistas del Center for Strategic and International Studies se han referido a ella como a «una especie de *big bang* militar».

Confieso que estoy anonadado ante lo que Estados Unidos ha puesto en marcha desde los ataques del 11 de septiembre de 2001. En unos pocos años, y con el pretexto de defenderse contra un peligro enorme pero difuso llamado “terrorismo”, los militares estadounidenses han creado unilateralmente, con una velocidad maníaca, una vasta y costosa red de alianzas, bases, contratos, inversiones, e instalaciones en todos los lugares del mundo. Aunque demoníaco, se trata de un logro asombroso. Pero si el terrorismo es una amenaza que pende sobre todas las naciones, ¿por qué no se percibe ese esfuerzo como un empeño internacional, algo en lo que todo el mundo tenga interés y por lo que estén dispuestos a asumir una responsabilidad colectiva? ¿Y cómo es que este esfuerzo se ocupa tan poco de tratar las causas de raíz del terrorismo? Los Osama Bin Laden del mundo puede que nunca quieran llegar a un acuerdo con los países occidentales, pero hay otros en el mundo árabe, incluyendo “la calle árabe”, como ha sido deno-

minada, que seguramente no están fuera de nuestro alcance para poder comunicarnos con ellos. ¿Es que resulta demasiado difícil preguntarles por qué se muestran tan hostiles? Sí, desde luego, están ésos de Washington que piensan que no es necesario preguntárselo. Creen que ya están en posesión de la mejor medicina para los males del mundo. “Mercados”, insisten. O “democracia”, que para ellos quiere decir economías abiertas a un acceso corporativo ilimitado. Pero ¿y si precisamente la receta es una de las causas del descontento? ¿Cómo pueden estar tan seguros de que su ideología es de talla única?

Armas, bases y tropas se encuentran entre las mayores y más importantes exportaciones políticas estadounidenses, siendo el principal medio con que cuenta la nación para afirmar sus intereses. Al final de la segunda guerra mundial, estacionar tropas en el extranjero podía presentarse ante el público como un gesto generoso e idealista, un regalo para las naciones necesitadas de protección. Pero en el siglo XXI hay algo que ha cambiado. El paisaje está adquiriendo unos contornos confusos y amenazadores. En pocas palabras, los norteamericanos sienten que la guerra contra el terrorismo no está produciendo los aplausos internacionales que esperábamos. En lugar de ello, los pueblos de todo el mundo parecen muy críticos, incluso hostiles. A veces se comportan como si tuviesen más miedo de Estados Unidos que de cualquier otra cosa. Este criticismo sorprende y encoleriza al “pueblo” estadounidense, que cree sinceramente que está realizando grandes sacrificios por el bien de los demás. ¿Por qué, entonces, hemos dejado de ser la nación más admirada y querida? A medida que la guerra de Irak va rechinando cada vez más, la televisión norteamericana presenta una y otra vez entrevistas con las familias de soldados caídos. Como niños articulando un catecismo bien aprendido, las familias proclaman, con lágrimas en los ojos, que sus seres queridos murieron para liberar al pueblo iraquí, una causa que nunca hubieran reconocido sólo unos pocos años antes. Las declaraciones suenan huecas, un esfuerzo

fútil de hallar consuelo. ¡Y cómo debe encolerizarles el hecho de que en ese mismo noticiario aparezcan imágenes de multitudes de iraquíes ocupando las calles y pidiendo a gritos que los americanos se larguen a su casa!

Frente a tamaña ingratitud, el público puede volverse petulante. Justo por debajo de la superficie, los estadounidenses ocultan fuertes instintos xenófobos que pueden emerger con mucha facilidad. A los estudiantes de mis cursos de Historia siempre les hace gracia enterarse de que, al estallar la primera guerra mundial, cuando Estados Unidos se preparaba para luchar contra los “hunos”*, nuestro gobierno se embarcó en un esfuerzo por rebautizar todo lo alemán. Bajo las órdenes del presidente Woodrow Wilson, los frankfurt pasaron a llamarse “perritos de la libertad”, y el chucrut se convirtió en “col de la libertad”. Me pregunto si a mis estudiantes les parecerá igual de estúpido lo que ha ocurrido en nuestros días, en el período previo a la segunda guerra del Golfo. En esta ocasión, los patrióticos políticos y los *pundits* de la prensa tomaron a Francia como objeto de reforma en cuestión de vocabulario. Se propuso que las *French fries* (patatas fritas) pasasen a ser *freedom fries* (patatas de la libertad) y que las *French toast* (torrijas) se convirtieran en “torrijas de la libertad”. Otros pidieron un boicot de las importaciones francesas, y algunos ultrapatriotas aparecieron en televisión vaciando botellas de Dom Perignon por el retrete. En un picnic en la Casa Blanca se sirvieron perritos calientes, pero se prohibió la mostaza de Dijon, aunque la fabricase una empresa estadounidense. Un anuncio televisivo de una cadena de comida rápida que ha dejado de servir *French fries* anuncia las derrotas francesas: Waterloo, la guerra franco-prusiana, la segunda guerra mundial, Vietnam. «¡No servimos comida de perdedores!», proclamaba el anuncio.

* *Huns*, “hunos”, término inglés despectivo para designar a ciudadanos alemanes. (N. del T.).

¿Qué habían hecho los franceses para merecer semejante tratamiento punitivo en 2003? Se habían atrevido a afirmar su derecho a seguir su propia política extranjera. Habían obstaculizado los esfuerzos de la administración Bush para obtener el apoyo de las Naciones Unidas para su guerra en Irak. Seguieron sin estar convencidos de que Irak significase una amenaza seria para otros países. A los ojos de políticos tan importantes como el secretario de Estado norteamericano, una independencia tan imprudente era razón suficiente para lanzar una campaña de ridiculización y hostilidad contra el aliado más antiguo de Estados Unidos. Claro está, el gobierno francés no era el único en resistirse al esfuerzo de guerra estadounidense; pero era el más sincero a la hora de comunicar las simpatías de su pueblo. Y a fin de cuentas, hablar en nombre del propio pueblo, ¿no es una interpretación aceptable de lo que debe ser un gobierno democrático? Si los jefes de estado de todas las naciones que dieron pruebas de su apoyo a Estados Unidos en la segunda guerra del Golfo hubieran expresado la auténtica voluntad de sus pueblos (que se manifestaron a centenares de miles en las calles), Estados Unidos se habría hallado solo. Ni siquiera habrían podido reunir el apoyo de los pocos gobiernos que ofrecieron sus declaraciones de apoyo a la guerra de George W. Bush. El único modo en que pudo decirse que en la guerra de Irak participó una “coalición” fue mediante el engaño y la exageración. Ni siquiera los ingleses o los españoles, donde la resistencia popular a la guerra fue tan grande que podría haber acabado con sus gobiernos, se habrían alineado con Washington.

Pero nada de todo eso habría importado. La administración Bush se mostró tan terca y unilateralista al tratar el tema de Irak como en otras cuestiones de política exterior; no tenía interés alguno en obtener la aprobación de otras naciones, ni en consultarlas. Tal y como George W. Bush dijo, sin rodeos: «Todas las naciones, en todas las regiones del mundo, tienen una decisión que tomar. O están de nuestra parte o están de

parte de los terroristas». Hablando en la Catedral Nacional de Washington unos días después del ataque del 11 de septiembre, Bush declaró que el objetivo estadounidense había alcanzado proporciones míticas; se trataba ni más ni menos que de «librar al mundo del mal». La única razón por la que George W. Bush acudió a las Naciones Unidas fue a causa de la súplica desesperada del primer ministro británico Tony Blair, que se hallaba sometido a grandes presiones por parte de su propio partido para que no apoyase una acción preventiva por parte de Estados Unidos. En un momento determinado, a los asesores de Bush se les debió pasar por la cabeza que acudir a la ONU valía la pena, no porque les importase conseguir la aprobación de otros países, sino porque acudir ante el Consejo de Seguridad les daba la oportunidad de ofrecer al resto del mundo una arrogante elección en términos de “o lo tomas o lo dejas”.

No sólo se le dio una “última oportunidad” a Saddam Hussein, tal y como deseaba Washington, sino también al resto del mundo.

Una hegemonía global benévola, nos guste o no

Aparentemente, una bravuconería diplomática de ese calibre por parte de Estados Unidos podría parecer una demostración emocional de disgusto, un arrebato a causa de sus sentimientos heridos. Pero de hecho, la displicencia que se demostró hacia la ONU fue deliberada y estudiada. En Washington trabajan nuevas fuerzas, estrategias políticas que aprovecharon la oportunidad para asomar la nariz en el Consejo de Seguridad. Para los halcones del Departamento de Defensa y del Pentágono, la obstinación de la ONU les ofrecía la oportunidad para iniciar una confrontación con una institución a la que detestaban. Así pues, ante ellos se les presentaba la ocasión de matar dos pájaros de un tiro: la guerra contra Saddam Hussein no sólo le ofrecería a George W. Bush la oportunidad

de jugar a ser el “llanero solitario” frente al mundo, sino que también le proporcionaría una razón para repudiar a las Naciones Unidas por mostrarse débil e incompetente, por ser una barrera frente a las claras intenciones de Estados Unidos de extender su poder por todo el planeta. Un año después, claro está, Estados Unidos regresaba ante la ONU pidiendo dinero para continuar la ocupación iraquí. Al realizar esta petición Washington tenía todas las de ganar. Si le ofrecían el dinero, sería como reconocer que había tenido razón. Si no se lo daban, eso demostraría la terquedad e inutilidad de la ONU.

Ése era el propósito subyacente a la segunda guerra del golfo. El camino de Bagdad era el camino hacia la supremacía global estadounidense. Ya en 1996, en Estados Unidos había elementos derechistas que hablaban acerca de imponer una “hegemonía global benévola” en el mundo. La frase pertenece a Robert Kagan y William Kristol, y apareció en *Foreign Affairs*. Irak ofrecía precisamente esa oportunidad. Al resistirse a lo que la administración Bush pretendía, las Naciones Unidas no hicieron sino acelerar el momento en el que Washington se sintió libre para desechar la organización –junto con la OTAN, y la Unión Europea– como irrelevante. Había llegado el nuevo siglo estadounidense, y cuanto antes lo reconociese el mundo, mejor.

No obstante, frente a un acoso diplomático sin precedentes, la mayor parte del mundo siguió haciendo frente a Bush y compañía, y no porque apoyasen a Saddam Hussein. La opinión pública mundial condenaba al tirano iraquí de manera tan unánime que uno no podía sino preguntarse cómo alguien tan odiado podía haber alcanzado el poder. Lo cierto es que Saddam fue una criatura fabricada por el propio Occidente. Fue elevado al liderazgo y reforzado en su posición por las mismas naciones –incluyendo Estados Unidos– que finalmente acabaron descubriendo que era moralmente repulsivo. Contamos con fotografías de Saddam Hussein siendo calurosamente recibido en la Casa Blanca por Ronald Reagan. Donald Rums-

feld buscó su apoyo. En aquella época Saddam era nuestro aliado incondicional en Oriente Medio. Pero la Administración Bush pasó por alto todo ello en su carrera hacia la guerra. En todas las sesiones informativas y ruedas de prensa anteriores a la guerra se notaba la atmósfera cargada de exultación. “Hacerlo por nuestra cuenta” puede ser una experiencia intoxicante, casi como alcanzar la mayoría de edad y sentirse totalmente adulto y poderoso.

Durante los próximos años los triunfalistas pueden continuar engañándonos acerca de sus verdaderas intenciones, ofreciendo distintos cuentos en cada ocasión para explicar sus acciones. La administración Bush ha demostrado lo lejos que los líderes políticos pueden llegar al contradecirse a sí mismos. ¿Por qué inició George W. Bush la guerra de Irak? Se supone que para eliminar las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein. Cuando no se hallaron dichas armas se inventaron otras razones: para descabalar a un malvado del poder... u otra todavía más buena, para llevar la democracia al Oriente Medio. En el mundo de la publicidad eso se llama “artículo gancho”. Anuncias una cosa, pero cuando aparecen los clientes, les engañas para que compren otra cosa que cuesta más. Si en las elecciones de 2000, George W. Bush hubiera propuesto que el país se lanzase a una guerra para llevar la democracia a Irak, no hubiera obtenido ni un solo voto. ¿Por qué el pueblo estadounidense iba a pensar que le debía algo a Irak? En cualquier caso, dudo que tras los despachos cerrados de Washington los estrategas políticos pierdan mucho tiempo diseñando el futuro democrático de Irak. Cualquier régimen que proporcione un mercado abierto para las inversiones estadounidenses pasará como “democrático” para ellos. Aparte de todo eso, si permitiesen que los iraquíes disfrutasen de unas elecciones libres, la mayoría chií probablemente votaría para convertirse en una nación separada. Así que los partidarios de la guerra utilizan equívocos y tratan de confundir. Insisten en que no tienen ningún interés en convertirse en un ejército de

ocupación, y no obstante está claro que nuestras tropas permanecerán en todos los países que ocupemos durante un futuro indefinido. En una importante alocución sobre política exterior en agosto de 2003, la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, definió el papel de Estados Unidos en Oriente Medio como una “misión moral” que requeriría de supervisión durante generaciones.

Washington ha prometido devolver Afganistán al pueblo afgano, e Irak al iraquí, pero nunca permitirá gobiernos que no pueda controlar. Dice que quiere celebrar elecciones libres en Irak, pero sólo si Washington elige primero los partidos que participen en la elección y después de que apruebe al vencedor. ¿No es precisamente ése el tipo de duplicidad de la que antes acusábamos a la Unión Soviética para ocultar su dominio de la Europa oriental? El engaño de los soviéticos demostró tener poca entidad, al igual que las mentiras de Washington. Los triunfalistas pueden llegar a sofocarse mientras niegan como posesos que Estados Unidos sean una potencia colonial, pero sólo hay una palabra para describir un acto de conquista que coloca a una nación victoriosa al mando del pueblo de la nación derrotada, de sus recursos y su gobierno, y esa palabra es “colonial”.

Como siempre ha sucedido con las potencias coloniales, los beneficios del dominio imperial no son compartidos por todos en la nación victoriosa. El público estadounidense todavía no se ha dado cuenta de lo caras que pueden llegar a ser las políticas de conquista y dominación, y de la cantidad de poder que dichas políticas ponen en las manos de los líderes empresariales y militares. Por el momento, todo es ondear de banderas y celebraciones patrióticas, acompañadas de una cháchara interminable acerca del bien que Estados Unidos está haciendo a esos pueblos tan lejanos. Frente a la evidencia más palmaria, la versión oficial es que en todas partes la gente está deseando los beneficios de nuestro liderazgo, y que todas nuestras conquistas son temporales. Si las cosas no acaban de

¡Alerta, mundo!

marchar lo bien que debieran, bueno, es porque existe un cierto “desorden”, tal y como explicó el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, cuando empezó a verse claro que Irak se convertía rápidamente en un cenagal.

Es imposible mantener esta farsa de manera indefinida. ¿Hay alguien que dude que Estados Unidos hallará resistencia en todas las tierras que intente ocupar? Y esa oposición deberá ser suprimida mediante el poder militar y policial de los gobiernos sometidos a Estados Unidos. Hay mucho “desorden” en nuestro futuro. Pero para entonces, las políticas imperiales pueden estar tan profundamente encastadas en la política de Estados Unidos que extirpar de raíz la matriz de ataque global sea más de lo que un público confundido pueda comprender.

El dinero, el cerebro y la fuerza

Tres son las fuerzas sociales que conducen a Estados Unidos hacia la hegemonía global. Podemos referirnos a ellas como el *dinero*, el *cerebro* y la *fuerza electoral* tras el resurgimiento republicano que empezó con la presidencia Reagan.

El dinero proviene de un nuevo y rapaz liderazgo empresarial que se ha hecho con el control de la economía norteamericana. Que el dinero y los privilegios clasistas desempeñen un papel en la política de cualquier sociedad no debería sorprender a nadie. Pero la audacia y la avaricia ilimitadas que empujan a los *corporados*, como los llamaremos, no tiene precedentes en la historia moderna.

El cerebro proviene de una generación emergente de ideólogos de derechas muy militaristas que ahora dominan los gabinetes estratégicos del país y que ejercen una influencia significativa sobre los medios de información, las universidades y el periodismo político. A los integrantes de esta generación les llamaremos los *triumfalistas*. A primera vista, el término “triumfalista” pudiera parecer que está sobre todo relacionado

con la política exterior. Pero como veremos, los elementos hiperconservadores que están decididos a dominar a otras naciones están igualmente obsesionados con aplastar la oposición liberal nacional. Van tras el triunfo total: la supremacía electoral en casa y la militar en el exterior.

Finalmente tenemos a los *fundamentalistas*, que proporcionan la fuerza electoral de confianza que ha llevado al poder al triunfalismo. El papel que las congregaciones religiosas evangélicas y fundamentalistas desempeñan en la actualidad en la sociedad estadounidense es con mucho el elemento más extraño del nuevo cóctel hiperconservador. Los mejor organizados y más activos políticamente entre ellos son los cristianos dispensacionalistas, cuyo horizonte no está en las siguientes elecciones, sino en el Apocalipsis que están seguros de que llegará en cualquier momento. Cuando acuden a votar, están depositando sus votos a favor de la segunda venida de Cristo, que esperan que buenos líderes cristianos, como George W. Bush, acelerarán. Por muy raro que pueda parecer, los evangélicos de este pelaje pueden ser la fuerza más formidable y errática de la política estadounidense.

Cada uno de estos grupos tiene su propio programa, pero se han fusionado con facilidad para perseguir una política que lo que busca es transformar de manera radical el papel del Gobierno, modificar la distribución de la riqueza, reformar la economía global y redefinir el significado de la democracia.

2. LOS CORPORADOS*

«Hemos oído los discursos y metáforas de políticos, banqueros y periodistas conservadores, ensalzando los mercados como máquinas electorales económicas, y a las corporaciones como la selección democrática del mercado... Esos coros fueron *in crescendo* durante la década de 1990 como una versión económica del *Mesías* de Händel. El mercado y la gente son uno y lo mismo. *Aleluya*. Comprar, vender y consumir es la auténtica democracia. *Aleluya*. La voluntad popular se expresa en la ley de la oferta y la demanda. *Aleluya*. El populismo es economía de mercado. *Aleluya*. La oposición al veredicto de los mercados es elitismo. *Aleluya*. Que las naciones y los pueblos de la tierra se regocijen. *Aleluya. Aleluya.*»

KEVIN PHILLIPS,
antiguo asesor del presidente Richard Nixon,
en *Wealth and Democracy*, 2002.

* Corporados. Así en el original. Término que hace referencias a los grandes capitanes de empresa, magnates, y presidentes de las grandes corporaciones y multinacionales estadounidenses con proyección e intereses globales. (*N. del T.*)

Avaricia incorporada

«Estados Unidos da un plazo a las Naciones Unidas.» «Estados Unidos da una última oportunidad a Saddam Hussein.» «Estados Unidos inicia la reconstrucción de Irak.»

Me deja pasmado la manera en que incluso personas inteligentes pueden ser engañadas por titulares como éstos. En los debates del Congreso, en los medios de información e incluso en la prensa no norteamericana, uno puede escuchar constantemente la palabra “América” como si por sí misma significase algo obvio e inequívoco. ¿Pero qué significa “América”? ¿Qué “América”? ¿La América *de quién*?

Se impone un poco de claridad semántica.

En el contexto de la toma de decisiones de alto nivel, la palabra “América” no hace referencia al público en general como si éste hablase con una sola voz. Al igual que el resto de los países que se consideran a sí mismos como democracias, “América” significa quién controla el Gobierno y utiliza ese control para alcanzar sus fines. *Esa* América, la América triunfalista de la que me ocupo en este ensayo no habla ni en mi nombre, ni en nombre de otros millones de estadounidenses. Estados Unidos se halla profundamente dividido en muchos temas, mucho más de lo que los líderes políticos del país están dispuestos a admitir. Y así ocurre con la cuestión de la política de Oriente Medio.

En 2003, la administración Bush se llevó el gato al agua con la segunda guerra del Golfo. Obtuvo aprobación para una guerra que ya estaba decidida a pelear. Los triunfalistas apuntaron a Irak no porque constituyese una seria amenaza para la seguridad de Estados Unidos, sino precisamente por lo contrario. Tras la primera guerra del Golfo, Irak era un país agotado, una potencia de tercera, pobremente gobernada y hundiéndose en la pobreza. Estaba maduro para ser conquistado. Ahora sabemos que los triunfalistas estaban decididos a entrar en Bagdad desde el momento en que George W. Bush se hizo con el poder. ¿Cómo podemos estar seguros de ello? Porque conta-

mos con la autoridad testimonial de aquellos que tienen acceso a información reservada en Washington y que estuvieron presentes cuando se tomaron importantes decisiones en reuniones clave. A principios de 2004, uno de los integrantes del círculo interior de la administración Bush, el antiguo secretario del Tesoro, Paul O'Neill –antiguo director general de la empresa de aluminio Alcoa y un hombre de credenciales republicanas intachables–, reveló que, desde su primera reunión, el Consejo de Seguridad Nacional (al cual pertenecía) hizo del cambio de régimen en Bagdad su prioridad más importante. En entrevistas realizadas con el periodista Ron Suskind (para el libro *The Price of Loyalty*, 2004), O'Neill confesó estar anodado ante la resolución de Bush y sus asesores de invadir Irak. No hubo nunca discusión al respecto. El único problema de la Administración era hallar una manera de reunir el apoyo del país para lanzar la guerra. Nueve meses más tarde, el ataque del 11 de septiembre proporcionó la oportunidad para conseguirlo, aunque claro, también obligó a los triunfalistas a molestarse un poco organizando una campaña preliminar contra los talibanes en Afganistán.

Además, contamos con otro relato iluminador procedente igualmente de un miembro del círculo presidencial, en esta ocasión del propio coordinador antiterrorista de George W. Bush, Richard Clarke. En su biografía de 2004, *Contra todos los enemigos*, Clarke, un votante republicano registrado, que sirvió bajo tres presidentes republicanos, así como con Bill Clinton, deja bien claro que, en la administración Bush, los debates acerca de una acción preventiva contra Irak tuvieron preferencia frente a cualquier discusión importante acerca de Al Qaeda durante meses. Por ello, e incluso tras el 11 de septiembre de 2001, el reflejo más inmediato de los triunfalistas de la Administración fue culpar del ataque de las Torres Gemelas a Irak, y convertir esa acusación en la base para la planificación de la segunda guerra del Golfo. Según Clarke, al día siguiente de los ataques, el secretario de Defensa, Rumsfeld, estaba dispuesto a bombardear Irak.

Clarke no era ninguna “paloma” política; él era precisamente el que aconsejó al presidente Clinton que bombardease los campos de entrenamiento de Al Qaeda y también contra Bagdad. Pero cuando Clarke insistió que, tras el 11 de septiembre, un ataque de represalia debería dirigirse a las bases de Al Qaeda en Afganistán, Rumsfeld respondió que «en Afganistán no hay buenos objetivos, mientras que en Irak hay montones».

El propio George W. Bush ha confirmado la obsesión con Irak que dominaba a sus asesores más próximos. En entrevistas con Bob Woodward para su libro *Bush en guerra* (2003), el presidente explica cómo tuvo que contener a quienes querían declarar inmediatamente la guerra a Irak. Seguramente tuvieron lugar algunas discusiones sobre el tema. Aparentemente hubo un período de un mes, más o menos, a finales de 2001, en que George W. Bush debió ser la figura menos beligerante de la Casa Blanca. Al fin y al cabo, era un hombre de limitada experiencia internacional, que había hecho campaña basándose en una plataforma que pedía el fin de la “construcción de países”. Pero estaba rodeado de un equipo de asesores triunfalistas para los que Irak era la puerta de entrada que daba paso a la dominación del Oriente Medio, piedra angular del imperio americano. Ese debate lo ganaron los halcones, imponiéndose para que Bush se presentase como un “presidente de guerra” en un teatro de operaciones mucho mayor.

En los meses que siguieron al 11 de septiembre, la Administración consiguió convencer a millones de estadounidenses de que Irak representaba una seria amenaza para nuestra seguridad nacional. Los medios de información, que se creyeron a Bush a pie juntillas, se encargaron de difundir historias que advertían acerca del vasto arsenal de armas químicas y bacteriológicas de Saddam Hussein. Gracias al primer ministro Tony Blair, que convirtió a Gran Bretaña en socio minoritario del imperio americano, nos enteramos de la existencia de misiles que podían estar listos para ser disparados en 45 minutos hacia cualquier objetivo de la tierra. Los inspectores de las Naciones Unidas

(retratados normalmente en las noticias como extranjeros torpes y crédulos) declararon que estas afirmaciones estaban por demostrar y que probablemente eran falsas, pero los portavoces de la administración Bush insistieron en que Irak estaba a punto de hacerse con armas nucleares. Las palabras “armas de destrucción masiva” retumbaron como un martilleo hipnótico durante meses en las mentes del público. Otros fueron convencidos por la administración Bush, mediante insinuaciones y rumores, de que Saddam Hussein había ordenado personalmente el ataque del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center de Nueva York, y que estaba preparando más ataques con Al Qaeda. Y hubo otros más que dieron su aprobación a la guerra a causa de su preocupación por la supervivencia de Israel, un tema recurrente en la política estadounidense. Y finalmente, otros millones –tal vez el mayor número de todos– apoyaron a la Administración fruto de su confusión y miedo, aferrándose a esa especie de patriotismo reflejo cuya aparición es inevitable en cualquier sociedad en épocas de crisis nacional.

Con este público no muy definido, la administración Bush consiguió reunir una mayoría abrumadora en favor de ir a la guerra contra Irak. Afirmó contar con una sólida evidencia de que el país corría peligro; apoyó, con toda la fuerza de la Presidencia y de la Junta de Jefes de Estado Mayor, una colección de especulaciones, mentiras, y exageraciones, y luego se trabajó a los obsequiosos medios de información de manera tenaz a través de todos los canales de noticias y de opinión. Al mismo tiempo, la Administración hizo caso omiso de todas las protestas, tanto nacionales como extranjeras, tildándolas de erróneas o desleales.

Así es cómo “América” decidió ir a la guerra en Irak. Ante nosotros tenemos el engaño más pernicioso y autocrático al que se ha sometido al público estadounidense desde que el presidente William McKinley y los editores periodísticos Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst lanzaron al país a la guerra hispano-estadounidense de 1898.

No hace falta decir que todos los políticos, todos los presidentes y todos los miembros del Congreso gustan de pretender que hablan en nombre “del pueblo”. Insistirán en que fueron elegidos para ocupar el cargo gracias a unas elecciones libres y limpias. Pero a pesar de la fachada popular que los políticos de Washington están dispuestos a mostrar frente al mundo, la política estadounidense es un sistema profundamente disfuncional. Si la definición clásica de democracia es: «gobernar con el consentimiento informado de los gobernados», entonces, el sistema político estadounidense a duras penas podría considerarse democrático. Se sigue haciendo ver que las decisiones son el resultado de la voluntad del pueblo. ¿Pero sigue sabiendo “el pueblo” —en número suficiente— cuál es su voluntad? ¿Cuántos de entre ellos pueden señalar la diferencia entre hecho y ficción? Por motivos de los que hablaremos más adelante, existen buenas razones para temer que Estados Unidos está deslizándose rápidamente hacia una era posdemocrática en la que el consentimiento de los gobernados puede comprarse y venderse, diseñarse y falsificarse. Todo lo que resta de la democracia es una tambaleante pretensión levantada a base de gestos y símbolos.

Las técnicas desarrolladas para diseñar el consentimiento bastan para llenar libros enteros. Pero en Estados Unidos todos los medios y métodos de manipulación se reducen finalmente a *dinero*. Y a la hora de ejercer esta clase de poder, nadie puede compararse a los corporados, a los líderes de las grandes corporaciones que ocupan una posición en la sociedad estadounidense parecida a la de los barones del medievo. Eso es lo que pretende señalar el movimiento contrario a la guerra cuando grita: «¡No queremos petróleo a cambio de sangre!». La guerra, decimos, ha sido promovida por un número reducido de intereses financieros que han comprado al Congreso y a la Casa Blanca. Los líderes políticos y militares estadounidenses han insistido mucho en que el petróleo no tiene nada que ver con la guerra, pero esas afirmaciones han sido, claro está, un

vano intento de engañar. ¿Qué intereses podría tener Estados Unidos en Irak si el mayor recurso de ese país fuesen los higos chumbos en lugar de enormes reservas de petróleo? Si los que protestan estuviesen equivocados lo estarían en el sentido de contar con una perspectiva demasiado estrecha al identificar el petróleo como la única razón oculta para entrar en guerra con Irak. Como hemos sabido tras la ocupación militar, existen muchas maneras de obtener beneficios y ganancias en esa tierra derrotada, algunas de ellas potencialmente mejores que el petróleo. Para que el petróleo vuelva a fluir de Irak en cantidad suficiente tendrán que pasar varios años, pero mucho antes de que eso suceda tendremos corporaciones estadounidenses ganando miles de millones de dólares reparando los daños causados por el esfuerzo de guerra y arrojando con otros bienes y recursos de una nación que no tardará en ser considerada por los intereses comerciales como el quincuagésimo primer estado de Estados Unidos.

El poder del dinero corporativo o empresarial ha devenido tan grande que ha convertido a candidatos y políticos en meras mercancías. Eso no significa que la opinión pública y las elecciones no desempeñen ningún papel en la política estadounidense. Pero sí que ese papel se ha convertido en algo tan vulnerable frente a las presiones del dinero que casi carece de un estatus independiente. Si la palabra “América” significa algo cuando hablamos del uso de poder, entonces estamos hablando de la voluntad de los grandes contribuyentes de las campañas y de aquellos que pueden permitirse contar con grupos de presión (*lobbies*) permanentes en Washington.

El dominio del dólar —y antes de eso, en los albores del nacimiento de este país, el dominio de los terratenientes— es el estatus normal de la política estadounidense. Desde los días de los grandes capitanes de industria en el siglo XIX, los corporados han controlado el Congreso y la Presidencia, con tan sólo dos excepciones. Durante la era Progresista de principios del siglo XX —el período de las presidencias de Theodore Roosevelt y Woodrow

Wilson— los destructores de *trusts* corporativos de aquella época se las arreglaron para organizar una efectiva resistencia, aunque temporal, ante los peores excesos de la dominación empresarial. Aquél fue el período en que el poder de los trusts era tan avasallador que incluso el votante estadounidense más ignorante reconocía este hecho. Intoxicados por la actitud de *laissez-faire* de la época, las grandes empresas traspasaron todos los límites de la prudencia, utilizando su control de los ferrocarriles para explotar a millones de granjeros, cargando elevadas tarifas proteccionistas sobre las manufacturas, que permitieron que las empresas manufactureras estadounidenses cobrasen unos precios arbitrarios y muy caros, comprando el poder militar estatal y federal para romper huelgas, y vendiendo al público sin ningún reparo carne contaminada y medicamentos tóxicos. Todo ello provocó una batería de reformas que pusieron fin a los peores abusos. Pero durante la Gran Depresión, unos treinta años más tarde, Franklin Roosevelt, heredero él mismo de una gran fortuna, ridiculizó a los líderes empresariales de aquellos días, tildándoles de “realeza económica” y de “príncipes del privilegio”. El *New Deal* llevó a cargo una guerra abierta contra la comunidad empresarial, responsabilizándola de la depresión.

Durante ambos períodos, el poder del dinero en la política estadounidense fue temporalmente atemperado. La comunidad empresarial, que maldijo a Franklin Roosevelt, tildándole de “traidor a su clase”, se vio forzada a pagar elevados impuestos, a someterse a una rigurosa regulación y a tolerar programas sociales de distribución de la riqueza. Fue un período en el que se cruzó un límite muy importante, todavía en la actualidad, en la política estadounidense. Antes del *New Deal*, los impuestos se utilizaban sobre todo para sufragar los costes del Gobierno y para pagar la defensa nacional. Durante la década de 1930 los impuestos sirvieron, en gran medida, para redistribuir los ingresos entre ricos y pobres. En Estados Unidos esa transición nunca acabó de ser totalmente aceptada por los intereses empresariales, con el resultado de que cincuenta

años después del *New Deal* asomaría la cabeza un decidido movimiento antifiscal cuyo objetivo es acabar con los gastos en programas sociales redistributivos.

El *New Deal* dio paso a una generación de reformas liberales que alcanzaron su culminación en la década de 1960 con el presidente Lyndon Johnson. Johnson, discípulo de Franklin Roosevelt, lanzó una oleada de costosos programas sociales (la Gran Sociedad, como el propio Johnson la denominó) destinados a acabar con la pobreza y a cicatrizar las heridas de las relaciones interraciales en Estados Unidos. Pero sus esfuerzos no se vieron coronados con el éxito debido al descontento del público con su guerra de Vietnam. La política de guerra de Johnson resquebrajó al Partido Demócrata de tal manera que todavía no se ha recuperado, y puede considerarse como el principio de los tiempos difíciles para el liberalismo norteamericano. El fiasco de Vietnam, seguido por el escándalo Watergate, hizo que muchos estadounidenses desconfiasen de tal manera de su Gobierno, que a los conservadores no les costó mucho tomar la delantera sobre sus enemigos liberales. A partir de la década de 1980, los corporados han irrumpido de nuevo en el poder, sin duda considerándose a sí mismos los líderes naturales del país. No sólo han regresado al poder, sino que se han traído con ellos una rapacidad ilimitada, junto con la determinación de llevar a cabo cambios institucionales que formarán parte de la sociedad estadounidense durante generaciones.

El rápido auge de una nueva y rapaz élite corporativa desde la década de 1980 ha redefinido de manera radical el sistema político estadounidense, colocando más poder en las manos de menos personas que en ningún otro momento de la historia desde la era de los capitalistas sin escrúpulos del siglo XIX. En efecto, Estados Unidos está regresando rápidamente a la plutocracia desatada que fue en la década de 1890. En todo caso, los plutócratas son más ricos ahora que nunca. En la actualidad, en Estados Unidos, el 40% de la riqueza de la nación está en manos del 1% de la población. Ese mismo 1% recibe el

13% de todos los ingresos anuales; durante el auge del mercado de valores de la década de 1990, ese 1% superior se llevó el 42% de todos los beneficios, y probablemente fueron los que se retiraron del mercado antes del estallido de la burbuja. En ninguno de los principales países industrializados está la riqueza tan polarizada como en Estados Unidos.

Como factor de importancia en el escenario nacional estadounidense, una riqueza de este tipo acaba teniendo, obviamente, una enorme influencia política. Pero ahora, el rápido despliegue de la globalización económica ha amplificado el poder de la élite plutocrática, convirtiéndola en una fuerza con la que hay que contar en todos los rincones del globo. Mientras tanto, los cambios realizados en las instituciones básicas de la democracia estadounidense que mencionaremos más adelante —el proceso electoral, el sistema de partidos políticos, el control de los medios de información— han provocado que resulte imposible contar con un debate de importancia acerca de política nacional que pudiera poner ante la opinión pública los objetivos de los corporados. Todos estos factores han resultado en un potente asalto corporativo sobre Washington que ha bloqueado a la oposición liberal del país.

*Los superdirectores generales**

Así pues, ¿quiénes son los corporados y qué quieren?

Durante la década de 1980 en el mercado estadounidense apareció una nueva especie de hombre de negocios, sobre todo en los campos de los servicios de corretaje, banca y financieros. Se trataba de empresarios muy codiciosos dispuestos a correr elevados riesgos y a inclinar la ley a su favor con tal de ha-

* SuperCEOs en el original: CEO (*Chief Executive Officer*) sería el equivalente a director general en español. Así pues, los superCEOs serían los directores generales de las grandes empresas multinacionales. (*N. del T.*)

cerse con el control de empresas. Los nuevos hombres de negocios podían tomar la forma de “filibusteros empresariales”, una feroz especie directiva decidida a sustituir a la antigua élite empresarial que, según estos nuevos filibusteros, no sabía nada acerca de las empresas de las que deseaban apoderarse. Algunas de esas empresas, una vez en sus manos, nunca comercializaron ningún producto ni pagaron una nómina. ¿Qué hacían, pues, en el mundo de los negocios? Solían destruir, no construir. Consideraban las empresas como una especie de presa engordada que esperaba ser trinchada y devorada. Una vez a cargo de las empresas secuestradas, los filibusteros empresariales se dedicaban a eliminar puestos de trabajo, recortar beneficios, recortar sueldos y saquear los fondos de pensiones. De igual manera que los ladrones de coches saben que obtendrán más dinero al desmontar los automóviles y vender sus partes que vendiendo todo el vehículo, los filibusteros solían liquidar las empresas que poseían a fin de vender sus activos.

El resultado ha sido un nivel de obtención de beneficios a corto plazo desconocido hasta entonces, que aumenta el valor de las empresas en Bolsa. El precio de las acciones se convirtió en el factor clave en las decisiones comerciales. Forzados a defenderse y a evitar dar la impresión de estar gordos, ser lentos y atrasados —o en algunos casos simplemente a fin de evitar ser absorbidos—, otros líderes empresariales empezaron a imitar a los filibusteros a fin de evitar caer en sus garras. Lo que más le importaba a una empresa era dar la impresión de ser increíblemente beneficiosa, dispuesta a hacer lo que fuese por aumentar sus ingresos. Las empresas no sólo debían obtener elevados beneficios, sino que debían hacerlo *rápidamente*, igual de rápidamente que los filibusteros hacen dinero explotando la velocidad con la que las nuevas redes informáticas mueven las inversiones por todo el mundo. En este nuevo clima empresarial, los directores generales de las grandes empresas —sobre todo de las corporaciones multinacionales— empezaron a ser valorados por su dureza, y sobre todo por su

habilidad para eliminar nóminas, reestructurar empresas y aumentar rápidamente los beneficios.

El director general es la figura más importante en la nueva cultura empresarial. Existen, desde luego, miles de directores generales en empresas grandes y pequeñas, muchos de ellos gente razonablemente honrada que desempeña su labor siguiendo las reglas del juego. Los directores generales de los que hablo aquí son los que suelen dirigir importantes empresas multinacionales. Se han convertido en una clase en sí mismos, agraciados con poder sobre decenas de miles de trabajadores alrededor de todo el mundo, y a menudo formando parte de un oligopolio que domina toda una industria. Tal vez deberían ser llamados "superCEOs". Sin duda, los sociólogos argüirán que un grupo tan pequeño no puede constituir una clase social. Pero si no pueden, lo cierto es que merecen ser considerados como una subcultura bien definida entre los ricos, tan alejada del resto de la comunidad empresarial como antaño lo estuvo la realeza respecto a la nobleza menor. Sin pausa a lo largo de las últimas dos décadas, estas figuras, antes casi desconocidas, han salido de las sombras para convertirse en celebridades. Se les ha otorgado un poder casi absoluto para dirigir sus empresas. Son la voz y el rostro público de sus compañías. Son los empresarios que "presentan" nuevos productos y que a menudo proporcionan una identidad global a sus extensos feudos multinacionales.

Lee Iacocca, jefe de la Ford Motor Company en la década de 1960 y (desde 1978) de Chrysler Motor Company, fue una de las primeras celebridades entre los directores generales. Iacocca fue el primer director general en aparecer en los anuncios televisivos de su empresa. Presentándose como un jefe obstinado, firme y eficiente, que podía mirar cara a cara al público estadounidense, se convirtió en la encarnación de la Chrysler. Durante la década de 1980 pasó a ser una personalidad pública, además de ser un ejecutivo empresarial. En un momento dado, se habló de que se presentaría a las elecciones

presidenciales. El principal logro de Iacocca fue su rescate de la Chrysler, por entonces una debilitada empresa automovilística. Irónicamente para alguien que no dejaba de hablar con autoridad acerca de la libertad de empresa, Iacocca salvó la Chrysler consiguiendo un subsidio estatal para sacar de apuros a la empresa. E incluso insistió en que el Gobierno estableciera una política industrial nacional que proporcionase ventaja competitiva a las empresas estadounidenses. Su rescate de la Chrysler resultó ser un éxito a corto plazo. Finalmente, cuando la compañía fracasó, fue adquirida por Daimler, en una operación que no ha demostrado precisamente ser un éxito.

Iacocca escribió sus memorias a principios de la década de 1990. Su libro se tituló *Hablando claro*. En un determinado momento, al repasar su carrera, se quejaba de cómo estaba cambiando la comunidad empresarial estadounidense. Estaba perdiendo el interés en la producción y poniéndolo en hacer dinero de otra manera, mediante “ingeniería financiera” y la especulación. A los ejecutivos jóvenes, se quejaba Iacocca, ya no les interesaba fabricar coches. Hablaban de propiedades inmobiliarias. Iacocca estaba dándose cuenta del cambio asombroso que tendría lugar en la comunidad empresarial estadounidense durante la presidencia de Reagan. Por muy brutales que hubieran sido los hombres de negocios norteamericanos en el pasado, al menos muchos de ellos tenían tras ellos a grandes empresas que producían bienes de consumo perdurables. Muchos mantenían profundas raíces familiares con su ciudad: J.P. Morgan y los Rockefeller con Nueva York, Andrew Carnegie con Pittsburg, Henry Ford con Detroit, Cyrus McCormick con Chicago. Algunos de ellos incluso se habían dedicado a la filantropía tras amasar una vasta fortuna personal.

Iacocca se dio cuenta de que todo eso se estaba acabando. Presenciaba el final de una era. La manufacturación abandonaba Estados Unidos. Estaba siendo exportada a zonas del mundo con salarios bajos, y no tardó en ser seguida por los empleos de servicios de alta tecnología. Los beneficios sobre

el papel, no realizados, basados en esotéricas transacciones financieras, estaban demostrando ser una manera más rápida de anunciar enormes beneficios. Las grandes corporaciones abandonaban fábricas y cadenas de montaje con resultados que nadie podía haber imaginado sólo una generación antes. General Motors, el gigante automovilístico, ganaba ahora más dinero negociando hipotecas que vendiendo coches. Gracias a los ordenadores, ahora era posible obtener vastos beneficios moviendo el dinero por los mercados financieros mundiales a la velocidad de la luz (literalmente) durante las veinticuatro horas del día. El arbitraje, la forma empresarial más estéril, se había convertido en más provechosa que la producción.

Al tiempo que la manufacturación de las cadenas de montaje empezaba a desaparecer de Estados Unidos, las principales ciudades industriales, que habían convertido a Estados Unidos en un coloso económico en los días de Andrew Carnegie y Henry Ford, iniciaban un declive muy pronunciado. Los centros industriales del nordeste y el medio oeste empezaron a decaer, conformando lo que se ha dado en llamar el “cinturón oxidado”. Los directores generales, con escaso interés en la herencia que dejan detrás, están cada vez menos relacionados con una empresa, un producto o un lugar. Por ello, su estrategia de gestión puede utilizar la reducción o incluso la eliminación de sectores completos de la empresa que dirigen. Hasta el extremo de que pueden decidir trasladar toda la empresa a otra zona del país o más allá de sus fronteras. En caso de que la empresa acabe muriendo, se sienten libres para despedirse y buscar otro empleo.

El resultado de este tipo de cambios aumentará la brecha existente entre la gerencia industrial y su fuerza laboral, así como entre los superCEOs y las empresas que dirigen. Esta brecha, a su vez, se traduce en poder, transformando a los superdirectores generales en una nueva clase política carente de ninguna lealtad hacia el país, su fuerza laboral o su gente.

En la década de 1980, los medios de información celebraron a esta nueva élite empresarial como la demostración de la

habilidad estadounidense para competir. Eran jefes duros que hacían gala de una gran arrogancia a la hora de hacerse con empresas y reorganizarlas, a menudo liquidando inmisericordemente muchos puestos de trabajo y operaciones con pocos beneficios. El nombre educado que se les dio fue de “gestores de cambio radical”, aunque también se los llamó “directores generales matadores”. Su misión era exprimir todos los beneficios posibles de sus empresas. A un legendario –y ricamente recompensado– director general de esta época –Al Dunlop– se le conocía como “la motosierra”. Su especialidad era cortar en pedazos una empresa, despedir a todo tipo de personal y a continuación vender todo aquello que no reportase los beneficios adecuados. Todo un dechado de avaricia. Finalmente, Dunlop acabó teniendo serios problemas legales tras arruinar una importante compañía; fue despedido por los accionistas y ha sido uno de los pocos directores generales multados por el Gobierno. Mientras tanto, Jack Welch, el director general más admirado de la década de 1990, se hizo cargo de General Electric, el mayor fabricante nacional de material eléctrico y electrodomésticos, y no tardó en esforzarse por reducir la plantilla. A costa de muchos puestos de trabajo, acabó con toda la gama de productos eléctricos y metió a GE en el mundo del espectáculo y los servicios financieros, unos sectores comerciales que la empresa nunca había tocado, pero que resultaban más beneficiosos que la antigua línea de productos. Cuando se despidió de la compañía en 2000, se fue con el paquete de jubilación más lucrativo de la historia, que incluía un uso perenne del avión y la limusina de la empresa, y entradas para todas las temporadas de varios acontecimientos deportivos. El lujoso retiro de Welch se convirtió en la comidilla del mundo empresarial, la marca de la casa de un gran hombre. La única señal de éxito que respetan los nuevos directores generales es el dinero que hacen mediante los lucrativos contratos que les garantizan un próspero retiro, aunque hayan arruinado la empresa.

En abril de 2003, *Fortune*, la revista de temas financieros más importante de Estados Unidos, sacó una portada en la que se veía a los directores generales empresariales como cerdos bien vestidos. Quiere decir algo que una revista de carácter tan conservador como ésta sea tan franca en su condena de la comunidad empresarial. El artículo que acompañaba la portada detallaba las múltiples maneras en que los directores generales se enriquecían a costa de los accionistas, los empleados y del público en general. Bastan unas cuantas estadísticas para ilustrar la cuestión. En 1988, el director general mejor pagado de Estados Unidos ganó 40 millones de dólares. En 2000, unos meros 40 millones de compensación no hubieran situado a ese director general entre los diez mejor pagados. Ese año, el director general más rico de Estados Unidos (el de Citigroup) ganó 290 millones de dólares; el siguiente (otro ejecutivo de Citigroup) se llevó 225 millones, y el tercero de la lista ganó 164 millones. Entre 1990 y 1998, la compensación media de los directores generales punteros de las diez empresas más grandes aumentó un 480%. No obstante, en una era en la que los corporados están demostrando ser más rapaces y despectivos que nunca con respecto al interés general, han creído apropiado autodesignarse como los únicos que crean la riqueza de las naciones. En cualquier caso, también son los mayores consumidores de riqueza del país. Una generación atrás, en la década de 1960, los directores generales de las mayores empresas del país ganaban veinticinco veces más que los trabajadores de base. En 2001, ganaron *más de cuatrocientas veces más*. Sólo tras la reciente oleada de escándalos corporativos se han realizado algunos esfuerzos serios por parte de los accionistas para poner freno a la compensación de los ejecutivos.

Y no obstante, un director general próspero es considerado como el mayor activo de una empresa. Los contratos que los directores generales negocian cuando se hacen cargo de una empresa les garantizan enormes salarios, sobresueldos espectaculares, gratificaciones, exenciones fiscales y un plan de ju-

bilación riquísimo (la indemnización media por despido ofrecida a los directores generales de las principales empresas es, en 2004, de unos 16,50 millones de dólares), incluso si la empresa fracasa. Si caen los beneficios de la empresa y hay que despedir trabajadores, es posible que los beneficios del director general incluso aumenten. En épocas difíciles, las empresas practican la “retención de directores generales”, una artimaña creada por los propios directores generales, basada en el supuesto de que sólo un director general bien pagado será capaz de salvar una empresa con problemas. Por ejemplo, en mi estado de California, la empresa Pacific Gas and Electric Company, una de las empresas energéticas más grandes del país, fue tan mal gestionada que en 2002 se declaró en bancarrota. PG&E se había enfrascado en un plan de liberalización mal planificado (y en muchos sentidos engañoso) que demostró ser desastroso para la empresa y para el público. No obstante, tras arruinar la empresa, los ejecutivos de PG&E se abonaron a sí mismos una gratificación de 80 millones de dólares. El director general se autogratificó con 17 millones antes de abandonar la empresa.

La lógica implícita es fantástica. Si la empresa prospera, hay que pagar más al director general; si se arruina, hay que pagarle todavía más. El director general es el capitán de la nave; si empieza a hacer agua, sólo él podrá evitar que se hunda. En presencia de un director general rapaz, los accionistas, los empleados y las juntas directivas pueden acabar siendo estafados sin piedad. Si apareciese un nuevo Karl Marx, trataría de inspirar la revolución entre los accionistas, más que entre el proletariado.

Llegados a este punto, valdría la pena detenerse y hacerse una pregunta. ¿Qué es lo que motiva a los superCEOs? Hasta el momento he atribuido su comportamiento a la avaricia. ¿Pero puede la avaricia explicar por qué un hombre se empeña en ganar más millones cuando ya tiene decenas de miles de millones? Tal vez nos hallemos frente a algo más que glotone-

ría, frente a una necesidad psicótica de comer más y más aunque ya no se tenga apetito. Sospecho que los corporados están motivados por una compulsión enfermiza, por una fiebre competitiva que sólo un psiquiatra podría entender. Después de todo, nadie puede llegar a gastar la cantidad de dinero que los superCEOs están ganando. Su comportamiento es como el de jugadores que disputan un partido muy disputado, luchando cada uno de ellos por anotar más tantos que los demás. Superar a los rivales, haciendo unos cuantos millones de dólares más, se convierte en una cuestión de orgullo. La avaricia puede resultar gratificante, pero querer obtener más puntos que los competidores es un empeño que nunca tiene fin. A los directores generales que consideran sus carreras profesionales como un deporte, les es imposible llegar a tener bastante porque siempre hay alguien que tiene más, alguien a quien superar o alguien que les pisa los talones. Toleramos un comportamiento de ese tipo en los adolescentes que quieren demostrar su hombría, pero entre adultos resulta un tanto demencial.

Una oleada de delitos corporativos

Sea cual fuere su motivación real, la avidez de los directores generales no se detiene ante lo no permitido por la ley. A lo largo de las dos décadas pasadas, Estados Unidos, junto con otros países, ha padecido la peor oleada de delitos corporativos de la historia. La mayoría de las historias aparecidas en las páginas de economía de cualquier periódico estadounidense hacían referencias a conductas delictivas, tanto demostradas como bajo investigación. Y las empresas implicadas están entre las mayores del país.

El nuevo clima de permisividad financiera empresarial se remonta a principios de la década de 1980. Tras su elección como presidente en 1980, uno de los primeros actos oficiales de Ronald Reagan fue liberalizar el sistema de ahorros y prés-

tamos, el segundo sistema bancario del país. Estaba formado por bancos hipotecarios creados durante el *New Deal* de Roosevelt en la década de 1930, con el único propósito de prestar dinero para comprar o edificar casas. En total, esos bancos contaban con billones de dólares en activos. La liberalización de Reagan permitió que estas entidades hiciesen lo que quisieran con su dinero; no habría ningún control gubernativo. Fue como si hubieran dado una señal de salida, como si hubieran despedido a la policía y hubieran anunciado: ¡roben ustedes todo lo que quieran! Eso es exactamente lo que sucedió. Los fondos de las entidades de ahorros y préstamos fueron presa de todo tipo de tretas fraudulentas imaginables. El sistema de ahorros y préstamos fue rápida y eficazmente saqueado por financieros nada honrados (algunos de ellos vinculados al crimen organizado) en lo que se denominó “la mayor estafa de la historia del mundo”. Se realizaron algunas detenciones, pero sólo fueron castigados un puñado de culpables. Los estafadores acusados y encausados eran tantos que los juzgados se vieron incapaces de juzgarles a todos.

Como las instituciones de ahorros y préstamos estaban aseguradas por el Gobierno federal, el público general tuvo que pagar el coste de las deudas, que ascendía a varios miles de dólares por contribuyente. Eso tendría que haber sido un aviso para la gente. Deberían haberse dado cuenta con considerable preocupación de que la comunidad empresarial había caído en manos de bandidos. Sigo desconcertado ante la complacencia con la que el pueblo estadounidense saludó este monumental acto de latrocinio. En cualquier caso, la debacle del sistema de ahorros y préstamos sólo fue el principio. A lo largo de las dos décadas siguientes, Estados Unidos se hundió en la mayor acumulación de fraudes comerciales y malversaciones de la historia del país. Algunos de ellos, como el escándalo de Enron, la empresa energética cuyos principales ejecutivos eran amigos íntimos de George W. Bush y del vicepresidente Dick Cheney, ocuparon los titulares de la prensa internacional. Tras

la elección en Bush en el año 2000, los líderes de Enron estuvieron entre los primeros contribuyentes a la campaña en ser convocados a Washington. Fueron para establecer una nueva y más lucrativa política energética para el conjunto de Estados Unidos. Las reuniones fueron presididas por el vicepresidente Dick Cheney y tuvieron lugar en secreto. Fueron reuniones privadas entre directores generales, sin grupos de consumidores o de medioambientalistas invitados.

El escándalo de Enron de 2001 y 2002 resulta especialmente instructivo. Representa la delincuencia empresarial en dimensiones gigantescas. Enron, una empresa de gas natural fundada sólo en 1985, se posicionó de tal manera en la red de energía eléctrica del país, que empezó a realizar enormes beneficios, sobre todo en un mercado liberalizado. Así que llevó a cabo sus primeros intentos en la intermediación de energía eléctrica en la Gran Bretaña en 1988, tras la privatización de la industria energética por parte de la primera ministra Margaret Thatcher. En 1994, Enron estuvo en situación de hacer lo mismo en Estados Unidos, ya que se aceleraba un movimiento generosamente financiado para liberalizar la industria energética. Al público se le vendió la liberalización con el argumento de costumbre acerca de que la competencia en un mercado libre garantizaría precios más bajos. Hasta el momento eso no ha tenido lugar en ninguna parte del país. Lo que sí produjo la liberalización fue la oportunidad para que empresas como Enron hiciesen presa en el mercado, lo cual significaba manipular el suministro a fin de asegurarse el precio más elevado. Esto es una señal de que, en los tiempos que corren, es posible cualquier cosa por el estilo, eso sin mencionar que puede suceder a la luz del día sin que ni siquiera lo cuestione nadie.

En pocas palabras, Enron se había convertido en el conducto por el que circulaba gran parte del suministro energético del país. La empresa se dedicaba al negocio de canalizar electricidad entre mercados con sólo mover un conmutador. ¿De qué trataba esa conmutación? De beneficios. No había ningu-

na necesidad para la existencia de Enron. Existía únicamente para meter la nariz en los mercados energéticos de Estados Unidos, redirigiendo instantáneamente la electricidad a las zonas más lucrativas. La propia Enron no era más que un edificio en Texas lleno de personas que observaban pantallas de ordenador en busca de la manera más beneficiosa de trasladar electricidad de un lugar a otro. Por muy cuestionable que pudiera ser dicha práctica, era una actividad legal posibilitada por la liberalización. También demostraba de qué manera puede abusarse del poder de la informática en aras del beneficio fácil.

Sólo de sus operaciones legales, Enron obtenía miles de millones. Pero no bastaban. No contentos con imponer los precios más elevados posibles del mercado energético estadounidense, Enron creó cientos de empresas ficticias extraterritoriales mediante las que ocultar sus deudas e inflar sus beneficios. Y la empresa todavía fue más allá. En lo que probablemente sea el peor de sus muchos delitos, reclutó la complicidad de importantes firmas de auditoría para cometer dichos fraudes. Considerados desde siempre como los principales garantes de la honradez comercial, los auditores se convirtieron en parte de la corrupción. Los contables y auditores de Enron falsificaron sus registros a fin de publicar beneficios enormes, de ocultar deudas y tratos delictivos. Gracias a sus sobornos, Enron prevaleció sobre una de las firmas de auditoría más respetadas del país, la empresa Arthur Anderson, a fin de ocultar sus actividades ilegales. Anderson, que estaba destinada a ser arrasada y destruida por Enron (aunque no sin antes destruir miles de documentos), se convirtió en la primera firma importante que reveló lo torcida que se había vuelto la industria auditora.

En el pasado, a las grandes firmas auditoras se les otorgaba un lugar especial en la economía estadounidense como organismos de control del mercado. Pero una vez que se supo que Anderson había ayudado a Enron a socavar las inversiones de sus propios empleados y a robar el fondo de pensiones de la

empresa, estuvo claro que nadie podía confiar en nada que ninguna empresa afirmase acerca de su situación financiera. En efecto, todo ello ha dejado al público incapaz de creer en nada de lo que las empresas informen acerca de sus ingresos, nivel de endeudamiento y sus estadísticas económicas más básicas. La contabilidad, el aspecto más elemental del sistema capitalista, continúa siendo totalmente indigno de confianza.

Como los grupos de presión empresariales han conseguido diluir todo esfuerzo de reforma financiera y de prácticas contables, el mundo empresarial estadounidense se ha convertido en una tierra de la fantasía de cifras falsas, engaños masivos, y tratos secretos: de “capitalismo de compinches”, como se le ha llamado. No se ha impuesto ninguna reforma de importancia, y tan sólo han sido condenados y castigados unos pocos líderes empresariales de escasa relevancia.

Las María-Antonietas de la economía global

Cuando Franklin Roosevelt cargó contra la “realeza económica” de la década de 1930, nunca podría haber imaginado lo mucho que empeorarían las cosas al cabo de unas pocas generaciones. A los principales directores generales de Estados Unidos se les ha llamado “las María-Antonietas del mundo moderno”. Se han convertido en una casta aparte, exclusiva y autónoma. Nombran a los altos cargos de sus empresas y llenan los consejos de administración con sus amigos. No se andan con chiquitas a la hora de explotar a sus accionistas tan impudicamente como lo hacen con el público en general. Realizan sus tareas con una actitud de “que le zurzan al público”, que encaja con el desdén del viejo comodoro Vanderbilt, el magnate del ferrocarril de la edad dorada estadounidense. A todos los efectos prácticos están por encima de la ley. Si alguna vez se les acusa de delitos, saben que más adelante, y formando parte de un prolongado tira y afloja legal, sus abogados hallarán una mane-

ra de sacudirles de encima las acusaciones y dejarles tan ricos como Crespo. A lo largo de la década de 1990 ha habido numerosos directores generales que han violado todas las reglas y normativas escritas; pocas fueron las detenciones, y menos los ejecutivos importantes que sufrieron castigo alguno. La mayoría llegó a acuerdos que les permitían quedarse con el dinero que habían expoliado a sus empresas o robado a sus empleados; muchos incluso se ofrecieron extravagantes recompensas al abandonar las compañías, normalmente en forma de gratificaciones y planes de pensiones de millones de dólares.

Ésta es la clase de gente que domina la política estadounidense. A través de su control de partidos y políticos, ejercen un poder a escala mundial y, no obstante, no son responsables ante nadie. En el transcurso de los últimos veinte años han perdido todo interés en mantener siquiera una mínima fachada de respetabilidad. En cualquier caso se han vuelto incluso más flagrantes, ya que también son más invulnerables. Son la clase de personas más privilegiadas que caminan por la superficie de la tierra desde los aristócratas del *ancien régime*, y de momento no hay guillotinas a la vista. ¿Hay alguien que pueda “demostrar” que son la fuerza tras el nuevo imperio americano? La pregunta es absurda, y no porque los corporados sean expertos en ocultar su rastro. Lo que ocurre es que no necesitan dejar pistas. No es una clase de gente que deba conspirar para alcanzar sus objetivos. No necesitan intercambiar mensajes en voz baja, ni documentos clandestinos. Incluyen una comunidad de intereses tan estrechamente tejida y tan integrada con el poder político, que sus deseos son comunicados espontáneamente. Son como muchos cuerpos vinculados a un único cerebro que pensase *beneficios, beneficios, beneficios*. Todo lo que necesitan es eliminar cualquier normativa gubernamental acerca del mercado, y el vacío será inmediatamente cubierto por sus intereses.

Uno podría esperar que, por cuestión de principios, los corporados fuesen firmes conservadores, partidarios estrictos de un gobierno limitado, del libre mercado, de las libertades civi-

les básicas y de los derechos de la propiedad. Pero de hecho, no hay un solo aspecto de la filosofía conservadora que no hayan abandonado cuando ha beneficiado a sus intereses. Eso sólo significa que los hombres de negocios no son filósofos. De hecho, históricamente, la comunidad empresarial estadounidense en realidad *nunca* ha querido reducir el papel del Gobierno. Lo que quiere es un Gobierno grande y poderoso que sirva sus intereses. Quiere un Departamento de Defensa que proporcione enormes contratos; quiere unas fuerzas armadas que protejan sus inversiones en el extranjero y que tal vez capture algunos despojos de guerra como los yacimientos petrolíferos iraquíes. Quiere un Departamento de Interior que permita las prospecciones petrolíferas, la deforestación y la minería a cielo abierto. Quiere tener acceso a una deuda pública financiada por los impuestos. Quiere el apoyo de la Reserva Federal para estabilizar la economía y tal vez manipularla a fin de obtener los máximos beneficios. No ve problemas a causa de los peligros que pudieran suponer para las libertades civiles la intrusión cada vez mayor del Departamento de Seguridad Interior o de una ampliación de los poderes del FBI, porque nunca ha valorado libertad alguna excepto la de hacer dinero. No pone grandes objeciones a unos impuestos elevados mientras no tenga que pagarlos ella. Después de todo, los impuestos –recaudados de la clase trabajadora y de la clase media– son lo que pagan las garantías de los préstamos, los rescates de las empresas, los subsidios y otras formas de lo que se ha dado en llamar “bienestar empresarial”, unos programas que permiten que las empresas desvíen fondos federales con propósitos autorizados. Hacer negocios con el Gobierno siempre ha sido la manera más rápida de hacer fortuna en las sociedades capitalistas. No hay inversión en Wall Street que supere a la de comprar a los legisladores y a la legislación, y ninguna estrategia comercial mejor que contar con los servicios de gente que conozca las interioridades de Washington.

En cuanto al mercado libre, no es posible recordar ni una

sola empresa que haya sacrificado libremente su poder monopolista a fin de mantener un mercado competitivo. Al igual que Microsoft en nuestros días, todas las grandes empresas estadounidenses desde los días de John D. Rockefeller y Andrew Carnegie han convertido la eliminación de sus rivales y la mayor cuota de mercado posible como sus principales prioridades. Irónicamente, sólo la intervención del Gobierno durante los períodos de liderazgo político liberal ha evitado que los trusts, cárteles y conglomerados empresariales acabasen devorando la economía.

Desde la segunda guerra mundial no hay grupo de interés en el país que haya trabajado más intensamente por mantener un gobierno grande y caro que la comunidad empresarial. Pero los corporados quieren la grandeza de su lado y que los costes los paguen los que no pueden financiarse paraísos fiscales. Lo que la América corporativa quiere decir cuando habla de “reducir” el Gobierno, es eliminar programas sociales que benefician a las familias de clase media y trabajadora o, siempre que sea posible, privatizar programas gubernamentales para convertirlos en negocios que rindan beneficios.

Existe también otra influencia, más inquietante, que los directores generales convertidos en celebridades ejercen sobre la vida política estadounidense. Su dinero les ha proporcionado adulación. Sus valores han llegado a permear la cultura estadounidense como nunca antes. Como su importancia y su *glamour* no dejan de aumentar, los directores generales han aprovechado la pasión ciega de los estadounidenses por la fama y la fortuna. Han marcado las normas de liderazgo en nuestra sociedad. Duros, decididos y prácticos, son los hombres que saben cómo conseguir que se hagan las cosas, hombres que esperan una lealtad incuestionable por parte de sus sicarios. No tienen obligación de explicarse ante nadie: ni ante el accionariado, ni los empleados, ni ante el público en general. Afirman el derecho de blandir el poder con una autoridad absoluta y una reserva total. Ni siquiera su brutalidad ni sus frecuentes y cla-

ras acciones de desvergüenza han disminuido la admiración que siente el público hacia ellos como modelos de “éxito”. Es como si nadie esperase que quienes dirigen empresas valoradas en miles de millones fuesen amables, honrados o democráticos. A principios de 2004, una de las principales cadenas de televisión presentó en pantalla un nuevo *reality show* protagonizado por el magnate inmobiliario neoyorquino Donald Trump, que aparecía como un jefe duro pero glamouroso en busca de un empleado nuevo. Se esperaba que los participantes del programa se comportasen como bestias de presa, deseosos de hacer cualquier cosa para eliminar a sus rivales y obtener el favor del jefe. Así, explicaba el programa a su audiencia juvenil, es como os haréis tan ricos como Donald Trump.

Ésos son los hombres a los que los políticos deben dirigirse para obtener los fondos necesarios para ganar las elecciones. En algún momento, los valores de los directores generales debían traspasarse a los políticos que requerían su apoyo. Y al final, este estilo de gobierno es el que ha llevado a Washington a George W. Bush y a su vicepresidente Dick Cheney. La segunda guerra del Golfo es un ejemplo perfecto de política llevada a cabo con un espíritu de director general. Si George W. Bush se sintió justificado al emprender la guerra contra Irak de manera arrogante, hermética y manipuladora, es porque simplemente dirige *su* gobierno de la misma manera que un director general dirige *su* empresa.

El regreso del darwinismo

Muchas de las características que he mencionado no son específicas de la comunidad empresarial estadounidense. Según se va solidificando la economía global, las empresas con sede en cualquier país han ido adoptado unas características similares. La élite empresarial está camino de convertirse en una casta internacional por derecho propio, en una fraternidad em-

presarial condensada que crece desconectada de cualquier identidad nacional a la vez que se integra cada vez más. Como virtud pública, el “patriotismo” es algo que ahora se espera de quienes pagan impuestos o derraman sangre en defensa de la nación, pero no de los directores generales. Sus lealtades radican en otro sitio: en la república internacional del beneficio.

Como ejemplo de ello, en una conferencia empresarial celebrada en enero de 2004, Carly Fiorino, directora general de Hewlett-Packard (es una de las pocas mujeres que han alcanzado las alturas del mundo empresarial) anunció que «ya no hay ningún empleo que sea estadounidense por la gracia de Dios». Estaba defendiendo la creciente práctica de “externalizar” o “deslocalizar” empleos de alta tecnología hacia China. En realidad, el auténtico propósito de la conferencia que ofrecía era pedir que el Gobierno facilitase la externalización de empleos. Su advertencia era clara: a menos que los trabajadores estadounidenses estuviesen dispuestos a aceptar los mismos salarios bajos que los chinos, perderían sus empleos. No mencionó que más de la mitad de las empresas “chinas” con las que afirma competir son de propiedad estadounidense. Los empleos abandonan Estados Unidos, pero los beneficios se quedan. ¿Qué puede esperarse de líderes empresariales que desayunan en Nueva York, almuerzan en Bruselas y cenan en Tokio? Un día, toda corporación multinacional del mundo enarbolará la bandera del paraíso fiscal de las islas Caimán en el asta de su oficina central.

Andar a la búsqueda de mano de obra barata es algo común en la economía global. Pero los corporados estadounidenses difieren radicalmente del capitalismo de otros países. Están fanáticamente insuflados de un compromiso religioso con un interés particular de tipo darwiniano. Y ha sucedido de esa manera porque han caído bajo el hechizo de los ideólogos triunfalistas, que se enorgullecen de la crudeza de su ética social y cuyo objetivo es rechazar cualquier cosa que se haya hecho a lo largo del siglo pasado para amansar la rapacidad del primigenio ca-

pitalismo industrial. Dada la enorme productividad industrial de las naciones desarrolladas del mundo, hace falta cierta inteligencia para hallar algún medio para hacer que la vida sea cada vez menos segura y para conseguir que los trabajadores no dejen de retorcerse por conservar sus empleos. Pero eso es justamente lo que los corporados han conseguido.

Al recrear la ética social darwinista, los corporados se apoyan en una corriente del folclore popular profundamente incrustada en el alma norteamericana. Los estadounidenses todavía honran la concepción de un mundo fronterizo, en la que cada cual se las compone por su cuenta. En la época de los pioneros la autosuficiencia era una necesidad vital, al igual que en todas las sociedades de nuevo cuño. Pero como todo historiador sabe, quienes lucharon por establecer la frontera norteamericana ansiaban desesperadamente poder sustituirla con un orden social más benigno y por conseguirlo lo más rápidamente posible. Una vez que la tierra estuvo acotada, las ciudades que surgieron a continuación fueron construidas por el Gobierno. Se establecieron los servicios básicos, se recaudaron impuestos para pagar las escuelas y los servicios públicos, y se creó la figura del comisario federal para mantener alejados a los pistoleros. Así es cómo se ganó el Oeste. La dureza de la frontera fue substituida espontáneamente por un nuevo contrato social que anticipaba un orden vital seguro y civilizado. Y lo que sucedía en la Norteamérica fronteriza también estaba sucediendo en el mundo urbano-industrial.

Aquí resulta necesario hablar de una pequeña lección de la historia.

En los últimos días del período victoriano, el líder político inglés Joseph Chamberlain suscitó una cuestión cargada de significado. Chamberlain era la estrella ascendente del Partido Liberal de William Gladstone, que por entonces defendía un programa de avanzadas reformas sociales. Se denominaba "socialismo municipal". Chamberlain, que quería llevar el programa todavía más lejos, preguntó: «¿Qué precio está dis-

puesta a pagar la propiedad por la libertad de que disfruta?». Estaba presentando el tema sin ambages, pero sus palabras ponen de manifiesto una gran transición ocurrida en la sociedad occidental. En toda la Europa occidental, el final del siglo XIX fue testigo del principio de un movimiento histórico en pro de reformas compasivas que repartiesen de manera más equitativa la riqueza de los países. No obstante, y por mucho que se hubiesen sorprendido los líderes empresariales de aquella época, Chamberlain no hacía más que anunciar la futura dirección. Estaba naciendo lo que llamamos el “sector público”, y con él la esperanza de un nuevo sistema social que no pertenecía ni a la izquierda ni a la derecha.

A lo largo de sus dos primeros siglos, la sociedad industrial ha sido atormentada por sueños de perfección ideológica. Los conservadores elaboraron el mercado libre convirtiéndolo en un sistema integrado de ética, política y economía. Los radicales inventaron grandes diseños de propiedad colectiva bajo el Estado paternalista. De haber aprendido algo, creo que se trataría de que la pureza ideológica es inalcanzable; y lo que resulta todavía más amenazador, que el esfuerzo de tratar de alcanzar dicha pureza conduce al fanatismo y la intimidación. A pesar de las fiebres ideológicas de la izquierda y la derecha que han ardido intensamente en la política moderna, la tendencia general de las sociedades capitalistas occidentales y japonesa a lo largo del pasado siglo ha sido hacia economías mixtas en las que la planificación y el sector público desempeñan un papel mayor a la hora de mantener la economía estable y aliviar los tipos más graves de pobreza. A cambio de la libertad de hacer negocios de maneras a veces innovadoras, arriesgadas y frecuentemente perjudiciales, los capitalistas de todas partes han estado de acuerdo en contar con amortiguadores y salvaguardias en la economía para evitar las peores formas de inestabilidad y sufrimiento. Esta disposición tenía sentido. Ahorra a la comunidad empresarial la responsabilidad de garantizar un tope bajo la economía y permite más libertad

para hacer lo que afirma hacer mejor: inventar, innovar y correr riesgos para hacer dinero.

De acuerdo con ello, la mayoría de esas sociedades han generado un importante estado del bienestar. En toda sociedad industrial sigue habiendo gente rica; el espíritu empresarial sigue siendo generosamente recompensado; el mercado continúa teniendo sus altibajos. Pero también existe el compromiso central por parte de los políticos de izquierdas, de derechas y de centro, de mantener un nivel de vida alto y compartido. No más depresiones económicas, no más sueldos de miseria. Aunque ese compromiso no ha eliminado los extremos de riqueza y pobreza, al menos ha reducido la división entre ambas. Tal vez pueda seguir debatiéndose lo generosos que pueden seguir siendo los sistemas de pensiones, cuánto dinero gastar en educación y asistencia sanitaria, de cuántas vacaciones pagadas se podría disfrutar y de cuántos días de asuntos propios podremos disponer. Pero no existe un desacuerdo importante acerca de que esas facilidades deben formar parte de la riqueza de una nación. De la prolongada historia de las reformas del estado del bienestar hemos heredado una visión de lo que el industrialismo puede devenir: una sociedad estable y saludable que valora más el compartir que la adquisición competitiva.

Existen dos excepciones a esa tendencia: la Gran Bretaña desde el gobierno Thatcher y Estados Unidos desde la presidencia Reagan. En ambas sociedades el final del siglo xx ha sido testimonio de un recrudecimiento de la áspera ideología capitalista individualista, de un retroceso hacia el estilo económico primitivo imperante en el siglo xix. En esas dos sociedades se han ahogado de manera sistemática programas sociales, mientras que la política económica ha revertido a la ortodoxia del mercado libre. Margaret Thatcher dijo en una ocasión que su objetivo era «matar al socialismo». Por su parte, Ronald Reagan afirmó que el suyo era «quitarnos al Gobierno de encima». En ambas naciones el poder de negociación de los sindicatos se vio muy mermado, y se privatizó una

gran cantidad de propiedades y programas públicos. Al mismo tiempo volvieron a ponerse de moda deprimentes formas de darwinismo social, extintas desde hacía mucho tiempo en el resto del mundo industrializado.

Como resultado de ello, en Estados Unidos los hijos de lo que el Gobierno curiosamente denomina los “trabajadores pobres” se van a la cama con hambre, han reaparecido en los barrios bajos de nuestras ciudades los talleres y empresas donde se explota al personal, unos cuarenta millones de personas carecen de seguro de enfermedad, a los desempleados se les deja caer de cabeza en la pobreza, a las madres solteras se las ha privado de toda ayuda estatal y se ven forzadas a realizar trabajos mal pagados. En las ciudades de Norteamérica, las escuelas, las bibliotecas, los parques públicos, las clínicas de salud y los hospitales están siendo reducidos o cerrados por no ser rentables. Se espera que los ciudadanos normales de clase trabajadora sean los que soporten las fluctuaciones económicas que tienen lugar en distantes rincones del mundo sobre las que carecen de todo control. Se espera que estén de acuerdo con que les deslocalicen los puestos de trabajo a mercados con sueldos más bajos, y que permitan que su nivel de vida se hunda en la miseria. Por citar una simple y contundente estadística: desde la presidencia Reagan de la década de 1980, el número registrado de personas carentes de hogar y abandonadas a las que se ha permitido morir a la intemperie, de hambre y de enfermedades en las ciudades estadounidenses no ha dejado de aumentar. Las cifras superan en la actualidad el centenar anual en la mayoría de las ciudades más importantes.

No hace mucho, un abandono letal de este tipo hubiera resultado intolerable en Estados Unidos, incluso para los conservadores. Al igual que cualquier otra sociedad desarrollada, Estados Unidos había dejado atrás los días en que la gente moría en las calles. Ahora, gracias al recrudecimiento darwinista, las cosas han cambiado.

Los corporados consideran este tipo de penurias como una

manera legítima de disciplinar a la fuerza laboral de la nación, y de castigar a los pobres. Lo denominan “liberar” a la gente de la dependencia. Según ellos, someter a la mayoría de la población a la inseguridad del mercado le sienta bien al alma de la nación. Hacer que los trabajadores compitan por los empleos —y por su supervivencia—, se supone que fomenta la iniciativa y la inventiva, cualidades que han hecho fuerte a Estados Unidos. Por encima de todo, luchar por el pan de cada día fuerza a todo el mundo a ser más como *ellos*: a estar más atentos, a ser autosuficientes y duros. Al igual que los darwinistas sociales del pasado, los corporados se consideran a sí mismos la cumbre de la civilización.

Gracias a una feliz y conveniente coincidencia, el estilo darwinista de gestión de los directores generales “matadores” ha resultado ser la clase de formación ideal para la economía global, puesta en marcha a partir de la década de 1990. Gracias a los importantes tratados de comercio y aranceles negociados en esta década, los directores generales estadounidenses se han sentido libres para descartar estrechas consideraciones nacionalistas. Al negociar el NAFTA y el GATT*, el presidente Clinton, un demócrata, hizo a los corporados el regalo más importante que éstos recibieran desde que Calvin Coolidge sacudió a los sindicatos en la década de 1920. Las empresas estadounidenses pueden ahora exportar mercancías, fábricas, capital e industrias por todo el globo. Y al hacerlo, los empleos se van a zonas con salarios bajos, provocando que millones de trabajadores estadounidenses, algunos de ellos profesionales con una formación excelente, pasen a engrosar las listas del

* NAFTA (*North American Free Trade Agreement*): Tratado de Libre Comercio Norteamericano, suscrito por Canadá, los Estados Unidos y México, que entró en vigor el 1 de enero de 1994, reduciendo y eliminando, supuestamente, barreras arancelarias entre los tres países.

GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*): Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio. (*N. del T.*)

desempleo o que acepten cualquier trabajo que puedan encontrar. Un programador informático que gana 65.000 \$ al año en Estados Unidos puede ahora ser sustituido por alguien que sólo gane 10.000 \$ en la India o Pakistán. Efectivamente, las empresas americanas más importantes, bajo la dirección de directores generales “matadores”, están socavando su propia economía. Pero consideran ese tipo de deslealtad como un desarrollo saludable, como un regreso a la antigua ética laboral y al orden natural de las cosas, en el que sólo los más aptos merecen sobrevivir.

La idolatría de los mercados

El apasionamiento por los mercados ha alcanzado, entre los corporados, un estatus casi de culto. La palabra –normalmente no definida y sin especificidad histórica– se utiliza para resumir el transcurso de la historia moderna. Los “mercados” ganaron la guerra fría. Los “mercados” son los garantes de la libertad y prosperidad mundial. Los “mercados” son la panacea de todos los males de la sociedad. Al igual que los misioneros cristianos que se lanzaron a convertir paganos a la verdadera fe, la comunidad empresarial estadounidense presenta ahora el evangelio de los mercados a una humanidad ignorante.

Desde el punto de vista de los conservadores triunfalistas, el papel de los mercados no tiene límite en nuestro tiempo. Los extremos a los que puede llegar ese nebuloso concepto se han vuelto confusos. Por ejemplo, consideremos el Mercado de Análisis Político orgullosamente propuesto por el Pentágono en julio de 2003 como una nueva arma en la guerra contra el terrorismo. Desarrollado por la muy prestigiosa Agencia de Desarrollo de Proyectos Avanzados de Defensa, este proyecto pretendía crear un mercado de futuros en Internet que tratase de incidentes terroristas. El modelo de la idea se basaba en el mercado de futuros del comercio de divisas y materias primas.

Sólo que en este caso los acontecimientos sobre los que los inversores apostarían incluirían atentados con bombas, asesinatos, secuestros y el derrocamiento de gobiernos. La justificación ofrecida para el programa era el valor de un modelo económico, denominado la Hipótesis del Mercado Eficiente, como medio para recabar información fiable. Se asumía que la gente informada del mundo haría sus apuestas teniendo en cuenta futuras actividades terroristas. Al observar hacia dónde se desplazaba ese dinero inteligente, las agencias de inteligencia estadounidenses podrían desarrollar líneas de investigación. Si los futuros terroristas subían señalando, digamos, un ataque a la torre Eiffel a lo largo del próximo mes, eso significaría una posibilidad muy alta de que dicho ataque se llevase a cabo.

La propuesta era tan descabellada que algunos medios de información informaron sobre el tema como si se tratase de una broma o de un bulo. El programa quedó descartado al día siguiente, pero se trataba de una propuesta seria: el Departamento de Defensa ya había gastado un millón de dólares en su desarrollo y quería tres más. Lo más interesante del caso era lo que la propuesta pasaba por alto. Tal y como señalaron los críticos, las acciones terroristas no son como el trigo o la cebada, que fluctúan más allá del control humano. Un programa así hubiera sido un regalo para Al Qaeda, que podría haber adquirido futuros tanto para hacer dinero con sus propios ataques o, lo más probable, para manipular las probabilidades de manera que causasen distracción y confusión. El hecho de que se pasase por alto un fallo tan obvio indica lo cegada que puede estar la gente en cuanto le ponen a algo la etiqueta de “mercados”.

“Mercados” se ha convertido en la palabra de Dios para la derecha estadounidense. Si los corporados se salen con la suya, habrá una solución de mercado para todos los problemas. ¿Educación? Eliminemos el sistema de educación público y en su lugar proporcionemos abonos canjeables que los padres puedan “gastar” en cualquier escuela de su elección.

¿Asistencia sanitaria? Dejemos que las empresas privadas compitan para vender pólizas de seguro médico. ¿Pensiones? Permitamos que los ahorros de los jubilados vayan a parar a la Bolsa a fin de obtener las mejores ganancias posibles. ¿Protección medioambiental? Se han sugerido varios incentivos de mercado para sustituir la legislación reguladora. Creemos créditos de contaminación que las empresas limpias puedan vender a las sucias; convirtamos el suelo público en propiedad privada y de esa manera estará protegido por el interés del propietario. Por muy increíble que parezca, hay grupos medioambientales hiperconservadores que están a favor de vender los océanos y mares del mundo, y todos los recursos que contienen. Esas organizaciones han publicado informes acerca de cómo etiquetar adecuadamente los bancos de peces para identificarlos como propiedad privada.

Los entusiastas de los mercados incluso han hallado una solución para la corrupta influencia del dinero en la política estadounidense: dejar de preocuparse por ello. Dejar que los mercados sustituyan a la política. El mercado es, así lo creen, el más democrático de todos los mecanismos sociales. Pensemos en la gente como consumidores en lugar de ciudadanos. Gastar es votar... con dólares. Lo que la gente compra es lo que quiere. Si gastan más en baloncesto que en ópera, entonces es elitista que el Gobierno gaste el dinero de los contribuyentes en subvencionar la ópera. Si preferirían tener un centro de entretenimiento en lugar de escuelas públicas, pues que lo tengan. ¿Y qué será de los políticos una vez que todos los programas e instituciones públicas hayan sido convertidos en utilidades de mercado? La mano invisible del libre mercado se ocupará de solucionar todas las cuestiones.

Y ya puestos en ello, ¿por qué las elecciones no pueden estar también abiertas al uso del dinero? Que los políticos compren votos, de la misma manera que los consumidores adquieren productos. Quienes tengan el dinero para pagar votos deberían poder hacerlo. La libertad de comprar votos no es

distinta de la libertad de expresión. El dinero es la elocuencia de los ricos. Permitamos que aquéllos a los que los mercados han favorecido tengan el derecho de utilizar su riqueza para comprar puestos políticos, pero no de manera culpabilizadora y oculta, sino abierta y orgullosamente. En el transcurso de las últimas dos décadas cada vez son más los millonarios que han utilizado su propio dinero para financiarse las campañas electorales. En 1996, un candidato al Senado estadounidense por California se gastó más de 40 millones de dólares de su propio dinero en su propia campaña (perdió). Un candidato a alcalde de Nueva York se gastó más de 70 millones (ganó). Muchos estadounidenses empiezan a considerar a los políticos millonarios como la solución para la desesperante condición del actual y corrupto sistema electoral. A los millonarios se les considera candidatos honrados porque utilizan su propio dinero; no tienen necesidad de hacer tratos ocultos con nadie.

En 2002, el canal público de televisión estadounidense (PBS) presentó una serie titulada *The Commanding Heights*. Se trataba de una producción bien financiada y muy anunciada, escrita por el economista Daniel Yergin. A causa del dinero y los cerebros que había tras la serie, ésta podría hacerse merecedora al trofeo a la serie más perniciosa y equivocada jamás aparecida en pantalla. No obstante, y en virtud de su propia falsedad, revela mucho acerca del encaprichamiento de los conservadores triunfalistas con los mercados. También ofrece, en un único paquete, las principales premisas subyacentes de lo que no tardaría en convertirse en la política exterior de Estados Unidos bajo el control de los corporados y de sus esbirros intelectuales.

Al inicio de la serie aparece una dicotomía. Se nos dice que la historia del pensamiento económico moderno oscila entre una derecha y una izquierda. En la derecha tenemos la "eco-

nomía de mercado” representada por Frederick Hayek y la escuela de Chicago. Gran parte de la serie es una apología del genio de Hayek basada en la hipótesis de que es el economista más importante desde Adam Smith. La serie se lamenta de los muchos años que el citado Hayek pasó sin ser reconocido ni apreciado, y su triunfal irrupción procedente de la oscuridad proporciona la estructura dramática de la producción.

Así pues, si Hayek es la derecha de la economía moderna, ¿qué tenemos a la izquierda? Lo normal es que hubiéramos esperado alguna referencia al socialismo o incluso al comunismo. ¿Marx, tal vez?, ¿Mao Tse Tung?, ¿los fabianos británicos?, ¿los socialdemócratas? No, señor. Para Daniel Yergin, la extrema izquierda está representada por John Maynard Keynes y el Estado del Bienestar.

Existe, claro está, un consenso entre los historiadores acerca de que el papel de Keynes en la economía moderna fue salvar al sistema capitalista en sus peores horas. De hecho, esa fue la forma tan poco revolucionaria en que el propio Keynes quiso que se aplicasen sus teorías. Identificarle con la supuestamente desacreditada extrema izquierda supone una revisión orwelliana de la historia. De repente, el primer y terrible siglo de historia industrial, con toda su miseria, lucha e injusticia, desaparece por completo y, con él, las ramas radicales y socialistas del pensamiento económico moderno. El colapso de la economía soviética aparece citado como una refutación del argumento en favor de la justicia social en el capitalismo. Eso convierte al centrismo económico en el enemigo situado en la izquierda radical.

Se trata de una manera muy reveladora de reescribir la historia. Le permite a uno meterse con el liberalismo, convirtiéndolo en el principal enemigo del libre mercado. Barre y hace desaparecer todos los temas que antaño animaron cualquier tipo de debate económico de importancia, temas como el derecho de la propiedad, el enriquecimiento injusto, el control de los medios de producción, la regulación del mercado. Ninguna

de esas grandes cuestiones morales aparece mencionada en la serie. Las condiciones de trabajo miserables y la explotación nunca sucedieron; el industrialismo saltó a la palestra como algo bueno para todos los implicados. Quienes se atrevieron a criticarlo fueron unos pocos ideólogos descontentos.

Ése es el punto de vista que el propio Hayek intentó fomentar en su antología de 1954 *Capitalism and the Historians*. En ese estudio ofrece una ridícula descripción de la sociedad industrial. Según él, en cuanto las máquinas de vapor empezaron a rugir en las Midlands inglesas, toda la clase obrera se vio catapultada a un nivel de vida superior. Y muestra estadísticas para demostrar esa afirmación. Bajó el precio del té y del azúcar; la ropa interior y los funerales se abarataron. ¿Cómo es que tantos historiadores nos cuentan que la revolución industrial estuvo repleta de dificultades? Sencillamente porque la historia ha sido sistemáticamente distorsionada por los críticos de izquierda. Por ello se nos dice que antes de la aparición de Keynes todo iba bien en las sociedades industriales. No existían problemas que requiriesen la intervención del Gobierno. A Hayek, cuyas sesgadas teorías son mostradas como la manera incuestionable de contemplar la política económica, se le da la razón, mientras que a Keynes se le desecha sin contemplaciones, pues está equivocado. No se menciona para nada que la noción de Hayek sobre el libre mercado fue la ortodoxia prevaleciente en el pensamiento económico hasta la Gran Depresión, cuando se demostró claramente que un mercado no regulado, alimentado por la ética del propio interés, había fracasado y carecía de la posibilidad de producir una recuperación dentro de un marco de tiempo políticamente realista. No fueron los prejuicios de sus colegas economistas lo que marginó a Hayek y a la escuela de economía de Chicago tras 1930: fue la incapacidad obvia de sus teorías. En la serie no se hace referencia alguna al papel desempeñado por la economía keynesiana a la hora de reparar los peores daños causados por la Depresión. Si Hayek hubiera sido el encargado de hallar una

solución en aquellos tiempos difíciles, el mundo tal vez seguiría esperando poder salir de la Gran Depresión.

Pero con la desastrosa década de 1930 ya muy lejos, ¿podemos suponer que por fin le ha llegado la hora a Hayek? Sólo si estamos dispuestos a unimos a los triunfalistas y creernos sus ilusiones vanas. Tengamos en cuenta que la diferencia entre Keynes y Hayek es la existente entre los hechos y la teoría. Las ideas de Keynes muestran las cicatrices provenientes de su aplicación histórica; las ideas de Hayek aparecen expuestas en términos de un sistema de mercado ideal que nunca ha existido. Consideremos su principal desacuerdo con Keynes. Hayek rechazó a Keynes porque creía que ningún tipo de política económica que no basase su mecanismo de precios totalmente en el mercado se convertiría, necesariamente, en algo dictatorial. Tal y como lo pintan los productores de *The Commanding Heights*, a finales del siglo xx, los líderes políticos de las cuatro esquinas del mundo han reconocido que no existe un mecanismo de precios superior a la competencia del mercado.

Pero todo eso es una soberana tontería. En primer lugar, ese punto de vista sólo permite dos opciones: mercados liberalizados o socialismo dictatorial. La economía debe ser una de las dos cosas. Se nos pide que ignoremos el hecho de que el mundo está compuesto de economías mixtas, todas las cuales cuentan con cierta combinación de un sector público y otro privado. Entre esas economías tenemos algunas, como las de Alemania, Holanda y los países escandinavos, que cuentan con un sector muy desarrollado de Estado del Bienestar. ¿Han perdido por ello su libertad los habitantes de esos países sólo porque disfrutan de una asistencia sanitaria decente y de largas vacaciones pagadas? ¿Es Estados Unidos más “libre” porque cuentan con 40 millones de ciudadanos que no pueden permitirse un seguro sanitario? Además, teniendo en cuenta que Estados Unidos es la principal economía capitalista, ¿dónde está ahí el libre mercado? No lo veo. A base de absorciones y fusiones, las grandes corporaciones estadounidenses se han con-

vertido rápidamente en colecciones de oligopolios que dictan los precios. A cualquiera le resultaría difícil nombrar una única industria estadounidense en la que los precios –o ya, puestos a ello, los salarios, las tasas de interés y la calidad de los productos– sigan estando determinados por las fuerzas del mercado. Tal y como dijo en una ocasión un portavoz de la Ford Motor Company cuando le preguntaron por qué Ford subía los precios de sus coches: «Lo hacemos para estar a la altura de la competencia».

Según van pasando los años, cada vez son menos las empresas de Estados Unidos que compiten por un segmento del mercado en la venta de productos o servicios de importancia. Algunos monopolios, como Microsoft, están tan atrincherados que el Gobierno ha desistido de intentar controlarlos. Como si se tratase de una ley natural, en Estados Unidos la competencia gravita hacia una especie de oligopolio de compinches. La economía de Estados Unidos es sobre todo un ejemplo de la manera en la que el sistema empresarial puede llegar a viciar el libre mercado. De estar vivo, ¿sería Hayek lo suficientemente sincero como para reconocer que el sector privado, en ausencia de toda regulación, puede llegar a convertirse en una economía tan dirigida como cualquier sistema de estado socialista?

Las predicciones realizadas por los productores de *The Commanding Heights* son presentadas como si se tratase del destino manifiesto de la raza humana. El avance continuo de las economías de mercado se considera como el resultado del triunfo de la ley natural sobre los desacertados esfuerzos de tratar de manipular los delicados mecanismos de la ciencia económica. Abandonada a sí misma –así se nos quiere hacer creer–, la economía global gravita hacia los mercados de la misma manera que la lluvia cae de los cielos y que las mareas van y vienen en los océanos. Pero, de hecho, es sobre todo la presión incesante y el poder de los intereses empresariales lo que ahora determina todo lo referente al futuro económico del mundo. La globaliza-

ción es el resultado de esfuerzos constantes y desaforados por parte de empresarios y financieros para dar forma al mundo a su imagen y semejanza. Todas las reuniones de la Organización Mundial del Comercio, del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial están repletas de tratos y maniobras cuyo propósito es hacer que los grandes bancos y empresas de los países ricos sean más ricos, y aplastar cualquier alternativa más pequeña y localizada. Y cuando el poder del dinero no basta para producir dicho resultado, entonces puede invocarse la fuerza bruta militar. Eso es lo que estamos presenciando a raíz de la segunda guerra del Golfo. En efecto, Irak es un ensayo para probar los grandes designios globales de la comunidad empresarial estadounidense. Es el terreno de pruebas donde la visión presentada con tanto comedimiento erudito en *The Commanding Heights* deja de ser un programa de televisión para convertirse en un anteproyecto de dominación.

La segunda guerra del Golfo: cómo hacemos negocios en la actualidad

La segunda guerra del Golfo se llevó a cabo supuestamente para transformar Irak en una sociedad democrática. A lo largo de la década de 1990, los triunfalistas de Washington, que tenían esta guerra entre ceja y ceja desde los días del primer presidente Bush, estuvieron muy ocupados corriendo la voz de que los países de Oriente Medio eran “disfuncionales”. Esas atrasadas sociedades árabes debían ser arrancadas de su pasado medieval y sumergidas en el mundo moderno. En principio, la segunda guerra del Golfo proporcionaría a Irak todas las bendiciones de la libertad y la prosperidad. Sería benigna, eficiente y constructiva.

Pero tan pronto como se declaró la victoria en Irak, la promesa de devolver Irak a su pueblo se apartó a un lado sin contemplaciones y se cubrió a base de confusión. Nunca pasó de

ser más que propaganda. Mucho antes de que en Irak pudiera llegar a aparecer la más frágil forma de democracia, lo que emergía era el modelo imperial estadounidense. Con un ejército norteamericano de ocupación todavía luchando por pacificar las calles de las principales ciudades iraquíes, y mucho antes de que se restaurasen a un nivel decente los servicios públicos más básicos, el jefe de la administración civil estadounidense en Bagdad convertía unilateralmente a Irak en la nación que los corporados deseaban que fuese. Sin ofrecer a la población iraquí ni siquiera la posibilidad de pronunciarse, la administración Bush emitió decretos que eliminaban todas las industrias del sector público, convirtiéndolas en empresas privatizadas. La administración Bush nunca había mencionado nada de todo eso en ningún foro –el Congreso estadounidense, o en las Naciones Unidas– antes de la guerra. Al mismo tiempo, y de un plumazo, se eliminaron todos los aranceles aduaneros iraquíes. Washington decidió que a partir de entonces, le gustase o no a la gente de Irak, ese país iba a contar con una economía de mercado abierta a la competencia global. Eso ha significado la destrucción de casi cualquier negocio de propiedad iraquí, ya que son pocos los que pueden competir con las mercancías más baratas importadas de economías más desarrolladas. ¿Eso es lo que querían los iraquíes? ¿Acaso le importa a alguien en Washington?

Para cuando Irak cuente con un gobierno democrático –si es que algo así acaba viendo la luz del día alguna vez–, ya se habrá establecido un nuevo orden económico en el país, y sus activos industriales se habrán otorgado en concesión a intereses extranjeros. Los suministros de agua, gas, combustibles y electricidad habrán sido privatizados, y muchos de ellos estarán en manos extranjeras. Políticas de ese tipo, que no se diferencian mucho del saqueo, darían la impresión de violar la ley internacional, pero la respuesta de Washington ante esas protestas es lanzar amenazas. ¿Quién puede plantar cara a la única superpotencia del mundo? Podría llegarse a sospechar que

la prolongada desorganización de la posguerra iraquí y la inseguridad de la vida cotidiana forman parte de un deliberado esfuerzo por mantener a esa nación derrotada al borde del caos mientras sus riquezas son sistemáticamente expoliadas por sus conquistadores y su futuro económico se define. Puede que llegue un día en que finalice la ocupación militar estadounidense, pero la ocupación económica se prolongará indefinidamente.

La ocupación ya está proporcionando jugosos dividendos diplomáticos y económicos. Los líderes extranjeros le hacen la pelota a Washington, con la esperanza de compartir los despojos de la guerra. En cierto momento, Canadá estuvo en la lista negra, en la de los países a los que no se proporcionaban contratos; un poco después, cuando pareció ser ventajoso diplomáticamente, la administración Bush decidió permitir que las empresas canadienses licitasen proyectos de construcción. Tanto si son republicanos como demócratas, a los futuros presidentes les resultará difícil renunciar a un patrocinio de este tipo. Efectivamente, Irak —o cualquier otro semillero terrorista que el ejército estadounidense ocupe en el futuro— se convertirá en lo que los norteamericanos denominan un “fondo para sobornos”, dinero utilizado para sobornar y recompensar. Siempre que escuchamos a los políticos estadounidenses hablarnos de que Estados Unidos no puede simplemente marcharse de Irak, o que debemos ir más despacio hacia el objetivo de una auténtica democracia, sospecho que la verdadera razón para esas dudas es la resistencia a acabar con todos los lucrativos negocios que se han llevado a cabo tras la conquista.

Con la segunda guerra del Golfo, el estatus de superpotencia de Estados Unidos ha entrado en una nueva fase. Antaño contento con producir y acumular armas de guerra, ahora el Pentágono se pregunta: «¿Por qué dejar que se pudran todas esas armas maravillosas? ¿Por qué no utilizarlas, al menos en operaciones militares menores como conquistar países inferiores?». Una vez que eso se ha llevado a cabo de manera eficaz

(manteniendo las bajas en el campo de batalla a un nivel que el público considere aceptable, digamos 200, 500, 600), entonces la provincia conquistada estará lista para su total explotación económica por parte de los corporados. Algunas firmas, como Bechtel, estarán siempre dispuestas a reparar los daños causados a la infraestructura. Los negocios en ese área son especialmente buenos, porque, ¿quién se encarga de supervisarlos? ¿Y qué si los trabajos de reconstrucción son una chapuza? El Congreso se limitará a destinar más fondos para volver a hacer el trabajo... una y otra vez. Antes incluso de que hubiese estallado la segunda guerra del Golfo en marzo de 2003, a la Bechtel Company ya se le habían adjudicado contratos de reconstrucción por valor de 680 millones de dólares. En agosto de ese mismo año, Bechtel decidió que no bastaba con esa cantidad; y por ello, los administradores estadounidenses en Bagdad recomendaron que se le diesen a Bechtel otros 350 millones. Para entonces ya se había revelado que a la Halliburton Corporation, antes dirigida por Dick Cheney, el vicepresidente de George W. Bush, se le habían adjudicado contratos no hechos públicos hasta entonces, por parte del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, por un montante de 1.700 millones de dólares. Hay otras firmas que sin duda recibirán contratos de adjudicación directa, sin concurso, para desarrollar la economía del país ocupado.

Eso es lo que está ocurriendo con el petróleo iraquí, que ya ha sido prometido a grandes empresas petroleras por parte de los administradores estadounidenses del país. Se trata de otro tipo de contratos. Las firmas que rehabilitan los campos petrolíferos iraquíes cuentan con acuerdos indefinidos. Sean cuales fueren los fondos asignados en principio, sólo tienen que volver a pedir más siempre que aumente el coste del proyecto, que es algo que inevitablemente, desde luego, sucede continuamente. Se trata de una variante del conocido "sobrepasar el presupuesto", que ha sido una característica bien conocida de los contratos militares estadounidenses. Una firma hace una

oferta para producir un arma. Puede licitar cualquier cifra que suene bien, aunque sean centavos. La cifra inicial no tiene ninguna importancia, porque al año siguiente la empresa volverá a pedir mucho más con el pretexto de que el proyecto se ha encarecido. Imagínense lo provechosos que pueden resultar ese tipo de contratos cuando se aplican a países enteros.

En los meses anteriores a la segunda guerra del Golfo, los portavoces de la administración Bush no dudaron en ridiculizar a los manifestantes que afirmaban que el verdadero motivo de la guerra era el petróleo. Los portavoces observaban, educadamente, eso sí, que si el petróleo fuese la principal razón para la guerra, Estados Unidos sólo tendría que imitar el ejemplo de otros países (sobre todo de unos cuantos de nuestros aliados europeos) y hacer negocios con Saddam Hussein. La implicación resultante era que las empresas estadounidenses tenían principios morales demasiado elevados para hacer negocios con tiranos sanguinarios. Pero claro está, todo eran patrañas. Halliburton, la empresa antaño dirigida por el vicepresidente Dick Cheney, y que ahora recibe golosos contratos para reparar los campos petrolíferos iraquíes, hizo muchos negocios con Saddam Hussein a lo largo de la década de 1990. A través de sus filiales en Oriente Medio, firmó contratos con el mismo régimen iraquí que más tarde insistiría en destruir. Cheney, como director general de Halliburton, ejerció presiones para que Estados Unidos levantara sus sanciones contra Irak.

No obstante, superficialmente, el argumento suena convincente. ¿Por qué *no* hacer negocios con Saddam Hussein?

Porque la segunda guerra del Golfo logró lo que meros negocios no podían conseguir. Los negocios requerían contratos que especifican reglas, límites, obligaciones y demás engorros. ¿Por qué no apartar todo eso a un lado y poner a trabajar la fuerza militar de la superpotencia estadounidense? Una guerra pagada por el erario público permitiría que Estados Unidos conquistase las reservas petroleras de Irak y hacer con ellas lo

que el presidente y sus consejeros juzgasen adecuado. ¿Y qué decidieron hacer? Conceder licencias para el petróleo iraquí en forma de tratos abiertos realizados entre los administradores estadounidenses y ejecutivos petroleros, sin el control público. ¿No es un arreglo mucho mejor que tener que negociar con un dictador voluble bajo la atenta mirada de las Naciones Unidas?

En cuanto a los términos del arreglo, ¿qué podría haber ofrecido Saddam Hussein que resultase más ventajoso que el trato brindado por la administración Bush? En mayo de 2003, la Casa Blanca cursó un decreto ejecutivo para regular los contratos de las empresas petroleras estadounidenses en Irak. Curzar un decreto ejecutivo es la acción más encubierta que puede utilizar un presidente; esos decretos son un acto unilateral por parte del presidente, que no requieren aprobación ni consulta y que rara vez atraen la atención del público. Pero en este caso una comisión de vigilancia de Washington le echó una ojeada al Decreto Ejecutivo 13.303, que lleva el título de: "Protegiendo el Fondo de Desarrollo y otras propiedades en las que Irak tiene un interés". Bajo los términos del D.E. 13.303, las empresas petroleras estadounidenses que operan en Irak no pueden ser declaradas legalmente responsables de nada de lo que hacen. Son inmunes frente a todas las violaciones de derechos humanos y a todos los daños medioambientales que pudieran ocasionar. Están exentas de cualquier acción legal o proceso criminal relativo a disputas contractuales, juicios por discriminación, violaciones de la legislación laboral, tratados internacionales y desastres medioambientales. El decreto proporciona una inmunidad total respecto a la ley iraquí, estadounidense e internacional, a todos los individuos y empresas dedicados a la producción, venta y comercialización del petróleo iraquí. Tal y como lo dijo el abogado de un grupo de defensa de los consumidores: «Se trata de un cheque en blanco para la anarquía empresarial». Es un ejemplo de la política de los directores generales en estado puro: un esfuerzo descarado de poner a

la comunidad empresarial estadounidense por encima de la ley, de manera muy parecida a cómo los monarcas de antaño estaban excusados de toda culpabilidad legal.

Estas disposiciones tan convenientes no se limitan al petróleo. Con Irak bajo control estadounidense durante un futuro indefinido, toda la economía del país está abierta a la explotación. La sangría de Irak ya ha comenzado. Entre las posesiones más valiosas del país está el agua, un recurso que puede proporcionar a quienes dirigen Irak una tremenda influencia en todo el Oriente Medio. A estas alturas ya está claro que Washington pretende utilizar el agua como otro arma. A la empresa Bechtel le han adjudicado un contrato directo para reparar todo el sistema de aguas del país, tras lo cual, lo más probable es que pase a ser gestionado por empresas privadas de la misma manera que las empresas occidentales han monopolizado los servicios de distribución de agua en muchos países de África y Asia. El resultado ha sido un encarecimiento del agua potable que la ha puesto más allá del alcance de los residentes más pobres.

La brutalidad y desprecio de los corporados parece no tener límite, y a menudo se manifiesta sin el menor esfuerzo por disimular su avaricia. Si tienen la oportunidad de hacerlo, exprimirán al máximo lo que quede de provecho en el derrotado Irak. En mayo de 2003, apenas acabada la operación “Libertad iraquí”, Joe Allbaugh, un antiguo amigo tejano de George W. Bush y su director de campaña en las elecciones de 2000, dejó el empleo que tenía en la Administración y se dedicó a los negocios de aprovechamiento de la guerra. Él y otros con vínculos muy próximos a Bush crearon una firma de consultoría llamada New Bridge Strategies. El objetivo de su “consultoría” era proporcionar a sus clientes información confidencial para obtener contratos en Irak. En su página web anuncian: «Hoy en día, las oportunidades existentes en Irak son de tal amplitud y naturaleza sin precedentes, que ninguna otra firma cuenta con la capacidad ni la experiencia necesarias para resultar eficaz tanto en Washington como sobre el terreno, en Irak». La

empresa, que no incluye iraquíes en su nómina, denominaba sus operaciones como “intercambios”. Para otros se trataría simplemente de tráfico de influencias. No me sorprendería enterarme de que ese tipo de gente también está en el negocio del robo de sillas de ruedas a paralíticos.

Así pues, éste es el estado de la conciencia política estadounidense. Mientras nuestras tropas mueren en Irak y Afganistán, los amigos íntimos de nuestro pío presidente se precipitan para esquilmar todos los beneficios posibles resultantes de las aventuras imperiales del país. El presidente no dice nada sobre el asunto y los “expertos” continúan celebrando sus “cualidades de liderazgo”.

Si los corporados consiguen lo que quieren en Irak —es decir, un suministro inagotable de contratos multimillonarios, además de la oportunidad sin restricción alguna de hacerse con los recursos y la planificación económica de una nación conquistada— puede que no pase mucho tiempo antes de que el imperio norteamericano se convierta en una industria privada y lucrativa de cambios de régimen a voluntad. Seguro que habría empresas dispuestas a pelear las guerras, organizar la subsiguiente ocupación, reconstruir la destrucción de la infraestructura resultante de la guerra, reclutar nuevos gobiernos y gestionar la economía de posguerra. Incluso habrán servicios educativos privados contratados para formar a la población conquistada en los rudimentos de la democracia de elevado consumo, así como manadas de creyentes evangélicos dispuestos a salvar las almas paganas de la condenación eterna.

La mayoría de todo eso lo pagarán los contribuyentes, pero también hay otras fuentes de financiación. Durante las sesiones especiales del Congreso anteriores a la guerra de Irak, hubo políticos lo bastante francos como para admitir que Estados Unidos utilizaría los recursos petrolíferos de Irak para sufragar lo que pudiera costar la reconstrucción del país según las especificaciones estadounidenses. La reconstrucción, desde luego, sería llevada a cabo por empresas estadounidenses.

Nunca hubo ninguna preocupación acerca de quién llevaría los libros de contabilidad de tal aventura, ni acerca de qué organismo controlaría la calidad de los trabajos. ¿Tendría un parlamento iraquí o el Congreso estadounidense algún papel a la hora de supervisar esta magna empresa? ¿O se dejaría en manos del Pentágono, del Departamento de Defensa, del Cuerpo de Ingenieros del Ejército y de varias empresas?

En el verano de 2003, la empresa Halliburton propuso un plan que le garantizaría una financiación ilimitada por parte del Gobierno en todo aquello a lo que quisiera dedicarse —o decir que se dedicaba a hacer— en Irak. Halliburton, que a principios de 2004 fue pillada in fraganti cobrando de más y aceptando sobornos en sus proyectos iraquíes, propuso que debería poder contar con una concesión permanente que le permitiese cobrar un porcentaje de los ingresos petroleros iraquíes. Y en caso de que un futuro Gobierno iraquí renegase de tal acuerdo, Halliburton propuso que la deuda fuese transferida a los contribuyentes estadounidenses bajo la forma de una asignación presupuestaria especial.

Pase lo que pase en Irak, probablemente se convertirá en el modelo de futuras ocupaciones militares por parte de Estados Unidos. Siempre hay riquezas y recursos de cualquier tipo que el bando vencedor puede apropiarse y comercializar, y los corporados están más que dispuestos a realizar esta labor. Antaño eso se llamaba saqueo. Los líderes de los EE.UU. prefieren denominarlo “construir la democracia”.

Esta tendencia hacia un estado omnipotente y muy militarizado bajo un estricto control empresarial hace que algunos (como yo mismo) perciban tendencias fascistas en la comunidad empresarial estadounidense. Pocos directores generales deben pensar en ello mientras se precipitan a acumular beneficios e influencia; puede que sólo se consideren a sí mismos como astutos hombres de negocios que maximizan todas las oportunidades comerciales que les pasan por delante. Pero los negocios hechos por gente con un poder de ese tipo inevita-

blemente acaban convirtiéndose en una línea política. Se convierten en fuentes de beneficio que hay que proteger de cualquier mirada indiscreta y frente a toda crítica. Así pues, contrato a contrato y subvención a subvención, están colocando las bases precisamente del tipo de estado corporativo al que aspiraron los dictadores fascistas del siglo xx. Si Estados Unidos logra evitar este destino, será a pesar de lo que los corporados se han esforzado en cambiar nuestra sociedad.

3. LOS TRIUNFALISTAS

«Y así se ha dicho: “Es probable que nuestros gobernantes deban hacer un uso considerable de la falsedad y el engaño en beneficio de sus súbditos. Estamos de acuerdo, me parece, en que el uso de tales artes pertenece a la categoría de la medicina.

“Así es”, dijo él.»

PLATÓN, *La república*

«Por ello, la filosofía o la ciencia deben seguir siendo el coto de una pequeña minoría, y los filósofos o científicos deben respetar las opiniones en las que descansa la sociedad. Respetar las opiniones es algo totalmente distinto a aceptarlas como verdaderas. Los filósofos o científicos que sustentan esta visión acerca de la relación de la filosofía o la ciencia y la sociedad utilizarán una manera peculiar de escribir que les permitirá revelar aquello que hay que considerar como verdadero a unos pocos, sin perjudicar el compromiso incondicional de la masa hacia las opiniones sobre las que descansa la sociedad. Distinguirán entre la enseñanza verdadera o enseñanza esotérica, y la enseñanza socialmente útil o enseñanza exotérica.»

LEO STRAUSS,
What is Political Philosophy?, 1959

El ascenso de los hiperconservadores

A los que yo llamo “triunfalistas” (y a veces “hiperconservadores”), en Estados Unidos se les conoce más comúnmente como “neoconservadores” o “conservadores de Reagan”. Yo prefiero el término “triunfalista” porque expresa mejor las intenciones agresivas y exclusivistas del movimiento. La cuestión más importante no radica en que el tipo de conservadurismo de los triunfalistas sea “nuevo”, sino en que es despiadado, siendo con mucho la facción política más despiadada que se ha hecho con el mando de los recursos de uno de los importantes partidos políticos en toda la historia del país.

La gente en la que estoy pensando incluye un pequeño círculo de estrategias políticas que cuentan tanto con intenciones particulares en política exterior como interior. Su número no es grande, pero ocupan puestos muy estratégicos y su determinación es implacable.¹ Excepto el secretario de Defensa, Rumsfeld, que se convirtió en una estrella fugaz de los medios durante la segunda guerra del Golfo, ninguno de los principales triunfalistas ocupa un puesto importante en el gabinete; ninguno de ellos ha sido elegido en las urnas para desempeñar

1. Como los nombres y afiliaciones de los hiperconservadores variarán a lo largo de los próximos años, aquí hago referencia a ellos como a una orientación política más que como un conjunto de personalidades. Pero nombraré a unas cuantas de las principales figuras que con toda seguridad aparecerán una y otra vez en el escenario de la política estadounidense a lo largo de los próximos años. En 2003, los hiperconservadores más destacados en la administración de George W. Bush y en su entorno incluían a Donald Rumsfeld, secretario de Defensa; Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa; Richard Perle, secretario adjunto de Defensa; Douglas Feith, subsecretario de Política de Defensa; William Luti, subsecretario de Defensa; James Woolsey, antiguo director de la CIA; I. Lewis Libby, jefe del Gabinete del vicepresidente; Robert Bolton, subsecretario de Defensa; Richard Armitage, subsecretario de Estado; Richard Haas, director de Planificación Política del Departamento de Estado; Abram Shulsky, director de Planes Especiales; Stephen Cambone, subsecretario de Inteligencia de Defensa; Michael Ledeen, del American Enterprise Institute; Robert Kagan; David Frum, y William Kristol, director de *The American Standard*.

un cargo público. La mayoría son burócratas de segundo nivel que trabajan en comités de alto secreto, maniobrando para obtener ventajas al realizar alianzas privadas para favorecer a unos y hundir a otros. Unos cuantos de ellos ocupan posiciones fuera del Gobierno, formando grupos de asesores o expertos, o escribiendo en diversos periódicos conservadores, siendo el tipo de "expertos" que siempre aparecen en las noticias y en las tertulias para proporcionar una opinión experta. Por muy subterráneas que puedan ser esas figuras en el Washington oficial, el público mejor informado es consciente de su existencia. En realidad son pocos los administradores y expertos políticos que han recibido nunca tanta atención por parte de los medios de información. Cada mes, el público estadounidense —si pone atención— se entería del nombre de otro miembro del círculo que ha influido en las deliberaciones del Departamento de Defensa, de la CIA, del Departamento de Estado o del Pentágono. Algunos aparecen en programas televisivos de entrevistas, pontificando (aunque no siempre con sinceridad) acerca de su política. Los triunfalistas no se ocultan de la atención pública. Uno tiene la impresión de que esperan sinceramente que llegue un día que puedan explicar sus verdaderas intenciones y ganarse la aprobación del público estadounidense y tal vez de todo el mundo. Es posible que crean que un día todo el mundo se alegre de la aparición del imperio estadounidense, y que les den las gracias por la protección y la prosperidad que les ha proporcionado. Mientras tanto, claro está, deberán seguir sobornando, disimulando y coaccionando para dar forma al mundo moderno.

Los triunfalistas, el grupo más intelectual de los conservadores estadounidenses, son la prole política de Ronald Reagan, uno de los presidentes americanos menos intelectuales. En esta extraña alianza entre la estrella del cine y los estrategas políticos, toda la materia gris pertenecía a una de las partes, y todo el encanto a la otra. En Reagan los triunfalistas hallaron un convincente portavoz anticomunista que contaba con

el carisma (al menos televisivo) para atraer a un amplio espectro de votantes. Podía ganarse tanto a los obreros como a los suburbanitas de clase media; también podía atraer a los votantes sureños, que hasta la década de 1980 eran un coto democrata. A partir de estos elementos, Reagan creó una potente coalición electoral, la “nueva mayoría republicana”, como se la denominó. Pero había un aspecto en el que Ronald Reagan no era nada republicano. Fue un derrochador. Aunque se autocalificó de “conservador fiscal”, estuvo dispuesto a crear los déficits más elevados de la historia de Estados Unidos. Una vez instalado en la Casa Blanca, Reagan dejó de preocuparse por equilibrar el presupuesto o por reducir el gasto federal. En lugar de ello se gastó el dinero, montones de dinero. Pero no en programas sociales, sino en los militares. El anticomunismo de Reagan requería de un estamento militar incomparable. A los triunfalistas eso les sugirió una nueva y maravillosa posibilidad: la de un conservadurismo militarizado, libre de todo constreñimiento fiscal, capaz de entrar en contacto con tecnología punta, a la vez que ofrecía un mensaje de esperanza y orgullo patriótico.

En efecto, Reagan y sus consejeros hiperconservadores estaban creando un nuevo capítulo en la historia del complejo militar-industrial estadounidense. El principal impulso tras su determinación para ganar la guerra fría se remonta a la segunda guerra mundial, el evento más formativo de todo el siglo xx. Con el advenimiento de aquella guerra, la administración Roosevelt creó una alianza entre el Gobierno y las principales empresas del país que borró cualquier distinción entre lo civil y lo militar. Desde el final de la segunda guerra mundial ha sido práctica común que los mandos militares de alto rango se retirasen del servicio activo para pasar a ocupar puestos ejecutivos en las mismas empresas que sirven al Pentágono. Eso se llama el sistema de la “puerta giratoria”: salir del sector público para entrar en la empresa privada. Invertir en antiguos soldados es rentable. Pueden utilizar sus contactos para negociar lucrativos

contratos con el Gobierno. Los generales y almirantes son esencialmente corporados en período de formación.

El término “complejo militar-industrial” fue acuñado en 1960 por el presidente Dwight Eisenhower. Lo utilizó en el contexto de una advertencia realizada en su discurso de despedida de la nación: «En los consejos de Gobierno –dijo– debemos protegernos frente a la adquisición de influencias injustificadas, tanto de las buscadas como de las halladas, por parte del complejo militar-industrial. En ellos se halla presente –y persistirá– el potencial para la desastrosa aparición de un poder extraviado». Éste fue el único comentario memorable que nunca hiciera Eisenhower, y lo cierto es que resulta sorprendente que fuese expresado por un antiguo general. Después de todo, Eisenhower había presenciado el ascenso de la influencia del complejo militar-industrial durante sus años de guerra. Hasta que fue designado comandante de la invasión del Día D, fue más bien un oficial ejecutivo que un líder en el campo de batalla. Durante su presidencia insistió en confiar los puestos de su gabinete a los presidentes de grandes empresas. A esa práctica la denominó “conservadurismo dinámico”. Como fue un franco admirador de la comunidad empresarial y de sus eficaces técnicas de gestión, era la última persona que uno habría imaginado que se expresaría contra sus colegas del Pentágono. En cualquier caso, su advertencia llegó demasiado tarde. Para cuando dejó la presidencia, el complejo militar-industrial se había convertido en el *American way of life*. Era el soporte de la prosperidad del país, del que manaban enormes beneficios y hermosos cheques. La alianza de generales y corporados convirtió a Estados Unidos en una sociedad rica.

Ya en 1960, el complejo militar-industrial conformaba la base del nuevo contrato social en vigor en Estados Unidos. A lo largo de los primeros 40 años del acuerdo, la comunidad empresarial estuvo dispuesta a tragar con sueldos altos y unos beneficios garantizados para una fuerza laboral próspera. En la historia de Estados Unidos, la clase trabajadora nunca disfrutó

de los beneficios de los grandes negocios como lo hizo durante el período 1940-1980. Pero esta generosidad por parte de la América empresarial no iba a durar. Con Ronald Reagan, el complejo militar-industrial tomaría una orientación distinta. Se convertiría en el vínculo entre la política nacional y la exterior de los triunfalistas.

El complejo militar-industrial: segunda fase

Como portavoz de un contragolpe conservador cada vez más importante, Ronald Reagan ocupó el cargo con la firme determinación de poner coto a todos los programas federales que los liberales iniciaron bajo el *New Deal* de Roosevelt y la *Great Society* de Lyndon Johnson. Su ataque al liberalismo adoptó una nueva estrategia. En el pasado, el modo en que los conservadores se habían resistido a los liberales era pedir responsabilidad fiscal: menos impuestos y menos gastos. Era una táctica prudente pero anodina. Así que los republicanos de Reagan dieron con una nueva idea. Utilizarían el complejo militar-industrial para recortar programas sociales ideados para transferir parte de la riqueza a las clases media y trabajadora. Crearían un presupuesto militar estratosférico. Que se acumulasen los déficit, que fuesen enormes, tan gigantescos que llegasen incluso a asustar a los despilfarradores liberales. Pero que el dinero se gastase en defensa. Eso proporcionaría al presidente un argumento patriótico para eliminar programas sociales y ordenamientos federales. En efecto, el mensaje que se comunicó al país fue: «No podemos permitirnos tener armas y comer mantequilla a la vez. Así pues, elijamos las armas en nombre de la seguridad nacional». Con asombrosa rapidez, los republicanos pasaron de ser un partido de conservadores fiscales y tacaños a una banda de despilfarradores asombrosos.

Como táctica inicial para poner en práctica esta nueva estrategia, Reagan inició su presidencia vilipendiando a la Unión

Soviética como nadie lo había hecho antes. La llamó el “imperio del mal” y juró oponerse a los soviéticos con más firmeza que ningún presidente anterior. De inmediato anunció un aumento colosal del gasto militar. Al mismo tiempo, Reagan haría honor a su reputación de reformador fiscal recortando de manera sustancial los impuestos de los más ricos. Año tras año, a lo largo de la década de 1980 y mientras iban disminuyendo los ingresos por impuestos, Reagan no hizo sino inundar el Pentágono de dinero, a unos niveles que parecían anunciar una guerra inminente. En esa época se decía que los generales no sabían cómo absorber las enormes asignaciones presupuestarias que recibían. Se vieron forzados a hacer listas de caprichos que incluyeron las armas más caras y exóticas que pudieron imaginar.

Pero Reagan tenía un problema. Su carísima acumulación de armamento fue siendo cada vez menos convincente a partir de que la Unión Soviética empezó a dar tropezones, precipitándose hacia su inesperado final. La guerra soviética en Afganistán fracasaba; al Kremlin se le escapaba el control de Europa del Este; la economía soviética se ahogaba bajo el peso de la corrupción, de una pésima planificación y de un hinchado presupuesto militar. Y no obstante, aunque la guerra fría se iba apagando, Reagan insistía en que los soviéticos representaban una amenaza de enormes proporciones. Cuando Mijaíl Gorbachov lanzó su política de *glasnost* y empezó a ofrecer amplios acuerdos de desarme, la línea dura de Reagan dejó de tener sentido. No obstante, Reagan continuó gastando en armas a manos llenas, hasta llegar a proponer su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), que costaría 1 billón de dólares, justo cuando la Unión Soviética se venía abajo. La IDE, anunciada como un sistema de armamento que protegería al país de los misiles balísticos soviéticos destruyéndolos en pleno vuelo, era una idea absurda; todas las investigaciones señalaban claramente que el sistema no funcionaría. Pero en realidad, a los asesores hiperconservadores de Reagan no les importaba

que el sistema funcionase o no; el auténtico objetivo de la política fiscal de Reagan era quemar todo el dinero posible a fin de mantenerlo fuera del alcance de los liberales.

La presidencia Reagan fue el primer ejemplo de que la política exterior era el complemento esencial de un programa nacional triunfalista. Sus políticas militaristas tuvieron poco que ver con la guerra fría. Reagan estuvo más interesado en producir déficit que en fabricar armas. Pero esta política acabaría teniendo un irónico resultado. Fue la gota que desbordó el vaso soviético. Es totalmente posible que la URSS fuese terminalmente insolvente para finales de la década de 1980. La política armamentística de Reagan puede haber significado un último empujón, provocando el derrumbe de la Unión Soviética, dejando a Reagan y a su sucesor, el primer George Bush, sin una excusa para continuar adelante con un nivel de gastos militares semejante. En aquel momento, en el léxico político estadounidense apareció un nuevo término: “el dividendo de la paz”. Los líderes políticos liberales empezaron a hablar acerca de desviar grandes cantidades de dinero del presupuesto de defensa hacia programas sociales. Nada podía resultar más desazonador para el complejo militar-industrial que la perspectiva del estallido de la paz. Si así sucediese, ¿qué impediría que el país acabase convirtiendo sus espadas en arados?

Es algo que podría haber sucedido, si no hubiera sido por un inesperado giro del destino que favoreció a los industriales militaristas. En 1991, Saddam Hussein proporcionó al primer George Bush una razón convincente para ir a la guerra. En la segunda guerra del Golfo, los triunfalistas han percibido una gran oportunidad para reanudar las políticas de los años de Reagan. Las sociedades de los países petroleros del Oriente Medio, muchas de las cuales viven bajo inestables regímenes dictatoriales, podían convertirse en un nuevo campo de aventuras militares. Cuando el primer George Bush falló al no ocupar Irak durante la primera guerra del Golfo, los triunfalistas de su administración no pudieron ocultar su furia. Consideraron que

se había perdido una oportunidad para sentar las bases de cara a otra oleada de grandes gastos militares, ahora que se había acabado la guerra fría. No hay duda de que algunos triunfalistas también consideraron que la decisión de Bush de detener la guerra significaba una oportunidad perdida para lanzar una nueva y agresiva iniciativa en las relaciones de Estados Unidos con Israel, tal vez una oportunidad para imponer una paz duradera en Oriente Próximo.

La presidencia Clinton mostró poco interés en las opiniones sobre política exterior de los triunfalistas. Los estrategas políticos de la derecha intentaron proponerle ambiciosos planes para derrocar a Saddam Hussein, pero Clinton no se comprometió a nada más arriesgado y más caro que las incursiones aéreas de bombardeo sobre Bagdad. Estaba pensando en otras prioridades nacionales, como un caro programa de atención sanitaria al que opuso una feroz resistencia la industria aseguradora. Eso no significó que los triunfalistas renunciassen a sus objetivos. En lugar de ello, en 1997 formaron un nuevo grupo de presión, bien financiado, llamado *The Project for a New American Century* (Proyecto para un Nuevo Siglo estadounidense), y en marzo de 1998 le enviaron a Clinton una declaración de su postura oficial en la que abogaban abiertamente por una política expansionista en Oriente Medio. La declaración también contenía una siniestra profecía. Reconocía que conseguir que Estados Unidos siguiera su orientación tal vez requiriera mucho tiempo, *a menos* que tuviese lugar «un suceso catastrófico y catalizador, un nuevo Pearl Harbor».

Este suceso tendría lugar el 11 de septiembre de 2001. Fue el ataque más traumático y costoso en número de víctimas sobre territorio continental estadounidense que cualquier otro que la Unión Soviética pudiera haber infligido a lo largo de los años de la guerra fría. De repente la nación contaba con una nueva misión: la guerra contra el terrorismo, una lucha que presumiblemente continuará mientras en algún lugar queden enemigos capaces de montar una bomba. Hallar a dichos culpables repre-

sentará un inmenso proyecto; implicará contar con una gigantesca institución militar, con todo tipo de armamento carísimo y con bases de operaciones en todas partes. Posiblemente sea un proyecto mayor que la guerra fría, y más efectivo psicológicamente a la hora de obtener el apoyo del público.

En una ocasión, durante la “caza de brujas” de McCarthy en la década de 1950, Estados Unidos estaba dispuestos a creerse que en cualquier oscuro rincón del país podía haber comunistas al acecho. Ese miedo hace tiempo que perdió su consistencia. Pero los terroristas son otra cuestión. El 11 de septiembre demostró que ya se habían infiltrado en el país y que podían hallarse ocultos en cualquier lugar, provistos de armas terriblemente poderosas. Los terroristas parecían incluso más peligrosos que los comunistas. Uno sólo tenía que ver sus rostros morenos, barbudos y ceñudos en televisión para sentir un escalofrío recorriéndole la espalda. Ahí estaba el enemigo perfecto: misterioso, astuto, despiadado y demente. Resultaban mucho más ajenos que cualquier comunista; llevaban exóticos nombres árabes y creían en una religión herética. Y lo más aterrador de todo: eran fanáticos que se deleitaban en sacrificar sus vidas por la causa. Con vistas a influir en la propaganda nacional, el terrorista contaba con todas las cualidades que George Orwell imaginara para su personaje ficticio, Emmanuel Goldstein, el enemigo genérico del Estado en *1984*, cuyo rostro inspiraba un odio inmediato. Osama Bin Laden se ha convertido en ese rostro.

Los expertos en terrorismo brotaron por todas partes de la noche a la mañana. Al público le fue mostrado todo un corpus bibliográfico sobre terrorismo, que data de hasta hace veinte años. Los medios de información aparecieron abarrotados de análisis acerca de terribles posibilidades que implicaban ataques a importantes objetivos: el suministro de agua, los alimentos, la electricidad y el aire que respiramos. Aparecieron los sistemas de alerta, incluyendo la alerta terrorista a base de colores.

¿Qué más podían pedir los triunfalistas? No hay duda de que la guerra contra el terrorismo alargará la vida del comple-

jo militar-industrial, que probablemente se enriquecerá más que nunca. Pues a diferencia de la guerra fría, que se concentraba en las actividades de países —principalmente de la Unión Soviética y China—, la guerra contra el terrorismo es un asunto turbio que puede prolongarse indefinidamente. ¿Qué están haciendo los terroristas? ¿Cuántos son? ¿Dónde operan? Sólo el Gobierno lo sabe. En cualquier momento, basándose en informaciones secretas, puede anunciar que hay una crisis nacional, que se han interceptado comunicaciones entre terroristas y que existe la amenaza de un ataque inmediato.

Aliados con los corporados, los triunfalistas han transformado la guerra en un banquete de oportunidades de negocios en el que todo se puede convertir en provechosos contratos. En Irak, los contratos multimillonarios que se otorgaron a grandes empresas como Halliburton y Bechtel se adjudicaron sin concurso público. De hecho, el Departamento de Estado ha establecido una nueva categoría de tratos comerciales llamada “contratos sin licitación”. Los republicanos de Bush, que nunca dejan de dar lecciones a la nación acerca de las virtudes de la competencia en el mercado, afirman que haría falta demasiado tiempo para solicitar licitaciones de otras fuentes. Y además, es totalmente predecible que las mismas grandes empresas, con muchos y buenos contactos, acabarían haciéndose con los contratos. Sólo ellas cuentan con el tamaño y la experiencia para realizar la tarea. Es como si esas firmas, junto con las grandes compañías petroleras estadounidenses, se hubieran convertido en una rama honoraria del Gobierno.

Durante la década de 1970, Ronald Reagan se autodeclaró la voz de la “revuelta de los contribuyentes”, un esfuerzo que desde entonces se ha extendido a todos los niveles de gobierno: ciudad, condado, estado y federal. Reagan llevó esa revuelta a la Casa Blanca en 1980. Por su parte, George W. Bush ha puesto al Partido Republicano en una situación en la que todavía sufre una influencia mayor de la derecha. Sus enormes recortes fiscales, que superan el billón de dólares, han trasla-

dado la carga impositiva de los muy ricos a los ciudadanos de clase media y trabajadora. En 1950, las empresas pagaban una cuarta parte de las tasas federales. En 2000, y aunque eran más ricas que nunca, sólo pagaron el 10 %. En gran parte, este cambio se debe al hecho de que cada vez es mayor el número de empresas que no paga ningún tipo de impuestos. Han descubierto muchas maneras de evitar los impuestos, incluyendo el traslado de su sede central oficial a diversos paraísos fiscales. La famosa Halliburton Corporation, que ya hemos mencionado anteriormente relacionada con fraude y codicia, protege sus enormes beneficios (gran parte de ellos provenientes de sus contratos en Irak) en las islas Caimán, en las Bermudas, Trinidad y Tobago, Panamá, Liechtenstein y Vanuatu, en el Pacífico Sur. En todos esos lugares cuenta con oficinas en las que nadie hace nada excepto mantener una dirección. El resultado de ello es que esa empresa apenas paga impuestos.

Y no obstante, a pesar de esas gigantescas reducciones de impuestos, en 2002, George W. Bush revivió la propuesta de Ronald Reagan acerca de un sistema defensivo multimillonario a base de un escudo antimisiles. Se mostró todavía más atrevido que Reagan, y pidió que el sistema fuese financiado de inmediato, sin ni siquiera cumplir con los procedimientos normales del Pentágono, que requieren que las armas sean probadas antes de ser producidas en masa. Al igual que en el caso de Reagan, el propósito de esas medidas draconianas es producir déficits que acaben arruinando al gobierno federal, forzándole a adoptar enormes reducciones en los servicios públicos y programas sociales. Por ello, no es de extrañar que la demanda de George W. Bush, realizada en septiembre de 2003, de 87.000 millones de dólares para continuar con la guerra de Irak un año más, fuese seguida de rumores que hablaban de que el gasto público iba a ser drásticamente reducido. Ésa es la política de los triunfalistas en su forma más perfeccionada, un claro ejemplo de cuán coordinadas están en Estados Unidos las políticas nacionales y las exteriores.

¡Alerta, mundo!

Transformación: el mundo convertido en un videojuego

Desde el punto de vista de los triunfalistas, los cientos de miles de millones de dólares que se han destinado hasta el momento a las invasiones de Afganistán e Irak son sólo el principio de una revolución de quebranto del presupuesto en la política exterior y militar. El costo total de la matriz de ataque mundial está empezando a asomar tímidamente. Con una rapidez increíble, la guerra contra el terrorismo ha pasado a ser un horizonte ilimitado de gastos militares. El complejo militar-industrial primigenio gastó incontables miles de millones en los armamentos pesados necesarios para mantener un equilibrio de terror con la Unión Soviética. Muchos de esos gastos continúan. Pero además, el nuevo complejo militar-industrial tiene planes para crear un arsenal de alta tecnología muchísimo más caro. Anda tras una complejidad militar que hará que incluso las operaciones militares de la primera guerra del Golfo parezcan tan primitivas como si se hubiesen desarrollado a base de garrotes y lanzas. Bajo el liderazgo del Departamento de Defensa de la administración Bush se ha lanzado una nueva política armamentística llamada “transformación” que ha puesto en marcha más de 150 tecnologías dedicadas a aumentar la velocidad electrónica y la precisión informatizada. En su conjunto, estas tecnologías ya se han beneficiado de un impulso fiscal imparable que se mantendrá durante décadas. El programa militar del imperio no se detendrá, por muy mal que vayan las guerras de Afganistán e Irak. Para los triunfalistas, cualquier error es aceptable, siempre y cuando resulten caros. Por ello, junto con misiles termonucleares y fuerzas terrestres acorazadas, la nueva política de transformación pretende crear un “campo de batalla por Internet” que permitirá a las tropas estadounidenses encontrar, perseguir y matar a los terroristas enemigos, uno a uno, en cualquier parte del mundo, con una precisión casi quirúrgica. O al menos eso es lo que nos prome-

ten. En sus comunicados de prensa, el Departamento de Defensa ha mostrado orgullosamente ejemplos de ese tipo de operaciones de precisión llevadas a cabo en Afganistán, donde las fuerzas estadounidenses han podido –al menos en algunas ocasiones– identificar a dirigentes talibanes individuales sobre el terreno y llevar a cabo “la ejecución” con precisión letal. El bombardeo inicial sobre Bagdad en 2003 fue un intento en esa onda, de “decapitar” al gobierno iraquí liquidando a Saddam Hussein y a sus lugartenientes. La información demostró ser falsa y el intento fracasó, pero los grandes designios siguen en su sitio. Los militares estadounidenses continúan afirmando que pueden apuntar y centrarse en edificios, vehículos e individuos con absoluta precisión.

Un elemento clave en este nuevo estilo militar es la National Geospatial Intelligence Agency (NGIA; Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial). En principio creada para llevar a cabo operaciones de cartografía e investigaciones geológicas, la NGIA fue absorbida por el Pentágono en 2003 para utilizarla como soporte de combate. Su función actual es proporcionar “vigilancia de control del campo de batalla” en la guerra contra el terrorismo. Eso implica utilizar dispositivos de posicionamiento global y toma de imágenes térmicas a fin de reunir datos en forma de pantallas videográficas que pueden ser transmitidas de manera instantánea a tropas terrestres, aéreas y marítimas. De esta manera, los mandos estadounidenses en cualquier lugar del planeta podrán guerrear “batallas de salas de chat” mientras se consultan entre sí acerca de las opciones que se les presentan en sus ordenadores portátiles. Todas sus decisiones serán controladas mediante técnicas de rastreo informático. Siempre que resulte posible, la potencia de fuego será “servida” con una precisión exacta mediante pequeños misiles o aviones teledirigidos.

Una de las armas más importantes de “transformación” es el increíblemente caro Stryker, un vehículo que puede transportar brigadas de infantería ligera, altamente especializadas.

a gran velocidad. A diferencia de los tanques de antaño, el Stryker está equipado con un equipo costosísimo de comunicaciones electrónicas, a base de gráficos informatizados que lo comunican con satélites orbitales y decisiones de combate tomadas en centros de mando muy distantes. Lo ideal es que, en algún momento del futuro, el Stryker acabe siendo sustituido por vehículos robotizados que podrían no necesitar tropas. Según los estrategas triunfalistas, ése es el sueño hacia el que apunta “transformación”. Los “combates en red” requerirán cada vez menos soldados, y por tanto permitirían ampliar la presencia militar estadounidense por todo el planeta con un despliegue mínimo de personal.

En documentales producidos por el Departamento de Defensa, los combates del futuro imperial del país cada vez se parecen más a un guión de película de ciencia ficción. Quienes están en primera línea de dichas innovaciones demuestran estar poseídos por una excitación cándida, propia de niños de doce años, para los que la guerra carece de contexto político ni de dimensión ética. Al observar a esos guerreros de tecnología punta en acción, no puedo evitar sentirme avergonzado ante la inmadurez intelectual que domina la formulación de la política de Estados Unidos. De repente, todo el mundo ha sido transformado en un vasto juego de ordenador en el que las naciones y sus pueblos no son más que videosimulaciones. La miopía y arrogancia de la política exterior norteamericana ya resultaban bastante preocupantes, pero saber que los designios imperiales de nuestro país están bajo el control de un entusiasmo adolescente de ese tipo es la mayor de las vergüenzas.

El Estado de Seguridad Nacional

La segunda guerra del Golfo respondió a una pregunta que se cernía sobre el mundo desde la caída del muro de Berlín. ¿Qué ocupará el lugar de la guerra fría en los asuntos interna-

cionales? En términos generales, los triunfalistas ya contaban con su propia respuesta desde la década de 1980. Compartiendo la desconfianza hacia las instituciones internacionales que ha caracterizado desde hace tiempo al ala derecha del Partido Republicano, parecen considerar el vacío de poder dejado atrás por la caída del sistema soviético como la oportunidad para crear el único orden mundial que pueden llegar a respetar, un dominio unilateral estadounidense. Ésa es la clara implicación que ven en la situación actual de Estados Unidos como única superpotencia mundial.

Aunque los triunfalistas afirman que desean reducir el tamaño del gobierno federal al mínimo, el Estado de Seguridad Nacional que desean crear es justamente lo contrario. Ningún otro movimiento político en la historia de Estados Unidos ha estado nunca tan enamorado del poder, tan convencido de su propia rectitud, tan determinado a aplastar toda oposición a sus intenciones como los triunfalistas. Están decididos a crear un coloso federal capaz de superar toda resistencia. Eso incluye la resistencia ofrecida por las libertades civiles básicas garantizadas a los estadounidenses en la Declaración de Derechos. Ningún Departamento de Justicia desde la segunda guerra mundial ha presionado más que el fiscal general de George W. Bush para poder contar con autoridad para encarcelar, detener sin juicio y realizar escuchas mediante los medios electrónicos más avanzados, para recopilar información personal y privada, para usar la coacción y tal vez la tortura a la hora de interrogar a presuntos terroristas, para saltarse a la torera todas las salvaguardas legales.

Poco después del 11 de septiembre de 2001, el Departamento de Justicia de la administración Bush creó el programa de Percepción Total de Información, que permite que el Gobierno recopile y coordine todo tipo de datos personales: médicos, psiquiátricos, legales e incluso registros bibliotecarios. También anima a los empleados públicos (como los carteros) a que informen de todo comportamiento sospechoso. El pro-

grama ha sido rebautizado como Programa de Información sobre Terrorismo, a fin de sonar menos amenazador, aunque no se ha realizado ningún cambio en sus estipulaciones o en la manera de operar de la propia ley. La ominosamente llamada Ley Patriota permite al FBI realizar vigilancias y registros subrepticios sin necesidad de obtener ninguna orden judicial. Faculta a los agentes federales para llevar a cabo investigaciones acerca de compras de libros y navegación en Internet. Se supone que el objeto de la ley es el de tomar medidas contra los terroristas, pero ya se ha utilizado con otros propósitos, como perseguir pornógrafos. Hay incluso republicanos, miembros del propio partido de George W. Bush, que han planteado objeciones a la ley. Pero el Departamento de Justicia ya ha redactado una segunda Ley Patriota que todavía facilita más la obtención de datos personales por parte del Gobierno al conceder "citaciones de comparecencias administrativas" más amplias que no requieren ningún control judicial. Algunos triunfalistas piden más vigilancia de alta tecnología, como un carnet nacional de identidad que contenga datos biométricos (huellas dactilares, escáner de retina, ADN). Si consiguen llevarse el gato al agua, los estadounidenses, con maravillosa ironía orwelliana, serán la población más controlada y documentada de la tierra... y todo en nombre de la defensa de la libertad.

Los objetivos de los triunfalistas no son simplemente una cuestión de preocupación nacional que se limite al territorio de Estados Unidos. Lo que está emergiendo de la insurgencia conservadora en Estados Unidos es un gran plan que pretende ponerse en marcha en todo el mundo. La generación ascendente de triunfalistas estadounidenses que ahora dirige la política norteamericana puede estar dominada por el mismo celo ideológico que penetró en la Casa Blanca con Ronald Reagan, pero existe un factor nuevo que da a sus esfuerzos unas consecuencias mucho mayores, así como una mayor urgencia. Hay

muchos más intereses. Con el hundimiento de la Unión Soviética se ha abierto un vacío de poder global, y con él una oportunidad de oro que no se ha explotado completamente. Los triunfalistas tienen la esperanza de poder colocar la nueva economía global en manos de una élite de negocios bajo control estadounidense que extenderá por todas partes y de manera permanente el libre mercado. De esta manera Estados Unidos deberá utilizar su formidable potencia militar para eliminar cualquier competidor. El esquema general de este nuevo orden mundial fue formulado durante la presidencia Reagan por el analista del Departamento de Defensa Paul Wolfowitz, que en aquella época se ocupó de afirmar que la hegemonía de Estados Unidos «debería ocuparse lo suficiente de los intereses de los países industrialmente avanzados para disuadirles de intentar desafiar nuestro liderazgo».

Éste era el punto de vista de los triunfalistas a mediados de la década de 1980. Uno se pregunta si siguen contando para algo los intereses de otros países industrializados. Existen razones para creer que entre nuestros planificadores militares y diplomáticos existe una facción que está dispuesta a ir en solitario. Bajo la administración Bush, el Pentágono reveló planes para incrementar los gastos a fin de aumentar, diversificar, y actualizar el arsenal nuclear estadounidense de manera que deje atrás al resto de las naciones. Puede que haya finalizado la carrera armamentística de Estados Unidos con la Unión Soviética, pero Estados Unidos todavía sigue corriendo para sacar distancia al resto del mundo. El objetivo es equipar a Estados Unidos con armas nucleares “utilizables” en una guerra limitada. Pero ¿hacia quién pueden ir dirigidas esas medidas sino al club nuclear actual, con vistas a intimidar toda resistencia? ¿Resulta impensable que los triunfalistas quieran llevar a cabo el desarme nuclear de nuestros antiguos aliados? Ya en 1992, los triunfalistas endurecieron su política respecto a los aliados. En un documento sobre directivas políticas que circuló entre los triunfalistas de Washington durante aquel

año, al Pentágono se le daba un encargo nuevo y más amenazador. Es tarea de los militares «establecer y proteger un nuevo orden», tras lo cual «Estados Unidos debe asegurarse de disuadir a cualquier competidor potencial incluso de aspirar a desempeñar un papel regional o global más amplio». Quienes creen que Francia, Alemania, Rusia, y hasta cierto punto China, pudieran unirse para contrarrestar el poder americano, deberían tener en cuenta que los triunfalistas han decidido que eso nunca debe suceder.

No será difícil hallar una excusa en caso de que sea necesario retorcerle el brazo a alguno de nuestros antiguos aliados. Ya incluso antes de la segunda guerra del Golfo, Washington dejó claro a los iraníes que si no podían hacerlo mejor capturando terroristas, Estados Unidos tendría que intervenir para hacerlo en su lugar. La guerra contra el terrorismo ha redefinido el ámbito de la seguridad nacional estadounidense, que ahora incluye todo el mundo. ¿Quién hubiera imaginado que los diecinueve hombres que utilizaron cúters para apoderarse de cuatro aviones el 11 de septiembre de 2001 iban a proporcionar la justificación para acciones militares estadounidenses en cualquier parte del mundo? Sólo hay que imaginar qué tipo de vigilancia haría falta para prevenir otro acto de terrorismo similar. ¿Y qué sucederá si otras naciones fracasan a la hora de demostrar la vigilancia que Estados Unidos espera? Washington ya se ha quejado de que la seguridad aeroportuaria de otros países no está a la altura de lo que Estados Unidos espera. Tal vez Estados Unidos deberá intervenir para enseñarles a esos países cómo llevar a cabo la tarea. Tal y como dijo George W. Bush (de manera bastante beligerante) en el discurso sobre el Estado de la Nación en enero de 2004: «Estados Unidos no pedirá permiso a nadie para defender la seguridad de nuestro país». De todo lo que dijo el presidente, eso fue lo que provocó más aplausos entre los legisladores presentes.

Los guerreros corporativos: el regreso de los mercenarios

En el núcleo del imperio americano se asienta un insuperable poder militar. La disposición a explotar esa ventaja al máximo es la característica principal de la política triunfalista. Pero un grave obstáculo se interpone en la manera de utilizar ese poder de una manera rápida, flexible y precisa. Se trata de la tradición del ciudadano soldado, un elemento básico de la democracia estadounidense. El nuevo imperio americano requiere de otro tipo de fuerza militar: rápidamente desplegable, altamente formada y totalmente obediente. Crear este tipo de milicia ha sido una de las prioridades de los triunfalistas.

«Un pueblo democrático —observó Tocqueville acerca de Estados Unidos cuando todavía era una sociedad fronteriza— debe desesperar de siquiera obtener de sus soldados esa obediencia ciega, precisa, sumisa e invariable que un pueblo aristocrático pudiera imponerles sin dificultad.» Las palabras de Tocqueville han demostrado ser proféticas. En una época de guerras unilaterales y preventivas, los ciudadanos soldados son un pasivo. Cuando, al principio de la segunda guerra del Golfo, un miembro del Congreso sugirió que debería volverse a la práctica del reclutamiento obligatorio para contar con las tropas necesarias, la administración Bush no tardó en enterrar la propuesta (al igual que el propio Congreso, pues sólo había un congresista con un hijo sirviendo en la guerra. Los demás se sentían felices de que sus hijos se hubieran salvado). Los “quintos”, insistió el Pentágono, requerían demasiado entrenamiento y no eran buenos luchadores. La guerra de Vietnam demostró lo perjudicial que era depender de un ejército de reclutas. El reclutamiento obligatorio llena las filas de soldados pobres, escasamente educados, mal entrenados y dubitativos. Las tropas hacen saber su descontento de una u otra forma; la disciplina se viene abajo y cunde la desmoralización. Tal y como pasó en Vietnam, las tropas se dedican a drogarse. O

peor aún, “fragmentan” a sus oficiales, es decir, se los cargan o los hacen volar en pedazos en lugar de seguirlos a la batalla. En casa, evitar el reclutamiento se intensifica de tal manera que es imposible castigar a todos los infractores. Además —y sospecho que ésa es la principal preocupación— el reclutamiento obligatorio proporciona un objeto de protesta para los jóvenes discrepantes y sus familias. Lleva la guerra a casa de una manera que los triunfalistas preferirían evitar.

Los nuevos militares estadounidenses tienen un carácter muy distinto de los ciudadanos soldados de antaño. En la cultura popular estadounidense, las imágenes de los soldados con las que contamos ahora son de especialistas y expertos, de un cuerpo que sigue la carrera militar. No son los encantadores soldados de antaño, sino más bien una élite profesional: tipos duros pertenecientes a las unidades de la Delta Force o a los Navy Seals, más en la onda de agentes secretos tipo James Bond que de soldados. Entrenados como eficientes unidades de fuerzas especiales, luchan con armas complejas, normalmente informatizadas. En su mayoría, han sido reclutados, no entre las clases más pobres, como ocurría con Vietnam, sino entre las filas de los obreros manuales estadounidenses. Son los jóvenes de uno y otro sexo que antaño habrían encontrado un puesto de trabajo en una cadena de montaje, antes de que esos empleos se perdiesen con la globalización. Nos hallamos ante la creación de una fuerza militar imperial, siempre dispuesta a servir inmediatamente en cualquier parte del mundo. El objetivo es llegar al lugar con rapidez, solucionar el problema y sufrir el menor número posible de bajas.

Más que profesionalizar las fuerzas armadas, lo que los triunfalistas quieren es privatizarlas. Eso encaja con su compromiso ideológico de reducir el sector público. Para los triunfalistas, la panacea de todos los males sociales es confiar las responsabilidades de Gobierno a empresarios que —así lo afirman— encontrarán una manera de cubrir costos, sacar beneficios y, no obstante, proporcionar servicios a precios más eco-

nómicos. ¿Cómo es posible? En principio, gracias a la mayor eficacia del sector privado. Los conservadores triunfalistas privatizarían todos los aspectos de la política social, sustituyendo al Gobierno con corporaciones. En todos los casos, la obtención de beneficios sustituiría al servicio público como fuerza motriz. Pondrían la educación en manos de firmas privadas, convertirían el servicio de predicción meteorológica en un negocio privado, venderían todos los parques nacionales y zonas protegidas a empresas privadas. Ya han empezado a privatizar las prisiones y cárceles del país, donde una fuerza laboral encarcelada cobra los salarios más bajos de todo el país. Antaño, en Estados Unidos era delito explotar el trabajo de los presidiarios, se consideraba una forma de esclavitud. Ahora, al igual que la explotación de menores utilizada por las empresas estadounidenses en tierras extranjeras, resulta ser una rentable práctica comercial.

Privatizar las fuerzas armadas es la innovación más atrevida y menos visible introducida por los triunfalistas en la política norteamericana. El mercenariado es una industria en crecimiento en la economía global. En todo el mundo se gastan más de 100.000 millones de dólares en contratistas militares privados, siendo Estados Unidos el cliente principal con mucha ventaja. La segunda guerra del Golfo es el campo de pruebas de esta política. Los ejércitos privados son el elemento básico en el esfuerzo de Washington de crear un Irak supuestamente autónomo y provisto de autogobierno. Aunque la administración civil estadounidense en Bagdad pueda disminuir, las fuerzas armadas iraquíes seguirán bajo control estadounidense, como ocurre en todos los países satélites. Y cada vez será mayor el número de esas fuerzas que se contratarán mediante empresas privadas.

Si los triunfalistas alcanzan su objetivo, todo ello tendrá implicaciones más bien aciagas para el resto del mundo. Transformar las fuerzas armadas estadounidenses en una fuerza laboral contratada con ánimo de lucro pondría a dichas

fuerzas a disposición del comandante en jefe del país, sobre el que el Congreso y el público en general tienen cada vez menos control. Los guerreros contratados tienden a permanecer fuera de la vista del público; éste ni siquiera puede llegar a enterarse de su existencia. En ambas guerras del Golfo, tal y como ahora ya sabemos, hubo fuerzas especiales estadounidenses en territorio iraquí semanas antes de que empezasen los tiros. Preparaban el terreno para el ataque siguiente. Tal vez sea una táctica inteligente. Pero uno se pregunta si, en el futuro, Estados Unidos entablará guerras de manera que el público ni siquiera se entere. Es lo más probable, sobre todo cuando las tropas utilizadas responden ante empresas privadas en lugar de ante una autoridad elegida en las urnas.

La externalización de las fuerzas armadas es un proceso que ha ido en aumento a lo largo de los últimos años, a pequeña escala y de manera encubierta. Una empresa asentada en Virginia, la Vinnelle Corporation, fue contratada por el ejército estadounidense ya en 1975 para organizar el entrenamiento de la Guardia Nacional saudí, una componenda que también convirtió la sede de la empresa en objeto de más de un ataque terrorista. Por entonces, durante la presidencia de Clinton, se enviaron a Colombia fuerzas asalariadas para llevar a cabo la semiclandestina “guerra contra la droga” estadounidense en aquel país. El esfuerzo desarrollado fue pequeño, pues sólo se trató de un puñado de tropas contratadas por Military Professional Resources Incorporated, pero es un ejemplo muy instructivo sobre cómo una eficaz acción militar puede ocultarse a la opinión pública. Los triunfalistas están decididos a externalizar su política militar a una escala mucho mayor. Se están esforzando por convertir las fuerzas armadas nacionales en una colección de unidades privadas con afán de lucro, como si no pudieran soportar el que unos militares controlados federalmente desempeñasen cualquier papel en sus designios. Volvieron a contratar a la Vinnelle, en esta ocasión para entrenar una fuerza de mantenimiento de la paz en Irak, que entrará en

acción si alguna vez llega a retirarse el ejército estadounidense. Hasta entonces, y mientras las fuerzas de ocupación sigan siendo objetivo de la guerrilla iraquí, se han contratado firmas de seguridad privada para que proporcionen protección a las fuerzas estadounidenses. Otra compañía de Virginia, Blackwater USA, cuenta con un contrato para entrenar personal militar para Irak; también se ha firmado otro contrato similar con URS, una empresa de ingeniería. Una filial de Halliburton se ha hecho cargo de los servicios básicos de aprovisionamiento de los militares, una tarea antaño desempeñada por el propio Cuerpo de Intendencia del Ejército. Hay otras empresas contratadas por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército para levantar campamentos, proporcionar transportes y construir carreteras, puentes, y muelles que los militares necesitan para el combate o la ocupación. Y otras más han sido contratadas para realizar tareas de reconocimiento y reunir información. Sería difícil nombrar un solo aspecto de las operaciones militares que hasta cierto punto no esté bajo cierto grado de control privado.

¿Y quién les parece que contribuye con el mayor número de personal militar a las fuerzas de la coalición en Irak, después de Estados Unidos? ¿Los británicos? Ni hablar. La respuesta es: los contratistas privados estadounidenses. Unos 15.000 miembros de la policía, guardias de seguridad, instructores, conductores y trabajadores de apoyo son empleados contratados por empresas privadas. Se les lleva de encargo en encargo en gigantescos aviones de transporte, normalmente de fabricación rusa, desde los que pueden ser lanzados a combatir en paracaídas. Están armados, luchan, matan y mueren. Pero sus acciones permanecen convenientemente ocultas y no se informa de ellas, lo cual, claro está, crea la impresión de que la guerra es incruenta. De los 87.000 millones de dólares presupuestados para la guerra durante 2004, 30.000 millones pasaron a manos de contratistas privados. A lo largo de la última década, el Pentágono ha adjudicado más de 3.000 contratos al sector privado. Estados Unidos no es el único país que está

transformando la guerra en una inversión empresarial. Los británicos también han echado mano de pistoleros de alquiler para entrenar y desplegar tropas. Global Risk Strategies, Erin-ya International, Genric Ltd., son algunas de las firmas que ahora se ocupan de los soldados de la reina. Como utilizar mercenarios viola la ley internacional, no se considera que las fuerzas contratadas entren en esa categoría, aunque tengan licencia para matar. Llevan armas y se han visto inmersos en tiroteos. Un analista militar (Peter Singer, del prestigioso Brookings Institute, autor del libro *Corporate Warriors*), cree que en Irak han muerto o sido heridos varias docenas de personas contratadas, pero su número no aparece entre las bajas de guerra. Muchos de los militares contratados son antiguos policías o ex integrantes de las fuerzas especiales norteamericanas; algunos son soldados de otros países. Un contingente de guardias de seguridad contratado por Kellogg, Brown, and Root, filial de Halliburton, está compuesto por *gurkhas* nepalíes. El Pentágono ha reclutado otras fuerzas en Nepal, Chile, Ucrania, Israel, Sudáfrica y Fiji.

Como parte integral del imperio, lo más probable es que el mercenariado se convierta en una industria en expansión. La guerra es, después de todo, un trabajo sucio, una especie de tarea servil que los estadounidenses prefieren no hacer. Los triunfalistas pueden haber dado con algo del gusto del público. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que las fuerzas armadas estadounidenses dejen de ser un cuerpo integrado por ciudadanos soldados y se conviertan en una tropa totalmente mercenaria mantenida por empresas privadas con contratos de larga duración, dispuesta a ir a la guerra en cualquier momento, tal vez sin necesidad de la aprobación o financiación del Congreso, en algo parecido a la Compañía de las Indias Orientales británica antes de que pasase al control de la Corona? Y cuando finalicen los combates, estos resueltos profesionales contarán, claro que sí, con las habilidades políticas necesarias para encargarse de una ocupación y administración a largo plazo. Se trata de

un papel tan nuevo para los militares que algunos analistas han empezado a referirse a las tropas estadounidenses como “impositores” en lugar de soldados. ¿Y qué es lo que imponen? “Las normas de comportamiento internacional”. Una tarea de tal magnitud está obviamente más allá de las capacidades de meros guerreros. Las fuerzas armadas estadounidenses deberán convertirse, tal y como dijo uno de sus comandantes de armas, «en diplomáticos, negociadores internacionales, y guardianes de la seguridad económica».

En una ocasión, Kipling se refirió a los millones de personas de los diversos pueblos que dependían del Imperio británico como «medio demonios y medio niños». Era “obligación del hombre blanco” civilizarlas. Los nuevos impositores proconsulares estadounidenses parecen considerar las cosas del mismo modo. Y una vez que hayan enseñado a los pueblos del mundo cómo comportarse de manera adecuada, el siguiente paso será –al menos así lo creen los triunfalistas– la construcción de naciones, la única solución a largo plazo para acabar con el terrorismo.

Aprendiendo de Europa

Existe una relación peculiar entre Europa y los triunfalistas. Los conservadores estadounidenses de la generación posterior a la segunda guerra mundial han caído, hasta un grado extraordinario, bajo la influencia de intelectuales emigrados que trajeron consigo al nuevo mundo las horribles lecciones que aprendieron acerca del fascismo europeo. Durante las décadas de 1930 y 1940 llegaron a Estados Unidos figuras de gran relevancia académica –Frederich Hayek, Leo Strauss, Hans Morgenthau, Eric Voegelin, Ludwig von Mises, Karl Popper, Hannah Arendt, Richard Pipes y Henry Kissinger–, como misioneros cuyo objeto era despertar a los nativos estadounidenses a la fea realidad de la vida contemporánea. Ayn

Rand, cuya experiencia proviene de la Rusia soviética, también puede incluirse en este grupo. Rand, cuya influencia aumentó gracias a la ficción y las películas, se convirtió en la cabeza visible de un movimiento filosófico especialmente cáustico llamado “objetivismo”, cuyo propósito era fomentar una rígida ortodoxia capitalista como garante único de la libertad.

Estas advertencias pueden haber sido inicialmente sinceras, pero, al concentrar sus críticas sobre el totalitarismo tomando al Estado como objeto, y al menospreciar el papel jugado por la riqueza en manos privadas a la hora de financiar el fascismo, los emigrados concedieron a la comunidad empresarial un conveniente perdón que les eximía de toda crítica. Tampoco supieron prever o simplemente ignoraron la posibilidad de que las empresas traspasaran con tanta rapidez las fronteras nacionales y que se convirtiesen en sistemas autogestionados, en algunos casos más grandes y ricos que los gobiernos de naciones pequeñas. Tampoco les costó mucho hacer la vista gorda respecto a corporaciones estadounidenses como la Ford Motor Company, que realizó lucrativos negocios con el régimen nazi. Concentrados como estaban en el dinero, los emigrantes europeos apenas prestaron atención a la manera en que vastas sumas de dinero en manos privadas pueden llegar a corromper el proceso político. Tal vez porque se hallaban concentrados en la fuerza bruta de las pistolas y las porras, acabaron ignorando lo que el frío dinero puede llegar a hacer para influir y abusar del poder.

Por encima de todo, una vez que estuvieron a salvo en suelo americano, el peligro que estos intelectuales europeos condenaron de manera más persistente fue la política social liberal, que consideraron como peligrosamente estatalista. Algunos de ellos vieron la misma debilidad en el liberalismo norteamericano que la que acabó con la República de Weimar; otros consideraron que los liberales eran demasiado blandos con el comunismo. Por muy brillantes que fueran algunos de

los emigrantes, fracasaron al analizar la estructura social totalmente distinta de Estados Unidos: la ausencia de una tradición aristócrata, la influencia menor de los militares, la condición anémica de la izquierda estadounidense, la naturaleza generalmente no ideológica del movimiento sindicalista estadounidense, y la fortaleza de las garantías constitucionales. No obstante, por equivocados que pudieran estar acerca de la política estadounidense, no es difícil imaginar lo gratificante que debió resultar para estos intelectuales desplazados desempeñar el papel de Casandra para su país de adopción. Sin duda creyeron que estaban ofreciendo unos servicios impagables.

Toda una generación de jóvenes conservadores heredó de estos exiliados europeos una monstruosa imagen del poder estatal que no guarda ninguna relación con su propia historia. En realidad se equiparon con una concepción del mundo que incluía toda la civilización occidental. A ojos de Strauss, Voegelin y Popper, el totalitarismo se remontaba a los primeros tiempos de la filosofía europea. Dicho totalitarismo contaba con un terrible impulso histórico, y consideraban que, frente al mismo, el liberalismo moderno constituía una débil defensa. Los liberales, acusaron, carecían de la firmeza para hacer frente al mal. Al ser pluralistas y moralmente relativistas, carecían de la capacidad de apreciar lo absoluto. Bajo la influencia de carismáticos profesores como Strauss, estudiantes sensibles se mostraron aparentemente dispuestos a aceptar que un valor es absoluto porque su profesor así lo dice. No sé hasta qué punto difiere eso de los jóvenes hitlerianos que creían que las palabras del *Führer* eran absolutas, o de los talibanes, que creen que todas las palabras del Corán lo son. Todos nosotros –incluso los liberales como yo– tenemos valores que deseáramos que todo el mundo aceptase como absolutos. Pero no doy por descontado que tengo el derecho de obligar a nadie a aceptarlos. Y eso, sospecho, es la diferencia que convence a los conservadores de que los liberales carecen de convicción.

Mediante una exageración ilimitada, Hayek, destinado a

convertirse en el santo patrón de la economía de libre mercado, tituló su obra más conocida, *El camino a la servidumbre*, eligiendo una referencia –servidumbre– para la que no existía equivalente en la historia de Estados Unidos. Incluso como metáfora inadecuada, el término “servidumbre” describiría mejor las condiciones bajo las que vivieron los trabajadores estadounidenses durante el siglo XIX, hasta que los sindicatos les proporcionaron cierto poder de compensación en el escenario político. Mucho antes de que existiese un programa liberal en Estados Unidos, existían los trusts y monopolios, rompehuelgas y milicias estatales contra las que los trabajadores apenas podían plantar una resistencia de cierta importancia. Sólo alguien cegado por la convicción ideológica podía creer que en Estados Unidos no existía “servidumbre” en los años en que reinó supremo el libre mercado. Fue una época en la que los trabajadores y la dirección se enfrentaron en encarnizadas batallas, cuando los capitanes de industria contrataban rompehuelgas o se hacían con los servicios de la policía del estado para aplastar cualquier protesta. También fue la época de las poblaciones creadas por empresas, en las que los trabajadores vivían como siervos ligados a sus patronos por las deudas relativas a alimentación y alojamiento. Si no hubiera estado tan comprometido con las ideas antiestatalistas que trajo consigo de la Europa central, Hayek podrían haber demostrado un mínimo interés en el papel dominante que la riqueza monopolista jugó en Estados Unidos. Al igual que sus colegas europeos exiliados, no hizo concesión alguna hacia el papel que el gobierno federal desempeñó en Estados Unidos en defensa de los intereses de los agricultores acuciados de problemas, apoyando los derechos de negociación colectiva de los sindicatos y acabando con las instituciones segregacionistas que siguieron en pie tras la abolición de la esclavitud.

De vez en cuando, el estatus baronial de las grandes corporaciones estadounidenses salta a la palestra, a menudo de modo sorprendente. En 2002, unos periodistas económicos

descubrieron que muchas empresas estadounidenses se aprovechaban de las denominadas “leyes del campesino muerto”. Estas leyes permiten que una empresa compre pólizas de seguro de vida sobre sus empleados sin notificárselo. Las pólizas sirven como base para ciertas componendas económicamente favorables entre la empresa y la aseguradora. Cuando el empleado muere –aunque sea un empleado que perdió el trabajo o que se despidió hace años–, la empresa cobra el seguro de vida, como si el trabajador fuese un campesino propiedad de la empresa.

Nadie que conozca la historia del siglo xx puede negar los peligros del totalitarismo. Y ésta es, desde luego, una buena razón para permanecer atentos ante la posibilidad de que el Estado moderno se convierta en el Gran Hermano. Pero cuando los conservadores triunfalistas proyectan temores de dictadura hitleriana sobre programas sociales o reformas tipo *New Deal* o *Great Society*, o sobre cualquier legislación de derechos civiles, están permitiéndose graves excesos ideológicos. Lo que están desarrollando es una concepción política que considera que la estafeta postal, el servicio meteorológico, la Seguridad Social y el Servicio de Parques Nacionales son precursores fascistas, pero que pasa por alto la elevada posibilidad de que la superconcentración de dinero y poder institucional en manos de una élite corporativa pueda representar un peligro todavía mayor para la democracia.

Y por ello no acaba de estar claro que los triunfalistas *quieran* la democracia. Su miedo de las masas vulgares y no filosóficas les lleva a alcanzar la conclusión de que sería necesario cierto control autoritario a fin de garantizar la propiedad y el liderazgo político inteligente. Por ejemplo, a Leo Strauss le parece que existen buenas razones para contar el tipo de “nobles mentiras” que Platón recomendó como medio para ejercer control social. Strauss creyó que la mejor de todas las mentiras era la religión. Estuvo de acuerdo con Lenin en que era un opio, pero no vio nada malo en dar opiáceos al pueblo, eso les

mantiene sumisos. Los triunfalistas sazonan sus políticas con un cierto elitismo enrarecido, como para afirmar sus credenciales intelectuales. En su debate continuo con los liberales, subrayan que Estados Unidos nunca pretendió ser una democracia, sino una “república”, que confía el poder a representantes responsables, y no directamente al público. Esa distinción es válida, y de hecho conforma una parte integrante del sistema político estadounidense. En Estados Unidos existen pocos mecanismos, a todos los niveles, para un gobierno por democracia directa. La regla mayoritaria es la representación electa. Algunos estados permiten que las leyes se aprueben mediante votación electoral; otros permiten que los líderes políticos o jueces puedan ser revocados. Se trata de fenómenos políticos relativamente marginales. Pero el hecho de que los triunfalistas no dejen de insistir en que la democracia es ajena a Estados Unidos hace que uno albergue sospechas acerca de sus verdaderas intenciones.

La furia destructora con la que los triunfalistas se han abalanzado sobre los liberales en Estados Unidos resulta muy instructiva. Demuestra el poco sentido de la proporción y de profundidad histórica con que cuentan. Su oposición al liberalismo es absoluta y extrema, como si no pudieran imaginar ninguna razón por la que aparecieron los organismos reguladores o los programas de bienestar social. Quienes se desvían un pelo de sus principios no son mejores que sus peores enemigos marxistas. El espíritu que ha dominado la política exterior de George W. Bush desde el día en que entró en la Casa Blanca —«o conmigo o contra mí»— surge de la intolerancia y el extremismo con el que sus asesores triunfalistas persiguen sus objetivos, tanto a nivel nacional como extranjero. Todo el rencor que antaño los conservadores dirigieron hacia la amenaza comunista se concentra ahora en los liberales, a los que los triunfalistas consideran como el origen de todos los males de Estados Unidos. Son gente que debe contar con un enemigo y ese enemigo debe ser considerado totalmente maligno.

¿Cuáles son los pecados imperdonables que los triunfalistas achacan a los liberales estadounidenses? Creer que la riqueza debe repartirse de manera más equitativa, que para alcanzar ese objetivo debería aplicarse una tributación graduada, que el poder del Gobierno debe dedicarse a convertir la vida en algo más seguro a través de programas de bienestar, que el mercado debe ser regulado en interés público. Se trata de objetivos modestos, casi podríamos decir que torpes. El liberalismo no es excitante ni dramático. Carece de la pasión de una ideología madura. No tiene una gran elegancia filosófica. No es más que un conjunto de bienintencionados parches destinados a corregir injusticias y desequilibrios según van manifestándose. Hablando como liberal, yo sería el primero en estar de acuerdo en que esos parches no siempre funcionan. Pueden resultar caros e ineficaces, y, de llegar a serlo, deberían corregirse o abandonarse. Reconozco que los programas liberales, como cualquier cosa que se intenta a gran escala, tienden a generar burocracias infladas e insensibles. Igual que las grandes empresas. Concedo que otras personas pudieran rechazar algunos o todos estos objetivos. Pero en el programa liberal contamos al menos con una declaración de intenciones abierta y honrada que se remonta a dos siglos de reformas políticas. El liberalismo no es una cosa rara, ni tampoco nueva; forma parte de la corriente política principal de la cultura estadounidense, y no pretende estar basada en valores trascendentes ni en una revelación divina.

No obstante, actualmente la guerra de los triunfalistas contra el liberalismo hace uso de un gran celo inquisitorial para destruir la herejía de raíz. Uno de los principales organizadores de la derecha, Grover Norquist, se ha propuesto “desustanciar” a los grupos liberales. «Conseguiremos –promete– acabar con ellos uno a uno y extinguir sus fuentes de financiación». Anne Coulter, una popular periodista de derechas, ha llegado incluso a acusar de “traición” a los liberales que se opusieron a la segunda guerra del Golfo. En la década de 1950, el senador Joseph

McCarthy lanzó la misma denuncia, acusando a los liberales de traición porque al parecer se mostraban blandos acerca del comunismo. Coulter, presa de una rabia impropia, ha intentado rehabilitar la reputación de McCarthy. Según ella, los pecados del liberalismo se remontan a la caída de McCarthy, cincuenta años atrás. Y al igual que McCarthy antes que ella, y que muchos otros triunfalistas de hoy en día, el objetivo de Coulter no es simplemente ganar elecciones, sino aniquilar a la oposición. ¿Es posible hallar un ejemplo más claro de tendencias totalitarias que el deseo de crear un sistema político de partido único?

Tal y como lo perciben los triunfalistas, la falta de respeto de los liberales por los mercados, la competencia, y una buena y sólida moral de clase media, equivale a una guerra contra los “valores”. Unos valores que en Estados Unidos se han convertido en propiedad privada de la derecha. Unos valores —sus valores— que deben ser enaltecidos y absolutos. Nada parece molestar más a la sensibilidad triunfalista que la alianza entre liberales y el arte. En nombre de la libertad de expresión creen que los liberales están dispuestos a socavar el absolutismo moral al que ellos aspiran. Desde los días del Federal Arts Project lanzado por Franklin Roosevelt en la década de 1930, los liberales —así lo creen los conservadores— se han aliado con los artistas. ¿Y qué son los artistas? Holgazanes bohemios y ateos libertinos. Después de todo, ¿no fueron los liberales los que en la década de 1960 financiaron el National Endowment for the Arts, que insistió en promocionar un arte carente de gusto y obsceno? Hay que acabar con todo eso, insisten los triunfalistas, y también con toda la rama liberal de la política estadounidense.

El conservadurismo y los intelectuales

Aunque en Estados Unidos los conservadores siempre han sido antiestatalistas, nunca antes habían elaborado tan intelectualmente su política como ha ocurrido en los últimos años. A

partir de la década de 1980 ha sucedido algo sorprendente en el bando conservador. Le ha crecido un cerebro. A lo largo de la primera mitad del siglo xx, el intelecto era monopolio liberal. El Movimiento Progresista de los días de Teddy Roosevelt fue un movimiento de libros y revistas, de investigación académica y estimulantes conversaciones. Los progresistas estaban dispuestos a introducir el intelecto en la política; reclutaron a especialistas académicos para que prestasen sus servicios en las nuevas comisiones reguladoras que se crearon a nivel estatal y federal. A partir de ese momento, los liberales desarrollaron intensas relaciones con las universidades, mientras que los conservadores –y especialmente la comunidad empresarial– empezaron a desconfiar de los intelectuales como principales portavoces de la reforma, si no de una revolución pura y dura. El intelecto era el enemigo de la riqueza. Y como resultado de ello, a los conservadores se les caracterizó como palurdos que carecían de todo interés en las ideas. La derecha de la política estadounidense pasó a ser plasmada en la literatura de la época como una clase repleta de tipos parecidos a los personajes que el novelista Sinclair Lewis satirizó en su novela *Babbitt*. Quienes siguieron su ejemplo pasaron a ser denominados la “bobocracia”.

A lo largo de la década de 1930, y sobre todo a través de sus programas dirigidos a las artes y la literatura, el *New Deal* de Roosevelt alistó a más intelectuales para las causas liberales; Roosevelt se enorgullecía de estar rodeado de un “trust de cerebros” conformado en su mayoría por profesores universitarios. Hacia mediados del siglo xx, las mentes imperantes en las universidades (incluso en las escuelas de la *Ivy League*, los colegios universitarios de élite del país), en los medios de información y en el mundo intelectual en general, se hallaban a la izquierda del centro en términos políticos. Los liberales publicaban la mayoría de las revistas de opinión y llevaron adelante la iniciativa de crear centros de estudios y grupos de expertos en los que pudieran generarse nuevas ideas y

programas sociales. En su extremo más izquierdista, el liberalismo se transformaba gradualmente en un tipo u otro de marxismo; incluso entre quienes acabaron condenando a la Unión Soviética y desarrollaron importantes reservas acerca de los métodos comunistas, había pocos que hubieran escrito algo sobre política o economía sin incluir un respetuoso reconocimiento de Marx. Conocer la enrevesada historia del pensamiento de la izquierda radical, de sus diversas facciones y luchas internas, era señal de ser políticamente culto.

Por el contrario, a partir de la década de 1970 la comunidad empresarial ha realizado importantes inversiones en materia gris. Ha lanzado publicaciones de opinión, subvencionado libros, y creado fundaciones. Y por encima de todo, empezó a reclutar entre los estudiantes en los campus universitarios mediante clubs y organizaciones políticas generosamente financiadas. Hoy en día, en Estados Unidos abundan los centros de estudios conservadores, financiados sobre todo con dinero empresarial. Ahí se pueden encontrar analistas conservadores publicando ponencias y libros que citan —normalmente muy sentenciosamente— a Edmund Burke o a los *The Federalist Papers* para justificar sus recomendaciones políticas. El pomposo estilo literario iniciado por los periodistas conservadores William F. Buckley y George Will —utilizando palabras altisonantes, frases farragosas y un tono pagado de sí mismo— se ha contagiado entre los escritores de derechas, pasando a convertirse en una manera de anunciar las propias credenciales intelectuales. Ha aumentado enormemente el número de publicaciones conservadoras, a pesar de que cada vez resulta más difícil mantener una revista de cualquier tipo. Ninguna publicación política seria puede sobrevivir en la actualidad sin dinero procedente de fundaciones o un patronazgo privado.

Es de agradecer que los conservadores deseen unirse al debate intelectual. Pero, tal y como aprendieron los liberales ya hace mucho tiempo, las grandes ideas —las ideas que parecen explicar los valores y propósitos supremos de la vida— pueden re-

sultar intoxicantes. Uno cita las ideas, y al momento asume la autoridad de las mentes que han creado esas ideas, sea Platón, Locke o Hegel. El resultado puede ser una arrogancia sofocante. Al leer la literatura que fluye en la actualidad procedente de fuentes conservadoras, cualquiera puede darse cuenta de que esas ideas ha adquirido una dominadora realidad por sí mismas, desplazando al sentido común y a las simples verdades. Así es como las ideas cristalizan, convirtiéndose en ideologías, en un sistema autónomo de principios inviolables y de deducciones irrefutables que cuentan más que la experiencia.

Tal vez todo ello forme parte de un esfuerzo para crear un panteón intelectual que esté a la altura del liberal de izquierdas que reinó en los días en que existían notables publicaciones políticas como *Partisan Review*, *Commentary*, *New Masses*, *Dissent*, que, por cierto, también padecieron de una erudición pretenciosa. Hayek (a quien los conservadores actuales consideran no sólo un economista, sino el filósofo más importante de nuestro tiempo) ocupa el lugar de John Dewey. Leo Strauss sustituye a Lionel Trilling, y George Will se convierte en el Walter Lippmann de la derecha*.

Pero ¡qué absurda que parece esta confabulación ideológica cuando uno se da cuenta de que esa intelectualidad conservadora, aunque apuntalada a base de notas a pie de página y

* Dewey, Trilling y Lippmann fueron tres importantes figuras del panorama liberal estadounidense del siglo xx.

John Dewey (1859-1952), profesor de las universidades de Chicago y Columbia, filósofo y teórico de la educación, impulsor de la educación progresista, crítico de la religión tradicional y humanista.

Lionel Trilling (1905-1975), profesor e influyente crítico literario estadounidense. Enseñó en la Universidad de Columbia durante la mayor parte de su carrera.

Walter Lippmann (1889-1974), periodista norteamericano que popularizó el término *guerra fría* en un libro así titulado y que a lo largo de una carrera que se prolongó durante sesenta años se convirtió en uno de los comentaristas políticos más respetados del mundo. Cofundador de *The New Republic* (1914), una de las revistas liberales más influyentes de los EE.UU. durante la primera mitad del siglo xx. (N. del T.)

bibliografía, trata al fin y al cabo de dinero y privilegios, del dinero y los privilegios de una élite corporativa ya muy poderosa! Y aquí es donde hallamos una clara diferencia entre izquierda y derecha. Los escritores liberales y de izquierda nunca cobraron hermosos cheques de los sindicatos o los desempleados. Nadie se ha hecho nunca rico poniendo el corazón al servicio de los pobres y los desposeídos. Por otra parte, la derecha estadounidense tiene dinero más que suficiente para comprar a los políticos, a los medios de información y a todos los abogados que necesite para defender sus intereses. De todos los intelectuales de derecha que han hallado seguidores en Estados Unidos, nadie merece ser considerada más cándida que Ayn Rand. Creyendo que la riqueza de los capitalistas es la única defensa segura contra el bolchevismo, aboga con toda franqueza por venerar al dólar. Para ella, lo primero en política es el dinero... seguido de nada más.

¡Y qué absurdas que se vuelven las pretensiones de los triunfalistas cuando se aplican finalmente a cuestiones políticas reales, como proporcionar guarderías para madres trabajadoras pobres, o pagar algunas facturas médicas a los ciudadanos de la tercera edad! ¿Qué ocurre entonces? Estos programas, destinados a ayudar a ciudadanos que lo tienen difícil en la vida, son condenados despiadadamente por los pensadores conservadores como una amenaza a la libertad nacional. Llegados a este punto, toda la elevada retórica filosófica tan querida de los conservadores acaba sonando como una rabiosa diatriba de Ebenezer Scrooge*. Y lo que todavía es peor, las pretensiones intelectuales de los triunfalistas suenan a falsas cuando uno se da cuenta de que todo su programa depende de la esplendidez de las mayores empresas del país. Porque sin beneficiarse de los millones empresariales, los candidatos

* Ebenezer Scrooge, miserable y avaro protagonista de *Canción de Navidad* (1843), de Charles Dickens. (*N. del T.*)

conservadores no podrían ser elegidos y las políticas de derechas no se podrían en práctica. ¿Qué pasa entonces con las verdades eternas de Platón y Spinoza? ¿Qué significan para los corporados? Absolutamente nada. Para los directores generales de la nación, la única “literatura” que importa es la que aparece impresa en los billetes de banco que utilizan para comprar influencias. El talento que necesitan los intelectuales conservadores hace referencia sobre todo a la habilidad para suprimir el bochorno que deben sentir cuando depositan las mejores ideas de las mentes más grandes a los pies de los avarientos corporados.

Como discípulos de Strauss, los triunfalistas son un caos de contradicciones. Secretamente aspiran a los privilegios de la superioridad intelectual, pero públicamente afirman contar con un atractivo populista. En secreto creen que tienen el derecho de utilizar cualquier truco sucio para obtener poder, pero en público anuncian a bombo y platillo su amor por la virtud. Secretamente, consideran los principios más básicos de los padres fundadores norteamericanos –y en realidad toda la concepción del mundo de la Ilustración, de la que emerge Estados Unidos– como una desviación radical de la verdad absoluta acerca del hombre y la naturaleza, aunque en público se presentan a sí mismos como patriotas. En secreto, rechazan el igualitarismo, pero públicamente afirman hablar en nombre del pueblo. En secreto consideran la religión como una debilidad mental llena de supersticiones, pero en público se asocian a sí mismos con los fundamentalistas bíblicos y los evangélicos apocalípticos.

¿Qué quiere decir tal confusión en hombres razonablemente bien educados? Tal vez todo se reduzca a hipocresía practicada por simples trepas. Son gente cuyo apetito de poder convierte sus elevados principios en una burla. Si tienen la oportunidad, están dispuestos a dejarse contratar como redactores de discursos y asesores para algunos de los políticos más lerdos jamás aparecidos en la escena estadounidense, como

Ronald Reagan y George W. Bush. Convierten al carácter individual en una prioridad más importante que los programas e instituciones sociales, pero trabajan para un partido político que está en deuda con los delincuentes empresariales de peor calaña de la historia de Estados Unidos. Están dispuestos a que la religión funcione como opio de las masas, pero ocultan su desdén hacia aquellos que necesitan opio a fin de obtener los votos del electorado evangélico. ¿Qué tiene todo eso que ver con Platón, con la filosofía, con enseñanzas esotéricas o verdades eternas? ¿Cuándo necesitó ningún político echar mano de Platón para justificar el engaño, la estafa, la ocultación o para cerrar un trato conveniente? Tal y como los triunfalistas entienden a Strauss, todo granuja jefe de filas de partido de la historia de Estados Unidos ha sido un straussiano natural.

El aspecto más curioso de la intelectualidad triunfalista es su fascinación con las enseñanzas esotéricas, una característica desconcertante heredada de Leo Strauss. Si podemos creer a los estudiantes a los que confió sus convicciones más íntimas, Strauss creía que los textos clásicos a cuyo estudio dedicó su vida se contenían significados ocultos. En algunos casos parece que identificó enseñanzas ocultas en complejos códigos numéricos que sólo unos pocos privilegiados podían comprender adecuadamente. Esos significados subyacentes eran, según creía, demasiado explosivos como para serles revelados a los ignorantes. ¡A ningún precio puede decirse a la chusma lo que Platón *realmente* dijo! Hay algo casi cómico en el temor de los straussianos a revelar las enseñanzas ocultas de su mentor. Hay pocos autores tan protegidos de la popularidad como Strauss. Si en su obra hay mensajes esotéricos, éstos han sido convenientemente ocultados al público. Es difícil imaginar a alguien, fuera de un seminario de posgrado, prestando más de dos minutos de atención a cualquiera de sus tratados. Su erudición es extremadamente pedante: densa, sutil, compleja, como todas las obras que intentó dilucidar durante su vida: Platón, Lucrecio, Aristóteles, Maquiavelo, Spinoza. Incluso

como literatura académica, la obra de Strauss se encuentra entre las más exigentes (y cansinas). Con ello no cuestiono su profundidad ni su comprensión. Al igual que otras grandes mentes, requiere mucho esfuerzo. Cuando Strauss dice que los filósofos se ven «obligados a utilizar una manera peculiar de escribir que les permita revelar a unos pocos aquello que consideran la verdad», uno puede estar seguro de que él realmente ha conseguido dominar esa “manera peculiar”.

Por otra parte, la propensión de Strauss hacia lo esotérico puede convertirse en una cualidad funesta cuando uno imagina la influencia que puede haber ejercido entre aquellos de sus discípulos que se dedicaron a la política, en especial entre los atareados burócratas que trabajan en la sombra. Strauss creía que existía un papel en la sociedad para el superhombre nietzscheano, el líder que está dispuesto a ensuciarse las manos a fin de mejorar el mundo para las masas ignorantes. Ideas de ese tipo se vuelven peligrosas cuando son recogidas por personajes con ambiciones políticas demasiado dispuestos a saltarse a la torera la moralidad convencional. Tomemos por ejemplo una enseñanza como ésta (del ensayo de Strauss “On Tyranny”, 1963): «El gobierno del tirano que, tras haber alcanzado el poder mediante la fuerza y el fraude, o después de cometer varios crímenes, escucha las sugerencias de hombres razonables, es en esencia más legítimo que el gobierno de los magistrados elegidos...». Esto parece querer decir que un tirano vicioso y corrupto puede llegar a ser un líder aceptable *siempre que* esté dispuesto a escuchar los consejos de sus superiores intelectuales. En este ensayo, las intenciones de Strauss resultan ambiguas. Puede estar simplemente jugando con una enrevesada idea que halló en el filósofo griego Jenofonte. Pero cuando leo el fragmento, se me hiela la sangre. Tras la toma de postura nietzscheana que Strauss animó en sus estudiantes, veo a los estrategas políticos triunfalistas manos a la obra, inventando las mentiras que utilizarán para llevar al país a la guerra y diciéndose a sí mismos que cuentan con licencia para hacerlo. Desearía fervientemente

te que los superhombres straussianos que pilotan la política exterior estadounidense fuesen apartados de sus cargos por ridículos. Pero, por desgracia, están en situación de hacerle mucho daño al mundo.

La extrema derecha

Desde el punto de vista de otras sociedades industrializadas, los triunfalistas estadounidenses representan un extremo ideológico. En Europa, sólo los grupos abiertamente comprometidos con políticas racistas, en especial las relativas a la emigración, podrían considerarse como más a la derecha. Esta orientación no existe en Estados Unidos; toma la forma de un populismo basto, tipo “Estados Unidos primero”, cuya voz más prominente sería la del antiguo director de comunicaciones de Ronald Reagan, Patrick Buchanan. Éste, cuya orientación política es aislacionista y proteccionista, habla en nombre de una estirpe de conservadores de la vieja guardia que se remonta a los republicanos de Barry Goldwater de la década de 1960. Buchanan sigue disputando elecciones presidenciales, pero su parroquia ha sido eficazmente marginada por los triunfalistas. No obstante, hay otros elementos de la derecha estadounidense con los que los triunfalistas continúan manteniendo una relación extraña y complicada. En realidad, uno de los resultados imprevistos del avance de los triunfalistas en la política estadounidense ha sido animar, y hasta cierto punto legitimar, a más personajes de la derecha fanática, cuyos objetivos son la eliminación total de toda forma de gobierno.

A pesar de toda su hostilidad retórica hacia un gobierno grande, los triunfalistas quieren gobernar. Están ahí para ocupar puestos y hacer políticas. Aunque verbalizan un programa antigubernamental, sus objetivos pertenecen a la *Realpolitik*. Su meta no es destruir el poder federal sino tomarlo y luego utilizarlo para lograr la hegemonía global. Este hecho en sí

mismo les obliga a crear un Gobierno fuerte y dominante. Necesitan esgrimir la autoridad fiscal del Congreso, el poder ejecutivo de la Presidencia, y mantener una formidable institución militar y de espionaje. En realidad, el primer movimiento decisivo que los triunfalistas llevaron a cabo después de que George W. Bush entrase en la Casa Blanca fue crear su propia unidad secreta de inteligencia: la Oficina de Planes Especiales, dirigida por Abram Shulsky, discípulo de Leo Strauss. Convencidos de que no pueden confiar en la CIA para llevar a cabo la tarea que pretenden realizar, los triunfalistas, con una fría determinación, casi kremlinesca, hallaron el medio para seleccionar la información que validase la guerra contra el terrorismo, una práctica denominada “elegir a su antojo” entre la comunidad del espionaje. Utilizaron su Oficina de Planes Especiales para montar los argumentos a favor de la guerra de Irak, una patraña chapucera a base de exageraciones y mentiras descaradas. La principal fuente en este caso fue el Congreso Nacional Iraquí, un grupo exiliado dirigido por Ahmad Chalabi, un personaje turbio que llevaba años rondando por Washington. Los triunfalistas eligieron a Chalabi como el actor principal en un nuevo gobierno iraquí. En una maniobra que resultó cómica de tan ridícula, le introdujeron clandestinamente en Irak, junto con sus propias fuerzas mercenarias, justo tras el inicio de la invasión, con la esperanza de que fuese capaz de reunir a su alrededor un movimiento de resistencia que le hiciera presidente de Irak. Este intento fracasó miserablemente, pero Chalabi continúa siendo el hombre de los triunfalistas en Bagdad.

Esta obsesión con el control absoluto es precisamente la causa por la que otros conservadores no consideran como sus aliados a los triunfalistas. Hay algunos que creen que el triunfalismo, al menos en sus posturas de política exterior, se inspira en una tradición que se remonta a Woodrow Wilson, el presidente progresista demócrata que intentó convertir a Estados Unidos en el árbitro moral de las relaciones mundiales a raíz

de la primera guerra mundial. Otros mantienen unas opiniones más sombrías. Consideran a los triunfalistas como un distante reflejo del autoritarismo que muchos estalinistas y trotskistas desencantados trajeron consigo en la época posterior a la segunda guerra mundial, cuando pasaron a ocupar el lado conservador del espectro político. Es asombroso el hecho de que, en Estados Unidos, el movimiento neoconservador incluya a muchos izquierdistas amargados entre sus fundadores, a gente que antaño pudiera haber creído que la disciplina férrea de partido era algo bueno. Cuando abandonaron la extrema izquierda lo primero que hicieron fue entrar en guerra con los liberales, insistiendo en que se mostraban blandos frente al comunismo. Una acusación ridícula, teniendo en cuenta que esos antiguos izquierdistas habían sido lo suficientemente crédulos como para tragarse el discurso estalinista, algo que no había sucedido entre los liberales. Sea cual fuere el origen del estilo sigiloso y exclusivista de los triunfalistas, su modelo de política de poder es anatema para los conservadores que se alinean a su derecha, cuyo apoyo todavía intenta obtener el Partido Republicano. Los más importantes entre ellos son los *libertarios* y los *paramilitares*.

Los libertarios se hallan organizados en un partido político que presenta candidatos a elecciones que se llevan a cabo por todo el país. Aunque presentan candidaturas, rechazan casi todos los aspectos de la gobernación, más allá de la protección policial y la defensa militar. Si consiguiera su objetivo, Estados Unidos volvería a convertirse en la jungla social de principios de nuestro período industrial. Según ellos, cualquier cosa que ponga en entredicho un estado de anarquía capitalista tal está destinada a transformarse en un estado totalitario. En pocas palabras, los libertarios son darwinistas sociales maximalistas, que creen que el deber de todo ciudadano en una sociedad libre es luchar por su supervivencia. Los libertarios sostienen unos estimulantes argumentos a favor de echar abajo los programas de bienestar y la regulación federal, pero re-

sulta difícil tomarse en serio sus pretensiones de heroica autosuficiencia. La mayoría de ellos son académicos o profesionales que no resultan convincentes en el papel de duros individualistas. Uno se pregunta cuántos de entre ellos habrán sufrido algún tipo de opresión a manos del Gobierno que haya ido más allá de tener que hacer cola en una ventanilla de correos. Los libertarios tienden a ser muy discursivos, ofreciendo enrevesadas justificaciones en pro de un Gobierno limitado, y no obstante no parecen hacerle ascos a aliarse con un movimiento antiimpuestos cuyo objetivo es brutalmente simplista: ningún tipo de impuestos para nada... excepto, bueno, tal vez para la defensa nacional.

Aparentemente, podría dar la impresión de que una alianza entre los triunfalistas ansiosos de poder y los libertarios temerosos del poder sería algo totalmente imposible. Si se pusiera en práctica la ideología libertaria, no haría más que frustrar los grandes designios triunfalistas de hegemonía mundial. No obstante, triunfalistas y libertarios están unidos a causa de un hecho. Algunas de las figuras más importantes del panteón intelectual triunfalista podrían ser consideradas libertarias, entre ellos Friedrich Hayek y su principal discípulo, el economista laureado con el Nobel, Milton Friedman. La crítica de Hayek hacia la economía liberal tiene tal importancia para los triunfalistas que no pueden echarle con cajas destempladas de su grupito, aunque no acabe de estar claro si Hayek apoyaría la visión imperialista de los triunfalistas y todo el aparato militar que la acompaña. Friedman tampoco ha sido uno de sus principales partidarios. Después de todo, en Washington no hay otra burocracia más grande, derrochadora y autocomplaciente que la del Departamento de Defensa. Su presupuesto y superestructura administrativa empequeñece cualquier otro departamento del Gobierno federal, y su despilfarro es legendario. El Pentágono es la pura esencia de un gobierno grande, caro y oculto. Tampoco hay ningún otro aspecto del gobierno estadounidense que amenace más la libertad personal que la CIA,

el FBI y las diversas agencias de inteligencia militar, todas ellas esenciales para los triunfalistas que operan en esas estructuras. Ésas son razones por las que la alianza con los libertarios no acaba de cuajar. Y no obstante, ha sido precisamente el auge de los triunfalistas lo que más ha contribuido a publicar y popularizar las ideas libertarias.

Sin embargo, todavía resulta más asombrosa la incierta relación desarrollada entre los triunfalistas y la derecha paramilitar, el elemento conservador más extremo e ilusorio de Estados Unidos. Los conservadores paramilitares suscriben una exagerada interpretación de la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense, que prohíbe que el Congreso apruebe leyes que vulneren el derecho a llevar armas. Este derecho, tal y como aparece en la Constitución, hace referencia, claramente, al papel de las milicias estatales en el siglo XVIII. Pero tal y como los “chalados por las armas” entienden la Constitución, cuentan con el derecho a llevar rifles automáticos, granadas de mano, munición anticarro, e incluso misiles. Por muy absurdo que pueda parecer, proteger esta interpretación extrema de la Segunda Enmienda se ha convertido en el principal interés de uno de los grupos de presión más eficaces del país: la National Rifle Association.*

La NRA es la esencia de la “política de tema único”, de la voluntad de enterrar cualquier otro problema y valorar un único tema de manera exagerada. Ha recaudado suficiente dinero y desarrollado la astucia política necesaria para ejercer una importante influencia en las elecciones, y por esa razón la organización se ha convertido en la preciada propiedad electoral del Partido Republicano. El único objetivo de la NRA es bloquear cualquier intento de legislar acerca de la posesión de armas de fuego, incluso de armas claramente diseñadas para ser utilizadas en el campo de batalla. Ningún grupo de Estados Unidos,

* National Rifle Association: Asociación Nacional del Rifle (*N. del T.*).

ni siquiera el crimen organizado, ha contribuido más que la NRA a inundar nuestras ciudades de rifles automáticos y balas perforantes. El apoyo que reúne es tan fanático que muchos políticos liberales han desistido de realizar cualquier esfuerzo por oponerse a su poder. En realidad, fotografiarse cazando o haciendo prácticas de tiro para demostrar que no se está contra las armas se ha convertido en algo obligatorio para cualquier candidato presidencial, ¡incluso para los demócratas!

¿De dónde proviene la lealtad psicótica de los miembros de la NRA? Entre los estadounidenses persiste una ñoña nostalgia, sobre todo en los estados menos urbanos del oeste, que se aferra a las imágenes de la autosuficiencia de *cowboys* y colonizadores, a la mística del pistolero con la que se ha criado a generaciones de niños estadounidenses. Bajo la guisa de milicias o ejércitos populares, no hay fin de semana en el que no puedan verse pequeños contingentes de paramilitares entrenándose en tácticas guerrilleras en bosques y prados. Están convencidos de que sólo una población armada puede seguir siendo libre. Por muy surrealista que puedan ser esas fantasías, lo cierto es que influyen a la gente para que denuncien los programas gubernamentales como humillantes y traicioneras donaciones cuya intención es oprimir a la ciudadanía.

La NRA habla en nombre de millones de estadounidenses que creen que incluso la menor medida de control de armas significa el preludio de una toma del poder por parte de Washington. En gran medida, son esos temores los que han impulsado a los conservadores paramilitares a armarse contra el FBI, el ATF (el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de fuego) y otras agencias de mantenimiento del orden público, a todas las cuales consideran más o menos como una encarnación menor de la Gestapo. En algunos casos, a los negros y judíos se les responsabiliza como la fuerza motriz tras los esfuerzos de Washington de desarmar y esclavizar al país; otros consideran que el principal culpable son las Naciones Unidas. Algunos afirman que la ONU lleva a cabo una vigilancia con-

tinua de sus hogares mediante una flota secreta de helicópteros negros.

La ironía radica en que, a pesar de todas sus bravatas patrióticas, los conservadores paramilitares pueden representar una amenaza terrorista tan grave como Al Qaeda. El acto de terrorismo más destructivo llevado a cabo en Estados Unidos antes del 11 de septiembre de 2001 fue el atentado con bomba perpetrado en el edificio de oficinas federales de la ciudad de Oklahoma, en abril de 1995, que acabó con las vidas de 168 personas. El hombre que llevó a cabo el ataque pertenecía a una milicia derechista cuyo propósito era vengarse de un ataque realizado por el FBI y la ATF contra una iglesia evangélica armada en Waco, Texas, en 1993. El FBI andaba tras la caza de los evangélicos de Waco —de la rama davidiana, como se autodenominaban— porque poseían armas de fuego ilegales. En el transcurso del ataque se incendió —el FBI asegura que accidentalmente— el recinto en el que se había refugiado el grupo, pereciendo en la conflagración 76 hombres, mujeres y niños. No hay duda de que se trató de un episodio incompetente e imperdonable que merece la más severa de las censuras. No obstante, ningún agente federal fue despedido ni sancionado. Errores de ese tipo (y realmente se trató de un error) sólo pueden alimentar la paranoia que obsesiona a la sociedad estadounidense.

Los conservadores paramilitares no consideran su postura “antigubernamental”; se refieren a sí mismos como “proconstitucionales”. Pero su interpretación de la Constitución es totalmente negativa. No otorgaría al Gobierno ninguna autoridad para recaudar impuestos ni ocuparse de temas sociales. Algunos grupos paramilitares han llegado a crear un sistema judicial alternativo, donde se hace cumplir el “derecho consuetudinario”. Su definición de “derecho consuetudinario” parece hacer alusión a una justicia de tomarse la justicia por su mano y de tribunales irregulares y arbitrarios dominados por pistoleros locales. En algunas zonas remotas las unidades pa-

ramilitares han proclamado una autoridad legal especial llamada “destacamento *comitatus*” y se las han apañado para intimidar a los magistrados y agentes federales locales. El efecto global de fantasías de ese tipo es que permean la sociedad estadounidense con un sentimiento de desconfianza hacia el Gobierno que sirve muy bien los intereses de los triunfalistas.

Paranoia en abundancia

Casos hipotéticos antigubernamentales como los alimentados por la derecha paramilitar no están limitados a elementos marginales en Estados Unidos. Desde el asesinato del presidente Kennedy en 1963, Estados Unidos se ha convertido en un hervidero de rumores conspiratorios, una señal muy clara de que una sociedad pierde confianza en sí misma. Junto a la pornografía y el juego, el tema más importante que circula en Internet son las páginas web y chats dedicados a ansiosos informes acerca de conspiraciones y tejemanejes varios. Como los estadounidenses se han vuelto más conscientes de cuán a menudo el Gobierno ha recurrido a actividades clandestinas a lo largo de la pasada generación, la paranoia se ha convertido en una categoría normal de análisis político.

Eso no significa negar que el nivel de opacidad oficial, sobre todo en forma de operaciones encubiertas, que rodea la política estadounidense desde la guerra fría, no pueda llegar a justificar esta extremada sospecha. ¿Quién mató *realmente* a John F. Kennedy, y a su hermano, y a Martin Luther King, y a Marilyn Monroe? Enrevesadas interpretaciones de este tipo de sucesos han pasado a formar parte del folclore de nuestro tiempo. Ahora tenemos a sedicentes “teóricos de la conspiración” que tejen barrocos escenarios de desconfianza y traición que se han convertido en una forma artística. Pueden llegar a trenzar juntas todas las muertes políticas y escándalos de los últimos cuarenta años, convirtiéndolos en una red de especu-

laciones desenfrenadas. El 11 de septiembre y los triunfalistas no han salido indemnes. No hay más que buscar en Internet para hallar gran cantidad de conjeturas conspiratorias. ¿Fue la CIA la que echó abajo las Torres Gemelas... o el espionaje israelí... o el propio George W. Bush?

De entre esas marañas de conjeturas a veces salen a la luz desconcertantes conexiones, oscuras relaciones entre alguien que conocía a alguien que conocía a otro alguien. Los triunfalistas caen fácilmente en ese molde. Muchos de los asesores que crearon la política de base de los años de Reagan y de las dos administraciones Bush comparten un pasado común. Por ejemplo, sus caminos se cruzaron en una organización triunfalista clave: el Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense (PNAC, en inglés), fundado en 1997. El PNAC aboga abiertamente por una política avanzada de afirmación militar en Oriente Medio, concentrada en Irak. Recordemos que eran los mismos que creían que haría falta “un nuevo Pearl Harbor” para producir la nueva y radical orientación política que tanto anhelaban.

Considerándolas en retrospectiva, se trata de afirmaciones muy alarmantes. Un periódico europeo se refirió al informe de 1998 como «un anteproyecto secreto para la dominación global por parte de EE.UU.». Puede que se tratase de un anteproyecto, pero a duras penas secreto. El PNAC era una organización muy conocida; sus miembros eran importantes figuras de Washington, y su declaración de postura oficial se había publicado para darla a conocer. No puede decirse que sea el comportamiento de un grupo conspiratorio. De hecho, la sospecha es algo tan palpable en Estados Unidos de hoy en día que no hay lugar para secretos: los hechos más oscuros que puedan imaginarse aparecen en las listas de posibilidades interrelacionadas. Pero, a pesar de ello, ¿es posible querer inventarse algo tan sensacional como una conspiración para explicar lo que está sucediendo en la actual política estadounidense? Sí, es cierto, la administración Bush está permeada de triunfalistas.

Se conocen entre sí, se educaron juntos, algunos tuvieron los mismos profesores; suelen pertenecer a las mismas organizaciones y ocupan puestos en los mismos comités. Sin duda comen juntos a menudo. Son carroñeros políticos; muchos llevan sobrevolando puestos de poder desde la presidencia Reagan, ayudándose entre sí para conseguir trabajos, escribiendo de vez en cuando un informe de posicionamiento político, buscando oportunidades para hacer la pelota en los lugares adecuados. Sin duda se hallan inmersos en una extenuante actividad maniobrera burocrática, desquitándose de antiguos rencores, cultivando alianzas, intercambiando favores y demás. ¿Es que no son precisamente esas mezquinas tonterías las que preocupan y ocupan a la gente en los grandes sistemas burocráticos tanto públicos como privados?

En cualquier caso, gran parte de lo que sucede entre los triunfalistas y los legisladores de Washington aparece de manera rutinaria en la prensa. Aunque no conocemos los nombres de todos los actores, podemos dar por descontado que detrás de toda *eminencia gris* habría otra *eminencia gris* que participa en el juego por dinero o gloria. Y de poder documentar los motivos de los triunfalistas, ¿serían mucho peores que los que ya se les han atribuido? Formando parte del esfuerzo antibélico, miles de nosotros acusamos a la administración Bush y a sus esbirros de estar al servicio de intereses petroleros. Por los medios de información nos hemos enterado de que muchos de los secuaces de Bush están en deuda con empresas privadas y gobiernos extranjeros a causa de trabajos y sobornos. Su ansia de poder está escrita en las primeras páginas de los periódicos. Escribo este ensayo con la convicción de que los triunfalistas están obsesionados con el proyecto de redibujar el mapa de Oriente Medio, y posiblemente del resto del mundo, y que, de alcanzar su meta, serán ricamente recompensados. Basta un poco de sociología —el estudio de los intereses compartidos— para explicar la influencia que han llegado a ejercer.

Creo que las credenciales intelectuales que tan ansiosos

quieren demostrar son poco más que un esfuerzo por embau-
car al público. Preocupados críticos de izquierda dan mucha
importancia a que haya muchos estudiantes de Leo Strauss en
política, sobre todo en la administración de George W. Bush.
¿No será Strauss (que murió en 1973) tal vez el centro póstu-
mo de una conspiración triunfalista? Cuanto más nos fijamos,
menos probable parece. Puede que los gustos personales de
Strauss en vida fuesen conservadores, pero hay pocas cosas en
su obra académica que cuenten con una relevancia política ob-
via. Dijo haber admirado una sociedad gobernada por una aris-
tocracia rural, de las que no quedan muchas. La reputación de
Strauss descansa en eruditas interpretaciones de grandes filó-
sofos, sobre todo de Platón, Nietzsche y Spinoza. Algunos ala-
ban su erudición por las revelaciones que ofrece acerca de Pla-
tón; a otros, su pretensión de haber descubierto un sustrato
esotérico en la obra de Platón, les parece ridícula. La misión
intelectual de Strauss fue recobrar la sabiduría de los antiguos
y reconfigurarla, convirtiéndola en una crítica de la “moderni-
dad”. Puede haber triunfado entre los estudiantes que le cono-
cieron personalmente, pero sus palabras escritas se visten de
un espeso manto de polvo profesoral. ¿Dónde está la relación
entre su sutil y fina erudición y la política de una sociedad ur-
bano-industrial que está cayendo bajo el control de corpora-
ciones multinacionales?

Los triunfalistas son gente que se ha pasado la vida sirvien-
do las necesidades de los ricos. Son los hijos de familias so-
cialmente ambiciosas a los que se enseñó que el dinero lo jus-
tifica todo. Creen que los ricos son los soberanos legítimos de
la sociedad. Basándose en principios darwinistas, desprecian
los órdenes inferiores como fracasos demostrados que no pue-
den aspirar al poder político. Ninguno de ellos ha experimen-
tado nunca inseguridad económica; sospecho que ninguno de
ellos ha pasado un sólo día en compañía de la población pobre
o no blanca de este país. Después de todo, los pobres no son
precisamente los que te sirven el mejor whisky. Basta con sa-

ber que para un hombre la peor afrenta sería no cenar en los restaurantes más caros y beber los mejores vinos. Eso es todo lo que necesitamos saber acerca de su política. Y si gente como ésa se reúne para compartir sus quejas y trazar planes para mejorar sus fortunas, la más simple de las vanidades basta para explicar qué es lo que pretenden. “Dios los cría y ellos se juntan”. No hace falta recurrir a la conspiración.

¿Significa eso que la política estadounidense mejorará o empeorará en el futuro? Que empeorará, me parece a mí. Si los triunfalistas fuesen un puñado de fanáticos operando en secreto, sería más fácil exponerlos a la luz pública y desacreditarles. Pero el hecho mismo de que sus designios sean tan conocidos por la prensa y por el público me hace temer por la salud de la atención moral del público estadounidense. En Estados Unidos todavía hay voces valientes que disienten: columnistas, dibujantes de tiras cómicas de contenido político, incluso unos cuantos comentaristas televisivos, que expresan su desaprobación con el esfuerzo de guerra estadounidense en Irak. Han aparecido en antena importantes documentales detallando la manera en que los triunfalistas pasaron a ocupar el poder en Washington. El programa de noticias independiente y sin publicidad más respetado del país —el *News Hour*, de la cadena pública Public Broadcasting System (PBS)— ha ofrecido una serie que trata de las violaciones de las libertades civiles perpetradas bajo el amparo de la Ley Patriota. Pero nada de todo eso parece haber espoleado suficientemente al público para que iniciase ninguna protesta de importancia. Uno sólo puede llegar a la conclusión de que muchos estadounidenses simpatizan con lo que quieren los triunfalistas, o —todavía peor— que son demasiado apáticos como para preocuparse. La aprobación o la complacencia en la base es mucho más preocupante que las conspiraciones de altos vuelos.

4. LOS FUNDAMENTALISTAS

«Hemos visto que los acontecimientos actuales encajan simultáneamente en la forma precisa, tal y como fuera predicho. Israel ha regresado a Palestina y revivido la nación. Jerusalén está bajo control israelí. Rusia se ha convertido en un gran poder septentrional, en el enemigo jurado del Israel renacido. Los árabes se unen, bajo el liderazgo egipcio, en un esfuerzo concertado por liberar Palestina. Las naciones africanas negras empiezan a pasar de sentir simpatía hacia los árabes, a una alianza abierta con su causa de “liberación”.

»Está sucediendo. Dios lo está poniendo todo junto. Puede que Dios tenga su sentido para la “generación ahora”, que tendrá un efecto mayor en la humanidad que cualquier otra cosa desde el Génesis 1. ¿Estáis preparados para formar parte de la “generación ahora”?»

HAL LINDSAY,
The Late, Great Planet Earth, 1970,
éxito de ventas fundamentalista.

«Nosotros, el pueblo de Estados Unidos, reconocemos el ser y los atributos de Dios Todopoderoso, la Divina Autoridad de las Sagradas Escrituras, la Ley de Dios como regla suprema, y a Jesús, el Mesías, como el Redentor y Señor de todos, a fin de conformar una unión más perfecta, establecer justicia, asegurar la tranquilidad nacional, proveer para el bienestar ge-

neral, y asegurar las bendiciones de la libertad para nosotros y nuestra posteridad, y ordenar y establecer esta Constitución para Estados Unidos de América.»

Prefacio cristiano revisado
de la Constitución de Estados Unidos.

El ascenso del Sunbelt*

Desde siempre, la política crea extraños compañeros de cama. Pero nunca han sido más extraños que los que ahora podemos hallar en la derecha de la política estadounidense, donde avariciosos y cínicos magnates se acurrucan junto a predicadores apocalípticos que creen que el mundo fue creado en seis días y que a Jonás se lo tragó de verdad una ballena. Da la impresión de que no podrían estar más lejos unos de otros. Mientras los corporados permanecen sumergidos en los sórdidos asuntos comerciales del mundo, en busca de oportunidades para realizar inversiones a largo plazo y arramblar con grandes beneficios, un número cada vez mayor de austeros y mojigatos evangélicos se fajan de cara a la batalla de Armagedón, que según ellos acaecerá uno de estos días. ¿Cómo pueden aliarse políticamente dos visiones tan contrapuestas de la vida? La respuesta a esa pregunta está en la historia del *Sunbelt* norteamericano.

Desde el punto de vista de la política electoral en Estados Unidos, el acontecimiento individual más significativo del pasado siglo xx fue la emergencia del Sunbelt como nueva base de poder. El Sunbelt se extiende a lo ancho del continente desde Virginia a Los Ángeles. Es esa parte del país donde se supone que siempre luce el sol. Está compuesto por dos áreas un tanto diferentes. Hacia el este desde Texas, el Sunbelt incluye

* *Sunbelt*: Cinturón del sol. Estados del sur y sudoeste de los EE.UU. que cuentan con un clima cálido y tienden a ser políticamente conservadores. (*N. del T.*)

lo que antaño se conocía como el sur profundo. Hacia el oeste está compuesto por Arizona, Nuevo México, Nevada y el sur de California. A lo largo de la mayor parte del siglo xx la porción sureña del Sunbelt permaneció poco poblada, subdesarrollada y en gran medida sin urbanizar. Es el viejo sur de la Confederación —“Dixie”, como se le llamaba en tiempos de Abraham Lincoln— que luchó por conservar la esclavitud y que, como castigo, tras la guerra civil se dejó hundir en la pobreza. Tras 1865, y durante tres generaciones, la mayoría de la población del sureste de Estados Unidos (principalmente formada por aparceros a los que se solía denominar “basura blanca”) trabajó la tierra bajo condiciones parecidas a las existentes en un país del tercer mundo.

Por el contrario, en el extremo occidental del Sunbelt, uno halla sobre todo comunidades de jubilados y áreas residenciales que tienden a atraer una población más entrada en años y conservadora. Por razones geográficas y climáticas, ésta también fue una zona del país con escasa población. Hasta que en la década de 1930 se construyeron grandes embalses y proyectos hidráulicos, la aridez del oeste de Estados Unidos señalaba un límite muy claro para el tamaño de las ciudades y el desarrollo industrial. Una vez que hubo agua disponible, brotaron las grandes metrópolis del desierto: Tucson, Phoenix, Las Vegas, Albuquerque, y por encima de todo la enorme conurbación de Los Ángeles-San Diego, que durante la guerra fue un importante centro de astilleros militares y empresas aeronáuticas. A lo largo de todo el Sunbelt occidental quedan restos de un pasado más ligero y desenfadado, menos industrial, que se manifiesta en los casinos de Las Vegas y en la producción cinematográfica y televisiva de Hollywood. El Sunbelt occidental ha desarrollado una importante incorporación geográfica: le ha brotado una extensión en las montañas Rocosas que lo conecta con el sur evangélico. En varios estados del oeste (Utah, Arizona, Colorado, Nuevo México, y en partes de Idaho y Oregón) los mormones (la Iglesia de los Santos del Últi-

mo Día) se han convertido en una importante fuerza política embarcada en una cruzada en favor del mismo conjunto de “valores familiares” que los fundamentalistas. Todo ello ha tenido como resultado la incorporación de una franja de estados “montañeses” al Partido Republicano.

Poco después de la segunda guerra mundial, y sobre todo gracias a las nuevas inversiones relacionadas con el complejo militar-industrial, el Sunbelt empezó a prosperar. Los presidentes del Sunbelt (Lyndon Johnson, Richard Nixon, Jimmy Carter, Ronald Reagan y George W. Bush) canalizaron fondos federales hacia la región. Virginia, Florida y Texas disfrutaron de grandes dosis de gastos aeroespaciales y de defensa; la región se sumergió profundamente en programas y bases militares, a la vez que adoptó los valores políticos que acompañaron al período de la guerra fría. Con el tiempo, las industrias no relacionadas con la defensa empezaron a relocizarse en las prósperas ciudades sureñas, sobre todo para escapar al poder de los sindicatos en las ciudades del norte. La producción de guerra y la manufactura antisindical proporcionaron a la zona un sesgo cultural predominantemente conservador. Esta orientación aumentó a la vez que los liberales de las grandes ciudades del norte del Partido Demócrata hacían suya la causa de la justicia racial, imponiendo arrolladoras reformas legales y electorales a los estados del sur que durante generaciones habían seguido una política de segregación racial. Como reacción ante ello, los sureños desertaron del Partido Demócrata, pasando a ser primero *dixiecratas**, para luego reconvertirse en republicanos. Pocos republicanos lo hubieran pensado por entonces, pero su alianza con el Sunbelt estaba destinada a hacer que el partido escorase cada vez más hacia la derecha.

* *Dixiecrats*, *dixiecratas*, también llamados “demócratas por los derechos de los estados”, miembros de una facción derechista del Partido Demócrata en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1948, integrada por sureños que se oponían al programa de derechos civiles del Partido Demócrata (*N. del T.*)

Dwight Eisenhower, que dejó la Presidencia en 1960, fue el último presidente republicano moderado. En las siguientes elecciones —en 1964— los republicanos nominaron a Barry Goldwater, un senador de Arizona de extrema derecha. La campaña de Goldwater por la nominación se convirtió en una dura pelea contra el republicanismo más liberal de la costa este. Le enfrentó a Nelson Rockefeller, gobernador republicano de Nueva York. Sería de esperar que un Rockefeller, un nombre legendario que era sinónimo de dinero, hubiera tenido pocas dificultades a la hora de ganar la nominación del Partido Republicano. Pero Goldwater se las arregló para presentar a su oponente millonario como un intruso liberal que no tenía lugar en el partido. Y tenía razón. Rockefeller era el tipo de republicano que habría apoyado el Estado del Bienestar, aceptándolo como el contrapeso de una economía de mercado. También encarnaba la sutileza urbana y adinerada, así como valores cosmopolitas. La resistencia que le ofrecieron las filas republicanas envió un importante mensaje: había una Norteamérica que rechazaba el estilo cultural del mundo moderno, prefiriendo la vida familiar tradicional, un papel subordinado para la mujer, la beatería y una respetabilidad burguesa.

Fue un momento decisivo. El Sunbelt se apoderó de un Partido Republicano que antes pertenecía a las ciudades, los bancos y al alumnado de las mejores universidades de la costa este. En las siguientes elecciones, los candidatos presidenciales republicanos saldrían de los baluartes del Sunbelt, sobre todo de Texas y del sur de California. Incluso el primer George Bush, de la costa este, un patricio de Yale, si es que alguna vez ha existido eso, utilizó su relación con la industria del petróleo para hacerse pasar por tejano. Este giro también se ha dejado sentir en el Partido Demócrata. El último presidente demócrata elegido en el siglo xx que no pertenecía al Sunbelt fue John Kennedy, en 1960, y sólo por mayoría mínima.

A su vez, el viejo sur cambió rápidamente. La población creció y el dinero empezó a fluir. La región consiguió conser-

var su cultura e incluso hacerla atractiva para el resto del país, por ejemplo bajo la forma de la música *country and western* o el *blue-grass*. La popularidad de Elvis Presley en las décadas de 1960 y 1970 fue sólo una pequeña señal que anunciaba la emergencia del Sunbelt. Presley ofreció una versión blanca de la música negra sureña. La religión del sur también se fue afirmando a la vez que la cultura de esa región. Desde Virginia a Texas, el Sunbelt sureño siguió siendo, orgullosa y combativamente, el “cinturón de la Biblia”, la zona más beata del país, repleta de congregaciones evangélicas y fundamentalistas, fieles a la religión de antaño. Millones de personas que seguían enfrentadas a la teoría de la evolución de Darwin y a la manera inmoral de vivir de las grandes ciudades liberales. El cristianismo evangélico ha sido desde hace mucho tiempo una de las fuerzas principales que se han opuesto a los valores contemporáneos. No obstante, y a pesar de todo lo que las iglesias del Sunbelt rechazan del mundo moderno, no han tenido reparos al apropiarse ansiosamente de los últimos medios de comunicación y organización. Han creado potentes cadenas de medios de información de masas radiotelevisivos. Sus métodos de proselitismo se han ido perfeccionando, a imagen y semejanza de cualquier negocio comercial. Las iglesias han adoptado las últimas técnicas de mercadotecnia; algunas se han convertido en pequeños imperios de difusión. Han construido parques temáticos y abierto centros de recreo para sus miembros. Y al aumentar su número y hacerse conscientes de su poder de voto, las iglesias evangélicas se han ido politizando cada vez más. Participan de buena gana en las campañas electorales y luchan por los temas más importantes para ellas. En el proceso, se han convertido en un bloque electoral en el que se puede confiar, dispuestas a ofrecer su apoyo a candidatos que hablen contra el aborto, los derechos de la mujer y la homosexualidad.

El carácter cada vez más beato de la política sureña ha puesto de uñas a la región contra los liberales, y por tanto con

el Partido Demócrata. En el pasado, el sur fue sólidamente demócrata, el miembro más seguro de la alianza para el *New Deal* de Franklin Roosevelt. Pero en 1980 Ronald Reagan ganó casi todo el sur para su modelo de conservadurismo. Su victoria fue sorprendente porque se presentó contra Jimmy Carter, antiguo gobernador de Georgia, un auténtico hijo del sur y un devoto cristiano renacido. A pesar de que era muy moderado, Carter demostró ser demasiado liberal para muchos de sus paisanos sureños. Carter fue un acérrimo defensor de la justicia racial e incluso acarició la idea de legalizar la marihuana. Lo que querían los votantes del Sunbelt era un rechazo radical de la moral libertina que asociaban con el liberalismo, sobre todo de la permisividad sexual. Querían un presidente que hablase de religión y prometiese imponer la buena moral cristiana a la nación. Eso fue lo que prometió Ronald Reagan en su campaña, aunque su pasado hollywoodense no garantizaba ninguna de esas características. Como presidente, no hizo nada por promocionar los valores culturales y morales prometidos. No obstante, la manera en que arrasó en el sur provocó una asombrosa transformación política. El Sunbelt, sobre todo el ala sureña de la región, se ha vuelto sólidamente republicano y se ha convertido en el sostén del conservadurismo en Estados Unidos.

Ya desde la presidencia Reagan, el Partido Republicano cultivó asiduamente los votos de la comunidad evangélica. Las iglesias y sectas evangélicas se han convertido en la base política del partido. Contribuyen con enormes cantidades de dinero y de recursos humanos durante las elecciones. Han salido a votar. Todo ello ha tenido sus consecuencias a la hora de dar forma al programa triunfalista. No se pueden invertir años tratando de ganarse el favor de una comunidad resueltamente religiosa y no acabar comprometido con su concepción del mundo. Llegados a cierto punto, el absolutismo moral y la beatería más corta de alcances de ese electorado acaban teniendo una gran influencia. El resultado es un tipo de conservadurismo

mo que se parece cada vez más a una profesión de fe religiosa. Gracias al Sunbelt, la política estadounidense se está volviendo cada vez más beata y fanática.

Es importante que el mundo sepa que el imperio americano está en deuda con un electorado religioso militante. Los Estados Unidos que dirigen la guerra contra el terrorismo no son los Estados Unidos que dirigieron la gran alianza de la segunda guerra mundial y de la guerra fría. Los liberales con una perspectiva amplia e internacional ya no están al mando de la política del país. Durante el futuro más previsible, todo político conservador de Estados Unidos, especialmente a nivel presidencial, estará, hasta cierto grado mayor o menor, influido por un sistema de creencias religiosas que considera al mundo como una batalla maniquea entre el bien absoluto y el mal absoluto. Si los fundamentalistas estadounidenses se salen con la suya, las oraciones cristianas serán obligatorias en nuestros colegios, y los diez mandamientos aparecerán expuestos en todos los edificios públicos. Las enseñanzas de la biología darwinista serán prohibidas en las escuelas, al igual que la mayor parte de la astronomía moderna, ya que demuestra que el universo es bastante más antiguo que los seis mil años relatados en el libro del Génesis. Los tribunales trabajarán según los principios bíblicos a la hora de decidir cuestiones de sexo, matrimonio y relaciones familiares. Puede que las doctrinas sean distintas, pero irónicamente, unir iglesia y estado es exactamente lo que pretende la *sharia* a los ojos de los musulmanes fundamentalistas, y ya puestos, lo que pretende la Torá a los ojos de los judíos ortodoxos, cuya influencia nunca había llegado a ser tan importante en Israel.

Los fanáticos cristianos, judíos y musulmanes son imágenes reflejadas entre sí. Vivimos en una época en la que encolezadas facciones que defienden dogmas fundamentalistas están hundiendo al mundo en una violencia sectaria como nunca se había conocido. El humanismo amplio de miras, tolerante y laico que heredamos de la Ilustración del siglo XVIII pierde te-

¡Alerta, mundo!

rreno en todas partes, y sobre todo en Estados Unidos. En unos tiempos en que necesitamos con más urgencia que nunca unos principios políticos pluralistas, la única superpotencia del mundo está cayendo bajo la influencia de los elementos de nuestra sociedad menos tolerantes y pluralistas.

Apocalypse Now!

La primera intervención de la comunidad evangélica en la política formó parte del gran movimiento por la templanza en el siglo XIX. Las iglesias protestantes conservadoras se convirtieron en la principal base organizadora de esa gran cruzada moral, alcanzando el éxito tras la primera guerra mundial, al lograr imponer la Prohibición en Estados Unidos. Por difícil que resulte creerlo, durante catorce años fue ilegal fabricar, vender y transportar cerveza, vino y whisky en Estados Unidos. Y eso no pasó simplemente porque la mayoría de estadounidenses decidiesen dejar la bebida, sino porque una minoría puritana y militante consiguió reunir el poder suficiente como para imponer su código moral a todo el país. Finalmente, cuando se reconoció que la Prohibición era más perjudicial que otra cosa —pues estaba capitalizando una industria ilegal de contrabando—, acabó derogándose. Para entonces, el crimen organizado ya se había convertido en parte permanente de la economía estadounidense. Después de eso, los elementos evangélicos continuaron mostrándose políticamente activos a nivel local y sobre todo en los estados sureños, luchando por mantener fuera de las escuelas la evolución darwinista y haciendo campaña en pro de sus valores puritanos en las cuestiones de sexo, matrimonio y vida doméstica. Tras la segunda guerra mundial, la influencia de las iglesias pareció evaporarse rápidamente, al tiempo que Estados Unidos se volvía más urbano y cosmopolita. La guerra suele conllevar un precio en cuanto a moral pública, y Estados Unidos no fue una excep-

ción. La rebelión contracultural de los sesenta y su estilo hedonista nos pareció a muchos el final de la vieja religión y de su estricto código moral. Los movimientos como el de liberación de la mujer y de los derechos de los homosexuales transformaban rápidamente las costumbres. Para finales de la década de 1970 era normal que las parejas viviesen juntas sin casarse, el sexo adolescente estaba muy extendido, las películas aparecían llenas de desnudos y profanidad, y consta que uno de los presidentes de aquel período (Jimmy Carter) estaba a favor de legalizar la marihuana. Las fuerzas del cambio parecían dispuestas a acabar con todas las formas de religión menos liberales.

Pero fue un error de cálculo. En realidad, bajo la superficie de la vida estadounidense había otra forma de evangelismo que iba ganando fuerza. Tiene dos nombres: cristianismo premileniarista o dispensacional. Siendo en sus inicios, a finales del siglo xx, una forma marginal de fundamentalismo, el dispensacionalismo se basaba en lo que parecía, incluso para muchos cristianos de aquella época, una doctrina estrambótica. Tal y como le fue anunciado al mundo cristiano por el predicador inglés John Nelson Darby a mediados del siglo xix, el dispensacionalismo cree que la Biblia contiene una profecía y precisa cuenta atrás que conduce al Juicio Final. La culminación de esa cuenta atrás era el destino de los judíos en el mundo moderno. Antes de que Cristo pudiera cumplir su promesa de regresar, a los judíos habría que devolverles su antigua tierra. Ésa era la condición previa que convertía en premileniarista el mensaje de Darby. Antes del día del juicio había una historia por la que había que pasar, un enorme “fleco” que Dios se esforzaba por dejar bien atado.

Las enseñanzas de Darby fueron recogidas por el dinámico hombre de negocios y predicador laico estadounidense William E. Blackstone, que dedicó su vida y su fortuna al sionismo. Sus seguidores eran pocos pero muy apasionados; estaban convencidos de que una vez que los judíos recuperasen su ho-

gar, podría iniciarse la fase final del Apocalipsis, tal y como aparece descrita en los libros de Daniel, Ezequiel y del Apocalipsis. Los judíos podrían entonces reconstruir el tercer templo en el monte del Templo de Jerusalén, aproximadamente donde ahora se alza la mezquita de la Roca. Poco después de eso (hay un calendario preciso de acontecimientos, pero incluso los evangélicos no se ponen de acuerdo sobre los detalles), aparecerá el Anticristo para hacer diabluras y engañar a los crédulos. Después vendrá la gran batalla de Armagedón, y finalmente Jesús descenderá sobre Jerusalén para anunciar el día del Juicio Final. Entonces, aquellos que hayan merecido la salvación serán apartados y conducidos al cielo en un instante, y el resto de la humanidad –incluidos todos los judíos que se nieguen a convertirse y aceptar a Jesús como el auténtico mesías– serán condenados para toda la eternidad. Ese momento se denomina “el Rapto”.

Según estas enseñanzas, los cristianos dispensacionalistas de Inglaterra y Estados Unidos empezaron a contribuir con su labor, sus oraciones y su dinero para reasentar a los judíos en Palestina. Se convirtieron en cristianos sionistas. Desde el día en que se publicó la Declaración Balfour, en 1917, donde se prometía un “hogar nacional” a los judíos, los evangélicos dispensacionalistas han estado convencidos de que su interpretación de la profecía es correcta. Creen ver el cumplimiento de la profecía en las noticias cotidianas. Y todavía se convencieron más cuando en 1949 se fundó el Estado de Israel y tras las victorias israelíes en las guerras ulteriores (1956, 1967) con sus vecinos árabes. Los israelíes ganaron la guerra; ¡el profeta Ezequiel había sido vindicado! Para los dispensacionalistas, todos estos acontecimientos –y en realidad, todo lo que sucede en Oriente Medio día a día– son cumplimientos de la palabra de Dios. El Fin del Mundo puede llegar en cualquier momento. Es posible que eso requiera la destrucción de la mezquita de la Roca y una guerra que ahogue al mundo musulmán en un enorme baño de sangre... ¡Que así sea!

Podríamos preguntarnos por qué, a estas alturas de la historia del mundo moderno, en una época en que todas las sociedades están inmersas en la tecnología científica, hay alguien que presta la mínima atención a creencias absurdas de ese calado. La respuesta es: el 47% –casi la mitad de la gente que vive en la única superpotencia del mundo– se autodefine ahora en las encuestas de opinión como “cristianos renacidos”. Creen que el mundo fue creado por Dios en seis días; consideran la evolución darwinista como una falsedad satánica y creen que Jesús volverá para juzgar a justos y pecadores.

No todos los cristianos renacidos son dispensacionalistas estrictos, pero éstos son la fuerza religiosa más organizada políticamente del país. Y cada año convierten a más gente precisamente porque creen que ofrecen la lectura más precisa de las escrituras. Por ello, los libros basados en enseñanzas premilenaristas se han convertido en asombrosos éxitos de ventas. La exposición de Hal Lindsay acerca de la doctrina dispensacionalista *The Late Great Planet Earth* (1970) fue el mayor éxito de ventas de la década. Una serie de literatura de ficción dispensacionalista de la década de 1990, *Left Behind* –la historia de los seres humanos que no han sido dignos del Rapto– vendió 85 millones de ejemplares. Cuando los predicadores buscan a los políticos, afirman contar con los votos de entre 40 y 70 millones de seguidores bíblicos. Ronald Reagan fue el primer líder republicano que apostó por esos votos. Lo hizo afirmando su propia creencia de que el Juicio Final estaba al doblar la esquina.

Extrañamente, el sucesor de Reagan, el primer George Bush, hizo poco por congraciarse con los evangélicos. A pesar de todos sus esfuerzos por hacerse pasar por un tejano rancio, apestaba a modales y morales de la costa atlántica. Estaba tan incómodo con los beatos fundamentalistas como ellos con él. Su hijo George W. Bush no demostró sentir los remilgos de su padre. Hombre de negocios tejano de toda la vida, se sentía como en casa entre los sureños blancos reaccionarios de la cla-

se baja rural, nadaba como pez en el agua en su infraintelectual estilo chulesco. Además, no le hizo ascos a echarse en brazos de los evangélicos del Sunbelt. Instituyó, en la Casa Blanca, unos desayunos de oración semanales y prohibió las palabrotas. Al levantarse de la cama se pasa una hora más o menos en el ala oeste leyendo sermones evangélicos. Oswald Chambers es uno de sus predicadores favoritos. Chambers fue un capellán baptista de la primera guerra mundial que se desplazó a Palestina para predicar el mensaje dispensacional a las tropas australianas que ocupaban los antiguos territorios otomanos y que tomaron Jerusalén. Éste es un ejemplo de lo que George W. Bush aprendió de las homilías del reverendo Chambers: «Si discutes aunque sólo sea durante un segundo lo que Dios ha dicho, todo habrá acabado para ti... Sé totalmente temerario, totalmente impulsivo y dispuesto a arriesgarlo todo vaciándote en Él... Sólo reconocerás Su voz claramente si impulsivamente estás dispuesto a arriesgar todo tu ser». Combinemos este tipo de impulsividad religiosa con la potencia militar del Pentágono, y con toda seguridad nos estaremos enfrentando a algo muy preocupante.

Por ello no resultó sorprendente que Bush prometiese a sus seguidores evangélicos canalizar todos los fondos federales posibles provenientes de impuestos hacia programas sociales "confesionales". Los programas confesionales son servicios sociales para los desposeídos y vagabundos dirigidos por las iglesias (normalmente evangélicas) y que inevitablemente son utilizados para proselitizar en busca de nuevos conversos. Se trata de una flagrante violación de la separación entre Iglesia y Estado, un principio constitucional básico. Pero, vaya, los evangélicos rechazan dicho principio y quieren eliminarlo de la Constitución. Han apoyado una enmienda de "Nación cristiana" que empieza: «Estados Unidos es una nación cristiana. El Congreso no debe aprobar ningún tipo de legislación que reduzca la libre práctica de todas las religiones cristianas».

El evangelismo dispensacional es la primera forma de cris-

tianismo en interesarse en los asuntos exteriores. Se interesa especialmente por la política estadounidense de población en el mundo. Por ejemplo, ha bloqueado cualquier ayuda y programas de planificación familiar que pudieran permitir el aborto. En Irak, tras la caída de Saddam Hussein, los doctores que son enviados para restablecer los servicios asistenciales deben ser antiabortistas. Los dispensacionalistas son el primer movimiento religioso que ha creado un grupo de presión para influir de manera agresiva en la política exterior: la National Christian Leadership Conference on Israel. La política por la que aboga es simple: apoyo a los partidos de línea dura de Israel, como el Likud. Hay que enviarles dinero, armas, asegurarse de que ganen, cueste lo que cueste. En el siglo XIX, los cristianos, sobre todo los evangélicos, eran de los estadounidenses más antisemitas. Hubieran dicho que a los judíos ya se les ofreció la oportunidad de aceptar a Jesús como el mesías hace dos mil años y que habían perdido el tren. Hoy, los judíos ocupan el núcleo de la teología dispensacionalista.

Millones de evangélicos se han convertido en votantes de tema único que apoyan a los elementos menos dados al compromiso en Israel. Y a su vez, estos elementos han cultivado el apoyo evangélico. Se llama “jugar la carta fundamentalista”, y se juega con total descaro. En 1998, cuando el entonces primer ministro israelí Benjamin Netanyahu visitó Washington en busca de apoyo para sus políticas de mano dura, no dudó en desairar al presidente Clinton para dirigirse a una concentración de aduladores evangélicos en la que fue ovacionado y vitoreado largo y tendido. El acontecimiento fue patrocinado por el reverendo Jerry Falwell, líder de un grupo que afirma contar con 200.000 pastores que pueden indicar a su parroquia a quién votar. De hecho, Falwell ha advertido públicamente a los políticos que los votantes evangélicos pueden castigar a cualquier candidato que apoye cualquier tipo de compromiso con los palestinos.

Los triunfalistas no son un grupo religioso, ni siquiera los

judíos que hay en sus filas. Pero hay algunos triunfalistas que intentan resolver la inestabilidad del Próximo Oriente apoyando a los partidos israelíes de línea dura. Ahí es donde entran en relación con los fundamentalistas. Tienen la esperanza de que una potente presencia militar estadounidense en Irak pueda utilizarse para intimidar a Irán y a los países árabes para que firmen la paz con Israel y así acabar con el apoyo que los militantes palestinos reciben de esos gobiernos. Cuando George W. Bush buscó los votos de los cristianos evangélicos tal vez lo hizo porque acepta su teología; pero sus asesores triunfalistas consideran a los evangélicos como su principal apoyo electoral a la hora de apoyar iniciativas políticas extremas a lo largo y ancho de Oriente Medio. Y claro está, esa orientación encaja perfectamente con la perspectiva de hacerse con el control de los campos petrolíferos de Irak y otros lugares. Es difícil adivinar cuál de las partes de esta alianza inverosímil, entre verdaderos creyentes y endurecidos operativos políticos, demuestra ser más oportunista.

La historia personal de George W. Bush resulta especialmente iluminadora como ejemplo de cómo un político puede verse densamente enredado en la religiosidad. En su juventud, una fuerte dosis de templanza cristiana recuperó a Bush del alcoholismo. Como resultado de su beneficio terapéutico, decidió creer cualquier cosa que la cristiandad evangélica tuviera a bien enseñar, incluyendo su convicción de que el fin del mundo está a la vuelta de la esquina y que el estado de Israel necesita prepararse para el regreso de Jesús. Nadie puede asegurar si eso constituye el elemento subyacente más poderoso en la política exterior de Bush, pues la prensa se ha mostrado demasiado tímida al respecto como para hacerse la pregunta. Pero lo que sí podemos asegurar es que, una vez tenidos en cuenta el resto de cuestionables elementos que apoyan esa política —el impulso de controlar los mercados petroleros mundiales, la necesidad de hallar una nueva justificación tras la guerra fría para continuar aumentando el presupuesto militar,

la fascinación de la prepotencia frente al mundo—, nos queda esta estupidez mayúscula para remover el cóctel. Bush ha legado a Estados Unidos una política exterior que nos prepara para el Armagedón. Está dispuesto a prestar su atención favorable a tipos fanáticos y religiosos que siguen los asuntos del mundo a través de las páginas de las Escrituras. Por muy increíble que parezca, hay congregaciones cristianas que se reúnen cada domingo para decidir si la política exterior estadounidense es aprobada por Dios y confirmada por versículos del Libro de Ezequiel.

Sean cuales sean las adversidades que el futuro pueda deparar a la política evangélica, podemos estar seguros de que la derecha republicana producirá una larga lista de líderes como George W. Bush. Hay una América —una América grande y resuelta— que quiere gente como él en la Casa Blanca. Bush está destinado a ocupar un lugar en nuestra historia como un ejemplo aleccionador acerca del liderazgo que produce esta nueva beatería política. Si hay algo que debiera poner al mundo en guardia acerca de los objetivos internacionales de Estados Unidos, debería ser el hecho de que un hombre de esa clase puede convertirse —por las buenas o por las malas— en presidente.

Un día, cuando los historiadores repasen la segunda guerra del Golfo, se maravillarán ante el hecho de que una de las mayores transformaciones de los asuntos internacionales haya sido llevada a cabo por un hombre de capacidades tan asombrosamente limitadas y de un carácter moral más bien dudoso. Bush puede muy bien ocupar un lugar prominente entre los presidentes más cortos de miras y superficiales que han ocupado el puesto desde Warren Harding en la década de 1920. Antes de llegar la Casa Blanca viajó poco y leyó menos. Fue educado en Administración de Empresas, un campo intelec-

tualmente menor en el que no destacó. Sus mayores logros como estudiante universitario fueron los de "juerguista" y animador en los partidos de fútbol. Aparte de eso, su carrera fue la de una figura menor del mundo de los negocios que en una ocasión fue propietario de un equipo de béisbol. Como ejecutivo de una empresa petrolera tejana, utilizó materiales y prácticas dudosas a fin de obtener una cuenta de resultados favorable. Cuestionado acerca de su historial comercial, no halló mejor manera de justificar su conducta que decir que lo que había hecho no era técnicamente ilegal. El material de lectura de Bush ha consistido principalmente en sermones y tratados religiosos simplistas, que durante sus años como gobernador de Texas fueron su principal alimento intelectual. A fuerza de consumir esta clase de material no tardó en convencerse de que era un agente elegido por Dios para la lucha contra el mal cósmico. ¿En que otro lugar podría un simple hallar un aplo-mo megalómano como ése? Nada más y nada menos que asociándose con Dios. En Bush tenemos un ejemplo de engreimiento elevado a la máxima potencia política y equipado con el arsenal militar más poderoso de la historia.

El creciente poder de los intolerantes evangélicos en el interior del Partido Republicano ha escorado la política estadounidense mucho más a la derecha de lo que nadie podría haber imaginado a lo largo del siglo xx. Bajo la presión de los conservadores religiosos, ahora el Partido Republicano expresa, de manera desvergonzada, políticas que son un insulto para el sentido común y la ciencia. Acerca del calentamiento global y otras cuestiones ecológicas de urgencia, los republicanos se alinean con los evangélicos, que creen que el Día Final llegará bastante antes de que cualquier crisis medioambiental requiera nuestra atención. Para los cristianos apocalípticos no tiene sentido preocuparse por el destino de un planeta que no tardará en ser tragado por el Rapto. De manera similar, la postura republicana acerca de la investigación de las células madre se basa en la insistencia evangélica de que la biotecnología es antinatural

y contraria a la ley de Dios. Pueden existir motivos para la preocupación ética acerca de ciertas formas de investigación genética, pero introducir una lectura estrecha y literal de la Biblia en el debate no ayuda mucho a clarificar la cuestión.

Los extremistas religiosos se hallan asociados al programa de política exterior y nacional de los triunfalistas de maneras casi demasiado ridículas como para ser tomadas en serio. Rebaños de cristianos renacidos estadounidenses viajan a Jerusalén realizando circuitos bíblicos que les muestran exactamente el lugar sobre el que se alzaría Jesús cuando los cielos se abran y los pecadores sean juzgados. La única cuestión que les parece digna de ser debatida es si quienes sean absorbidos por el Rapto llegarán a los cielos vestidos o desnudos. Con el apoyo de sus aliados políticos de Washington, las congregaciones evangélicas están enviando misioneros a Irak para convertir a los musulmanes y apartarlos de lo que consideran una religión falsa, e incluso demoníaca. Hay veces en que la política evangélica es totalmente surrealista.

Como ocurre, por ejemplo, con la historia de la becerra roja.

Según el Libro de los Números, antes de que uno pueda acercarse al templo debe purificarse con una pizca de las cenizas provenientes del sacrificio e incineración ritual de una becerra roja perfecta, de una vaquilla que no tenga un solo pelo del cuerpo de otro color. Los restos consagrados de la última becerra roja pasaron a formar parte de la historia cuando el segundo templo de Jerusalén fue destruido por los romanos en el año 70. Incluso ahora, cuando los judíos modernos han regresado a Tierra Santa y la han reclamado de su propiedad, el tercer templo continúa sin construirse. En parte porque el lugar en que debiera levantarse está ocupado por la mezquita de la Roca, uno de los lugares de culto más sagrados para los musulmanes. Pero en Israel también están los que desearían echar abajo la mezquita en un abrir y cerrar de ojos, *si* fuesen lo suficientemente puros como para entrar en el recinto y construir

el nuevo templo. Esa pureza depende de descubrir otra becerra roja y reducirla a cenizas sagradas. Hay beatos israelíes que se mantienen alerta por si la becerra aparece. Pero, en Estados Unidos, algunos evangélicos tienen la esperanza de poder acelerar los acontecimientos. Unos devotos rancheros tejanos están llevando a cabo experimentos de inseminación con el propósito de producir una becerra roja perfecta lo antes posible.

Colonos israelíes en Cisjordania... petróleo iraquí... la segunda venida de Jesús... el Rapto. ¡En qué cóctel de pesadilla a base de *Realpolitik* y pura superstición se ha convertido la política exterior estadounidense!

La guerra contra el pluralismo

Corría el año 1972. La joven sentada frente a mí en mi estudio fue la primera “*Jesus-freak*” –la primera fanática religiosa– que conocí. Tendría poco más de 20 años, le brillaban los ojos y era resuelta, iba vestida con la ropa de mercadillo típica de la moda hippie de los sesenta. Me había pedido que la dejase entrevistarme para una nueva revista que se publicaba en Berkeley, *One* –como en “un solo camino hacia Dios” (*one way to God*)– pero vino tanto a hablar como a escuchar. Quería hablarme acerca de la comuna cristiana que había ayudado a crear. Aunque la escuché educadamente, lo hice con cierta presunción desdeñosa. Al fin y al cabo, era la época en que cualquiera que sintiese cierta inclinación religiosa viajaba hacia Oriente –zen, hinduismo o sufismo– en lugar de regresar a la cruz.

No tardé en descubrir que había venido con un propósito. ¿Le permitiría citarme diciendo que ella y sus apóstoles descalzos eran la *auténtica* contracultura del momento? Hacía poco que acababa de acuñar el término para sugerir que la protesta juvenil de aquellos momentos tenía que ver con temas que iban más allá de la política normal. Tuve que admitir que

el populismo cristiano que aquella chica defendía —«Dad todo a los pobres y seguidme»— iba decididamente a la “contra” respecto al materialismo estadounidense predominante. Pero hubo un tema molesto que no dejaba de emerger una y otra vez a lo largo de la conversación. “Uno”. Esa palabra no dejaba de hallar un eco en todo lo que dijo. Era el gesto emblemático de los Jesus-freaks: un único dedo apuntando hacia el cielo. Un dedo levantado que significa *un solo* medio, *una sola* verdad, *un solo* camino hacia la salvación. Esta exclusividad era precisamente lo contrario de lo que me había parecido más atractivo en la protesta juvenil de aquellos tiempos, el espíritu de apertura y aventura, su disposición a probar y experimentar, su fascinación por lo exótico y prohibido. Por el contrario, la religiosidad judeocristiana de mi entrevistadora apestaba a una clamorosa necesidad de ortodoxia estricta. Y de todo eso ya había tenido bastante en mis días escolares anteriores al Vaticano II. En St. Veronica’s, en el Chicago polaco en el que crecí, la religión quería decir el catecismo Baltimore aprendido de memoria bajo amenaza de un buen coscorrón. ¿Qué posibilidades existían de que algo tan retrógrado como la anticuada religión de mi visitante perdurase lo suficiente como para merecer un comentario?

¡Qué equivocado se puede llegar a estar! Dos meses después de mi entrevista, la revista *Time* publicaba un artículo de portada sobre “la gente de Jesús” como el suceso más importante que estaba teniendo lugar en los campus del país. Estábamos presenciando el amanecer de un potente desarrollo político en Estados Unidos: el advenimiento del poder evangélico.

Avancemos una década más o menos, y veremos que el movimiento religioso llamado Mayoría Moral juega un importante papel a la hora de poner a Ronald Reagan en la Casa Blanca. Avancemos otros veinte años, hasta principios del siglo XXI, y aquí tenemos a George W. Bush, el presidente más abiertamente religioso de la historia estadounidense, un tejano

renacido que inicia las reuniones del gabinete con una oración, que ostenta el récord de frecuencia de uso de la palabra el “mal” en conferencias de prensa, y que nunca acaba un discurso sin pedir que Dios bendiga a Estados Unidos. No sólo aca-para Bush el mérito de haberle dado a su base política conservadora todo aquello que deseara desde siempre en política nacional (programas sociales confesionales, recorte del derecho al aborto, defensa de las oraciones en los colegios), sino que ha insuflado la política exterior de un sentido providencial de destino nacional.

Pero podríamos preguntarnos, ¿es que la libertad de religión no es aplicable al cristianismo evangélico del presidente al igual que a las creencias religiosas de cualquier ciudadano? Desde luego. Pero se pueden mantener ciertas reservas acerca de las repercusiones de una bibliolatría tan acusada. Me obsesiona el argumento que los derechistas utilizaron antaño contra el comunismo durante los años de McCarthy. Los comunistas, aseguraban, utilizan las libertades civiles para poder revocarlas una vez que alcancen el poder, si es que alguna vez lo logran. Me pregunto cuánto durará la libertad religiosa si los fundamentalistas militantes se apoderan del Gobierno. Son gente que habla de que tienen el «deber bíblico –en palabras de Randall Robertson, líder del movimiento antiabortista Operation Rescue– de conquistar esta nación».

Pero hay algo que me parece todavía más perturbador acerca de la creciente influencia de la derecha religiosa en la vida política estadounidense. Se remonta al encuentro con mi estudiante fanática en 1972. Aunque era agradable y cortés, cuando tuvo que escuchar ideas divergentes se mostró impenetrable. ¿Por qué? Porque como humanista y liberal, a sus ojos yo no era más que un alma condenada. Mientras hablábamos, se mantuvo en guardia, no fuera que mi laicismo la contaminase.

¿Me molestó? La verdad es que no. Reconocí lo que ella hacía. En mi infancia católica me relacioné con la gente de la misma manera. Desde la posición ventajosa de mi pureza in-

maculada, la mayoría de las personas a las que conocí seguramente eran pecadores. Recuerdo llorar sobre la almohada de noche, temiendo que mis padres fuesen a parar al infierno por saltarse una misa o comer carne los viernes. Formando parte de los elegidos por Dios me proporcionaba cierta comodidad condescendiente a la hora de tratar con alguien que no me gustaba o con quien no estaba de acuerdo. Después de todo, formaba parte del club más exclusivo del universo: del de los elegidos.

Nada desfigura más nuestras relaciones con los demás que la convicción de que *estamos* destinados a la gloria y de que *ellos* están condenados a la perdición eterna. Y cuanto más literal es esa creencia, más grande es la distorsión. Puede que quienes alberguen esa creencia hallen la manera de mostrar un cierto tacto, pero creer que la diferencia entre usted y yo es toda la diferencia existente entre cielo e infierno crea la separación más grande posible entre nosotros. Llevada al extremo —y tengamos en cuenta que hablamos acerca de una forma de extremismo religioso cada vez más popular—, al venerar al Buen Dios es muy fácil pasar a declarar una guerra total al pluralismo. Eso es lo que más me preocupa, y no desde la perspectiva de un libertario civil, sino con respecto a la calidad de nuestra vida cultural.

Y con “pluralismo” no me estoy refiriendo a un abstracto principio legal. Me refiero a la alegría espontánea que nos produce la variedad humana, a la deliciosa sorpresa que experimentamos cuando conocemos a alguien que ha tomado otro camino en la vida, tal vez en una dirección que nos hubiera gustado seguir. Variedad exuberante es lo que Walt Whitman tenía en su mente cuando definió la democracia como cantar la canción de nosotros mismos. Vio a Estados Unidos como una enorme improvisación jazzística sobre el millón de temas que heredamos del pasado. «Oigo cantar a América —escribió—, escucho muchas canciones alegres». Robert Duncan, el poeta de San Francisco, expresó bellamente el ideal democrático de

Whitman cuando dijo que vivimos en un Simposio del Todo, en una época en la que «han de incluirse todos los órdenes viejos y excluidos, lo femenino, el proletariado, lo extraño, lo animal y lo vegetal, el inconsciente y lo desconocido, lo delictivo y el fracaso, todo lo que ha sido desechado y anda errante».

Una auténtica democracia whitmanista no nos da simplemente el derecho a cantar nuestra propia canción; nos *alienta* a hacerlo. La democracia auténtica anhela la diversidad, la originalidad y la experimentación. En ese sentido, la democracia es un *medio*, no un fin. Es el tema que todos variamos y compartimos, como un buen combo de jazz.

¿Pueden mezclarse Jesús y el jazz? Eso es algo que los cristianos deben decidir individualmente. Toda religión es aquello en lo que la convierten sus creyentes. Pero sé que quienes consideran el pluralismo como obra del diablo socavan la democracia y empobrecen nuestra cultura. Es el mayor precio que estamos pagando por el éxito político de una derecha religiosa en auge en Estados Unidos. Estamos perdiendo contacto con las raíces existenciales de la democracia. Y no obstante, millones de mis compatriotas veneran a Dios para que eso tenga lugar.

El resultado no es sólo un borrón sobre nuestra propia cultura. La guerra contra el pluralismo se traslada a la política exterior. Ya es bastante malo que Estados Unidos adopte un rumbo político imperial; pero es todavía mucho peor que ese imperio vaya a caer en manos de beatos y fanáticos cristianos que consideran al resto de la raza humana como una colección de almas condenadas.

5. LA FALTA DE NERVIOS DE LOS LIBERALES

«Es hora de que los liberales expresen cierta compasión por los padres que intentan criar a sus hijos en el vacío moral que la política liberal ha creado. Los liberales piden que confiemos en ellos para que el dinero que pagamos al Gobierno se gaste adecuadamente. Bien, pues la gente está cansada de ese juego... Los conservadores de hoy en día quieren dar a la gente algo que valga la pena a cambio de sus impuestos, y crear oportunidades de verdad para que los pobres se mejoren a sí mismos. Ésa es auténtica compasión, no la farsa que anuncian los liberales cuando tiran el dinero para atajar problemas y así añadir más poder al que ya tienen sobre otra gente.»

RUSH LIMBAUGH,
importante comentarista de radio conservador, 1992.

«No pretendo eliminar el Gobierno. Sólo quiero reducirlo a un tamaño en que resulte posible arrastrarlo al cuarto de baño y ahogarlo en la bañera.»

GROVER NORQUIST,
presidente de Americans for Tax Reform,
e importante planificador conservador.

¡Archie Bunkers del mundo, uníos!

La principal oposición a la que se enfrentan los triunfalistas en Estados Unidos es el ala liberal del Partido Demócrata. Pero los liberales atraviesan tiempos difíciles desde hace unos veinte años. Algunos creen que Ronald Reagan escribió su epitafio en la década de 1980. Como hemos visto, las desgracias del liberalismo estadounidense son, en gran medida, resultado de cambios demográficos en los comportamientos de voto. El Sunbelt ha escorado a la sociedad estadounidense hacia la derecha. Además, Estados Unidos es ahora una sociedad más suburbana de clase media de lo que era en la época posterior a la segunda guerra mundial, cuando el sindicalismo organizado en las grandes ciudades era el principal bloque votante que apoyaba a los demócratas. Al crecer todavía más los grandes negocios, el sindicalismo, antaño el electorado principal en el que podían confiar los liberales desde la época del *New Deal* de Roosevelt, se ha ido encogiendo. Pero más importante es el cambio en los valores y la psicología de la clase obrera estadounidense, que han sido modificados, poniendo a los liberales en aprietos. Efectivamente, el votante de clase trabajadora se ha ido volviendo cada vez más conservador. No hay nada que haya desmoralizado más a la izquierda estadounidense que la emergencia de los votantes obreros de Reagan.

Hay una lección proveniente de la cultura popular estadounidense que hay que aprender.

Durante casi una década, la de 1970, el programa más popular de la televisión estadounidense fue una comedia de situación: *All in the Family*. El programa (basado en una serie original producida anteriormente en la Gran Bretaña y titulada *Till Death Us Do Part*) presentaba a un héroe insólito: un estibador ignorante, bocazas y reaccionario llamado Archie Bunker. Archie era partidario de los puntos de vista y valores del período. Era antinegro, antihispano, antisindicatos, antihomosexuales, antimujeres y antigobierno. Cada semana, su visión

retrógrada era cómicamente contrastada con las ideas avanzadas y radicales de sus hijos, que representaban la generación de los rebeldes sesenta. Archie era todo aquello de lo que abomina el estadounidense inteligente, culto, universitario y de clase media: el objeto ideal del ridículo liberal.

Lo que la América liberal nunca sospechó era la cantidad de Archie Bunkers que podía haber por ahí, en el mundo real, espectadores que simpatizaron con las opiniones de Archie y que se resentían de los golpes bajos que les asestaban sus hijos insolentes y presumidos. La queja constante expresada por Archie de que el Gobierno victimiza a los tipos blancos y trabajadores como él halló un eco de simpatía en muchos hogares estadounidenses. Pero nadie se dio cuenta de ello hasta que Ronald Reagan se convirtió en el portavoz de los acuciados Archie Bunkers de Estados Unidos. Es cierto que existen votantes de clase trabajadora que votarán por un candidato de extrema derecha, por alguien que eche pestes del Gobierno, desdeñe a las minorías raciales, agite la bandera, reduzca los impuestos y dé la cara por los tipos blancos con problemas, sobre todo si el candidato tiene aspecto de *cowboy*. Reagan incluso pudo vapulear a los sindicatos y seguir disfrutando del apoyo de los votantes tipo Archie Bunker. Una de sus primeras acciones como presidente fue ordenar la sustitución de los controladores de tráfico aéreo por trabajadores no sindicados. Y eso que el de controladores había sido uno de los sindicatos que le había apoyado en la campaña electoral. Su popularidad no sufrió lo más mínimo a causa de este acto de traición política.

La realidad de carne y hueso de Archie Bunker sacudió al liderazgo liberal del país. ¿Cómo era posible que Reagan se hubiese ganado el poyo de tantos votantes tradicionalmente demócratas? Veinte años más tarde me sigue dando la impresión de que muchos liberales siguen negándose a buscar una respuesta franca a la cuestión. Lo consiguió aprovechando una acumulación de descontento e inseguridad que burbujeaba bajo la superficie de nuestra sociedad. Sin mencionar nunca el

papel dominante de las grandes empresas en la vida estadounidense, Reagan describió los programas liberales como reflejo de un “Gobierno grande”, una fuerza distante e intimidatoria dominada por una élite de intelectuales y académicos. Castigó la protesta social de las décadas de 1960 y 1970 como un ataque contra los buenos y patrióticos valores convencionales estadounidenses, como la preocupación de unos hippies barbudos y holgazanes de campus que probablemente eran drogadictos y comunistas.

Reagan también se aprovechó de los esfuerzos realizados por los liberales para reformar el sistema judicial. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970, un Tribunal Supremo liberal y abogados liberales ampliaron de manera importante los derechos legales de los acusados de delitos, en especial de las minorías raciales. Parece que a quienes tanto se alegraron por dichas reformas nunca se les ocurrió que muchos blancos de clase media, no pertenecientes a las minorías, no se alegraban en absoluto. Tal y como Richard Nixon resumió la cuestión al explicar en una ocasión su exitosa estrategia de campaña: «la mayoría de los estadounidenses no son jóvenes, ni pobres ni negros». Reagan fue todavía más lejos; condenó firmemente a los liberales del sistema judicial por ponerse del lado de los delincuentes. Eran “blandos” con la delincuencia, aseguró Reagan. Como los afroamericanos conforman un porcentaje desproporcionadamente grande de todos los delincuentes condenados, resultó fácil hacer parecer que en la reforma del sistema judicial los liberales se habían aliado con los negros contra los blancos. En cambio, Reagan habló de los “derechos de las víctimas”. Anunció una dura política de mantenimiento del orden público destinada a paliar el creciente temor a la delincuencia en las calles de las ciudades estadounidenses. Él –y especialmente su esposa Nancy– fueron responsables de duras leyes antidroga que ahora han llenado a rebosar las prisiones estadounidenses de internos cuyo único delito ha sido llevar encima una pequeña cantidad de marihuana. Las leyes contra los

narcóticos fueron el principio de la cuestión de los “valores familiares” de la campaña republicana.

Los liberales cometieron otro gran error con respecto a Ronald Reagan. Aunque Reagan era un hombre de escaso intelecto, sí que era un actor experimentado que conocía su oficio. Sabía qué cara poner ante la cámara y cómo interpretar su papel. Podía inclinar la cabeza en el ángulo adecuado, guiñar un ojo encantador, y asumir una tímida sonrisa siempre que así lo requiriese el guión. Como actor, Reagan se había especializado en papeles de ese tipo en sus películas: el joven apuesto, que cae en gracia, que es sensible y al que puede herirse con facilidad. Se pasó años perfeccionando esa imagen, con el resultado de que a la gente le resultaba difícil desconfiar de él. No era elocuente ni poseía agilidad mental, pero tampoco son rasgos que caractericen a la mayoría de los estadounidenses. Así que, por favor, dejen al pobre hombre, denle un respiro, como si fuese mucho esperar que el presidente supiese de qué está hablando. Reagan era tan bueno a la hora de parecer vulnerable y caer simpático, que parecía una crueldad avergonzarle haciéndole preguntas difíciles. En ese sentido era “el gran comunicador”: sabía cómo fingir ante las cámaras.

Los liberales no tuvieron en cuenta el hecho de que, gracias al dominio de los medios por parte de Reagan, los republicanos captaron rápidamente la importancia de “dar bien” en televisión, aunque no hubiese nada tras esa pantalla. Más que a cualquier otro presidente anterior, a Reagan el público le otorgó una importante concesión. El público se dejó convencer de que no era obligación del presidente conocer los detalles y discutir la letra pequeña. El trabajo del presidente era desplegar una visión amplia, rodear esa visión de frases hechas y brillante retórica, aclamar o condenar en términos excelsos, realizar anuncios generales, sonreír, fruncir el ceño y decir adiós con la mano. En pocas palabras, al presidente no habría que exigirle que hiciese más que leer su parte, que aparece en el telepuntero, y parecer sincero en los acontecimientos retrans-

mitidos por televisión. Reagan, que siguió siendo popular hasta el final de su mandato, dio al público licencia para elegir presidentes que pareciesen presidenciales, pero que podían ser inimaginablemente estúpidos.

En un episodio patético pero muy revelador que salió a la luz unos cuantos años después de que dejase la Presidencia, Reagan fue llamado a testificar ante el Congreso para responder a preguntas acerca de lo que se dio en llamar el escándalo Irán-Contra. Algunos (yo entre ellos) consideran que el asunto Irán-Contra ha sido el golpe más descarado y grave contra la autoridad constitucional de la historia de Estados Unidos. Puso al descubierto un gobierno secreto operando desde el sótano de la Casa Blanca. Estos personajes tenebrosos habían recaudado fondos ilícitos vendiendo armas a Irán y a continuación habían utilizado el dinero para financiar una guerra encubierta contra el gobierno comunista de Nicaragua, aunque el Congreso había prohibido expresamente esas ayudas. También solicitaron grandes contribuciones económicas de ricos benefactores republicanos para armas y suministros destinados a los anticomunistas nicaragüenses. De hecho, los agentes de Reagan estaban utilizando la Presidencia para recaudar dinero sin pasar por el Congreso, una flagrante violación de la Constitución. Cuando se le pidió a Reagan que proporcionase más detalles acerca de la cuestión, sacudió la cabeza, pareció confundido y aseguró que nunca había acabado de entender el asunto, o qué tenía de ilegal. ¡Y daba la impresión de estar diciendo la verdad! En cualquier caso, nunca hubo ninguna indicación de que los partidarios de Reagan le echasen en cara la cuestión Irán-Contra.

«Estados Unidos es esencialmente un país conservador», proclamaron los conservadores de Reagan. Y sorprendentemente, mientras aumentaba la popularidad de Reagan, los liberales de la época estuvieron dispuestos a aceptarlo porque sí. Empezaron a retirarse incluso ante las políticas más disparatadas de Reagan, convencidos de que los conservadores habían descubierto una fórmula política ganadora. Los conserva-

dores dieron a entender que tenían todas las buenas y nuevas ideas que el país necesitaba. Economía de oferta, valores familiares, una postura inflexible de orden público, servicios sociales privatizados, liberalización, y una economía de mercado ampliada. Tomándolas de una en una, la derecha fue capaz de argumentar que las soluciones sociales liberales no funcionaban, a pesar de todo el dinero que se había gastado en ellas: ni en relaciones interraciales, pobreza, seguridad social, asistencia sanitaria o educación. Los conservadores presentaron a los liberales como emperadores desnudos, y fueron demasiados los liberales que estuvieron de acuerdo. El ascenso de los triunfalistas tiene mucho que ver con la retirada de los liberales en todos los frentes.

La etapa de gestación del dominio triunfalista se remonta a los primeros años de la presidencia Reagan. Como los reaganistas y los triunfalistas obtuvieron mucho poder en el campo de la política nacional, abrieron una frontera para llevar adelante iniciativas de política exterior. En la década de 1980, en la administración Reagan empezaron a aparecer declaraciones de posturas oficiales que apoyaban una postura más amenazadora hacia la debilitada Unión Soviética. Estas tomas de posición conforman los documentos de base de las políticas triunfalistas que acabaron madurando con George W. Bush.

El hombre blanco lo primero

A los triunfalistas les encanta alabar a Ronald Reagan por su “claridad moral”. Pero en realidad había importantes aspectos de la política de Reagan que permanecieron deliberadamente oscuros, sobre todo cuando se trataba de grandes temas morales. Así es, desgraciadamente, el caso del racismo apenas disimulado de Reagan. El presidente se aprovechó del miedo de los blancos a que las calles de Estados Unidos se llenasen de delincuentes negros. Cuando pidió una estricta aplicación

del orden público, estaba respaldando la convicción “Archie-Bunkeriana”, existente entre los blancos, de que iban a ser intimidados por los negros y mangoneados por unos arrogantes políticos blancos unidos a los negros. La imagen más efectiva de la campaña de Reagan fue la de una “reina del bienestar” negra aprovechándose de los beneficios gubernamentales provenientes de los trabajadores contribuyentes blancos. Su sucesor, el primer George Bush, utilizó una táctica similar en la campaña presidencial de 1988. Sus anuncios televisivos mostraban el rostro ceñudo de un presidiario negro, Willy Horton, perdonado por el rival demócrata de Bush, el muy liberal gobernador de Massachussets. Poco después de su puesta en libertad, Horton había violado a una mujer blanca. El mensaje fue típico de la utilización del odio y el alarmismo durante la época Reagan. Su mensaje era: «A los liberales les interesan más los violadores negros que nosotros, los buenos tipos blancos. Los liberales nos quitarán las armas y luego soltarán a los criminales negros para que nos roben y maten».

Los republicanos de Reagan fueron muy hábiles a la hora de hallar maneras en las que incriminar a los negros víctimas de racismo y de, aparentemente, defender a los blancos. El principal objetivo de Reagan fueron las numerosas medidas liberales destinadas a aumentar la justicia racial, una preocupación central de los jóvenes manifestantes durante los sesenta. Se enfrentó firmemente a los programas de discriminación positiva que ofrecían ventajas en educación y empleo a las minorías raciales, calificándolos de antiblancos. También se opuso a los programas de traslado de estudiantes blancos a escuelas alejadas en barrios negros a fin de lograr un equilibrio racial en las aulas. Reagan prestó su voz al sentimiento de que programas de ese tipo habían ido demasiado lejos, y que iban en contra de los intereses de los estadounidenses blancos. Los utilizó como los principales ejemplos de su argumentación acerca de que “el Gobierno es el problema, no la solución”.

Los liberales erraron en sus cálculos acerca del atractivo de

Reagan en temas como éstos entre los votantes suburbanos tanto de clase trabajadora como media. Para cuando Reagan abandonó la Casa Blanca, los conservadores habían pintado a los liberales como unos villanos, siempre intentando alcanzar la justicia racial en Estados Unidos. Eso significaba abandonar a la mayoría de los ciudadanos blancos, que sentían que el Gobierno ya había hecho más que suficiente para ayudar a los afroamericanos. Tal vez exista algo denominado fatiga ética: la gente pierde interés en un tema que parece exigirles demasiado. De ser así, la justicia social de la década de 1980, como causa moral en Estados Unidos, empezaba claramente a perder su atractivo. Una gran parte del público estaba simplemente cansada de escuchar las mismas quejas una y otra vez, como si no hubiesen hecho bastante para compensar el gran pecado de la esclavitud. En cualquier caso, parecía que el tema más urgente era el “racismo invertido”, la aplicación de una política que favorecía a los afroamericanos respecto a los blancos. En aquella época había una clase media negra de profesionales educados que parecían ser la prueba viviente de que el racismo era cosa del pasado. Con mayor razón, los republicanos insistían en presentar a sólidos conservadores afroamericanos del partido como ejemplos de su apoyo. El primer George Bush incluso se las arregló para que el país contase con un juez negro en el Tribunal Supremo (Clarence Thomas), posiblemente el juez más reaccionario que jamás haya servido en dicho tribunal.

Mientras tanto, los liberales fracasaban a la hora de poner de manifiesto las muchas formas de racismo encubierto que seguían existiendo en el país y que a menudo empujaban a los jóvenes negros a una vida delictiva con la esperanza de alcanzar riqueza en poco tiempo. El que en muchas barriadas negras de todo el país siga habiendo zonas salvajes en las que tienen lugar mezquinas guerras entre bandas de traficantes que cuestan la vida a miles de jóvenes cada año, se considera una cuestión de fracaso personal por parte de las víctimas, en lugar de una problemática social.

Al convertir la cuestión racial es un tema de preocupación,

Reagan puso el dedo en la llaga liberal. Durante gran parte del siglo XX –hasta finales de la segunda guerra mundial– ninguno de los dos principales partidos podía pretender contar con un historial digno en la cuestión racial. Los republicanos se habían limitado a ignorar el tema, a pesar del hecho de que en principio fueron el partido de Abraham Lincoln, nacido como movimiento para la abolición de la esclavitud. Pero poco después de la guerra civil, los republicanos se transformaron en el partido de los magnates, concentrándose por completo en las grandes ciudades industriales del norte y con una organización pequeña en el profundo sur. El Partido Demócrata se fue ganando estado a estado por todo el sur, convirtiéndose en el partido de la supremacía blanca. La situación no cambió a lo largo de los años del *New Deal* de Roosevelt, que, a pesar de todas sus innovaciones, nunca se ocupó de los temas de segregación, linchamientos o derechos civiles. Roosevelt dependía demasiado en el Congreso de los demócratas sureños como para poner en entredicho su sistema social.

Los dos movimientos que más influyeron en el liberalismo estadounidense fueron el populista y el progresista de finales del siglo XIX, ambos con un historial más bien dudoso en el campo de las relaciones raciales. Los progresistas pueden haber sido valientes reformadores, pero también podían ser intolerantes y elitistas. Tendían a ser blancos, anglosajones, protestantes y muy ilustrados. Muchos provenían de poblaciones pequeñas. Consideraban las minorías raciales y étnicas como parte de la “vergüenza de las ciudades”, lugares de depravación, corrupción y delincuencia. Incluso grandes héroes progresistas como Woodrow Wilson eran capaces de hacer comentarios vejatorios acerca de los inmigrantes del este y el sur de Europa. Y fue el propio Wilson el que impuso la segregación racista en la ciudad de Washington. El progresismo cargaba con una oscura herencia de racismo.

En cuanto a los populistas, se trataba básicamente de un movimiento de granjeros con problemas, de finales del siglo

XIX, que vieron evaporarse su poder político ante el avance de los intereses industriales. Su airada campaña en pro de “desplumar a los ricos” fracasó estrepitosamente; les fue imposible vencer al poder de los trusts y al poder de voto de las grandes ciudades. Aunque a los populistas se les suele considerar como unos perdedores heroicos, este movimiento no se mostraba nada amistoso hacia los no blancos en el sur. En realidad, muchos granjeros sureños se negaron a unirse a los populistas del norte y el oeste porque no querían hacer causa común con agricultores negros. Para su vergüenza, el *New Deal* nunca se ocupó del tema racial por miedo a alienar al “sólido sur” en el que en gran parte se basó su poder. Aquello convirtió la cuestión racial en una llaga purulenta en el Partido Demócrata hasta el período posterior a la segunda guerra mundial, cuando los demócratas liberales se arriesgaron a perder su base política en el sur a fin de aprobar legislación referente a los derechos civiles y al derecho de voto. Y perdieron el sur. Su base electoral se trasladó al campo republicano, donde hasta el momento la justicia racial era un tema ausente.

Hoy en día, la diferencia respecto a la cuestión racial entre los principales partidos políticos no puede ser mayor. Gracias a su ala liberal, el Partido Demócrata ha mantenido un sólido compromiso con las minorías raciales del país. Los demócratas están más cerca que nunca de ser el partido multicultural de los pobres y de la población trabajadora con una base más amplia de toda la historia de este país. Pero como son pocos los negros e hispanos que se molestan en votar, los demócratas sufren a causa de esa orientación. Por otra parte, los republicanos —y los triunfalistas que dirigen el partido— han explotado de buena gana la cuestión racial como una “cuestión divisoria” entre la gente. Hasta el momento, esta táctica les ha funcionado muy bien. Aunque perjudica a sus propios intereses, los blancos pobres del sur (sobre todo los hombres) se niegan a unirse a los votantes negros para afirmar sus necesidades. En lugar de ello, se unen al partido de los magnates, corporados y

triumfalistas. La postura antigubernamental de los republicanos atrae a esos blancos resentidos porque saben que los demócratas utilizan los impuestos para transferir ingresos a los negros. De ahí que, de Ronald Reagan en adelante, los republicanos hayan echado pestes contra los impuestos y contra los programas que éstos financian.

En Estados Unidos los conservadores han logrado que la frase “lucha de clases” parezca imperdonablemente descortés, vestigio del marxismo que ha sido barrido del panorama político. Se considera de mala educación, e incluso totalmente antiestadounidense, sugerir que los ricos y los pobres cuentan con intereses divergentes. Por esa razón resultaría lógico esperar que la política estadounidense no estuviese muy dividida. Y no obstante se ha envenenado de manera insensata. Los conservadores insisten en que les divide una brecha insalvable con respecto a los liberales; intentan presentar la elección entre ellos mismos y los liberales como una lucha entre lo que definen como “libertad” y una alternativa que parece oscura y terrible. Los nombres de esa alternativa parecen muy melodramáticos: “Esclavitud... servidumbre... dictadura... Gobierno del Gran Hermano...”. Pero a lo que acaba reduciéndose tan enorme amenaza a la libertad no acostumbra a ser más que subir un poco los impuestos para financiar la jubilación de los ancianos, proporcionar una asistencia sanitaria decente para los niños del país, construir algunas escuelas que hacen mucha falta, y mejorar el reparto del correo. ¿Por qué resultan tan amenazadores esos programas? Aunque los rechazásemos por demasiado caros o ineficaces, eso no significaría que fuesen una amenaza totalitaria. No obstante, por muy modesto y moderado que se haya vuelto el liberalismo, los conservadores todavía siguen calificándolo de “la izquierda”, con todas las implicaciones de radicalismo, deslealtad y subversión que conlleva. Así pues, ¿cuál es el tema candente que separa a liberales de conservadores? Creo que se trata del tema racial subyacente del que se echa mano una y otra vez en cada deba-

te que trata del tema de la justicia, de la redistribución de la riqueza y del papel del Gobierno.

La tercera fase del racismo

La injusticia racial institucionalizada es el sucio secreto que descansa en el núcleo del ascenso de los triunfalistas. Gracias al rumbo tomado por los conservadores a lo largo de los últimos veinte años, Estados Unidos está ahora en la tercera fase de un racismo que ha plagado este país desde que el primer barco negrero llegó de África, ya hace cuatro siglos. Primero fue la esclavitud. Luego vino la segregación, la versión estadounidense del *apartheid*. Ahora, desde la presidencia Reagan de la década de 1980, hemos entrado en una fase que consigue ser desconcertante y depravada a la vez. El desconcierto tiene que ver con el hecho de que ahora hay cierto número de atletas y estrellas de los medios de información afroamericanos con ingresos elevados; la depravación está relacionada con los afroamericanos que no llegan a ser superestrellas. Eso incluye aproximadamente al 70% de los niños negros que siguen viviendo bajo el umbral de la pobreza. Se trata de una solución especialmente estadounidense para un serio problema social. El hecho de que un pequeño porcentaje de afroamericanos cuente con el talento y las ganas de alcanzar mucho éxito significa que quienes se quedan atrás no merecen nada mejor. Y quedarse atrás es aquí una cuestión de vida o muerte. En un país en el que los blancos tienen una esperanza de vida en la franja alta de los setenta años, el negro medio no puede esperar vivir más allá de los 59. Supongo que a eso debería llamársele darwinismo social.

En los días previos a la guerra civil, a los sureños les gustaba creer que los negros eran un pueblo infantil y primitivo que la naturaleza había destinado a ser esclavos. Más tarde, en los tiempos de la segregación, los blancos disfrutaron de es-

pectáculos en los que se presentaba a los negros como gente feliz y sencilla a la que le encantaba que se riesen de ella. Ahora, cuando resulta que la mayoría de los deportes profesionales están dominados por negros (los blancos son una minoría en baloncesto, fútbol americano y béisbol, muy por detrás de negros e hispanos) y cuando cada vez son más los artistas negros que aparecen en películas y televisión, los estadounidenses se sienten libres para creer que el racismo ya no existe. Es cierto, el éxito clamoroso de Tiger Woods o de Denzell Washington probablemente alimenta el resentimiento de muchos blancos pobres y con problemas que sienten que el sistema favorece injustamente a los afroamericanos. Lo que permanece oculto bajo la superficie de la vida estadounidense es el esfuerzo agresivo que lleva a cabo la derecha para privar de sus derechos civiles a los afroamericanos y, al hacerlo, acabar con los programas liberales que sirven los intereses de los pobres y los desfavorecidos. Y en el centro de ese esfuerzo está el sistema de prisiones estadounidense.

Estados Unidos cuenta con la segunda población reclusa más grande del mundo: 2 millones. Sólo Rusia ha metido a más gente entre rejas. Hace medio siglo, en 1950, los negros constituían el 35% de los reclusos; ahora tenemos a más de un millón de hombres y mujeres negros en prisión. Hay más hombres negros en la cárcel que en la universidad. Los negros constituyen el 65% de toda la población reclusa. Esta situación es resultado directo de la campaña de orden público lanzada por Ronald Reagan en la década de 1980. Su propósito era acabar con la delincuencia, en especial con la relacionada con la posesión de drogas. De 1985 a 1991 la población reclusa afroamericana aumentó más del 450%, ya que los jueces empezaron a imponer sentencias cada vez más duras, sobre todo a los jóvenes negros. Muchos de los sentenciados a largas condenas eran culpables de delitos menores relacionados con las drogas. Equivocándose, el presidente Clinton acabó haciendo lo mismo que los republicanos. Clinton se unió al llamamien-

to a favor de sentencias más severas con el objeto de mejorar su imagen de “dureza con la delincuencia”.

En Estados Unidos ir a la cárcel tiene graves consecuencias políticas. En 48 estados, los delincuentes encarcelados no pueden votar; en 37 estados, quienes están en libertad bajo palabra siguen sin poder votar, y en 14 estados, los expresidarios tienen permanentemente prohibido votar o desempeñar ningún cargo público. Un total de 4,4 millones de estadounidenses han sido privados de sus derechos de esta manera, la mayoría de ellos negros. En algunos estados (sobre todo del sur), al 30 o 40% de los hombres afroamericanos les ha sido negado el derecho a votar a causa de su historial penitenciario. En Florida, uno de cada cuatro negros ha perdido el derecho a votar. Si no fuese así, Al Gore habría ganado la votación en el estado de Florida en 2000 y se hubiera convertido en presidente. Florida es uno de los estados que ha introducido un sistema de votación informatizado “de privación de los derechos de voto a causa de delitos”. Cuando un votante aparece en un colegio electoral, una base informatizada comprueba si tiene antecedentes penales en algún lugar del país. Si es así, no se le permite votar; eso le sucedió a miles de afroamericanos en las elecciones presidenciales de 2000. El programa, que sobre todo se aplica a votantes negros, es, tal vez deliberadamente, muy propenso a los errores. Identifica erróneamente a un gran número de votantes como antiguos delincuentes y con ello proporciona un buen pretexto a los delegados electorales para negarles el voto. Por regla general, el grueso de los votantes rechazados son negros que probablemente habrían votado demócrata. El sistema de “privación de los derechos de voto a causa de delitos” se está haciendo cada vez más popular, y son varios los estados que están considerando su adopción.

Con el encarcelamiento masivo de delincuentes negros se puede hacer mucho dinero. Estados Unidos ha experimentado un “auge penitenciario” a lo largo de los últimos veinte años. Al crecer la población penitenciaria se hacen necesarias más

cárceles, y muchas de ellas son negocios privados, subvencionadas por el Gobierno y gestionadas para obtener beneficios. Los presos son, desde luego, una excelente fuente de trabajo barato. Muchas comunidades prosperan al ceder los terrenos para una prisión estatal o federal. Los presos, aunque no pueden votar, forman parte del censo de la población local. Eso aumenta la asignación a la comunidad de dinero federal para carreteras, parques, proyectos hidráulicos y otros servicios que los presos nunca tendrán oportunidad de disfrutar. Además, las comunidades que tienen en sus términos municipales una cárcel reciben subsidios especiales del Gobierno para la contratación de personal. Los sindicatos estadounidenses de funcionarios de prisiones son un poderoso grupo de presión que invierte mucho en las campañas políticas. Se encuentran entre los empleados públicos mejor pagados del país. El sistema de justicia penal estadounidense ha sido denominado el “complejo carcelario-industrial”. Al igual que el complejo militar-industrial, es objeto de la codicia de muchos intereses creados. Hay mucha gente que se aprovecha de contar con un gran número —en aumento— de presos entre rejas. También los hay que piensan que es de agradecer, desde el punto de vista de los conservadores, que tantos convictos sean afroamericanos, dispuestos a sacrificar su derecho de voto como parte de sus condenas.

Estados Unidos es un país de gente asustada, pero no hay nada que les asuste tanto como la delincuencia callejera. Confieso compartir ese temor. En mi zona hay barrios por los que nunca me pasearía. La población vecina, Oakland, en California, es la “capital del asesinato” del país. Cada año cientos de personas son abatidas a tiros en las calles de Oakland. Los muertos son sobre todo jóvenes negros sumergidos en “guerras territoriales” por el control del tráfico de drogas local. Estados Unidos es una nación violenta; la delincuencia es un problema grave. Pero no me siento más seguro porque hayamos construido muchas prisiones, pues en un momento u otro los

delincuentes acaban sus condenas y regresan a las calles, para hallar la misma sordidez y desmoralización.

A los conservadores les gusta decir que *nadie* debería ser un delincuente, y que quienes han sido condenados y encarcelados sólo pueden echarse la culpa a sí mismos. Pero la polarización racial de nuestra población encarcelada hace que lo dude. Se trata de un problema social que está relacionado con la pobreza, los prejuicios y la injusticia. ¿Meter a más gente en la cárcel es la única solución que podemos hallar para ese problema? El dinero que se destina a la construcción de cárceles y a “almacenar” delincuentes suele provenir de programas de educación y tratamiento de problemas relacionados con las drogas, de rehabilitación social y de formación profesional. Ésos son precisamente los tipos de programas de “Gobierno demasiado grande” que desprecian y evitan apoyar los conservadores con sus impuestos. Prefieren utilizar el dinero para castigar. La mayor de las ironías de esa postura radica en el auténtico coste del complejo carcelario-industrial. No es barato. Mantener a la gente en la cárcel cuesta de 25.000 a 40.000 \$ por prisionero y año. Si ofreciésemos el mismo dinero a gente con problemas, en forma de ingresos anuales, estaríamos tratando adecuadamente el problema de la pobreza y sus repercusiones.

Son muchos los factores que han provocado un escoramiento hacia la derecha cada vez más pronunciado en la política estadounidense. He mencionado la influencia que académicos e intelectuales europeos exiliados de la época de la segunda guerra mundial han ejercido sobre la generación más joven de triunfalistas. Pero hay algo más que ha permitido a los conservadores tomar la delantera a la oposición liberal. La cuestión racial arde soterrada en las profundidades del alma estadounidense. Nada pone más en causa la honradez y la inteligencia general de los votantes conservadores que su renuencia a admitir el racismo velado del partido al que apoyan.

6. LA CESIÓN DE COMPETENCIAS POR PARTE DE LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE

«Es necesario ser un gran aparentador y disimulador; y los hombres son tan simples y están tan sometidos a sus necesidades actuales, que quienes pretendan engañarles siempre hallarán a alguien que permita ser engañado.»

NICOLÁS MAQUIAVELO,
El príncipe

«La manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas es un elemento importante en una sociedad democrática. Quienes manipulan este mecanismo invisible de la sociedad constituyen un gobierno invisible que es el auténtico poder que gobierna nuestro país... Se nos gobierna, modelan nuestras mentes, forman nuestros gustos, y sugieren nuestras ideas hombres de los que nunca hemos oído hablar. Es el resultado lógico de la manera en que se halla organizada nuestra sociedad democrática. Enormes cantidades de seres humanos deben cooperar de este modo para poder vivir juntos y conformar una sociedad que funcione... En casi todos los actos de nuestra vida cotidiana, tanto en la esfera de la

política como de los negocios, en nuestro comportamiento social o nuestro pensamiento ético, estamos dominados por un número relativamente pequeño de personas... que entienden los procesos mentales y pautas sociales de las masas. Son ellos los que manejan los hilos de la mente del público.»

EDWARD BERNAYS,
padre fundador de las relaciones públicas,
de su libro *Propaganda*, 1928

Políticas fantasiosas

Los estadounidenses están, en el siglo XXI, mucho mejor educados que en cualquier otro momento de la historia del país. Más del 50% de los votantes del país cuentan con una licenciatura universitaria (en 1960 eran menos del 25%). Las universidades estadounidenses rebosan de estudiantes que preparan su carreras profesionales. Toda economía altamente industrializada necesita una fuerza laboral así de preparada, pero, en Estados Unidos, incluso para los empleos administrativos para los que antes bastaba con haber acabado la educación secundaria —cajeros de banco, tasadores de seguros, jefes intermedios— ahora se requiere una licenciatura universitaria. Estados Unidos también se ha convertido en el centro de una nueva frontera económica de alta tecnología que resultaría impensable sin una fuerza laboral educada. Cabría imaginar que transformaciones sociales de ese calado darían como resultado a los votantes más astutos de la historia. Hace tiempo que las elecciones deberían caracterizarse por un debate intelectual importante, y quienes ganasen deberían ser personas que se expresasen bien y poseedores de una buena inteligencia. Hace treinta años, cuando la generación más joven de aquella época inundaba el mundo con títulos universitarios bajo el brazo, acompañados de cierto idealismo social, muchos de nosotros creímos que nos encaminábamos hacia una sociedad ilustrada

donde los engaños burdos y fraudulentos del pasado desaparecerían rápidamente de la escena política.

Pero en lugar de ello hemos visto a la democracia abandonarse a una pronunciada cesión de sus competencias, en una espiral descendente que permite que canallas y necios sigan explotando a la población. En Estados Unidos, las elecciones van perdiendo, año tras año, calidad intelectual. Parecen diseñadas para sacar a relucir lo peor del público en general. Las campañas han sido devoradas por los medios de información y confiadas en las manos de los mismos intereses comerciales que venden cualquier otro producto en Estados Unidos. Mientras tanto, los altamente educados estadounidenses que emergieron en los sesenta han crecido para convertirse —en gran parte— en una población de adictos al trabajo, quemados, super-ocupados y agotados mental y físicamente, que luchan por avanzar en sus carreras, gestionar sus inversiones, aprovecharse del mercado inmobiliario y planificar una jubilación cómoda. En cuanto a sus hijos, la denominada “generación X”, se han convertido en algo peor: en una colección de desconcertados, asustados y resentidos cínicos preocupados por sus trabajos, que parecen creer que la cultura humana limita en las cuatro direcciones con Internet. Para ellos, el diseño gráfico de una página web interesante tiene mucho más valor que cualquier libro interesante. Como resultado de ello, la distinción nunca clara entre política, publicidad y entretenimiento, ha acabado desvaneciéndose. Hemos entrado en la esfera de una elevada incultura, una forma de ignorancia electrónica que ha sido eficazmente comercializada y utilizada políticamente.

Es la culminación de una aciaga tendencia que se inició en Estados Unidos a principios del siglo xx. En las elecciones de 1920, Warren G. Harding, un mediocre senador de Ohio, se convirtió en el primer candidato presidencial que contrató los servicios de una agencia de publicidad para dirigir su campaña. La firma tenía entre sus méritos haber lanzado al éxito una pasta dentífrica llamada Pepsodent. Harding aportó una única

cualidad a la campaña: *parecía* presidencial. Apuesto, con el cabello plateado y la mandíbula cuadrada, podría haber sido enviado por cualquier agencia de actores de Hollywood para representar el papel. Pero tras sus imponentes facciones, era uno de los hombres más estúpidos que jamás haya ocupado un cargo público. Como él mismo admitió, apenas entendía nada de los asuntos más importantes de su tiempo. Era bebedor empedernido, mujeriego y jugador compulsivo de póker. Sus amigos políticos más próximos –la “banda de Ohio”, como se los llamó– eran canallas que más tarde acabarían encarcelados por diversos actos de corrupción, algunos de ellos cometidos en la propia Casa Blanca ante las narices del propio presidente. Pero gracias a una inteligente presentación y promoción, Harding ganó las elecciones y al hacerlo marcó un estilo. Su victoria inspiró a hacer lo mismo al siguiente presidenciable, Calvin Coolidge, uno de los candidatos más grises que nunca ocupó la Casa Blanca. Lo cierto es que Coolidge contrató al mejor para dirigir su campaña: Edward Bernays.

A Bernays, de origen austríaco, se le suele considerar como el fundador de la industria de las relaciones públicas; y es cierto que fue uno de los grandes talentos de la industria publicitaria del siglo xx. Pero había algo más importante: fue el primero en reconocer que la propaganda era tan importante para la política como la publicidad para la economía. No sólo anticipó la convergencia de las relaciones públicas y la política, sino que la consideró la mejor esperanza para hacer funcionar la democracia. Estaba convencido de que el futuro de las sociedades democráticas dependía de “la ingeniería del consentimiento” por parte de los líderes políticos. Así pues, hombres como él mismo, expertos en ajustar los gustos y preferencias del público, estaban llamados a convertirse en una nueva élite que utilizaría sofisticados métodos psicológicos para manufacturar consenso. Tal y como dijo: «Si comprendemos el mecanismo y los motivos de la mente grupal, será posible controlar y regular a las masas de acuerdo a nuestra voluntad y sin que se aperi-

ban de ello». Hay que agradecerle a Franklin Roosevelt que cuando Bernays ofreció sus servicios al Gobierno durante la segunda guerra mundial fuera rechazado. Pero por triste que parezca, parece que Bernays comprendió mejor el futuro de la democracia que Thomas Jefferson o James Madison.

A partir de la década de 1920 fueron cada vez más numerosos los candidatos que contrataron a talentos publicitarios para dirigir sus campañas y producir su material radiofónico y televisivo. Para finales del siglo xx, las campañas políticas se habían convertido en un ejercicio de mercadotecnia en el que todo dependía de la imagen y la persuasión subliminal.

La democracia siempre ha requerido más esfuerzo por parte del ciudadano ordinario de lo que los filósofos políticos liberales han estado dispuestos a admitir. Aunque para votar inteligentemente no es necesario contar con una vasta erudición ni ser un experto, sí que se requiere cierta dosis de sentido común y educación básica. También son necesarios algunos rasgos de carácter fundamentales, entre ellos la firme sensación de la propia identidad y una clara comprensión acerca de las propias y auténticas necesidades. Con "identidad" quiero decir saber qué es lo que se comparte con los demás basándose en la clase, raza, sexo, y etnia, así como las propias cualidades peculiares y autónomas como individuo. Significa contar con una idea clara acerca de los derechos y responsabilidades inherentes a vivir en sociedad. No son cosas que deban aprenderse en la escuela; debería ser algo evidente. Y cuando la identidad de las personas ha sido violada y sus necesidades insatisfechas, el dolor resultante debería ser tan real como el hambre que sentimos cuando se nos priva de alimento.

¿Pero qué sucede cuando la sociedad desarrolla toda una industria cuyo propósito es manipular la identidad de las personas y llenar sus cabezas de necesidades falsas? Ése es, claro está, el papel de la publicidad. La publicidad, que parece inseparable de una economía de consumo desarrollada, utiliza todas las herramientas psicológicas disponibles para remodelar

la identidad de las personas. Les presenta imágenes seductoras, hombres y mujeres a los que deberían parecerse e imitar. Se saca de la manga necesidades para los artículos que debe vender. Investiga sus debilidades; halla maneras de explotar los reflejos que llevan a las personas a anhelar y comprar cosas. La publicidad es un engaño experto con el fin de obtener un beneficio. Pero sus técnicas no tienen por qué limitarse a artículos del mercado. Esas mismas técnicas pueden utilizarse en política para vender programas, políticas y a los políticos. ¿Es que votar no es muy parecido a comprar?

Hoy en día, en Estados Unidos, todos los candidatos, del primero al último, están programados y preparados de antemano. Tienen que dar bien en televisión, y deben elegir exactamente las palabras y frases adecuadas. Una réplica inteligente (es decir, bien ensayada) o una frase con gancho en un debate cuenta más que la sustancia. Los discursos políticos se ensayan palabra por palabra ante grupos piloto, pequeños grupos de votantes supuestamente medios que responden a lo que dice el candidato apretando botones que indican su aprobación o desaprobación de las palabras o frases que les gustan o disgustan. Por ejemplo, a George W. Bush le aconsejaron sustituir la palabra “padres” por “mamás y papás” en sus alocuciones porque a los grupos piloto les sonaba mejor. Los nombres de las políticas y de las campañas militares se eligen con la vista puesta en cómo funcionarán en los medios de información. “Tormenta del desierto”, “Libertad iraquí”. Hay especialistas en mercadotecnia que se especializan en *sílabas*. ¿Qué sílabas comunican el humor o sensación adecuados para un producto o idea? La “q” suena nítida y eficiente, mientras que “m” tiene un sonido apaciguador y relajante.

En la historia del pensamiento político nadie imaginó que la democracia acabaría reducida a esa clase de marrullería profesional. Pero “vender” una política siempre se ha parecido demasiado a vender un jabón, ropa o coches. Sólo era cuestión de tiempo antes de que ambas cosas se fundiesen en una única

profesión. ¿Y quién mejor para introducirnos en el país de las maravillas de las fantasías políticas que el propio gran comunicador?

La política de fantasía de Ronald Reagan empezó con su elección en 1980. En esas elecciones se presentaban tres importantes candidatos: un republicano, un demócrata y un independiente. En el recuento final, Reagan obtuvo los votos únicamente del 28% de todos los votantes del país, en una elección en la que sólo votó poco más de la mitad de las personas con derecho a voto. Obtuvo menos votos que el total de abstencionistas. Éste fue un momento decisivo en la historia de Estados Unidos. A partir de las elecciones de 1980, el abstencionismo se convirtió, como dijo un analista, «en el mayor movimiento de masas de nuestros tiempos». Pero en 1980, eso no tuvo ninguna importancia para Reagan ni para el Partido Republicano. Actor como era, pretendió que había salido elegido por una victoria aplastante. Interpretó la elección como un mandato para rechazar toda la legislación social aprobada desde el *New Deal* de Roosevelt de la década de 1930. Quienes le escribían los discursos citaron a Roosevelt para apoyar lo que Reagan iba a hacer. Esa trapacería evidente por parte de Reagan nunca pareció amenazar su inmensa popularidad. Los medios de información le trataban con una consideración por encima de cualquier crítica, era demasiado querido por la mayoría de estadounidenses como para echarle en cara sus comentarios a menudo disparatados e ignorantes.

La presidencia de Reagan señaló el principio de una fatídica tendencia de la política estadounidense: la descarada intrusión de la pura fantasía en la política, como si la gente deseara que la política se desarrollase como una película. A veces, el comportamiento de Reagan bordeó el delirio. Por ejemplo, proclamó haber sido un héroe en la segunda guerra mundial. Cuando se dirigió al país a la hora de conmemorar el 40º aniversario del Día D, lo hizo como hubiese estado presente en el desembarco. Pero no fue así, claro está. Reagan había hecho de soldado en algunas de sus películas, pero nunca

prestó servicio en ultramar. Pero asombrosamente, los medios de información dominantes nunca dudaron de sus afirmaciones; hubiera resultado demasiado descortés.

Luego, a mediados de la década de 1980, Reagan comprometió toda su fuerza en apoyo de la estratosféricamente cara Iniciativa de Defensa Estratégica. En esa época, entre científicos y técnicos (que no estaban en la nómina del complejo militar-industrial) imperaba el consenso de que ese tipo de armamento no podía fabricarse. No obstante, Reagan presentó ante el público unas simulaciones informáticas que demostraban que el sistema era infalible. Las simulaciones se parecían muchísimo a los efectos especiales que aparecían en las películas de ciencia ficción de la época. De ahí el apodo de “guerra de la galaxias”, en principio acuñada por la prensa para subrayar el carácter ostentoso y futurista del sistema. Una vez más, el público demostró estar dispuesto a aceptar una fantasía, en este caso de un tipo que podría haber costado más de 1 billón (con “b”) de dólares. Si la Unión Soviética no se hubiera venido abajo durante el mandato de Reagan, probablemente Estados Unidos habría emprendido la construcción de la IDE.

En 1984 Reagan lanzó un ataque contra la diminuta isla de Granada, afirmando que allí había soldados cubanos que retenían cautivos a estudiantes estadounidenses. Era falso, pero Reagan así lo pretendió. Para desempeñar su papel le ofrecieron un maravilloso decorado de película: una sala de operaciones de alta tecnología en la Casa Blanca, repleta de monitores de televisión, mapas y del mejor equipo de comunicaciones. Desde ahí, y como comandante en jefe, se suponía que iba a coordinar las operaciones mientras los marines se aprestaban a defender a Estados Unidos del enemigo comunista y ateo. Cuando pasó la tormenta se supo que en Granada no había tropas cubanas. Lo que sí había eran trabajadores cubanos que ayudaban en la construcción de la pista del aeropuerto, pero ningún otro peligro. Granada fue una guerra de fantasía, pero el público estadounidense la aceptó como una gran victoria.

Han existido otros ejemplos de “guerritas” limpias de ese tipo. George Bush padre montó una guerra de ese tipo en Panamá, llevando a cabo una redada nocturna a fin de capturar al ingrato dictador Manuel Noriega. El presidente Clinton escenificó incursiones aéreas en Somalia y en los Balcanes, realizadas sin bajas estadounidenses. Luego, en abril de 2003, pocos días después de haber ocupado Bagdad, George W. Bush intentó superar a Ronald Reagan escenificando a su vez una espectacular primicia fotográfica de ambiente militar. Voló a un portaaviones supuestamente mar adentro para anunciar la victoria en Irak. Bush, que nunca ha participado en ninguna acción militar, pretendió dar a entender que había pilotado el avión que le había depositado en la cubierta de la nave. Se bajó del avión ataviado con un traje de vuelo y un casco, bajo una pancarta que decía “Misión cumplida”. La tropa que llenaba la cubierta lanzó un aullido salvaje; la banda empezó a tocar y el comandante en jefe ofreció una excitante alocución, declarando el fin de los “grandes combates” en Irak, palabras de las que más adelante se arrepentiría.

Fue un momento de pura fantasía. Bush no había pilotado el avión, simplemente ocupó el asiento del copiloto. Ni tampoco se hallaba mar adentro, tan sólo a unas cuantas millas de la costa. Sus asesores de imagen lo habían arreglado todo para que el portaaviones ocupase el ángulo adecuado a fin de que las cámaras de televisión a bordo no mostrasen imágenes de la ciudad de San Diego, al fondo. ¿Puede un disparate fraudulento de este calibre ganar elecciones y determinar políticas? Me temo que la respuesta es que sí.

Los charlatanes que dirigen las campañas han llegado incluso a perfeccionar el arte de alejar a los votantes. Si el objetivo es atraer el máximo de votantes favorables, entonces no tiene sentido hacer nada que pudiera aumentar el número de votos del oponente. Si lo que nos interesa es provocar una elevada abstención, ¿habría manera de desanimar a los votantes? Desde luego que la hay. Sólo se necesita lograr que votar dé la

impresión de ser demasiado fastidioso, degradante y, por encima de todo, fútil. Eso se llama “ponerles negativos”. En las campañas de negatividad, los temas nunca se debaten ni discuten. En lugar de ello, uno sólo se limita a difundir una espesa capa de escándalos y delitos sobre el oponente, con vistas a alejar de la votación a los partidarios del oponente. Obviamente, el tiro puede salir por la culata. Si ambos candidatos adoptan la misma táctica –lo cual acaba sucediendo de manera invariable– el resultado es que se ahuyenta a una gran masa de votantes. Y eso es precisamente lo que ha estado ocurriendo y lo que explica el aumento del abstencionismo.

Nadie pone en duda que existan estadounidenses cultos e inteligentes, pero no en cantidad suficiente como para influir de manera decisiva en la vida política de la nación. En cualquier elección en la que el partido en el poder agita la bandera y proporciona una cabeza de turco a la que odiar (comunistas, terroristas, madres que se aprovechan del Estado del Bienestar, inmigrantes, homosexuales, feministas... no importa, lo que convenga), los elementos más catetos siempre superarán en votos a los que se hayan leído la Constitución de Estados Unidos, conozcan suficiente historia como para nombrar cuatro presidentes y puedan localizar China en un mapa del mundo.

No es necesario exagerar la profunda ignorancia bajo la que funciona gran parte del electorado estadounidense. Con el paso de los años van quedando menos revistas y periódicos de importancia; las publicaciones que sobreviven necesitan decenas de miles de lectores. Mientras tanto, lo que queda del mercado lector está ocupado por publicaciones de bajísima calidad, dedicadas totalmente a trivialidades, celebridades y a la vanidad personal. Lo que ahora proporciona a los estadounidenses el material a través del que conocen el mundo es la televisión. Pero la mayor parte del material que pasa por “noticias” en la pantalla está conformado por escándalos locales, crímenes sensacionalistas, frivolidad y una publicidad sin fin. Un típico programa de noticias –y muy poca gente menor de

35 años pone atención a *ningún tipo* de noticias en Estados Unidos— dedica la mayor parte de su tiempo a cosas que pueden grabarse en cinta de vídeo, preferiblemente excitantes, lascivas o historias violentas. Hay accidentes de tráfico, tiroteos, detenciones relacionadas con drogas, incendios, atracos y violaciones, y a cada uno de estos eventos se le conceden varios minutos de minuciosas intervenciones y entrevistas con testigos presenciales. Los comentaristas —análisis y opinión— son anatema.

La guerra de Irak ha sido manejada por las principales cadenas como una gran producción. Reporteros de lujo aceptaron la invitación de los militares para “insertarse” en unidades que partían a la guerra. El resultado fue una información centrada en la acción, pero con poca perspectiva, y, desde luego, ninguna crítica sobre la política asociada a la guerra. Y eso fue prácticamente todo. Pero resultó que la mayoría de los estadounidenses observaron el desarrollo de la guerra no a través de las grandes cadenas, donde todavía existe una voluntad pequeña pero presente de hacerse ciertas preguntas críticas, sino en la cadena Fox de Rupert Murdoch. La Fox fue creada para atraer a la “demografía joven”, es decir, audiencias (sobre todo masculinas) de entre 18 y 35 años de edad. La mayoría de sus programas son poco más que basura. Cuando tienen lugar acontecimientos de importancia —el 11 de septiembre, la guerra del Golfo— la Fox pasa a emitir las 24 horas, con una cobertura que satura. Pero esa cobertura adopta la forma de acción, interés humano y patriotismo. A la Fox le gusta muchísimo agitar la bandera y las escenas de batalla. Utiliza un estilo que atiborra la pantalla con una confusa mezcolanza de imágenes: dos o tres fotos, un tren de titulares en la parte inferior de la pantalla, y titulares de noticias y listas, todo ello compitiendo entre sí por atrapar la atención del espectador. El resultado es un asalto a la capacidad de concentración que hace imposible llevar a cabo un análisis o incluso la mínima continuidad. Esa manera de comentar resulta descarada, brusca, y totalmente patrioter.

¿Cómo sobrevive cotidianamente la gente con un contacto tan superficial con la realidad? Puede que lo consigan equilibrando un autoengaño con otro, contrarrestando la confusión con el consuelo. Y de lejos, el autoengaño más consolador de todos para los estadounidenses es la esperanza de tener suerte. Ya en el siglo XIX, el autor Horatio Alger escribió más de trescientos libros infantiles. Todos ellos explicaban la misma historia: cómo un pilluelo callejero y hambriento pasaba de la pobreza a la riqueza gracias a sus propios esfuerzos. Alger marcó a fuego una identidad estadounidense que todavía predomina: Estados Unidos, la tierra de las oportunidades. Estados Unidos, el lugar en el que el esfuerzo personal siempre es recompensado. A lo largo de generaciones, a los estadounidenses se les ha enseñado que si trabajan duro y tienen paciencia no tardarán en ser descubiertos y recompensados. Muchísimos estadounidenses, acorralados por el pensamiento ilusorio, siguen contándose el mismo cuento. En realidad parecen creer que ya son ricos. En 2001, una importante revista de noticias llevó a cabo una encuesta donde hacía la pregunta: «¿Forma usted parte del 1% de los más ricos entre la población?». Casi el 20% respondió afirmativamente; otro 20% dijo que esperaba formar parte de ese 1% en el futuro. Esta encuesta sugiere que aproximadamente el 40% del público –que vienen a ser unos 100 millones de personas– cree formar parte de esa categoría privilegiada.

Tal vez eso explique por qué son tantos los estadounidenses que han aprobado los radicales recortes fiscales llevados a cabo por la administración Bush. Incluso han estado de acuerdo en anular el impuesto de sucesión, que sólo pagan los millonarios. Los críticos han advertido que estas rebajas favorecen enormemente al 1% de la población, pero al parecer, un gran número de estadounidenses parecen creer que forman parte de ese 1%. Incluso han aprobado los impuestos sobre la propiedad, un impuesto de sucesión que sólo es aplicable a ciudadanos muy ricos.

En la actualidad, en esos estados en los que la gente se ha negado a pagar impuestos elevados se han introducido loterías para poder conseguir ingresos con los que pagar escuelas y otras necesidades sociales. Muchos estadounidenses juegan a la lotería de manera compulsiva, dedicando mucho dinero a la adquisición de billetes. Quienes juegan regularmente acaban pagando más de lo que pagarían en impuestos. Pero las loterías son cada vez más populares porque parecen sostener la promesa de que una persona puede llegar a ganar millones de dólares. Los grandes acertantes —los que se llevan más de cien millones de dólares— aparecen invariablemente en los noticieros televisivos sonrientes y encantados. Sus historias se unen a las de los actores de éxito y las estrellas del rock, o los deportistas que se abrieron camino hacia la cumbre para ganar el aplauso y la aprobación de la audiencia. Ahora se emite un popular programa de televisión el que aparecen artistas aficionados en busca del aplauso y la aprobación del público. A la gente se la invita a votar a su cantante, músico o actor favorito. Al ganador se le ofrecen contratos, giras, apariciones televisivas. El programa sirve para insuflar la cultura del éxito. Proclaman que la oportunidad sigue ahí, esperando a todo estadounidense que tenga la disposición y el talento de atraparla. Está claro cuál es la implicación: sólo los fracasados necesitan programas sociales. Si no eres un triunfador entonces es que eres un perdedor.

No me sorprendería enterarme de que quienes telefonean para votar por el actor o cantante de su elección lo consideren como un importante ejercicio democrático.

Con el paso de los años, los políticos y los partidos de Estados Unidos se ven cada vez más atrapados en unas elecciones que cuestan más y más. Las campañas para importantes gobernaduras y puestos en el Senado pueden llegar a costar 100

millones de dólares. Las campañas presidenciales salen por cientos de millones. ¿En qué se va todo ese dinero? Sobre todo en los medios de información, que ganan auténticas fortunas en las campañas políticas, forzando a los candidatos a pagar tarifas que deben competir con la publicidad comercial. Aunque no es un tema que atraiga mucha atención, se trata de hecho de una práctica escandalosa. Técnicamente, las ondas pertenecen al pueblo y deben utilizarse en su interés. Durante las elecciones las ondas deberían estar disponibles para los candidatos gratuitamente. Pero ésa es una posibilidad que hace mucho que se descartó. Cuando es temporada de elecciones, los medios esperan que se les paguen bonitas sumas por programar anuncios y publicidad de los candidatos, y se resisten a ofrecer espacios para unos cuantos debates presidenciales que todavía son gratuitos.

El elevado costo de los medios hace que los candidatos tengan cada vez más deudas pendientes con quienes tienen dinero, y éstas son las grandes empresas, muchas de las cuales hacen donaciones a ambos partidos políticos (aunque más a republicanos que a demócratas) para asegurarse el acceso y la influencia en la próxima Administración. También les hace estar en deuda con los talentos de la fantasía y la imagen que han controlado sus apariciones en los medios de información. Desde los días de Ronald Reagan, la publicidad de las campañas se ha ido volviendo cada vez más rebuscada: sólo aparecen los ángulos que mejor dan, las frases ocurrentes y con gancho, la edición adecuada. Y como ocurre con todo tipo de comercialización, el objeto principal de la campaña política es obtener el control sobre la atención y las respuestas del público consumidor. Esto incluye hallar maneras para manipular el escepticismo de dicho público.

Al igual que en la publicidad comercial, en la política se presupone que la gente está en guardia, que reconoce lo falso a un kilómetro de distancia y que se da cuenta cuando se les manipula o se les miente. Así que todo empieza a partir de ahí.

¡Alerta, mundo!

Por un extraño acuerdo tácito, la audiencia de ese tipo de material parece dar su conformidad a poner atención e incluso a ser persuadidos, siempre que todos estemos de acuerdo en que estamos participando en un ejercicio mutuamente denigrante, carente de toda veracidad y decencia. ¿Quién engaña a quién? Es difícil asegurarlo. Pero hay algo que sí es cierto: el cinismo se ha convertido en la moneda de cambio en la esfera política. El resultado es que, con cada elección, el público –maltratado por los engaños y la obnubilación– acepta entontecerse todavía más.

Una nación perdida en la zona ficticia

En una democracia viable no hay nada que pueda sustituir la inteligencia. Pero en nuestros tiempos la inteligencia se las tiene que ver con un monstruo de su propia creación. En nombre de la diversión y los beneficios, la gente de las sociedades altamente industrializadas –y en ningún sitio más que en Estados Unidos– se ha refugiado en una zona ficticia, en un entorno totalmente electrónico donde todo puede simularse, realizarse, cortarse y editarse, ajustarse, retocarse, actualizarse, mejorarse. No es necesario dar por sentado que una fotografía o un metraje televisivo o cinematográfico sea la imagen de algo real. Puede haber sido retocado en la cámara o en la sala de montaje. Pero si resulta que todo, incluyendo la vida real, puede simularse, ¿cómo puede saberse cuando *no lo ha sido*? ¿O es posible que la simulación sea *mejor*, más emocionante, y que contenga una gratificación más inmediata?

La principal justificación ofrecida por los medios de información acerca de su bajo nivel intelectual es que a la audiencia no le importa. Como escritor he tenido ocasión de aparecer en entrevistas de radio y televisión. Las personas que he conocido y que trabajan en los medios suelen ser invariablemente más inteligentes de lo que permiten que crea su audiencia. En

pantalla o en las páginas de las publicaciones rebajan su nivel, por temor a sobrecargarnos. La demografía les dice que preferimos revolcarnos en la zona ficticia. Ya a mediados de la década de 1970, Paddy Chayevsky predijo en su película *Network* que los medios de información no tardarían en convertirse en una ceremonia de la confusión en la que las noticias se inventarían y representarían, programarían y exagerarían, y los periodistas serían sustituidos por payasos y actores. A la audiencia se le daría lo que quería. Las noticias siempre conseguirían los máximos índices de cuota de pantalla. Hay otra película, *La cortina de humo*, de David Mamet, que es un mordaz comentario sobre cómo se ha desarrollado la predicción de Chayevsky. En la película, Mamet imagina que un acosado presidente distrae la atención del público de su mala conducta sexual contratando a un productor hollywoodense para que escenifique una guerra en televisión. La treta funciona. El público acepta la guerra como un suceso real. Mientras tanto, el principal asesor que aparece en la película no deja de repetir: «Debe ser verdad. Lo he visto en televisión». Cuando se estrenó la película, el presidente Clinton acababa de ordenar incursiones aéreas en los Balcanes, tal vez con la esperanza de alejar la atención del público del escándalo sexual que se estaba cocinando en la Casa Blanca. La vida imitando al arte.

¿Tienen razón quienes controlan los medios de información? Tal vez sea cierto que la gente prefiera lo superficial y las frases con gancho, las simulaciones y las celebridades. Me suelo preguntar si hay algo en los medios electrónicos que momifique la mente. En una ocasión en que aparecí en una breve entrevista en el programa *Today*, una importante producción televisiva, me vi a mí mismo mirando una especie de anfiteatro tras las cámaras donde a diario aparecen unos cuantos cientos de personas para animar, ponerse sombreros absurdos y sostener pancartas divertidas. Dando lo mejor de sí mismas para ser graciosas, esperan que sus rostros aparezcan frente a la cámara itinerante durante ese microsegundo antes de la pau-

sa publicitaria. Están poseídas de un inmenso deseo por compartir unas migajas de visibilidad entre las celebridades. «Métete más –parecen estar diciendo–, más dentro de la zona ficticia.»

Llevada al extremo, esta sensacional cobertura se funde con la “televisión realista” (*reality television*), que ahora es la forma de programación con más éxito en Estados Unidos. La inspiración original de los “programas realistas” (*reality shows*) proviene de Europa: son programas repletos de aficionados reclutados por su aspecto o a causa de su extravagancia general, cuyas bufonadas espontáneas pueden ser escuchadas y presenciadas por el público casi a escondidas, ya que todo lo que hacen y dicen es grabado y presentado al público. Los programas de ese tipo prometen a la audiencia la posibilidad de espiar las actividades más íntimas o estúpidas de la gente. El gran atractivo de esos programas parece ser la posibilidad de poder observar a jóvenes manteniendo relaciones sexuales. Ya resulta bastante penoso que eso haya sustituido al entretenimiento decente, pero todavía es peor que haya acabado desdibujando el significado de “realidad”. La mayoría de esos programas están muy editados, y los papeles cuidadosamente asignados. Su espontaneidad es fraudulenta, y su candor, inventado. Y, por extraño que parezca, la audiencia está al tanto de todo ello, pero pretende tragarse el engaño. De nuevo uno se pregunta quién está engañando a quién. En una reciente encuesta, los espectadores más jóvenes admitían que miran la televisión para escapar de los problemas cotidianos. ¿Y qué miran para escapar? Televisión *realista*.

Inevitablemente, la política se ha contagiado del carácter de la programación realista. Los candidatos políticos aparecen ahora filmados durante todo el día por reporteros con minicámaras, a menudo de manera impertinente. Algunos se han quejado de que ahora deben aceptar que están siendo filmados durante todo el día, y que el menor error, comentario equívoco o expresión rara puede llegar a aparecer en televisión. Ése es

exactamente el estilo de la televisión realista. ¿Qué otro resultado puede tener todo esto, aparte de que el éxito político requiera la habilidad de soportar cobertura visual veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y de parecer inteligente, estar atento y ser encantador? O eso, o los candidatos deberán obtener el derecho a editar el metraje.

En cuanto a los que buscan aliviarse respecto a las presiones cotidianas, Internet ha demostrado ser una bendición del cielo, al menos para los más desesperados de entre ellos. Existen muchos estudios acerca del embrujo adictivo que actividades “internetísticas” como las salas de chat y las subastas, ejercen sobre una audiencia que se cuenta por millones. Los juegos de rol se han vuelto especialmente atractivos. Dichos juegos –a menudo repletos de criaturas fabulosas y situaciones fantásticas– pueden desarrollarse indefinidamente, absorbiendo a los jugadores durante horas cada día. Aunque la mayoría de esos juegos se desarrollaron para adolescentes, también han acabado atrayendo a un gran número de adultos. Quienes los utilizan afirman que representan una oportunidad para “salir de sí mismos”, para vivir una vida repleta de aventuras. Claro está, todos lo que hacen es residir en la zona ficticia. Resulta bastante irritante. Mientras las tropas estadounidenses matan y mueren en tierras distantes obedeciendo políticas que piden a gritos un intenso debate, en casa millones de ciudadanos se dedican a atrapar dragones y villanos enmascarados en entornos quiméricos, esperando hallar tesoros ocultos, objetos mágicos y una gloria cósmica en una galaxia muy, muy lejana.

A veces las fantasías se trasladan a la vida real en modos que tienen muchas repercusiones. Consideremos la fascinación que Estados Unidos ha desarrollado por los VUD, los vehículos utilitarios deportivos. Llamados todoterrenos, los coches que más gasolina consumen. La administración Bush llegó a la Casa Blanca prometiendo liberar a la nación de su dependencia del petróleo extranjero. De ahí sus planes para desarrollar campos petrolíferos en zonas deshabitadas y mar aden-

tro. Al mismo tiempo, los fabricantes de automóviles estadounidenses no han hecho más que promocionar los VUD, que rara vez recorren más de 5 km por litro. Son coches pesados, con tracción en las cuatro ruedas y montados en un chasis de camioneta. Fueron desarrollados para viajar por terrenos escarpados, campo a través, por desiertos, montañas y pantanos. Pocos conductores utilizan sus VUD para eso. La mayoría de ellos son mujeres, que los usan para ir al supermercado o llevar los críos al colegio. Son vehículos que resultan tan caros de mantener como de comprar, pero los estadounidenses los han convertido en los coches más populares del mercado.

¿Qué es lo que atrae a los conductores a ese tipo de vehículos? La respuesta es que proporcionan una ilusión de poder e invulnerabilidad. Parece un vehículo militar. Un experto en mercadotecnia ha recomendado construir coches todavía más grandes y montar una torreta falsa en lo alto. Algo que ya ha sucedido. El más grande y pesado de esa línea de vehículos, el Hummer, ha sido modelado según el Humvee, ahora utilizado en Irak por las tropas estadounidenses. De hecho, los VUD no son nada seguros; tienden a volcar en los accidentes. Pero no importa. Lo que cuenta es la fantasía. En las autopistas e incluso en las vías urbanas, los conductores disfrutan de la ilusión de un tamaño y peso intimidatorios. Eso es precisamente lo que subraya la publicidad de los VUD: imágenes de conductores a gran velocidad por campos, atravesando ríos, ascendiendo puertos de montaña, superando coches más pequeños y forzando a que se aparten a un lado.

Marshall McLuhan llamó en una ocasión a los medios de información «las extensiones del hombre». ¿Pero extensiones de qué? ¿De tontería, avaricia, vanidad, desesperación?

Se trata de una de las grandes y graves paradojas del mundo moderno. Mientras la experiencia de los cientos de millones de seres urbanos del mundo está cada vez más filtrada a través de los medios, que pueden manipular sus materiales con gran astucia, la gente tiene cada vez menos contacto con la realidad

externa a sus mentes. No obstante, cuando se trata de la defensa de los propios intereses básicos —ganarse la vida, gozar de buena salud, criar a los hijos, conservar la dignidad y la cordura— no hay nada que pueda superar la capacidad de poder realizar juicios discriminadores acerca de problemas reales.

Que pase Terminator

En una ocasión, no hace mucho tiempo, hubiera dicho que la presidencia Reagan había sido lo más lejos que podía llegar el pensamiento ilusorio en Estados Unidos. La extravagancia e ilusionismo que rodeó a ese hombre tristemente incompetente sigue siendo un alarmante testimonio de las tragaderas del público estadounidense. Pero lo peor estaba por llegar, y llegó en California. Allí, en el otoño de 2003 se llevaron a cabo unas elecciones de revocación que convirtieron a Arnold Schwarzenegger en el gobernador del estado más grande, rico, educado, y demográficamente variado de todos Estados Unidos. Fue un suceso que ejemplariza todo lo que ha funcionado mal en el proceso democrático en Estados Unidos.

Las elecciones de revocación fueron una importante reforma de principios del siglo xx, un esfuerzo por lograr lo que los líderes del Movimiento Progresista de la época llamaron “democracia de las urnas”. La revocación permite al electorado sustituir funcionarios electos antes de que finalice su mandato. Hasta 2003, la revocación no se había utilizado nunca en California para despedir a un gobernador. Pero este año se dio una combinación de factores que condujo a una crisis económica que superó al gobernador demócrata que sólo había sido elegido el año anterior. El principal ingrediente de esta crisis fue la explosión de la burbuja de las empresas informáticas que tanto enriquecieron a California durante la década de 1990. Con el hundimiento de cientos de empresas informáticas, California perdió su base contributiva y empezó a estar falta de fon-

dos. Pero no fue ésta una desgracia exclusiva de este estado; hubo otros que sufrieron una pérdida similar de impuestos. Pero la recesión que afectó a la alta tecnología, hogar de Silicon Valley, fue muy grave en California.

Pero el estallido de la burbuja informática no fue la única causa de los males de California. Igual de importante fue la crisis energética que golpeó al estado en 2001. Como ya hemos comentado, esta crisis fue provocada por un pequeño número de empresas que habían hecho campaña a favor de liberalizar el mercado energético californiano y que luego provocaron cortes deliberados en el suministro para aumentar el precio de la electricidad y el gas natural. El gobernador de California, consciente de la manipulación de precios que tenía lugar, hizo un enérgico llamamiento a los administradores de Washington para que interviniesen y estabilizasen el mercado. Mientras tanto, el estado asumió la responsabilidad de hallar y comprar electricidad al mejor precio posible. La nueva administración Bush se negó a ayudar a California, insistiendo en que sería una violación del libre mercado. Y mientras tanto, el vicepresidente Cheney formaba parte del grupo que operaba con las empresas energéticas para explotar a California.

El resultado del estallido de la burbuja informática y de la crisis energética fue un déficit de proporciones alarmantes. El agujero en el presupuesto podría haberse solucionado con un aumento de los impuestos, pero los republicanos de la legislatura estatal de California, que están entre los políticos más conservadores del país, se negaron a permitir una subida de impuestos. En lugar de ello se echaron al cuello del gobernador, culpándole de la debacle fiscal de California. Un millonario republicano proporcionó el dinero para lanzar una campaña de revocación a lo largo y ancho del estado. Para llevar la revocación a las urnas sólo hacía falta reunir un millón de firmas. No obstante, la petición de revocación podría no haber salido adelante si Arnold Schwarzenegger no se hubiera mostrado dispuesto a presentarse a la elección.

Schwarzenegger, un culturista y estrella de películas de acción, podría parecer el candidato menos adecuado, y para darse cuenta de ello no hace falta ser muy inteligente. Carecía de experiencia política y nunca había tratado en público ningún tema de importancia. No obstante, había señalado su interés en presentarse a las elecciones –para gobernador o senador– durante los últimos años. Una vez que entró a participar en las elecciones de revocación, la respuesta popular entre demócratas y republicanos fue apabullantemente entusiasta. Aunque su campaña fue un conjunto de clichés entre los que se incluía devolver el poder al pueblo, fue vitoreado por muchedumbres excitadas por todo el estado. Adoptó una postura populista, acusando a los políticos de haber provocado “confusión”, pero nunca indicó cómo iba a encargarse de esa confusión. En la mayoría de temas se mostró vago y neutro. Su respuesta normal cuando se le pedía más claridad era decir que haría que alguien estudiase el problema. Rechazó cualquier debate con otros candidatos y evitó cuidadosamente las conferencias de prensa.

En lugar de ello, Schwarzenegger halló nuevos medios para llegar al público. Apareció en programas de tertulias televisivas, donde se le dio la bienvenida como a una celebridad. Ahí es donde anunció su candidatura y donde pareció crear su imagen pública, que era la de alguien ajeno a la política y cabreado. En esas apariciones se mantuvo a distancia de cualquier tema político de importancia y se instaló en el humor ligero, en las trivialidades y los chismorreos del mundo del cine. También hizo campaña en los centros comerciales, donde escenificó grandes concentraciones que atrajeron a gente que nunca habría asistido a una reunión política convencional y que no habrían acudido a votar. Fue sobre todo popular entre los votantes jóvenes, aficionados a sus películas. Tal vez haya algo en lo que habría que conceder cierto mérito a Schwarzenegger: el resultado de su inusual campaña puede haber sido atraer a votar a miembros del grupo abstencionista.

Ninguna de las tácticas evasivas y confusas de Schwarze-

negger tuvo efectos negativos para él. A los votantes no pareció importarles lo que sabía o ignoraba acerca de temas importantes. De hecho, estaba claro que no sabía casi nada de finanzas ni legislación. Pero no importó. A la gente sólo le importaba estar en su presencia y compartir su celebridad. En cierto momento surgieron cuestiones acerca de su comportamiento con algunas mujeres durante su etapa de culturista y, más tarde, en los platós. Fue acusado por varias mujeres de haberlas manoseado y vejado. Schwarzenegger admitió que así había sido. Pero sus seguidores –incluyendo a sus seguidoras– hicieron oídos sordos, como si fuese algo de esperar por parte de una estrella del cine. En realidad, sus líos de faldas y su admisión de haber participado en relaciones sexuales en grupo se consideró como parte de su imagen de “machote”, que era su principal atractivo cara al electorado. Tras una corta campaña, acabó obteniendo una victoria decisiva en las elecciones.

¿Cuál fue el elemento más importante en el meteórico éxito de Schwarzenegger en su primer ejercicio político? La respuesta es el “poder del estrellato”. Los manipuladores de la campaña de Schwarzenegger enmascararon a su candidato en el personaje que se trajo de sus papeles en el cine. “Arnold”, como prefiere que le llamen, es “el *Terminator*”. Es “Hércules”, es “Comando”. Es “Conan, el bárbaro”. Es “El último héroe de acción”. A lo largo de toda su campaña hizo una constante referencia a esos papeles, citando incansable renglones del guión. Su postura era la de un tipo duro, casi sobrehumano, la de un extraño a la política que crea sus propias reglas y aniquila toda oposición. Aparentemente, sus seguidores esperaban que se dirigiese a la capital estatal, Sacramento, y acabase zurrando a los políticos, que los sometiese. ¿Someterlos a *qué*? Ni siquiera eso parecía importar demasiado, pues Schwarzenegger nunca dio indicación alguna acerca de lo que pensaba hacer como gobernador, excepto “poner orden en el desorden”. Todo lo que necesitaba era el poder del estrellato.

Y eso es precisamente lo que Schwarzenegger continúa uti-

lizando como amenaza frente a sus oponentes políticos. Si se niegan a aceptar su liderazgo y acatar sus prioridades, amenaza con “dirigirse al pueblo”. Eso significa que utilizará la iniciativa votable, otra reforma del Movimiento Progresista. El electorado vota directamente sobre una iniciativa votable. Si es aprobada se convierte en una ley que deroga cualquier otra legislación al respecto. “Dirigirse al pueblo” también significa participar en campañas locales para utilizar el poder del estrellato a fin de derrotar a políticos opositores y sustituirlos por miembros del partido del gobernador.

En apariencia, tácticas de ese tipo podrían parecer admirablemente democráticas. Cuando se inventaron la revocación y la iniciativa votable, pretendían convertirse en formas de una “democracia directa” que recuperase la política estadounidense de las manos de los jefes de partido y de los magnates que los apoyaban. Debían servir para romper el control del dinero sobre el Gobierno. Pero en el caso de Schwarzenegger nos enfrentamos a una utilización muy distinta de esos instrumentos políticos. Combinados con el poder del estrellato, se han convertido en una manera de corromper lo que resta del proceso democrático. Pues resulta que Schwarzenegger es poco más que la fachada de los intereses más opulentos del país. Aunque prometió utilizar su propio dinero para pagarse la campaña, no tardó en aceptar contribuciones de los negocios e intereses inmobiliarios cuyos objetivos él se encarga de cumplir. Su “solución” para la crisis presupuestaria de California ha sido realizar recortes en sanidad y educación, en programas para los ancianos e incapacitados, al mismo tiempo que se ha negado a subir los impuestos a los más ricos. Se trata de poco más que la política normal de derechas, pero el poder del estrellato oculta esa realidad.

Al igual que Ronald Reagan antes que él, Schwarzenegger también invitó a los votantes a asociarle con los papeles de sus películas. Le han visto aplastar a sus enemigos en las pantallas y, por tanto, esperan lo mismo de él en la vida real. ¡Qué emo-

cionante! ¡Sería como estar en el cine! ¡Y quién sabe lo lejos que podría llegar a caballo del pensamiento autoengañoso del público estadounidense! Tan pronto como ganó la elección de revocación, republicanos y demócratas en el Congreso empezaron a hablar acerca de modificar la cláusula constitucional que excluye de la Presidencia a los ciudadanos nacidos en el extranjero. Después de todo, si Ronald Reagan pudo saltar de ser gobernador de California a la Presidencia, ¿por qué no podría lograrlo Arnie, el héroe de acción?

Tal y como demuestra el éxito de Arnold Schwarzenegger, la obsesión con los famosos ha alcanzado extremos patológicos en Estados Unidos. Las celebridades –a las que se ha definido como personas que son muy conocidas por ser conocidas– andan tan buscadas por los medios que no parece haber bastantes para todos. Los programas de espectáculos y magazines de televisión compiten con fiereza por obtener nombres y rostros de la “lista A” para sus espacios, pagando sumas más elevadas que nunca. Lo mismo vale para otros países en los que los medios de información desempeñan un papel cada vez más importante en la vida cotidiana. Pero la enfermedad es más grave en Estados Unidos, donde las celebridades amenazan ahora con invadir la política y convertir el Gobierno en una forma de entretenimiento. En los próximos años podría darse el caso de que, como la política y el mundo del espectáculo están cada vez más entrelazados, los actores acaben dejando fuera de juego a los políticos. A Washington se le ha llamado el “Hollywood de la gente fea”. Vale, pero ¿y si la gente guapa de Hollywood se interesa de repente en sustituir a los feos de Washington?

Circulan constantes rumores acerca de estrellas cinematográficas que se preparan para disputar elecciones a diversos puestos políticos por todo el país. No hay duda de que seguirán el ejemplo de Reagan y Schwarzenegger. El propósito de

su campaña será sumergirse totalmente en sus personajes cinematográficos. Para aplastar a la oposición utilizarán el poder hipnotizante de la pantalla grande. Después de todo, si Schwarzenegger, un actor especializado en interpretar a brutos y robots incapaces de expresarse, puede ganarse la aprobación del público, ¿adónde llegarán quienes han aparecido en papeles de listos, encantadores o paternales? Entre los republicanos se habla muy en serio en conseguir que Oprah Winfrey, anfitriona de un programa de entrevistas, se presente al Senado o incluso a la Presidencia. Después de todo, es la presentadora más popular del país, sobre todo entre las mujeres. Su personaje es el de una millonaria simpática y compasiva, una combinación ganadora. Otros creen que el artista Martin Sheen podría presentarse a la Presidencia porque interpreta ese papel en la famosa serie *El ala oeste de la Casa Blanca*. Cuenta con un aspecto presidencial... ¿no es eso lo más importante? Tal vez presenciemos el nacimiento de un tercer partido político en Estados Unidos: el partido de las estrellas de cine. No dudo de que arrasaría en todo el país.

Según pasan los años, la televisión estadounidense emite cada vez más "programas de premios", modelados según la fórmula del programa de entrega de los Óscars. No parece importar de qué traten los premios; a la gente lo que le gusta es la sensación estimulante de ver a los famosos ganándolos y recibéndolos. Este tipo de programas son poco más que un desfile glamouroso y absurdo de celebridades vistiendo ropa muy cara. Uno de estos programas es el concurso anual de popularidad, "The People's Choice Award" (el premio a la Preferencia del Público). En este caso, la audiencia vota por teléfono o por Internet. El ganador puede ser cualquier famoso lo bastante apreciado por el número suficiente de gente. Clint Eastwood ha ganado el premio. También Tom Hanks, Bill Cosby y Julia Roberts. Oprah lo ha ganado en más de una ocasión. Tal vez ése sea el futuro de la democracia. Sin temas, ni debates, ni pensamiento. Simplemente dejar que la gente

¡Alerta, mundo!

elija a sus celebridades favoritas y que ellas se conviertan en nuestros líderes políticos.

Bienvenidos a la vida en la zona ficticia.

Una comunidad colérica

Este ensayo ha ofrecido –aparentemente– una dura evaluación del público estadounidense, del que, debo recordarme a mí mismo, formo parte. Pero más allá de la ignorancia y el cinismo que aquí critico, creo que existe una explicación más profunda para la incompetencia política que domina mi país. Y tiene que ver con la cólera, con una cólera injustificable. Una cólera que todos podemos comprender y de la que todos participamos.

Empecemos con algunas lecciones de cultura popular.

Desde principios de la década de 1970, la industria cinematográfica estadounidense ha producido un continuo raudal de *Harry el sucio*, *Justicia callejera* y *Junglas de cristal*, obras basadas en una desconfianza hacia el sistema –hacia cualquier sistema– de tipo “¡que los zurzan!”. Se trata de la característica central de esas películas, en las que uno se toma la justicia por su mano, en las que héroes brutales y atarugados cuentan con escasa justificación para ofrecer una muestra más de su comportamiento básicamente destructivo, excepto el desprecio por la autoridad. No importa. El público les sigue aplaudiendo, como hace con cualquier voz airada que escucha en la radio. La rabia genérica, “por la cara”, se ha convertido en la moneda de cambio de los programas de radio a base de oyentes que llaman. Los comentaristas con “voz de perro” llenan las ondas de vituperios, incitando a sus oyentes a perpetrar insultos todavía más graves. Ponerse serio significa perder los estribos y escupir fuego.

¿De dónde viene tanta cólera? En parte resulta fácil de identificar. El *rap gangsta* que resuena en mi radio enumera una lis-

ta de los temas familiares de la cólera de los negros: policía, carceros, patronos, camellos de crack. El progreso vacilante de la justicia racial en Estados Unidos proporciona suficientes razones para el descontento en ese segmento de la población. Por desgracia, las mujeres negras también aparecen recibiendo su ración de abusos en las letras de las canciones, lo cual sugiere que llevada al extremo, esa cólera trasciende la política. Además de la indignación de los raperos tenemos a los blancos coléricos. Pero los expertos no se ponen de acuerdo a la hora de identificar el origen de su cólera. ¿Tendrá que ver con el empleo y los salarios? Hay encuestas que aseguran que no, al menos no en primera instancia. Dicen que, sea lo que fuere lo que enciende a los hombres blancos, tiene poco que ver con la economía. Los encuestadores creen que, al igual que sucede con los cristianos evangélicos y la National Rifle Association, el origen de su furia está más relacionada con temas emocionalmente explosivos como los homosexuales, las armas, y Dios.

Pero no me apresuraría a descartar rápidamente el origen económico del descontento público, aunque estoy de acuerdo en que pudieran estar presentes otras fuerzas menos racionales, que enciendan la ira que permea el aire que respiramos. Gran parte de la cólera tendría que ver con lo que el historiador Richard Hofstadter denominó el “estilo paranoico” de la política estadounidense, una sensación de estar totalmente oprimidos por parte de las élites privilegiadas, y que data, al menos, de los días del Movimiento Populista del siglo XIX. Diferentes víctimas culpan a élites distintas, aunque existe un consenso cada vez más amplio acerca de algunos de los culpables. El FBI y el Fondo Monetario Internacional, por ejemplo, ocupan lugares preferentes entre los motivos de queja tanto de la izquierda como de la derecha.

Pero no todo puede considerarse como simple “paranoia”. Las élites existen, *de verdad*, y se esfuerzan en favorecer sus intereses. Escándalos como el Watergate y el Irán-Contra han proporcionado la pruebas suficientes de que existen esfuerzos

por crear un Gobierno secreto en Washington. Incluso los grupos de la milicia intelectualmente más cutre podrían hallar cierta justificación a sus temores. Y luego tenemos la oleada de escándalos financieros que han brotado como setas en Wall Street, demostrando en cada ocasión que cuando hombres con trajes caros se reúnen en secreto, lo más probable es que no sea para nada bueno. Y ésa es una razón más que suficiente para encender y quemar a cualquiera.

No obstante, es posible que también existan otras fuerzas menos identificables operando en las profundidades de la mente pública, ansiedades que nos sumergen a todos en una comunidad en la que se va abriendo camino la cólera, y que están más allá de la posibilidad de identificar a alguien que cargue con la culpa. Uno de los factores que estoy seguro de que se halla presente es el *desconcierto intelectual*.

Hay una escena en una película de los hermanos Marx en la que Harpo toma un libro, lo mira, se enfurece y empieza a destruirlo. Un espectador atónito le dice a Chico: «¡Vaya, se nota que no le ha gustado nada lo que acaba de leer!».

Y Chico contesta: «No. Sólo se enfurece con los libros porque no sabe leer».

Sospecho que el público estadounidense se halla en una situación muy parecida a la de Harpo. Todos estamos mirando un libro que no podemos entender y experimentamos una furia desconcertante. Se llamaba *Manual de uso de la nave espacial Tierra*. Ese fue el título que Buckminster Fuller, el técnico visionario, utilizó para un librito publicado en 1969 que le convirtió en uno de los profetas de los efervescentes sesenta y setenta. Aunque fue un gran embaucador, Fuller irradiaba una confianza contagiosa que dejaba a la gente con una sensación momentánea de esperanza. La “nave espacial Tierra”, la frase que acuñó, fue una maravillosa y pegadiza figura retórica, que ofrecía un sencillo modelo mecánico para el sistema industrial mundial. La Tierra, anunció Fuller, «es un vehículo mecánico, igual que un automóvil». Todo lo que requería de nosotros este

BMW celeste era «un mantenimiento completo». ¿Y cómo conseguirlo? Fácil. Necesitamos «una revolución en diseño e inventiva». ¿Y de dónde sacarla? A partir «de potentes herramientas de pensamiento». ¿Como cuáles? «La topología, la geodesia, la sinergia, la teoría general de sistemas». Ésa era la solución de Fuller para convertir el mundo en un mecanismo más eficaz. Todo lo que necesitábamos hacer era poner en marcha nuestras “herramientas del pensamiento” y aplicarlas a las redes bancarias y financieras, a los grandes sistemas tecnológicos y al medio ambiente.

Fuller consiguió que pareciese fácil. Pero todos los que se pusieron a estudiar su manual de instrucciones estaban abocados a descubrir una aleccionadora verdad: los seres humanos pueden crear sistemas que no comprenden a los seres humanos y que no servirán a sus necesidades. Ahí es donde empezó el desconcierto intelectual: cuando nos dimos cuenta de que la nave espacial Tierra era en realidad un monstruo de Frankenstein fuera de control.

¿Por qué nos encolerizó tanto el desconcierto intelectual? Porque la ignorancia hace daño. Hierde de la peor forma posible. Priva de poder y humilla. Mina la urgencia biológica básica de la adultez: la necesidad de ser un padre responsable. En el pasado, cuando los niños empezaban a preguntar cómo funcionaba el mundo, los padres contaban con respuestas razonablemente funcionales. Sabían cosas básicas y prácticas acerca de las razones de la migración de los rebaños y de los ciclos de los cultivos. Contaban con habilidades que enseñar: hacer fuego, seguir la pista a los animales, hacer incursiones en las tribus del otro lado del río... Los adultos sabían cómo manejar esas cosas. Se enorgullecían de ese sencillo acto parental que radica en la transmisión de las habilidades de la propia cultura. Pero, claro está, entonces al igual que ahora, la vida resultaba precaria; pero cuando las cosas empezaron a empeorar, la gente le echó la culpa de su mala suerte a fuerzas más allá del control humano. Llegados a ese punto uno recurre a las ora-

ciones y la expiación, esperando lo mejor y a la espera de que la crisis escape. El resultado podía ser calamitoso, pero a nadie se le pasaba por la cabeza que los seres humanos hubieran construido el mundo y que tuvieran que saber cómo arreglar lo que funcionaba mal. Un poco de humildad frente a los grandes problemas puede resultar muy útil a la hora de mitigar la frustración.

Hoy en día, nuestros hijos acuden a nosotros con cuestiones muy distintas. Nos hacen preguntas acerca de tecnologías inescrutables que no fueron creadas para que las comprendiesen o reparasen los no expertos. O preguntan sobre noticias cotidianas que suelen trascender la competencia de los expertos. «¿Está bien consumir alimentos transgénicos? ¿Qué puede hacerse con la balanza comercial? ¿Para qué sirve el GATT? ¿Qué es la lluvia ácida, y el agotamiento de la capa de ozono? ¿El mundo se calienta o se enfría? ¿Por qué matan a toda esa gente en Israel? ¿Por qué estrellaron esos hombres unos aviones en las Torres Gemelas? ¿Por qué te echaron del trabajo, papi?». Muchos de nosotros no podemos ofrecer respuestas a esta clase de preguntas. O lo que todavía es peor, a veces sentimos que no tiene sentido preguntarlas porque ni nosotros ni nuestros hijos comprenderemos las respuestas al escucharlas.

Sospecho que muchas personas se desesperan al intentar comprender Internet en la actualidad porque tienen la esperanza de que se trate de una máquina mágica que en algún momento les dirá todo lo que necesitan saber acerca de este mundo confuso. Pero resulta que al recorrer la superautopista de la información se dan cuenta de que exige mucha más dependencia tecnológica: protocolos informáticos, complejidades de los sistemas de redes, conexiones defectuosas y un constante cambio de interfaces que todavía resultan más difíciles de comprender que los controles del vídeo. Y si finalmente consiguen conectarse, lo que hallan no es la verdad, ni la sabiduría, ni siquiera información de fiar, sino mucho chateo inútil, muchas trivialidades y muchos tipos coléricos y encendidos.

La alta tecnología simboliza y fija la sensación cada vez más amplia de desesperanza que confunde a las personas, que no es lo mismo que decir que causa ese problema. El ordenador es la tecnología más característica de nuestra era, de la misma manera que el motor de vapor fue el eje central de la revolución industrial. A través de la observación cotidiana sabemos que los ordenadores son importantes. Los vemos por todas partes. En el lugar de trabajo a las personas se les exige ser duchos en su utilización y actualizar continuamente dicha habilidad. De no ser así, a uno le pueden echar por no saberse al dedillo la última versión de Windows. Pero como solución a nuestro desconcierto intelectual, la alta tecnología no hace sino empeorar las cosas al enfrentarnos a niveles de complejidad cada vez mayores. Nos llevamos un ordenador a casa para descubrir al cabo de pocos meses que nada funcionaba como nos aseguraron. Los componentes son incompatibles, los mensajes de error no dejan de atormentarnos en la pantalla, tan inescrutables como los vaticinios del oráculo de Delfos.

En estos días que nos han tocado vivir, la gente compra libros titulados *Internet para tontos* o *Guía completa de Windows para idiotas*. Comprar libros con esos títulos es como confesar abiertamente nuestra impotencia frente a la tecnología que se nos dice que *debemos* dominar. Sospecho que los libros no hacen sino aumentar la ansiedad que se supone que deben aliviar, porque incluso los libros “para tontos” son de lectura difícil. ¿Qué clase de “ayuda” ofrecen? Revisar el archivo PIF. Modificar el escritorio. Purgar de virus el ordenador. Actualizar el filtro de correo no deseado. Optimizar la memoria, para que el aparato no se cuelgue o vaya tan lento como un caracol. Muy fácil para los “informáticos”, ¿pero cómo esperan que el resto de nosotros dispongamos del tiempo o la maña para hacer todo eso?

Esta relación alienante e idiotizante entre las personas y la alta tecnología es de un carácter único en la historia de la tecnología industrial. El motor de vapor, la locomotora, el auto-

móvil, el avión, la cadena de montaje, aunque grandes y poderosos, no resultaron ni la mitad de difíciles de entender. A menudo mostraban al descubierto todos sus componentes móviles; o, en el caso de los electrodomésticos caseros, sus usos son singulares y sencillos. Se enchufan, se encienden, y uno se olvida de ellos. Nadie tiene que ser “competente en neveras”, o estudiar tomos enciclopédicos para hacer funcionar un aspirador. Lo que hay que saber sobre esas máquinas puede verterse en un manual y explicarse mediante unos pocos diagramas. Y aunque los técnicos supieran más que el resto de nosotros acerca de misteriosos aparatos como radios y televisores, nadie los consideraba genios inalcanzables; nadie envidiaba o temía su pericia.

¿Cómo se lidia con una sensación general y omnipresente de impotencia, sobre todo cuando se sospecha que la propia ignorancia está siendo explotada por otros en su beneficio? Una manera de acabar con la humillación es encontrar a alguien a quien echar la culpa de todo lo que parece ir mal. Para ello servirá cualquier chivo expiatorio: inmigrantes ilegales, homosexuales, fraudes a la seguridad social... Si todo eso falla, siempre estarán los políticos listillos, que no dejan de prometer que pueden hacernos más felices y sentirnos más seguros, pero cuyos programas, inevitablemente, se quedan cortos. Cuando se trata de atacar a los políticos, contamos con un aliado entusiasta: *otros* políticos, siempre dispuestos a abandonarse a la difamación partidista.

Contamos con chivos expiatorios más que suficientes, pero ninguno de ellos puede disipar la sensación ampliamente compartida de desesperante ignorancia, porque esa ignorancia se alza sobre las sociedades muy industrializadas. Uno de los clichés que se debaten actualmente en Washington es que los demócratas son el partido de la “dependencia”. La dependencia que puede ser una condición bochornosa para ciudadanos adultos que quieren sentir que están al mando de sus vidas. Pero en lugar de echar abajo el orden industrial global, nues-

tras vidas están destinadas a depender de vastos sistemas de inversión, comunicación, producción y distribución. “Empequeñecer” el Gobierno, sobre todo si eso significa la aniquilación indiscriminada de servicios públicos y de toda legislación de protección, no nos reportará ningún beneficio, porque la sociedad urbano-industrial es inherentemente grande. Liquidemos el Gobierno grande y deberemos enfrentarnos cara a cara con el descarnado poder empresarial que no hizo sino fomentar los gobiernos grandes, y todavía con menos control del que teníamos antes.

Me impresiona la manera en que utilizamos actualmente la palabra “inteligente”. Máquinas *inteligentes*, sistemas *inteligentes*, armas *inteligentes*. Pero lo más necesario en una sociedad muy industrializada es *gente inteligente*. En realidad, cuanto más inteligentes se vuelven las máquinas, más inteligente debe ser la gente para mantener a dichas máquinas bajo control. Pero en una sociedad en la que lo que necesitamos es inteligencia, existe la sensación cada vez más acuciante de que muchos de nosotros no llegamos.

Estoy hablando de la dependencia tecnológica y el desconcierto intelectual que veo impregnar la vida en Estados Unidos. Pero esa condición puede que sea más aguda en Estados Unidos porque nos hemos sumergido más de lleno en el proceso industrial que otros países. Puede que la comunidad de la cólera sea una condición mundial. Es posible que la sociedad industrial haya alcanzado unas condiciones límite: está sobrepasando la inteligencia de quienes la inventaron y acabando con la paciencia de quienes esperan de ella todo lo mejor. En ese punto, la ignorancia y la cólera empiezan a aumentar; la competencia desaparece en la parte superior y el conformismo se va disipando por abajo, hasta que el sistema se vuelve incontrolable e ingobernable. ¿Y qué hallamos bajo la lustrosa superficie de la sociedad de la información? Locura, caos y una tremenda confusión.

Ahora se supone que el terrorismo es el pensamiento domi-

¡Alerta, mundo!

nante en la mente de los estadounidenses. Se supone que debemos vivir en un permanente estado de temor y cólera a causa de lo que Osama Bin Laden y sus sicarios, ocultos en algún desértico páramo montañoso más allá del Hindu Kush, estén planeando. Pero pudiera ser que el terror que más temen los estadounidenses esté más cerca. Justo al otro lado de la puerta de casa, al acecho en los mecanismos de la vida cotidiana.

7. EL ELECTORADO GLOBAL DE ESTADOS UNIDOS

«Es hora de dejar de pretender que europeos y estadounidenses comparten una visión común del mundo, o que incluso ocupan el mismo mundo... En las importantes cuestiones de la actualidad, de carácter estratégico e internacional, los estadounidenses son de Marte y los europeos de Venus: están de acuerdo en poca cosa y se comprenden cada vez menos. Y esa situación no es temporal, producto de una elección en Estados Unidos o de un suceso catastrófico. Las razones para la división transatlántica son profundas, de desarrollo complejo y susceptibles de perdurar. Respecto a sentar prioridades nacionales, identificar amenazas, definir desafíos y al dar forma y llevar a cabo políticas exteriores y de defensa, Estados Unidos y Europa se han divorciado.»

ROBERT KAGAN,

“Power and Weakness”, *Policy Review*, junio-julio, 2003.

«El presidente ha dicho que no quiere que otros países dicten términos y condiciones en la guerra contra el terrorismo. “En un momento dado —dijo el presidente— podemos ser los últimos que quedemos. No me importa. Somos Estados Unidos”.»

GEORGE W. BUSH,

citado por Bob Woodward en su libro *Bush en guerra*, 2003.

Triunfalismo ilimitado

Desde el momento en que la ocupación de Irak se convirtió en una guerra de guerrillas, han aparecido cada vez más voces en los medios de información y en el Congreso manifestando reservas acerca de la perdurabilidad del imperio americano. Dadas las pretensiones calculadamente patrióticas con que se ha vestido esta política viciosa y cínica, no puede sino sorprendernos que en este país quede alguna voz discrepante.

Las dudas manifestadas por los críticos del imperio son válidas, pero sólo superficialmente. La cuestión principal es que toda política militar, incluso la de una superpotencia, tiene sus límites. Sólo puede llegar hasta cierto punto. ¿Pero dónde están esos límites? Sospecho que todavía nos hallamos lejos de descubrir lo lejos que los triunfalistas están dispuestos a ir para construir su nuevo orden mundial.

Si la política exterior de Estados Unidos fuese pragmática y racional, si se basase en una estimación defendible de lo que requiere nuestra seguridad nacional, entonces lo normal habría sido no comprometer tropas estadounidenses más allá del esfuerzo internacional acometido en Afganistán. Afganistán, una región tribal y accidentada, estaba siendo utilizada por Al Qaeda como base de operaciones. En el gobierno talibán encontró la disposición necesaria para proteger sus actividades. Transformar Afganistán en un país unificado, próspero y razonablemente democrático (probablemente una labor que requeriría años) podía haber sido una línea política verosímil tras los acontecimientos del 11 de septiembre.

Pero eso fue precisamente lo que *no* ocurrió. Afganistán se convirtió en una molesta distracción para los triunfalistas, que aparentemente veían poco beneficio y muchos problemas en aquel país. Afganistán sería casi imposible de ocupar y ofrece escasos activos económicos o estratégicos, excepto tal vez el opio, pero se trataría de un negocio arriesgado. En lugar de eso, Estados Unidos recortó su contribución al esfuerzo de las

Naciones Unidas para la reconstrucción de Afganistán y desviaron su atención hacia Irak. Llegados a ese punto, sobre todo mientras la ocupación de Irak se convierte en un lodazal, la posibilidad de un compromiso excesivo se hace real, aunque sospecho que no desde el punto de vista de los triunfalistas, pues están consiguiendo exactamente el resultado que buscaban. No olvidemos que a los triunfalistas les mueve la ideología. Y la ideología es la búsqueda de lo absoluto. No respeta ningún límite. Ésa es tanto su fuerza como su debilidad.

Así es como los triunfalistas pueden intentar, por ejemplo, lidiar con los obstáculos que posiblemente impedirán su avance:

1. ¿Está el poder militar estadounidense extralimitándose en sus capacidades?

En cierto sentido sí. Y, a pesar de todo su celo, los triunfalistas tal vez deberán irse con cuidado. Incluso puede que tengan que hacer una pausa en sus designios y proceder a un reajuste. En cualquier momento, las fuerzas estadounidenses pueden alcanzar el límite de sus capacidades. Por ejemplo, ¿cuenta Estados Unidos con los suficientes efectivos como para abrir otro frente en la guerra contra el terrorismo si resulta necesario en los próximos años? Probablemente no. Es posible que, en ese sentido, los objetivos de los triunfalistas ya hayan sufrido un contratiempo temporal. Hasta que la resistencia en Afganistán e Irak aumentó de intensidad hasta alcanzar los niveles actuales, parecía que existían planes para invadir Siria, Irán e incluso Corea del Norte. El Departamento de Defensa había lanzado amenazas en este sentido. A lo largo de 2002 circularon rumores en la prensa de que si las protestas estudiantiles en Irán se convertían en una rebelión violenta, podrían enviarse fuerzas estadounidenses desde Irak para facilitar el cambio de régimen.

Estas ambiciones tuvieron que archivarse. Al mismo tiempo, a lo largo del año electoral de 2004, Washington ha mostrado unas intenciones más amistosas y pacíficas, una mayor

disponibilidad a ejercer su influencia a través de la diplomacia y de las Naciones Unidas. Vamos a presenciar fluctuaciones estratégicas de este tipo por parte de los triunfalistas, intervalos en los que la amenaza de la intervención militar preventiva se rebaja y se da más importancia a los gestos de cooperación. Y sobre todo cuanto más se acerquen las elecciones. Hay que tener en cuenta que el imperio estadounidense está en su primera etapa, y que es un papel con el que el público norteamericano no está familiarizado. Así que los triunfalistas prueban y comprueban al tiempo que tratan de hallar la manera más eficaz de ganarse la aprobación del público.

Si las fuerzas estadounidenses actuales demuestran ser incapaces de poder trasladarse a otros teatros de operaciones desde Irak y Afganistán, entonces habrá que hallar el modo de ampliar el poder militar del país. Serán necesarios más hombres y mujeres en filas, más bases avanzadas, más potencia de fuego, más fuerzas especiales muy entrenadas. Para alcanzar todos estos objetivos hace falta tiempo. También hace falta tiempo para desplegar el trabajo preliminar propagandístico que requieren las acciones preventivas. Hay que asustar suficientemente al público y que se muestre lo suficientemente sumiso para que los triunfalistas puedan hacer lo que quieran.

Creo que en los próximos años veremos desarrollarse un cierto ritmo en la geopolítica triunfalista: períodos de latencia en los que se habla de cooperación internacional, seguidos de otros de beligerancia supercaliente, supuestamente en respuesta a una alerta de seguridad elevada. Los estadounidenses ya están siendo entrenados para responder a esta pauta. El Departamento de Seguridad Interior emite anuncios semanales acerca de que ha aumentado la “charla” entre fuentes cercanas a Al Qaeda, que indican una amenaza inminente. De acuerdo con ello, el presidente anuncia que el país se encuentra en alerta amarilla, naranja o roja. Aumenta la vigilancia policial; a las ciudades y estados se les exige que asignen fondos para establecer procedimientos más seguros; las líneas aéreas implan-

tan mayores restricciones. Todo ello tiene por objeto subrayar que la guerra contra el terrorismo continúa justo aquí, en casa. El peligro nunca disminuye.

Una vez que se haya inculcado esta psicología de miedo y riesgo, todo lo que los triunfalistas necesitarán hacer a fin de pedir un ejército mayor y un aumento de la potencia de fuego es esperar a que tenga lugar un incidente creíble: el atentado contra una embajada, el derribo de un avión comercial, una red terrorista descubierta en el interior de nuestras fronteras. Bastará con esparcir rumores acerca de las intenciones hostiles de un país, del que se dirá que cuenta con armas de destrucción masiva, para movilizar tropas y ordenar incursiones aéreas. Funcionó con Irak, ¿por qué no va a funcionar en cualquier otro lugar? Después de todo, Corea del Norte ha advertido públicamente acerca de su arsenal nuclear. Eso probablemente coloca a los coreanos muy cerca de ser los primeros en la lista de objetivos de los triunfalistas. En cualquier momento, la fuerza militar que Estados Unidos puede ejercer alcanzará cierto límite. Pero una vez que el público estadounidense haya sido entrenado para aceptar los supuestos básicos de la política triunfalista —que Estados Unidos está siendo atacado, que tenemos el derecho de defendernos mediante las acciones preventivas, que nuestro objetivo es llevar la democracia y el libre mercado al mundo—, ningún límite será permanente. Todo lo que hay que hacer es aumentar la presión de los acontecimientos y actuar con rapidez. Un boletín de noticias urgente, un sombrío rostro oficial apareciendo en televisión, una dramática revelación basada en información supuestamente fiable... Eso es todo lo que hará falta. Y los medios de información empezarán aplaudiendo al presidente por tomar acciones inmediatas y decisivas. El presidente incluso puede ser un demócrata. No importa. En el futuro, ningún presidente de ningún partido podrá permitirse el lujo de responder con menos rapidez que George W. Bush.

2. ¿Puede Estados Unidos permitirse su imperio?

Quienes creen que Estados Unidos no puede permitirse su doctrina preventiva en política exterior tienen razón y están equivocados. Tienen razón al pensar que el país no puede permitirse seguir gastando dinero en aventuras militares de la escala favorecida por la administración Bush, *a menos* que el pueblo estadounidense acepte sacrificar cualquier prioridad nacional ante la guerra contra el terrorismo. Pero una vez que el público traspase cierta línea, será posible multiplicar muchas veces los gastos del imperio. Pues Estados Unidos es un país muy rico. Hay que reconocer que, hasta el momento, el costo de las guerras en Irak y Afganistán es bastante inferior al de la segunda guerra mundial. Y las bajas en el campo de batalla tampoco son elevadas. Si tomamos la segunda guerra mundial como criterio de guerra total, entonces Estados Unidos puede permitirse muchísimo más. Y puede que así sea. Pues eso es exactamente lo que desean los triunfalistas.

Hay que recordar que el triunfalismo es un reflejo del programa nacional de los hiperconservadores estadounidenses. Los triunfalistas están ahí para destruir cualquier resto del Estado del Bienestar y para extirpar de raíz todos los programas sociales. Han lanzado una campaña de tierra quemada contra el liberalismo; su propósito es reducir el sector público al mínimo posible. Su principal arma en esta campaña es el déficit presupuestario, llevado, si fuese necesario, al borde de la bancarrota. Desde este punto de vista, si los déficits aumentan tanto que producen un descalabro fiscal, ¡mejor que mejor! Eso hará posible afirmar que las políticas sociales liberales obstaculizan la defensa nacional. La Seguridad Social y Medicare son antipatrióticos. Deben ser sacrificados en aras de continuar con la guerra contra el terrorismo.

Día a día podemos ver cómo está siendo puesta a prueba esa línea política subliminal en Estados Unidos. A lo largo de 2002, los críticos acusaron a George W. Bush de ocultar el verdadero coste de la guerra de Irak. Finalmente, en 2003, Bush

respondió desafiante a la pregunta. Pidió al Congreso que destinase 87.000 millones para la guerra de Irak. Fue una petición de vértigo, teniendo en cuenta los miles de millones que ya se habían gastado. Pero a nadie se le ocurrió que ésta sería la última vez que el presidente iba a pedir dinero para ese empeño. Así que la cifra fue aprobada casi por unanimidad por el Congreso. No hubo ninguna discrepancia de importancia ni en el Congreso ni en las encuestas entre la opinión pública. Incluso demócratas que eran críticos acerca de la guerra estuvieron de acuerdo en que el país no debía dejar a las tropas estadounidenses sin fondos. ¿Cómo podía Estados Unidos dejar a medias la reconstrucción de Irak?

Los 87.000 millones que George W. Bush pidió al Congreso en 2003 le pisaron los talones a enormes recortes fiscales, que habían dejado vacías las arcas públicas, y durante una grave recesión. En aquel momento se necesitaba dinero a todos los niveles públicos para destinarlo a escuelas, policía, infraestructura y salud pública. Daba igual. Se aprobaron tanto los recortes fiscales como las partidas para la guerra. Al año siguiente el presidente anunció pesaroso que, en vista del déficit, habría que recortar o eliminar varios programas sociales. El Congreso estuvo de acuerdo. Si eso es lo que el pueblo estadounidense cree que puede permitirse en tiempos de dificultades económicas, sólo hay que imaginar lo que estarán dispuestos a gastar cuando las cosas vayan bien.

En el futuro veremos más maniobras presupuestarias de este tipo. Y sin duda más descarrilamientos fiscales, con la consecuencia de más y más programas sociales enterrados bajo un alud de deuda pública. En 2004, incluso organizaciones archiconservadoras como la American Conservative Union y la Heritage Foundation aullaban de disgusto ante el gasto desbocado de la administración Bush. Los republicanos en el Congreso se unieron para pedir a la Casa Blanca que controlase el déficit. Tal vez lo hacían en pro de su imagen pública. Pero saben perfectamente que *déficits aplastantes es preci-*

samente lo que quieren los triunfalistas. Están condicionando al pueblo estadounidense como si fuesen perros de Pavlov para que aprendan la respuesta adecuada: todo por la guerra contra el terrorismo, nada para programas nacionales. El condicionamiento se está llevando a cabo con las mejores técnicas de mercado y publicidad que pueden conseguirse pagando. Se trata de las mismas técnicas utilizadas en las campañas políticas. Si el esfuerzo se ve recompensado, entonces, y paso a paso, el público aceptará que hay que abandonar los programas sociales (o mejor todavía, privatizarlos) para que el Gobierno pueda utilizar los recursos en la prioridad número uno.

3. ¿Seguirá alta la moral de las tropas estadounidenses durante el tiempo suficiente como para mantener varios esfuerzos bélicos?

Han circulado informes acerca del descontento de las tropas en Irak, incluyendo un elevado aunque no especificado nivel de suicidios. En una ocasión, un reportero de una cadena de noticias pidió a varios soldados que diesen su opinión. Uno incluso hizo comentarios desagradables sobre Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa. Más tarde, el ejército sancionó a esos soldados, ampliando su período de servicio. Los soldados llamados de la reserva han sido especialmente francos a la hora de expresarse acerca de la duración de su servicio. Los 200.000 hombres y mujeres de la reserva son lo más cercano que hay en Estados Unidos a un ejército ciudadano. Reciben un modesto estipendio a cambio de someterse a un entrenamiento básico un fin de semana al mes. Pocos de estos voluntarios esperaban tener que combatir nunca. No obstante, ahora, y como parte de la guerra contra el terrorismo, hay unos 65.000 reservistas en servicio activo, algunos de los cuales han sido llamados a prestar prolongados períodos de servicio de hasta un año. Prestar este tipo de servicio les obliga a abandonar sus empleos, con el resultado de que algunas familias de reservistas se enfrentan a la perspectiva de caer en la pobreza.

Las noticias han presentado historias de interés humano acerca de las familias, expresando su sensación de injusticia.

Si la cosa continúa, seguramente erosionará el esfuerzo de guerra y la moral civil en la retaguardia, sobre todo cuando los noticiarios televisivos se concentran, como suele ocurrir, en la amargura experimentada por las familias de soldados muertos o heridos. Pero existe una solución. Como ya hemos dicho, el ejército moderno está siendo privatizado. Cada vez más, entrenamiento, combate y muerte son asumidas por fuerzas contratadas, alquiladas por corporaciones de servicios militares que operan con una mínima supervisión del Congreso y fuera de la luz pública. Estas empresas no están obligadas a contratar estadounidenses. Si reclutan a sus soldados de fortuna por todo el mundo, como ha hecho la Legión Extranjera francesa durante generaciones, ¿a quién le importará en Estados Unidos que las guerras del país sean externalizadas? ¿A quién le importará la moral de meros mercenarios? ¿Quién llevará la cuenta de las bajas?

Aunque las tropas de Estados Unidos sigan estando integradas predominantemente por estadounidenses, aumentar la moral significa simplemente que el Pentágono deberá hallar más fuerzas, de manera que pueda rotar sus tropas con mayor frecuencia. Todo lo que hace falta para ampliar el tamaño de lo militar es dinero, y, como ya hemos visto, el Congreso y el público parecen dispuestos a pagar el precio. En realidad es posible que un nuevo esfuerzo de reclutamiento pudiera solucionar un grave problema social. Estados Unidos está perdiendo empleos a manos de la economía global. Sucede a causa de la “deslocalización”. También sucede a causa de la mayor productividad de la moderna tecnología. Por estas razones, incluso en una época de elevada productividad y aumento de los ingresos, los empleos desaparecen. El tema todavía no se ha convertido en algo explosivo, pero es real y aparece frecuentemente en las noticias. Unas fuerzas armadas más grandes parecen una solución obvia para ese problema, sobre todo entre

los trabajadores jóvenes. El voluntariado para el servicio militar ya es la principal elección para miles de jóvenes estadounidenses. Los triunfalistas podrían sentir que el imperio incluso proporciona un futuro adecuado para la siguiente generación.

4. *¿Se cansará de tanta guerra el público estadounidense?*

Existe un límite para la paciencia del público estadounidense cuando se trata de la guerra. Las guerras de Corea (1950–1952) y Vietnam (de la década de 1950 a 1972) duraron demasiado y finalmente fueron rechazadas. Se trató de guerras bien visibles, que parecían imposibles de ganar y que producían un gran número de bajas: más de 50.000 muertos en el caso de Vietnam. Los estadounidenses prefieren guerras cortas, incruentas y fáciles de ganar, como tal vez le ocurre a todo el mundo. Esperar construir un imperio mundial que nunca requiera derramamiento de sangre sería el colmo del pensamiento engañoso. Y no obstante, son varias las maneras como los triunfalistas pueden intentar evitar el tipo de debacles experimentadas por Estados Unidos en Corea y Vietnam.

Para empezar, se pueden hallar medios para minimizar las bajas y jactarse de ello. Eso es lo que se está haciendo continuamente en Irak. Los soldados estadounidenses en el Golfo son la fuerza de combate mejor protegida de la historia. Sus campamentos son prácticamente inexpugnables frente a cualquier enemigo sin fuerza aérea o artillería de largo alcance. Los chalecos de combate reforzados que llevan las fuerzas estadounidenses están ingeniosamente diseñados para ser casi a prueba de balas. Los heridos reciben ahora cuidados inmediatos en el campo de batalla o son inmediatamente evacuados por vía aérea a hospitales repartidos por la región. Sin esas defensas y las atenciones inmediatas, el nivel de bajas en Irak sería muy elevado. Cada vez es más difícil herir soldados estadounidenses, una pequeña indulgencia en la historia de la guerra.

Aparte de esas medidas, hay muchas cosas que unas relaciones públicas arteras y el engaño pueden conseguir. Infor-

mar de las bajas puede hacerse de manera lenta y poco clara. En Irak, los soldados que no mueren inmediatamente de sus heridas nunca se contabilizan como bajas una vez que se los llevan. Y después de que se los considera como “heridos”, no se les vuelve a mencionar. Si mueren más tarde, como consecuencia de sus heridas, no se contabilizan como muertos en combate. Cuando las bolsas de cadáveres llegan a Estados Unidos, los medios de información tienen prohibido filmarlas o fotografiarlas.

Además de esos, existen otros muchos medios para que el Gobierno informe de una guerra de una manera optimista y positiva. Durante la primera guerra del Golfo, el primer George Bush insistió en controlar las imágenes de sangre y sufrimiento. A la prensa no se le permitió mostrar imágenes de las víctimas de la guerra, ni civiles ni militares. Los soldados iraquíes muertos se enterraron rápidamente en fosas comunes y se olvidaron. A menos que se enfrente a un colapso total frente al enemigo —una perspectiva irreal respecto a las guerras que Estados Unidos peleará en el futuro—, ¿quién puede decir si la guerra va bien o no? En el Irak de después de la segunda guerra del Golfo, el público escucha constantemente las cosas maravillosas que las fuerzas estadounidenses están llevando a cabo. Una vez más, el daño causado a los civiles se mantiene fuera de las cámaras. Los personajes públicos siempre cuentan algo fantástico acerca de los progresos de la ocupación. En realidad, a la ocupación no se la denomina “ocupación”, ni a la guerrilla se le reconoce que es una “guerra de guerrillas”. A los insurgentes siempre se les pinta como una mínima parte de las población, un colección de amargados y fanáticos sin futuro.

Debe haber un límite de lo lejos que puede llevarse este tipo de tácticas. Pero sospecho que mientras las guerras de Estados Unidos se mantengan a un bajo nivel de visibilidad pública, y mientras la gente cuente con suficientes diversiones en las que ocupar su atención, las intenciones de los triunfalistas continuarán sin impedimentos.

Lo más importante que hay que comprender es que existen muy pocas opciones de que las políticas de los triunfalistas se vengán abajo por su propio peso. Y del público estadounidense se puede esperarse bien poco cuando se trata de la posibilidad de cambiar estas políticas. Puede que haya millones que hablen contra las guerras preventivas y la ocupación colonial, pero hay muchos más millones que pueden exceder en votos a los críticos, algunos de ellos –como los evangélicos– propulsados por fiebres ideológicas tan poderosas como los motivos que alientan a los triunfalistas. La suya siempre parecerá una opción patriótica. Y mientras el complejo militar-industrial re-energetizado va tomando forma, la guerra contra el terrorismo se convertirá en una importante fuente de beneficios y empleos, como sucediera en tiempos de la guerra fría.

El esfuerzo para derrotar al triunfalismo requerirá ayuda desde fuera del país. Estados Unidos necesita un eficaz electorado global.

Con algo de ayuda por parte de mis amigos

Hay una pegatina que se ve frecuentemente en los coches norteamericanos. Se trata de una frase de advertencia que pretende salvar vidas en la carretera: «Los amigos no permiten que sus amigos beban y conduzcan». Si tuviera que resumir la lección que el mundo debe enseñarle a Estados Unidos, sería algo así: «Los amigos no permiten que sus amigos creen imperios». En cierto sentido, eso es lo que yo creo que los aliados de Estados Unidos nos han estado diciendo tras el 11 de septiembre. Ven que el país responde a la amenaza real de Al Qaeda generando un nuevo imperio mundial, y tienen todo el derecho a sospechar acerca de los auténticos motivos que se ocultan tras ese empeño. Simpatizo con los diversos métodos diplomáticos que se han utilizado para resistir y tratar de redirigir este atolondrado esfuerzo por parte de la única superpo-

tencia que trata de rediseñar el mundo de manera unilateral. Esta resistencia deberá salir a la calle cuando la ocasión lo requiera. Los líderes estadounidenses a favor de políticas triunfalistas deben esperar recibimientos a cargo de manifestaciones masivas de desaprobación siempre que viajen al extranjero. Pero se necesita hacer más, pues las fuerzas ideológicas y religiosas en las que se apoya el imperio americano no cederán fácilmente.

¿Qué puede hacerse?

Lo que sigue a continuación es una enumeración de lo que creo que son las tres mejores maneras que puedo imaginar para que la gente que quiera hacerlo pueda ejercer una sana influencia sobre la política estadounidense.

1. Terapia para la familia de naciones disfuncional

A pesar de que he sido muy crítico con el nuevo imperio americano, también reconozco que son escasos los instrumentos internacionales bien desarrollados a los que Estados Unidos —o cualquier otra nación amenazada— puede recurrir a fin de hallar seguridad. Los críticos de la administración Bush no han dejado de exigir una y otra vez que Washington trabaje a través de las Naciones Unidas. Pero, en realidad, la ONU es un instrumento deficiente, la débil criatura de las grandes potencias del mundo que nunca han querido que fuese una institución fuerte e independiente. Se mueve dificultosamente bajo una pesada burocracia, y a menudo todo acaba en una riña por tonterías o en un pomposo moralizar. Nunca ha dispuesto de mucho dinero ni de mucha mano de obra propia. Y cuando se le ha confiado una responsabilidad importante y costosa —el programa de “Petróleo a cambio de alimentos” iraquí, por ejemplo—, el esfuerzo se ha visto envuelto en el secretismo, asediado por rumores de despilfarro, corrupción, y decisiones cuestionables. No es, pues, de extrañar que los triunfalistas se hayan burlado de la ONU despiadadamente. Así es como, por ejemplo, Richard Perle y David Frum, dos importantes triun-

falistas, describen sardónicamente a las Naciones Unidas: «La ONU no es una organización totalmente inútil... Crea empleos vitalicios para los familiares en paro de los presidentes. Proporciona a los países pequeños la sensación de que sus opiniones importan. Y cuando la cámara de plenos está vacía y los escolares de visita recorren los pasillos, el extravagante edificio parece, durante un instante, materializar el viejo sueño de un mundo sin guerras» (de *An End to Evil: Strategies for Victory in the War of Terror*).

Cuando los pueblos apelan a que las Naciones Unidas actúen, hay muchas ilusiones vanas en juego. La llamada es poco más que un gesto idealista, la necesidad expresada de algo distinto y mejor que una acción unilateral. Si creemos que la ONU es la familia de las naciones, debemos reconocer que esa familia es muy disfuncional. Hay que arreglar muchas cosas. Los triunfalistas que amenazan a las Naciones Unidas de manera descarada pueden no tener razón al rechazar la seguridad colectiva, pero cuentan con buenas razones para mostrarse impacientes con una institución cuya estructura es un reflejo distorsionado del mundo de la política real.

Dicho lo cual, habría que reconocer que las Naciones Unidas han demostrado una admirable iniciativa al tratar con la crisis de Irak. Se mostró admirablemente persistente con los deberes de sus inspectores de armamento y con la aplicación de sanciones. Fueron iniciativas de mantenimiento de la paz realmente impresionantes. En realidad, una de las principales razones por las que la administración Bush se impacientó tanto con la ONU radicó en que sus inspectores de armamento estaban realizando un buen trabajo. Su labor cuestionaba la insistencia de Bush acerca de que Irak era una amenaza para la seguridad estadounidense. En cuanto a las sanciones, no hay duda de que se aplicaron de manera imperfecta. La población civil iraquí se llevó la peor parte, y todo este proceso contiene muchas claves como precedente de cara a otras posibles intervenciones similares en el futuro. Al tratar con Irak, las Nacio-

nes Unidas estuvieron dispuestas a ir más lejos que en ningún otro caso anterior a la hora de recortar la soberanía de un estado miembro. Esto se podría haber convertido en un potente y prometedor precedente de cara a una nueva era de la política internacional.

En la línea propiciada por la ONU, otros estados delinquentes podrían haber sido desarmados sin intervención militar, aunque es posible que no fuese así sin utilizar la amenaza del mismo tipo de intervención que hemos visto en Afganistán. A través de la ONU hay otras iniciativas de paz que podrían haber evitado el estallido de guerras. ¿Por qué no se declaró zona de exclusión aérea todo Irak, privando así a Saddam Hussein de su fuerza aérea? ¿Por qué las Naciones Unidas no pudieron ordenar que las pistas de aterrizaje y las rampas de lanzamiento de misiles pasasen a control internacional o incluso que fuesen desmanteladas? Las pistas de aterrizaje y las rampas de lanzamiento, como descubrimos una vez que empezó la guerra, son fácilmente controlables desde el aire y de fácil destrucción, sin ocasionar daños colaterales. Si las armas de destrucción masiva fueron una razón válida de preocupación, ¿no habría bastado con negar a Saddam los sistemas de lanzamiento y despliegue, sin los cuales las armas químicas y biológicas resultan inútiles?

Pero nada de todo eso habría bastado para satisfacer a la administración Bush. Estaba decidida a situar una intimidatoria presencia militar estadounidense en Oriente Medio y un obediente gobierno títere en Bagdad. Y todo ello como una mera introducción a designios todavía mayores de dominio de la región. En lugar de tratar de llevar a cabo un importante esfuerzo de reorganizar las Naciones Unidas como potente organización disuasoria del terrorismo, los triunfalistas prefieren confiar en la proyección mundial y unilateral de la potencia militar estadounidense. No habría que proporcionarles ninguna excusa para ello, a menos que no exista otra opción.

Éste es un tema en el que el electorado global de Estados

Unidos puede realizar una gran contribución para frustrar las ansias triunfalistas. Frente al unilateralismo estadounidense, los liberales de este país deben saber que convertir a las Naciones Unidas en el eje central de su política exterior debe ser algo más que un gesto simbólico y una esperanza vana. No puede haber otro método mejor para echar por tierra los desig-nios de los triunfalistas que las grandes potencias lleven a cabo un programa intensivo de reformas y modernización de las Naciones Unidas –sobre todo del Consejo de Seguridad– para que no exista excusa alguna para ignorar o desafiar a la Organización. Tal vez deban hacerlo enfrentándose a una resistencia encarnizada por parte de los triunfalistas, pero también descubrirán que son muchos los estadounidenses dispuestos a secundar sus esfuerzos para presionar a Washington a fin de que ayude a crear instrumentos internacionales eficaces para el mantenimiento de la paz.

2. Utilizar el freno financiero

Aunque tal vez no se den cuenta de ello, muchos países ya cuentan con una forma decisiva de influir en los asuntos estadounidenses con una palanca económica que sus gobiernos pueden utilizar en cualquier momento. Esa palanca es el poder que tienen como acreedores de la nación más endeudada de la historia.

En cuanto al público en general, el secreto mejor guardado del mundo es el estado de deterioro de la economía estadounidense. Lo único que oculta los graves problemas económicos del país (especialmente a los ojos de los propios estadounidenses) es la conjetura universal de que Estados Unidos debe ser la sociedad más rica que nunca ha existido. Esto es algo que los estadounidenses no dejan de repetir, y que la gente de todo el mundo cree. Seamos claro: la riqueza está ahí, pero la mala redistribución y su precariedad han sido objeto de un pertinaz encubrimiento a lo largo de los últimos veinte años. ¿Cuántos estadounidenses saben que, hasta mediados

de la década de 1980, Estados Unidos fue una nación acreedora, y que su déficit comercial era “0”? De la misma manera en que todo el mundo está de acuerdo en dar el máximo valor al oro, parece que se ha alcanzado un consenso similar respecto a considerar a Estados Unidos como la sólida base en la que se asienta el orden económico global. Dudar de la estabilidad de la economía estadounidense sería como dudar del poder y la santidad del papado antes de la Reforma. Además, admitir el estado de decadencia de la economía estadounidense pondría en causa el proyecto de construcción de una economía global, algo que ningún gobierno desea hacer con su “cliente recurrente”.

En cualquier caso, la política económica estadounidense es cada vez más engañosa. Los gobiernos, tanto demócratas como republicanos, insisten en que los “fundamentos” de la economía son sólidos y que la globalización los hará todavía más fuertes. Pero resulta que estamos pidiendo prestado dinero para adquirir las mercancías de todo el mundo. Mientras tanto, la calidad de vida de la clase trabajadora disminuye con el aumento de la inseguridad en el empleo y el descenso de los sueldos, con el aumento del número de estadounidenses (sobre todo niños) que viven en la pobreza, con la clase media ahorrando menos y endeudándose cada vez más (2 billones de dólares en 2004, sin incluir las hipotecas, es decir, unos 19.000 dólares por familia), mientras se erosiona la infraestructura del país, se recortan los servicios sociales, y los empresarios trasladan sus capitales y fábricas a otros lugares.

Durante veinte años, Estados Unidos ha venido creando déficits cada vez más grandes. Actualmente debe a inversores privados y gobiernos extranjeros unos 3 billones de dólares. En gran parte, esos niveles de deuda han permitido que Estados Unidos invirtiese muchísimo en armamento. La deuda extranjera es el cimientito de nuestro presupuesto militar, lo que significa que nuestra condición de superpotencia está seriamente hipotecada. Al tiempo que aumentaba la deuda externa

estadounidense ha ido aumentando el déficit en el presupuesto nacional, sobre todo con presidentes republicanos (Reagan y los dos Bush), que se autoproclamaban ante el electorado como “conservadores fiscales”. Ahora se han venido abajo incluso esas falsas pretensiones; los líderes republicanos ha reconocido abiertamente que crean déficits. ¿Cómo podrían seguir ocultándolo? Pero son rápidos a la hora de insistir en que los déficits no tienen importancia. Durante su presidencia, George W. Bush nunca ha vetado ni una sola partida presupuestaria, aparte de las relativas al estado del bienestar (sobre todo de proyectos destinados a congraciarse con los votantes de un distrito), que le fueron presentados por el Congreso. En palabras de un analista, gasta el dinero «como un marinero borracho».

Calculando el efecto acumulador de la reciente recesión, los recortes fiscales y un gasto mayor, la Oficina Presupuestaria del Congreso (una fuente de confianza) ha predicho que el déficit alcanzará los 2,40 billones de dólares a lo largo de la década siguiente. Incluso el conservador Fondo Monetario Internacional –bajo dominio estadounidense, y que por ello ha sido llamado el “accionista mayoritario” de Estados Unidos– ha creído adecuado hablar del tema. En enero de 2004, el FMI hizo pública una advertencia acerca de que el endeudamiento estadounidense amenaza ahora la estabilidad de la economía global. Calcula que la obligación financiera de Estados Unidos para con otros países no tardará en totalizar alrededor del 40% de su economía total, «un nivel de deuda externa sin precedentes para un país industrializado». Otros países, entre ellos Japón, Alemania y Francia, también están creando déficits. Pero no utilizan la deuda para estériles aventuras militares. Y en cualquier caso, no son responsables de inmovilizar la economía mundial.

Aunque la advertencia del FMI fue clara, la administración Bush la tildó de “alarmista”. Ese mismo mes, el presidente Bush, como si tuviese ganas de tentar al destino, hizo una apari-

ción ante la NASA para anunciar un nuevo y costoso programa para colonizar la Luna y enviar hombres a Marte. ¿El precio? Unos 12.000 millones de dólares para empezar, seguidos de 500.000 millones a lo largo de la próxima década. ¿De dónde saldrá todo ese dinero? La pregunta quedó sin respuesta.

Quienes poseen la deuda de un país están en situación de utilizar el freno financiero que tienen en sus manos. No es que sea lo mejor, e incluso los grandes actores económicos dudan de hacerlo, aunque eso es precisamente lo que ha hecho Estados Unidos para expresar su desaprobación acerca de las políticas de los países deudores que no le han gustado. Durante gran parte del siglo xx, Estados Unidos apoyó a un decaído Imperio británico, prefiriendo que la Gran Bretaña actuase como su suplente en los asuntos internacionales. Cuando esta situación ya no pudo mantenerse tras la segunda guerra mundial, Estados Unidos no dudó en utilizar el poder económico del FMI para frustrar la invasión británica (también francesa e israelí) de Egipto en 1956. Puede resultar difícil imaginar que algo así pudiera suceder con un país tan poderoso como Estados Unidos, sobre todo por razones puramente éticas. Lo cierto es que nadie en Washington, republicano o demócrata, espera que suceda nada por estilo. Pero en 2002, inversores saudíes osaron retorcerle la nariz a Washington al retirar 200.000 millones de dólares de los mercados financieros estadounidenses, sobre todo debido a su desagrado con la política económica de Estados Unidos y de las continuas críticas que la administración Bush dirigía a los miembros de la familia real saudí sospechosos de financiar el terrorismo.

Vale la pena recordar que los gobiernos europeos y asiáticos que han prestado a Estados Unidos el dinero necesario para seguir siendo una superpotencia, cuentan con muchísimo más poder que los saudíes para influir en la política estadounidense. La Unión Europea, y la fortaleza del euro, están en una posición especialmente ventajosa para darle un codazo a Estados Unidos. El dinero habla, y no sólo con acento americano.

Tal y como lo dice el economista William Greider: «Cuando el euro establezca su reputación y tenga mayor circulación en los mercados, el dólar dejará de ser la única opción. A partir de ese momento, a Europa y a otros países les resultará más fácil ejercer su influencia económica contra Estados Unidos sin dañarse a sí mismos o al sistema económico global. Europa todavía no ha llegado a ese punto, pero el euro sube y también la cólera europea».

La cada vez más precaria posición estadounidense en el comercio mundial ofrece un claro ejemplo de lo imprudentes que se han vuelto los responsables de la toma de decisiones en Estados Unidos. Podría pensarse que este hecho haría que Washington se comportase con cierta cortesía y gratitud hacia sus acreedores, pero ¿a cuenta de qué viene la arrogancia que tanto George W. Bush como sus asesores han decidido mostrar cuando aciertan a mirar más allá de la Casa Blanca? Todo ello revela una disposición subyacente de la derecha de ser insulteriormente unilateral en decisiones políticas de importancia. Demuestra que los legisladores estadounidenses, que se reservan el derecho de manejar los asuntos fiscales del país con un total desprecio acerca de cómo aumentan los déficits comercial y presupuestario, pueden poner en peligro la posición de los inversores extranjeros como si estuviesen retando al mundo a que abandonase el dólar. ¿Hasta dónde puede llegar Estados Unidos por ese camino antes de que sus inversores decidan enseñarle modales?

Desde finales de la segunda guerra mundial, el dólar ha sido la moneda preferida en el comercio internacional, sobre todo en forma de los petrodólares que conforman el mundo del mercado petrolero. Ahora hay otras monedas, como el euro, que son más estables que el dólar, pero es como si Estados Unidos utilizase su supremacía militar para continuar apuntalando su moneda. Algunos dirán que Estados Unidos tiene todo el derecho a hacerlo, dadas las obligaciones militares con las que han corrido, defendiendo a países que no podían prote-

gerse a sí mismos. Pero con el final de la guerra fría, la posición de Estados Unidos como única superpotencia mundial proporciona a su potencia militar otro aspecto más amenazador. Washington utiliza su supremacía militar para intimidar incluso a sus aliados y obtener su sumisión en todos los temas de comercio y finanzas, y sobre todo acerca del futuro del mercado global del petróleo. Ése es el objeto del supuestamente “imperio benévolo”. De hecho, después de que Estados Unidos se haga con el control de los campos petrolíferos del Irak conquistado, puede utilizar esas ricas reservas para mantener en jaque cualquier intento por parte de la OPEP de sustituir dólares por euros.

La fuerza militar puede crear la ilusión de omnipotencia. Por esa razón, las potencias imperiales siempre han tenido el vicio de subordinar una economía sana al poder militar. A la larga, esa estrategia está abocada al fracaso. Los imperios se han arruinado financiando sus arsenales, pagando los costes de las ocupaciones militares, defendiendo sus fronteras y administrando sus dominios, mientras sus economías se derrumbaban. Básicamente, Estados Unidos es un motor industrial bendecido con enormes riquezas y gran pericia. Pero su economía sufre un gran desequilibrio. La estupidez del estallido de la burbuja informática es una prueba bien clara de cómo el pensamiento ilusorio puede infiltrarse incluso en las testarudas salas de juntas de las grandes empresas. Y la oleada de escándalos financieros que se ha abatido sobre Wall Street –sobre todo entre los auditores menos escrupulosos– puede significar que los “masters del universo” han dejado de estar al tanto de cuál es el estado real de la economía. Los acreedores podrían hacerle a Estados Unidos un gran favor al utilizar el freno financiero. De hecho, tal vez sea la única manera en que los corporados y políticos de este país, sobre todo los pertenecientes a la derecha, entren en razón.

3. Reeducar a los Estados Unidos

Pudiera parecer impensable que los acreedores de Estados Unidos utilicen en alguna ocasión su influencia económica para contrarrestar la política imperial de Washington. Pero si los triunfalistas continúan utilizando la fuerza militar para intimidar al resto del mundo, entonces puede que el resto del mundo no tenga más opción. Los triunfalistas son ideólogos hasta la médula. Y la esencia de cualquier ideología es ser absoluta, inflexible y agresiva. Los ideólogos no pueden tolerar la oposición, ni siquiera pueden tolerar la diversidad de opinión y valores. Los triunfalistas quieren inculcar la economía de mercado al mundo; ésa es su receta para salvar al mundo del pecado del colectivismo. Añadamos a esa ideología la convicción religiosa inquebrantable de los fundamentalistas con los que se han aliado y el resultado es un nacionalismo estadounidense fanático que no permite ninguna alternativa. Mientras el pueblo estadounidense mire al mundo a través del filtro triunfalista seguirá habiendo público votante para esos designios. Llegará un momento en que otros países deberán hacer causa común con los acosados liberales para llevar a cabo un esfuerzo en aras de la reeducación del público estadounidense.

Es necesario realizar un asalto intelectual total sobre el triunfalismo, mediante un debate público permanente en el que se pongan en cuestión los fundamentos y valores de la derecha estadounidense. No basta con que lo hagan los críticos estadounidenses; debe percibirse como un esfuerzo internacional emprendido por las mejores mentes del mundo. Debemos crear un circuito de conferencias y debates que se mantenga vivo entre los intelectuales europeos, asiáticos y latinoamericanos, y ante el público estadounidense, de manera que se entere de que hay otras naciones que se ven afectadas por nuestra vida política. El foro más adecuado para dichos debates debería estar en las universidades norteamericanas. De hecho, atraer a las universidades a este gran encuentro insufla-

ría energía a la educación superior, devolviéndole parte de la seriedad y la relevancia social que animó los campus durante la época de Vietnam. El espíritu de los seminarios se ha perdido tristemente en la vida universitaria. Es hora de recuperarlo, y el tema necesario para ello está frente a nosotros.

¿Cuál podría ser la respuesta ante una invasión intelectual de todo el mundo? Sin duda saltarían chispas; tendría lugar un reflejo xenófobo en todos los círculos conservadores. Pero esta respuesta aclararía el tema. Revelaría la estrechez y la rigidez ideológica de los triunfalistas. Una importante participación no estadounidense pondría de manifiesto las verdaderas dimensiones de la crisis: el imperio es un tema de interés mundial.

Hay otra importante razón para internacionalizar el debate sobre el imperio norteamericano. En una sección anterior señalé que los triunfalistas se basan en la influencia de los emigrantes europeos de las décadas de 1930 y 1940. Necesitamos una perspectiva no estadounidense de esa corriente de pensamiento, una reevaluación de la experiencia que la sostiene, y de las conclusiones que los exilados se trajeron a Estados Unidos. El triunfalismo se asienta en una concepción del mundo atrasada; es resultado de una época que ya no existe. La Europa de violentas luchas ideológicas y movimientos totalitarios ha sido barrida en favor de sistemas sociales más benignos y pluralistas. Lo mismo puede afirmarse acerca del darwinismo social que proporciona a los triunfalistas su aspereza. También ésa es una filosofía del pasado polvoriento. Fuera de la comunidad empresarial estadounidense sería difícil encontrar a alguien que siguiese creyendo que este mundo debe ser la clase de jungla que fue a principios del período industrial. En otros países ya ha desaparecido este tipo de estupidez necia e ignorante. Pero en Estados Unidos, una sociedad donde el debate político está dominado por los laboratorios de ideas de derechas, es fácil ignorar el contexto histórico.

Además de las universidades, existe al menos otra media docena de lugares que podrían ayudar a la hora de presentar el

debate. Y también está Internet, que se está convirtiendo en un medio de difusión alternativo. La campaña electoral de 2004 de Howard Dean ha demostrado cómo puede utilizarse Internet con propósitos políticos. Dean recaudó una cantidad de dinero y apoyo sin precedentes, que llegaban de todos los rincones del país. Internet no llega a todo el mundo, pero reúne una audiencia culta y políticamente activa que necesita desesperadamente ideas nuevas. Esta audiencia necesita la experiencia de los no estadounidenses para superar la insistencia triunfalista de que todos los problemas sociales hay que dejarlos en manos de soluciones basadas en los mercados. Como ya hemos visto, las intenciones de los triunfalistas en el panorama nacional están estrechamente relacionadas con su política exterior imperialista. Incluso estadounidenses cultos y viajados tienen problemas al vérselas con la idolatría del libre mercado que ahora llena nuestros medios de información.

Bajo la presión comercial, la cobertura de los asuntos públicos tanto en la prensa escrita como en los medios de difusión se ha vuelto más insular. La información sobre el resto del mundo apenas encuentra un hueco en los noticiarios, y menos aún cualquier asomo de crítica. ¿Podría remediarse mediante interesantes “paquetes”, bien editados, de opinión extranjera a los que podrían suscribirse los periódicos, junto con las cadenas de radio y televisión? Cada paquete podría durar tan sólo cinco minutos, pero sería un recordatorio de que existe un mundo más allá de nuestras costas al que le importa lo que Estados Unidos piensa y comenta.

Aunque están construyendo un imperio mundial, los estadounidenses no son grandes viajeros. Sólo el 18% de la población cuenta con pasaporte. Y cuando viajan, ¿van a ver algo, aparte de las atracciones turísticas más obvias? Pero supongamos que otros países creasen viajes sociales, como una oportunidad de observar cómo lidian con la delincuencia, la salud, el cuidado de la infancia y la vejez, la educación, la jubilación y la cultura. Por imperfectas que pudieran ser dichas institu-

ciones en otras tierras, al menos serían alternativas que podrían ampliar los horizontes estadounidenses y compensar los diversos proyectos desarrollados por los triunfalistas para privar los servicios sociales. Cuantos más estadounidenses aprendan acerca de la vida cotidiana en otras sociedades industriales, menos poder tendrá sobre ellos la ortodoxia triunfalista.

Existe otro campo en el que los liberales estadounidenses necesitan ayuda. Es el momento de enfrentarse a las enseñanzas de las iglesias fundamentalistas con una respuesta firme y crítica. Eso es sobre todo responsabilidad de las congregaciones cristianas más liberales, pero aquí también sería de agradecer una perspectiva internacional. Aunque los cristianos evangélicos son agresivos proselitistas, criticar sus creencias religiosas suele considerarse de mala educación en Estados Unidos. Una postura adecuada siempre y cuando esas creencias no metiesen baza en la política del país, a menudo con increíble intolerancia. Como ya hemos visto, las expectativas apocalípticas de esas iglesias ejercen ahora una gran influencia sobre la política exterior de Estados Unidos.

Nunca creí que llegase el día en que hubiera que volver a poner en circulación *La edad de la razón*, de Tom Paine, esa obra clásica del ateísmo popular. Y no obstante, vivo en un país en el que cada vez hay más gente que lee la Biblia como si fuese una verdad literal. No espero que sean muchos los fanáticos religiosos que se aparten de su fe a través del desafío intelectual que propongo. Después de todo, los fundamentalistas consideran a sus críticos como peones del diablo. Pero deberían saber que a sus opiniones, especialmente cuando se inmiscuyen en las decisiones políticas, se les opondrá una firme resistencia. Deben ser desafiados a que den sentido a sus creencias a la luz del uso que hacen de la tecnología moderna. Después de todo, se les debe responsabilizar de explicar cómo pueden compatibilizarse los valores democráticos con el autoritarismo teocrático que fomentan.

El poder corrompe

En estos tiempos mientras camino entre mis conciudadanos por calles, tiendas y parques, me pregunto cuántos de entre ellos serán conscientes del peligro en el que vivimos. No me refiero a la amenaza de los ataques terroristas: con eso ya nos machaca a cada momento el Gobierno y los medios. Me refiero al peligro ético y político hacia el que mi país se dirige rápidamente mientras las fuerzas a las que hemos pasado revista en estas páginas aumentan su control sobre nuestra sociedad. Los corporados, los triunfalistas y los fundamentalistas —cada uno por sus propias razones— son fuerzas que ejercen una presión continuada y convergente que está conduciendo a Estados Unidos hacia un papel imperial al que nuestra nación no tiene derecho ni competencia para poder mantenerlo. En esa dirección se encuentra la guerra inacabable y la represión en aumento del Estado de Seguridad Nacional.

¿Saben las personas que veo a mi alrededor lo cerca que estamos de perder el control sobre los instrumentos de la democracia? ¿Les importa? A veces sospecho que no quieren ver la seriedad del momento porque se dan cuenta de que la tarea de hacer fracasar a esas poderosas fuerzas es demasiado costosa. Es mucho más fácil ignorar, negar, y evadirse... Sumergirse en la farsa de los medios y perderse en ilusiones de bienestar. Me espanta cada vez más el nivel de virtuosismo escapista y negativista que han alcanzado los estadounidenses. Y todavía es peor su disponibilidad a permitir que los crímenes y los engaños más obvios sean encubiertos por el autobombo patriotero.

Al igual que muchos estadounidenses que pasaron por el calvario de Vietnam y el escándalo de Watergate, me he vuelto cauteloso respecto al patriotismo. He visto utilizar palabras nobles para engañar al público; he visto utilizar la bandera de mi país para justificar atrocidades. Aún así, y por muy inmune que me haya vuelto ante la fanfarria patrioter, no me ha sido fácil escribir este ensayo. Tal vez se deba a que en una ocasión

atesoré grandes esperanzas acerca de lo que mi país podía ofrecer al mundo. Más que su poder tecnológico y su riqueza material, Estados Unidos siempre ha poseído un igualitarismo impetuoso y peleón, una fascinación por la innovación, una tolerancia hacia la excentricidad que esperaba que pudiera humanizar al mundo postindustrial. Ahora no estoy seguro de que *esa* América sobreviva. Mi país ha caído en manos de ideólogos triunfalistas que están decididos a establecer un imperio empresarial mundial, y de autoritarios fanáticos religiosos que creen que el papel de este país es preparar al mundo para la segunda llegada de Jesús.

Aunque aprecio las virtudes de mi país y creo saber cuáles son, siento náuseas ante tanta bravata nacionalista. Conozco demasiado la historia como para unirme a la celebración. Cuando repaso el discurrir histórico de mi país veo una mezcla de lo bueno y lo malo que está lejos de ser perfecta. Veo el hecho atroz de la esclavitud, que sólo pudo finalizar con una larga y sangrienta guerra. Veo los linchamientos y las diversas formas *de jure* o *de facto* del *apartheid* racial que siguió a esa guerra durante las tres generaciones siguientes. Veo el exterminio prácticamente total de la población americana nativa y la violación desvergonzada de nuestro entorno natural, antaño magnífico. Veo la feroz lucha de clases de nuestras primeras ciudades industriales. Veo la violencia de la era de la Prohibición y el crimen organizado que nació de ella para permear nuestras existencias. No somos precisamente una sociedad de ángeles.

Y no obstante, a pesar de estas imperfecciones morales, los estadounidenses son asombrosamente rápidos a la hora de perdonarse a sí mismos. Cuando se trata de verdades desagradables, siempre estamos dispuestos a “dejar las cosas atrás” o incluso a convertir nuestras fechorías en virtudes. Recordamos nuestra devastación de los amerindios como “conquistar el oeste”; hemos transformado a nuestros peores gánsteres en héroes populares; en una ocasión suscribimos la opinión de

que los afroamericanos eran un pueblo jovial e infantil, dotados con la gracia del ritmo natural, a los que nunca preocuparon sus siglos de esclavitud. Preferimos observarnos mediante un reflejo sentimental, como si fuésemos un pueblo amable y generoso.

No hace falta decir que en esa imagen benigna hay un tanto de verdad. Muchos de los defectos de Estados Unidos pueden equilibrarse mediante logros admirables. De uno en uno, los estadounidenses pueden ser tan benevolentes y decentes como los pueblos de otras tierras. Junto con nuestros delincuentes y ladrones, nuestros pistoleros y guerreros indios, nuestros sureños reaccionarios y nuestros estafadores empresariales, también contamos con nuestros defensores de reformas y nuestros grandes espíritus humanitarios. Pero los estadounidenses, a pesar de todas sus virtudes, no pueden pretender estar en posesión de una superioridad moral sobre otras muchas sociedades cuya decencia fundamental, que se manifiesta en la manera en que comparten la riqueza, sitúa nuestras pretensiones de justicia y generosidad en una posición de vergüenza. Si los estadounidenses tuviesen el valor suficiente como para repasar su historia con una mirada sincera y crítica, no tardarían en evaporarse sus ilusorias pretensiones de grandeza moral y se sentirían mejor tras haber comprendido la verdad. Pues es precisamente la elevada opinión que tenemos de nosotros mismos la que ahora nos convierte en peligrosos. Somos un pueblo que no puede dudar de la pureza de sus intenciones. Los líderes que nos cuentan una historia aduladora de nosotros mismos ganan nuestros votos. De ahí el éxito de los triunfalistas, que nos explican que merecemos heredar la tierra.

La economía global que está tomando forma de manera tan rápida bajo la guía de las naciones y las empresas más ricas del mundo, ya ha dejado claro que las fronteras nacionales que hemos heredado del pasado están perdiendo su importancia en el reino del comercio. Los ecologistas se han esforzado mucho

en enseñarnos la misma lección acerca de la ecología planetaria. No podemos permitir que las fronteras nacionales restrinjan nuestra comprensión de los grandes sistemas geobiológicos que conforman nuestro hábitat humano. Pero todavía no hemos conseguido acoplar nuestra ciencia medioambiental y nuestras ambiciones económicas con la integración cultural. Estados Unidos es, en la era de la segunda guerra del Golfo, un temible ejemplo de lo que ocurre cuando una nación poderosa rechaza dialogar con otros pueblos. El resultado es un imperialismo prepotente y opresivo que comete disparates por todo el mundo, provocando el caos, invitando al odio, haciéndose enemigos donde debiera contar con amigos. Los triunfalistas creen en una democracia militar, deseosa de apoderarse del mundo si fuese necesario a fin de defender su versión distorsionada y clasista de "libertad". Con la intoxicación que conlleva el poder, creen en la acción preventiva y unilateral. Todavía tienen que registrar que la libertad, entendida como una economía de mercado mundial bajo control empresarial sólo puede ser un nuevo capítulo en la historia del colonialismo. Pero a fin de cuentas, y tal como dice el historiador Niall Ferguson, Estados Unidos ha sido "un imperio negado" desde que empezó a intentar reconvertir la fracasada *Pax Britannica* en *Pax Americana*, tras la segunda guerra mundial. En favor de los triunfalistas sólo puede decirse que están de lo más dispuestos a llamar a las cosas por su nombre. Puede que mientan para ocultar sus auténticos objetivos, pero no hacen ningún esfuerzo a la hora de disimular su determinación de utilizar la fuerza en el interés nacional. Se enorgullecen de ser duros y mostrarse resueltos de una manera que consideran más allá del alcance de los liberales.

Me sorprende el hecho de que Estados Unidos, en pleno siglo XXI, no haya aprendido nada de los inconvenientes del imperialismo. Podíamos haberlos aprendido al perder la guerra de Vietnam, pero no fue así. En 1991, cuando alcanzó lo que estuvo dispuesto a calificar como victoria, el primer George

Bush anunció orgullosamente que el “síndrome de Vietnam” era ahora cosa del pasado. El síndrome implicaba el temor a que todas las guerras del futuro acabasen en un desaguisado similar. A los triunfalistas, ese anuncio les preparó el camino para reanudar el empeño de alcanzar la hegemonía. En aquel momento, Estados Unidos empezó a apartarse del consenso internacional acerca de que las políticas de expansión imperialista eran cosa del pasado. Todas las grandes naciones, y unas cuantas de las menores –británicos, franceses, alemanes, rusos, italianos, españoles, portugueses, japoneses, holandeses y belgas– han padecido las tribulaciones del colonialismo fracasado. Han conquistado y perdido, y al perder han aprendido que sólo unos pocos privilegiados –la élite empresarial, los mandos militares, los administradores coloniales– disfrutaban de los frutos del gran juego del imperialismo.

Esa lección ha sido escrita con sangre y bochorno moral en todas esas naciones. Los pueblos de las potencias imperiales pueden aclamar a sus tropas al enviarlas a la batalla, pueden emocionarse al ver ondear su bandera en tierras lejanas, pero al final acabarán pagando el precio de sojuzgar a pueblos que les odian. Los países que han pasado por esa ordalía han adquirido una sabiduría amarga pero preciosa, todavía desconocida para los estadounidenses. Todavía hemos de aprender que, a pesar de nuestra potencia militar y nuestras vastas riquezas, no podemos rehacer el mundo a nuestra imagen y semejanza. Insistir en que sí es posible, en utilizar esa fuerza de manera unilateral e imprudente, conseguirá bien poco, excepto extender el caos.

«El poder corrompe.» Todos conocemos la famosa advertencia de lord Acton. ¿Pero cuántos saben que ese familiar aforismo tiene una segunda parte? «El poder corrompe –dijo–, y *el poder absoluto corrompe absolutamente.*» La segunda parte puede ser menos conocida porque son pocas las naciones a las que pudo aplicarse. El mundo ha conocido grandes potencias en el pasado, pero nunca una gran potencia que se alzase

sola, sin rivales que pudieran atemperar sus ambiciones. En los inicios del siglo XXI, Estados Unidos ocupa una posición arriesgada al hallarse más cerca de alcanzar el poder absoluto que ningún otro pueblo anteriormente.

Tal vez, y dada la beata naturaleza de los tiempos que corren en Estados Unidos, resulte de ayuda traducir ese riesgo en términos bíblicos: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo si pierde su alma?».

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Theodore Roszak

PERSONA/PLANETA

Hacia un nuevo paradigma ecológico

Un nuevo manifiesto ecológico por el famoso autor de *El nacimiento de una contracultura*. Las necesidades del planeta son las necesidades de la persona.

Theodore Roszak

EL NACIMIENTO DE UNA CONTRACULTURA

*Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática
y su oposición juvenil*

Obra clave del nacimiento, en pleno auge tecnocrático, de una contracultura adolescente, antidogmática y creativa, encabezada no por los desheredados de la fortuna, sino por los hijos privilegiados de la sociedad, "marginados" voluntariamente del "sistema".

T. Roszak, J. C. Oates, W. La Barre, J. C. Pearce,
S. Keep y otros

CASTANEDA A EXAMEN

*Debate en torno al autor de "Las enseñanzas de Don Juan"
Selección y prólogos de Daniel Noel*

Prestigiosos especialistas abordan, desde sus distintas disciplinas, las profundas espirales de la obra de uno de los escritores más irritantes y seductores de esta segunda mitad del siglo XX.

Jordi Pigem

LA ODISEA DE OCCIDENTE

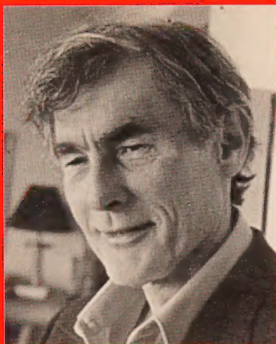
Modernidad y ecosofía

El rumbo de Occidente, lleno de peripecias y sorpresas, nos ha llevado a la múltiple crisis de hoy. Este libro audaz, ágil y conciso, analiza claves ocultas de la mentalidad contemporánea, rastrea sus huellas históricas y esboza puntos de referencia para poner rumbo a un horizonte de equilibrio planetario y plenitud personal.

David Abram

LA MAGIA DE LOS SENTIDOS

Durante miles de años los seres humanos han formado parte de la comunidad, más extensa, de la naturaleza. Han mantenido relaciones activas, no sólo con otras personas, sino con otros animales, plantas, objetos naturales (incluido las montañas, los ríos, los vientos) que apenas recientemente han llegado a considerarse "inanimados". David Abrams estudia este fenómeno de ruptura con el mundo natural basándose en la filosofía de Merleau-Ponty, el chamanismo balinés, los cuentos apaches y su propia experiencia para revelar en la cognición humana la sutil dependencia del entorno natural.



La nueva clase gobernante en Estados Unidos, con el reelegido presidente Bush a su cabeza, es ultraconservadora, fundamentalista-cristiana, militarista. Es una clase que intenta usar el poder militar de la nación para crear una nueva Pax Americana que se corresponda con su ideología e intereses. Esta situación tiene sus raíces en los últimos días de la Guerra Fría, cuando el presidente Reagan estableció esta alianza entre el nuevo conservadurismo militarizado y las iglesias evangélicas. Más re-

cientemente, con el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, la llamada "guerra al terrorismo" se convirtió en la coartada para intensificar el afán norteamericano de dominación global. Hoy en día, estas fuerzas neoconservadoras controlan la riqueza y el poder electoral suficientes para dominar la agenda política de la nación durante la próxima generación. Han construido nuevas bases militares en distintos rincones de la Tierra, han desarrollado nuevas estrategias y han convencido a la opinión pública norteamericana de que su país tiene el derecho de actuar unilateralmente y preventivamente para defender sus intereses.

¿Cuánto tiempo puede durar esta situación? ¿Qué amenaza se desprende para el mundo en general? ¿Hay alguna manera de conseguir que los Estados Unidos sean responsables ante un electorado global? A través de un análisis tan profundo como brillante, Theodore Roszak observa el desarrollo de las corrientes económicas, sociales y políticas en los últimos 30 años de historia estadounidense y establece unas conclusiones tan lúcidas como impactantes. ¡Alerta, mundo! resulta ser así un libro indispensable para conocer la actual situación en nuestro sistema globalizado, un libro fascinante que nos ilustra sobre los riesgos y oportunidades del momento en que vivimos.

Theodore Roszak nació en Chicago en 1933. Se hizo mundialmente famoso con su libro *El nacimiento de una contracultura* (Kairós). Es autor también de *Persona/Planeta* (Kairós) y *The Cult of Information*. Vive en Berkeley, California.

Diseño cubierta: Ana Pániker

Ensayo

ISBN: 84- 7245- 584- X

